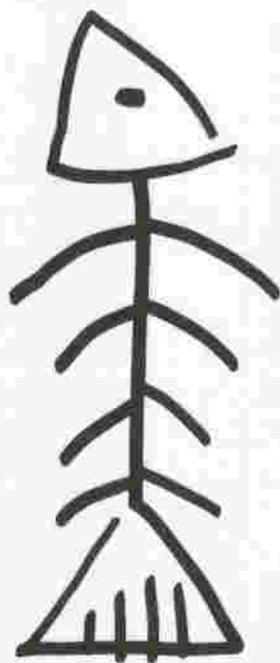


CHUCK PALAHNIUK

LITTERATURA MONDADORI



Diario

UNA NOVELA

N

I

CHUCK
PALAHNIUK

DIARIO
UNA NOVELA

A mi abuelo, Joseph Tallent,
Que me dijo que fuese lo que quisiera.
(1910-2003)

21 DE JUNIO, LUNA EN TRES CUARTOS

Hoy ha llamado un hombre desde Long Beach. Ha dejado un mensaje largo en el contestador, farfullando y gritando, hablando deprisa y despacio, diciendo palabrotas y amenazando con llamar a la policía para que te detengan.

Hoy es el día más largo del año. Pero últimamente todos lo son.

El parte meteorológico de hoy anuncia preocupación creciente seguida de terror desatado.

El hombre que ha llamado desde Long Beach ha dicho que le ha desaparecido el cuarto de baño.

22 DE JUNIO

Cuando leas esto serás más viejo de lo que puedes recordar.

El nombre oficial de esas manchas de la vejez que tienes es

lengitines hiperpigmentado. El término anatómico oficial para designar una arruga es *ritide*. Esas arrugas que tienes en la mitad superior de la cara, esas ritides que te surcan la frente y te rodean los ojos, esas son *arrugas dinámicas*, también conocidas como *líneas faciales hiperfuncionales*, y las causan los movimientos de los músculos subyacentes. La mayoría de las arrugas de la mitad inferior de la cara son *ritides estáticas*, y las causan el sol y la gravedad.

Echemos un vistazo al espejo. Mírate la cara con atención. Mírate los ojos y la boca.

Esto es lo que crees que conoces mejor.

Tu piel consta de tres capas principales. La que puedes tocar es el *stratum corneum*, una capa de células planas y muertas que las células de debajo van expulsando. Lo que notas, esa sensación grasa, es el manto ácido, la capa de aceite y sudor que te protege de los gérmenes y los hongos. Debajo tienes la dermis. Debajo de la dermis hay una capa de grasa. Debajo de la grasa tienes los músculos de la cara.

Tal vez recuerdes todo esto de la facultad de bellas artes, de la clase de Anatomía 201. Aunque tal vez no.

Cuando retraes el labio superior -cuando enseñas ese diente de arriba, el que te rompió el vigilante del museo-, lo que accionas es tu músculo *levator labii superioris*. El músculo de las muecas. Digamos que notas un olor a orina rancia.

Imaginemos que tu marido acaba de matarse en el coche de la familia. Imagínate que tienes que ir y limpiar con una esponja los meados del asiento del conductor. Digamos que tienes que seguir usando ese montón de chatarra oxidada y apestosa para ir al trabajo, y que todo el mundo te ve y todo el mundo lo sabe, porque es el único coche que tienes.

¿Algo de esto te resulta familiar?

Cuando una persona normal, una persona normal e inocente que está más claro que el agua que se merece algo mejor, llega a casa después de trabajar de camarera todo el día y se encuentra a su marido asfixiado en el coche de la familia y con la vejiga goteando, y al verlo suelta un grito, lo que está haciendo es simplemente tensar al máximo el músculo *orbicularis ori*.

Esa arruga profunda que te va de las comisuras de la boca a la nariz es el *pliegue nasolabial*. A veces se llama la «bolsa de las muecas». A medida que envejeces, esa especie de almohadilla de grasa que tienes dentro de la mejilla, cuya denominación anatómica oficial es *grasa malar*, va cayendo más y más hasta que se te llega a apoyar en el pliegue nasolabial y la cara se te convierte en una mueca perpetua.

Esto no es más que un pequeño curso de puesta al día. Una pequeña guía paso a paso.

Un pequeño repaso. En caso de que no te reconozcas a ti mismo.

Ahora frunce el ceño. Es el músculo *triangularis* que tira hacia abajo de los extremos del músculo *orbicularis oris*.

Finge que eres una chica de doce años que quería a su padre con locura. Que eres una chica preadolescente que necesita a su padre más que nunca. Que contaba con que su padre siempre estaría presente. Imagina que todas las noches te vas a la cama llorando con los ojos tan fuertemente cerrados que se te hinchan.

Esa textura como de piel de naranja de tu barbilla, esos bultitos

parecidos a burbujas, te los causa el músculo *mentalis*. El músculo de los mohines. Esas líneas que ves todas las mañanas, cada vez más profundas, que van desde las comisuras de la boca hasta el borde de la barbilla, se llaman *líneas de marioneta*. Las arrugas que hay entre las cejas se llaman *surcos glabellares*. El hecho de que los párpados se hinchen y caigan hacia abajo se llama ptosis. Tus *ritides laterales cantales*, las «patas de gallo», empeoran día a día y solamente tienes doce putos años, por Dios bendito.

No finjas que no sabes de qué va esto.

Va de tu cara.

Ahora sonríe, si es que todavía puedes.

Ese es tu músculo *zygomaticus major*. Cada contracción te retira la carne igual que los alzapaños te abren las cortinas de la ventana de la sala de estar. Igual que los cables levantan el telón de un teatro, cada una de tus sonrisas es una noche de estreno. Una primera representación. Tu desvelamiento.

Ahora sonríe como sonreiría una madre anciana cuando se suicida su único hijo. Sonríe y dale unos golpecitos en la mano a su esposa y a su hija adolescente y diles que no se preocupen: que en realidad todo va a salir bien. Sigue sonriendo y recógete el pelo canoso con un pasador. Ve a jugar al bridge con tus amigas ancianas. Empólvate la nariz.

Ese montón de grasa enorme y horrible que ves colgar debajo de tu barbilla, la papada, creciendo y volviéndose más bamboleante cada día, eso es grasa submental. Ese aro de arrugas que te rodea el cuello es una banda platūmal. Todo ese descenso lento de la cara, de la barbilla y del cuello lo causa ¡a gravedad sobre tu sistema *músculo--aponeurótico superficial*

¿Te resulta familiar?

Si ahora te sientes un poco confuso, relájate. No te preocupes. Lo único que te hace falta saber es que esta es tu cara. Lo que crees conocer mejor.

Que estas son las tres capas de tu piel.

Que estas son las tres mujeres de tu vida.

La epidermis, la dermis y la grasa.

Tu mujer, tu hija y tu madre.

Si estás leyendo esto, bienvenido de vuelta a la realidad. Aquí es donde te ha traído todo el potencial glorioso e ilimitado de tu juventud. Todas las promesas sin cumplir. Esto es lo que has hecho con tu vida.

Te llamas Peter Wilmot.

Lo único que te hace falta entender es que has resultado ser un saco de mierda patético.

23 DE JUNIO

Llama una mujer desde Seaview para decir que le falta el cuarto para la ropa. El pasado mes de septiembre su casa tenía seis dormitorios y dos cuartos roperos. Está segura. Ahora solamente tiene uno. Llega para abrir la casa que tiene en la playa a principios de la temporada de

verano. Llega en coche con los niños, la niñera y el perro, llegan con todas las maletas y se encuentran con que ya no hay toallas. Han desaparecido. Puf.

Triángulo-de -las-Bermudizadas.

A juzgar por su voz en el contestador, por la forma en que su tono de voz asciende, estridente, hasta convertirse en una alarma antiaérea al final de cada frase, se nota que está temblando de furia, pero que por encima de todo está asustada. Dice:

-¿Es alguna clase de broma? Por favor, dígame que alguien le ha pagado a usted para hacer esto.

Su voz en el contestador dice:

-Por favor, no llamaré a la policía. Usted déjelo como estaba antes, ¿de acuerdo?

Por detrás de su voz, tenue y de fondo, se oye la voz de un niño que dice:

-¿Mamá?

La mujer aparta la cara del teléfono y dice:

-Todo irá bien -dice-. Que no cunda el pánico.

El parte meteorológico de hoy anuncia una tendencia cada vez mayor a la denegación.

Su voz en el contestador dice:

-Devuélvame la llamada, ¿vale? -Deja su número de teléfono. Y dice-: Por favor...

25 DE JUNIO

Imagina cómo dibujaría una niña una espina de pescado, el esqueleto de un pescado, con la cabeza a un lado y la cola al otro. Y la larga espina dorsal en medio, atravesada por las espinas transversales. La clase de espina de pescado que llevan en la boca los gatos de los dibujos animados.

Imagina que ese pescado es una isla llena de casas. Imagina las casas parecidas a castillos que dibujaría una niña que viviera en un poblado de caravanas: unas casas enormes de piedra, cada una rematada por un bosque de chimeneas, cada una de ellas provista de una cordillera de tejados a distintos niveles, alas, torres y hastiales, todo ello ascendiendo hasta las alturas y rematado con un pararrayos. Tejados de pizarra. Lujosas rejas de hierro forjado. Casas de fantasía, atiborradas de ventanas en saliente y de buhardillas. Y a su alrededor, pinos perfectos, jardines de rosas y aceras de ladrillo rojo.

Las fantasías burguesas de una niña blanca pobre e inculta.

La isla entera era exactamente lo que soñaría una niña que estuviera creciendo en algún poblado de caravanas, algún agujero de mala muerte como Tecumseh Lake, Georgia. La niña apagaría todas las luces de la caravana mientras su madre estaba en el trabajo. Se tumbaría de espaldas en el suelo, sobre la alfombra de pelo anaranjado y apelmazado de la sala de estar. La alfombra que huele como si alguien hubiera pisado una mierda de perro. El color naranja funde a negro allí donde hay quemaduras de cigarrillos. La niña cruzaría los brazos sobre el pecho y podría imaginar la vida en un lugar como aquel.

Ya sería esa hora -de madrugada- en que uno escucha con atención. En que se ve más con los ojos cerrados que con los ojos abiertos.

La espina de pescado. Desde la primera vez que tuvo un lápiz de colores en la mano, eso es lo que la niña dibujó.

Tal vez su madre nunca estuvo en casa mientras ella crecía. Nunca conoció a su padre y tal vez su madre tenía dos trabajos. Uno en una fabrica asquerosa de aislamientos de fibra de vidrio y otro sirviendo comida en una cafetería de hospital. Por supuesto, la niña soñaba con un lugar como aquella isla, donde nadie trabajaba salvo en mantener la casa cuidada, recoger arándanos silvestres y pasear por la playa buscando conchas. Bordar pañuelos. Hacer arreglos florales. Donde los días no empiezan siempre con un despertador y terminan con la televisión. Se imaginaba aquellas casas, todas días, todas las habitaciones y los bordes labrados de las repisas de todas las chimeneas. Los dibujos de todos los parquets. Todo sacado de su imaginación. Las curvas de todas las lámparas y grifos. Se imaginaba todas las baldosas. Se las imaginaba de madrugada. Los dibujos de rodos los papeles de las paredes. Dibujaba al pastel todas las tejas y escaleras y canalones. Lo pintaba todo con lápices de colores. Hacía bocetos de todas las aceras de ladrillo y los setos de boj. Pintaba el rojo y el verde con acuarelas. Lo vio todo, se lo imaginó, soñó con ello. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Desde que fue lo bastante mayor para coger un lápiz, era lo único que dibujaba.

Imagínate una espina de pescado cuya cabeza apunta al norte y la cola al sur. La espina dorsal está surcada por dieciséis espinas transversales que apuntan al este y al oeste. La cabeza del pescado es la plaza del pueblo y en la boca hay un puerto de donde sale y adonde llega el ferry. El ojo del pescado sería el hotel, y a su alrededor estarían la tienda de comestibles, la ferretería, la biblioteca y la iglesia.

La niña pintaba las calles con hielo en los árboles sin hojas. Las pintaba con pájaros regresando, cada uno de ellos recogiendo hierba de las playas y agujas de pinos para construir un nido'. Luego con las dedaleras en flor, más altas que las personas. Luego con girasoles todavía más altos, Luego con las hojas cayendo en espiral y el suelo de debajo cubierto de nueces y castañas.

Lo veía con claridad total. Se imaginaba todas las habitaciones y el interior de todas las casas.

Y cuanto más se imaginaba aquella isla, menos le gustaba el mundo real. Cuanto más se imaginaba aquella gente, menos le gustaban las personas de verdad. Sobre todo la hippy de su madre, siempre cansada y siempre oliendo a patatas fritas y a humo de cigarrillo.

Llegó un punto en que Misty Kleinman renunció a llegar a ser feliz algún día. Todo era feo. Todo el mundo era burdo y simplemente... nadie encajaba.

Así se llamaba, Misty Kleinman.

En caso de que ya no esté cuando leas esto, ella era tu mujer. En caso de que no estés simplemente haciéndote el tonto: el nombre de soltera de tu pobre mujer era Misty Marie

Cuando aquella pobre idiota dibujaba una hoguera en la playa, notaba el sabor de las mazorcas de maíz y de los cangrejos hervidos. Cuando dibujaba el jardín de hierbas aromáticas de una casa, olía el

romero y el tomillo.

Con todo, cuanto mejor dibujaba, peor le iba la vida: hasta que llegó un punto en que nada era lo bastante bueno en su vida real. Llegó un punto en que no se sentía cómoda en ninguna parte. Llegó un punto en que nadie era lo bastante bueno, nadie era lo bastante refinado, nadie era lo bastante real. No lo eran los chicos del instituto, ni tampoco las demás chicas. Nada era tan real como su mundo imaginario. Llegó un punto en que iba al psicólogo del instituto y le robaba dinero a su madre del bolso para comprar hierba.

Para que la gente no dijera que estaba loca, centró su vida no en las visiones en sí, sino en su representación artística. La verdad era que solamente quería adquirir la capacidad de plasmarlas. Para que su mundo imaginario se volviera más y más preciso. Más real.

Y en la facultad de bellas artes conoció a un chico llamado Peter Wilmot. Te conoció a ti, a un chico procedente de un lugar llamado «isla de Waytansea».

Y la primera vez que ves la isla, si vienes de cualquier otro lugar del mundo, piensas que estás muerto. Que estás muerto, que te has ido al cielo y que estás a salvo para siempre.

La espina dorsal del pescado es División Avenue. Las espinas transversales son calles, empezando por Alder Street, una manzana al sur de la plaza del pueblo. Luego vienen Birch Street, Cedar Street, Dogwood, Elm, Fir, Gum, Hornbeam, todas ordenadas alfabéticamente hasta Oak Street y Poplar Street, justo antes de llegar a la cola del pescado. Allí, la punta sur de División Avenue se convierte en grava, luego en barro y por fin desaparece entre las arboledas del cabo de Waytansea. No es una mala descripción. Este es el aspecto del puerto cuando llegas por primera vez en el ferry procedente del continente: estrecho y alargado, parecido a la boca de un pescado, esperando para tragarte como en los relatos de la Biblia.

Si uno tiene el día libre, puede recorrer todo División Avenue. Desayunar en el hotel Waytansea, luego caminar una manzana hacia el sur y pasar por delante de la iglesia de Alder Street. Pasar por delante de la casa de los Wilmot, la única casa que hay en East Birch Street, con dieciséis acres de jardín que llegan hasta el mar. Pasada la casa de los Burton en East Juniper Street. Las arboledas están atiborradas de robles, todos altos y retorcidos como centellas cubiertas de musgo. El cielo por encima de División Avenue en verano está cubierto de capas verdes, densas y cambiantes de hojas de arce, roble y olmo.

Cuando uno viene aquí por primera vez cree que todas sus esperanzas y sueños se han hecho realidad. Que finalmente su

Lo cierto es que, para una niña que solamente ha vivido en una casa con ruedas debajo, esto parece ese lugar especial y seguro donde va a vivir para siempre y donde la van a querer y a cuidar.

Para una niña que se sentaba en una alfombra de pelo con una caja de lápices de colores y dibujaba aquellas casas, unas casas que no había visto nunca. Simplemente dibujaba la forma en que se las imaginaba, con sus porches y sus ventanales de cristal de colores. Para la niña que un día vería aquellas casas en la vida real. Exactamente aquellas mismas casas. Unas casas que ella pensaba que solamente existían en su imaginación.

Desde que aprendió a dibujar, la pequeña Misty Mane ya conocía

los secretos húmedos de las fosas sépticas de detrás de cada casa. Ya sabía que los cables que iban por dentro de las paredes eran viejos. Que estaban envueltos en tela aislante y ensartados dentro de tubos de porcelana y a lo largo de postes de porcelana. Podía dibujar el interior de todas las entradas de las casas, donde las familias de la isla marcaban los nombres y las estaturas de sus hijos.

Incluso desde el continente, desde el muelle para ferrys de Long Beach, al otro lado de tres millas de agua salada, la isla parecía el paraíso. Los pinos eran de un verde tan oscuro que parecían negros, las olas rompían contra las piedras marrones, parecía que todos sus sueños se habían hecho realidad. Protección. Silencio y soledad.

Hoy día, ese es el aspecto que tiene la isla para mucha gente. Para muchos forasteros ricos.

Para aquella niña que nunca había nadado en nada más grande que la piscina del poblado de caravanas, cegada por el exceso de cloro, que un día habría de coger el ferry hasta el puerto de Waytansea donde los pájaros cantaban y la luz del sol se reflejaba intensamente en las hileras interminables de ventanas del hotel. Para ella, que un día habría de oír el océano romper contra el costado del rompeolas y sentir el sol tan cálido y el viento limpio en el pelo, oler las rosas en flor... El romero y el tomillo...

Aquella adolescente patética que nunca había visto el océano ya había pintado los cabos y los acantilados que se elevaban por encima de las rocas. Y le habían salido perfectos.

Pobre pequeña Misty Kleinman.

Aquella chica llegó allí en calidad de novia y la isla entera salió a recibirla. Cuarenta o cincuenta familias, todas sonrientes y esperando turno para darle la mano. Cantó una coral de niños de la escuela primaria. Les tiraron arroz. Hubo una cena suntuosa en su honor en el hotel y todo el mundo brindó por ella con champán.

Desde la ladera de la colina que se elevaba sobre Merchant Street, desde las ventanas del hotel Waytansea, desde sus seis pisos, desde sus hileras de ventanas y sus porches acristalados, desde las líneas en zigzag de las buhardillas que sobresalían de su tejado inclinado, todo el inundo contempló su llegada. Todo el mundo la vio llegar a vivir a una de las grandes casas del vientre sombrío y flanqueado de árboles del pescado.

Una sola mirada a la isla de Waytansea y Misty Kleinman se creyó que ya podía mandar a freír espárragos a la palurda de su madre. A las mierdas de perro y a la alfombra de pelo largo, juró no volver a poner los pies en el viejo poblado de caravanas. Dejó de lado temporalmente sus planes de hacerse pintora.

Lo cierto es que cuando eres niña, incluso cuando eres un poco mayor, cuando tienes tal vez veinte años y vas a la facultad de bellas artes, no sabes nada del mundo real. Quieres creer a la gente que te dice que te quiere. Que lo único que quiere es casarse contigo y llevarte a casa para vivir en una isla perfecta y paradisíaca. En una casa enorme de piedra en East Birch Street. Que te dice que lo único que quiere es hacerte feliz.

Y que no, de veras, nunca te va a torturar hasta la muerte.

Y la pobre Misty Kleinman se dijo a sí misma que lo que quería no era hacer carrera como artista. Lo que de verdad quería, lo que siempre había querido, era la casa, la familia y la paz.

Luego llegó a la isla de Waytansea, donde todo era perfecto.

Y resultó que se había equivocado.

26 DE JUNIO

Llama un hombre desde el continente, desde Ocean Park, para quejarse de que le ha desaparecido la cocina.

Al principio es normal no darse cuenta. Después de vivir cierto tiempo en un sitio -una casa, un apartamento, un país-, a uno le acaba pareciendo demasiado pequeño.

Ocean Park, Oysterville, Long Beach, Ocean Shores, son todos pueblos del continente. La mujer del cuarto para la ropa desaparecido, el hombre del baño desaparecido... Son todos mensajes en el contestador, gente a quien le han remodelado la casa mientras estaba de vacaciones. Lugares del continente y gente de veraneo. Si tienes una casa de nueve dormitorios y solamente la ves dos semanas al año, puedes tardar varias temporadas en darte cuenta de que ha desaparecido una parte. La mayoría de esa gente tiene por lo menos media docena de casas. No son hogares, la verdad. Son inversiones. Tienen apartamentos en condominio y apartamentos en cooperativa. Tienen apartamentos en Londres y en Hong Kong. En cada zona horaria les espera un cepillo de dientes distinto. En cada continente tienen un montón de ropa sucia.

La voz que se queja en el contestador de Peter dice que tenía una cocina con fogones de gas. Un horno doble empotrado. Una nevera enorme de dos puertas.

Mientras lo escucha quejarse, tu mujer, Misty Marie, asiente con la cabeza: sí, por aquí han cambiado muchas cosas.

Antes, para coger el ferry lo único que tenías que hacer era ir al puerto. Pasaba cada media hora, salía hacia el continente y llegaba de vuelta. Cada media hora. Ahora tienes que hacer cola. Esperar turno. Esperar en el aparcamiento con una multitud de forasteros sentados en sus deportivos relucientes que no huelen a orina. El ferry viene y se va tres o cuatro veces antes de que tengas sitio para subir a bordo. Y tú, sentada todo ese tiempo bajo el sol tórrido, en medio de ese olor.

Tardas toda la mañana en salir de la isla.

Antes ibas al hotel Waytansea y encontrabas mesa junto a la ventana sin problemas. Antes nunca se veían desperdicios en la isla de Waytansea. Ni tráfico. Ni tatuajes. Ni narices con aros. Ni jeringuillas tiradas en la playa. Ni condones usados y pegajosos en la arena. Ni vallas publicitarias. Ni logotipos.

El hombre de Ocean Park ha dicho que la pared de su comedor está toda cubierta de paneles de roble y papel de pared a rayas azules. Que el zócalo y la moldura pintada y la moldura cóncava van perfectos y enteros de un rincón a otro. Que ha estado dando golpecitos y que la pared es sólida, mampostería de yeso sin mortero sobre obra de madera. Y en medio de esa pared perfecta es donde jura que estaba la puerta de la cocina.

El hombre de Ocean Park dice al teléfono:

-A lo mejor me equivoco, pero una casa tiene que tener cocina,

¿no? ¿No lo pone en la legislación de edificios o en algún sitio así?

La mujer de Seaview no echó en falta su cuarto para la ropa hasta que no pudo encontrar una toalla limpia.

El hombre de Ocean Park dice que ha cogido un sacacorchos del aparador del comedor. Ha hecho un agujerito con el sacacorchos allí donde recuerda que estaba la puerta de la cocina. Ha cogido del aparador un cuchillo para la carne y ha agrandado un poco el agujero. Tenía una linternita en el llavero, así que ha pegado la cara a la pared y ha mirado por el agujero que acababa de hacer. Ha fruncido los ojos y a través de la oscuridad ha visto una sala con palabras pintarrajeadas en las paredes. Ha fruncido los ojos y ha dejado que se le acostumbrara la vista y a través de la oscuridad ha conseguido leer nada más que fragmentos: «... poned un pie en la isla y moriréis... -dicen las pintadas-... alejaos lo más deprisa que podáis. Matarán a todos los hijos de Dios si así pueden salvar a los suyos...».

Donde antes había una cocina ahora dice: "...todos seréis sacrificados...».

El hombre de Ocean Park dice:

-Deberían venir a ver lo que he encontrado. -La voz del contestador dice-: Solamente la caligrafía ya compensa el viaje.

28DEJUNIO

El comedor del hotel Waytansa se llama Comedor de Madera y Oro por sus paneles de nogal y su tapicería de brocado dorado. La repisa de la chimenea es de nogal tallado con morillos de latón pulimentado. Hay que mantener encendido el fuego incluso cuando viene viento del continente. Cuando eso pasa el humo da marcha atrás y sale a borbotones por el hogar. Salen humo y azufre hasta que hay que quitarles las pilas a todos los detectores de humo. Para entonces, el hotel entero ya huele un poco como si hubiera un incendio.

Cada vez que alguien te pide la mesa nueve o la mesa diez que hay junto a la chimenea y luego se quejan del humo y de que hace demasiado calor y te piden que les cambies de mesa, te tienes que tomar una copa. Nada más que un sorbo de lo que tengas a mano. A la gorda de tu mujer le va bien el jerez de cocinar.

Un día normal en la vida de Misty Marie, la reina de las esclavas.

Vuelve a ser el día más largo del año.

Es un juego al que puede jugar todo el mundo. No es más que el coma personal de Misty.

Un par de copas. Un par de aspirinas. Repetir.

Al otro lado de la chimenea del Comedor de Madera y Oro están las ventanas que dan a la costa. La mitad de la masilla que aísla los cristales se ha resecado y se ha resquebrajado de modo que el viento frío se cuele en el interior. Las ventanas sudan. La humedad interior de la sala se acumula en el cristal y gotea formando charquitos hasta que el suelo queda empapado y la alfombra huele tan mal como una ballena varada en la costa durante las dos últimas semanas de julio. Y en cuanto a la vista

de afuera, el horizonte está taponado por vallas publicitarias, las mismas marcas, de comida rápida, de gafas de sol, de zapatillas de tenis, que uno ve impresas en los desperdicios- que hacen las veces de marca de la marea.

En todas las olas se ven colillas flotando.

Cada vez que alguien pide las mesas catorce, quince o dieciséis que hay junto a las ventanas y luego se quejan de las corrientes de aire frío y del hedor de la alfombra empapada y chapoteante, y por fin piden en tono irritado otra mesa, tienes que tomarte una copa.

El Santo Grial de esos veraneantes es la mesa perfecta. El asiento del poder. La ubicación. El lugar en el que están sentados nunca es tan bueno como el lugar en el que no los han sentado. Y el sitio está tan abarrotado que cuando intentas cruzar el comedor, la gente te clava los codos y las caderas en la barriga. Te aporrearán con los bolsos.

Antes de que sigamos, deberías ponerte algo más de ropa. Deberías hacer acopio de vitamina B. Tal vez conseguir unas neuronas extra. Si estás leyendo esto en público, déjalo hasta que lleves tu mejor ropa interior.

Antes de seguir, deberías apuntarte a alguna lista de donantes de hígado.

Ya te imaginas adonde va a parar esto.

Así es como ha terminado la vida de Misty Marie Klein-

Uno se puede suicidar de mil formas distintas sin morir de verdad.

Cada vez que viene alguien del continente con un grupo de amigas, todas delgadas y bronceadas y suspirando al ver la carpintería y los manteles blancos de las mesas, los jarrones de cristal llenos de rosas y heléchos y toda la cubertería de anticuario bañada en plata, cada vez que alguien dice «¡Ay, es que tendríais que servir tofu en lugar de ternera!», tómate una copa.

Algunos fines de semana a esas mujeres delgadas las acompaña uno de sus maridos, bajo, regordete y tan sudoroso que la pelusa negra que se pinta con espray en la parte calva de la cabeza se le escurre por el pescuezo. Arroyos viscosos de limo negro le manchan la parte trasera del cuello de la camisa.

Cada vez que una de las tortugas marinas locales llega agarrándose las perlas que le rodean el cuello marchito, la vieja señora Burton o la señora Seymour o la señora Perry, cada vez que una de ellas llega y ve a alguna veraneante delgada y bronceada sentada a la que ha sido su mesa favorita personal desde 1865 y te dice: «Misty, ¿cómo has podido? Sabes que soy denta habitual todos los mediodías de martes a jueves. En serio, Misty...». Entonces necesitas dos copas.

Cada vez que las veraneantes piden cafés con espuma de leche o plata quelatada o sucedáneo de café a base de algarroba espolvoreado o cualquier cosa a base de soja, tómate otra copa.

Si no te dan propina, tómate otra.

Esas veraneantes. Llevan tanto delineador de ojos que parece que lleven gafas. Llevan pintura de labios de color marrón oscuro y cuando comen se les despinta la parte de adentro. Lo que queda es una mesa llena de niñas flacas con aros de suciedad alrededor de la boca. Sus uñas largas y ganchudas son del mismo color pastel que las peladillas.

Cuando es verano y aun así tienes que avivar el fuego humeante,

quítate una pieza de ropa.

Cuando está lloviendo y las ventanas traquetean por culpa del viento frío, ponte una pieza de ropa.

Un par de copas. Un par de aspirinas. Repetir.

Cuando entra la madre de Peter con tu hija, Tabbi, y espera que sirvas a tu propia suegra y a tu hija como si fueras su esclava personal, tómate dos copas. Cuando las dos se sientan en la mesa ocho y la abuelita Wilmot le dice a Tabbi «Tu madre sería una artista famosa si se esforzara», tómate una copa.

Las veraneantes con sus anillos de diamantes y sus pendientes y sus pulseras de tem's, con todos los diamantes deslustrados y grasientos por culpa de la loción bronceadora... Cada vez que te pidan que les canees el «Cumpleaños feliz», tómate una copa.

Cuando tu hija de doce años te mira de abajo arriba y te llama «señora» en vez de mamá...

Cuando su abuela, Grace, te dice:

—Misty, cariño, tendrías más dinero y más dignidad si volvieras a pintar...

Cuando todo el comedor lo oye...

Un par de copas. Un par de aspirinas. Repetir.

Cada vez que Grace Wilmot pide el surtido Deluxe de sandwiches para el té con queso cremoso y queso de cabra y nueces picadas en forma de una pasta fina y extendida sobre tostadas delgadas como el papel, luego se come un par de bocados y deja el resto para la basura y luego dice que te apunten a tu cuenta todo eso además de un té Earl Grey y un trozo de tarta y tú ni siquiera sabes que lo ha hecho hasta que te llega la paga y solamente hay setenta y cinco centavos después de todas las deducciones y hay semanas en las que acabas incluso debiendo dinero al hotel Waytansea, y al final te das cuenta de que eres una aparcera probablemente atrapada en el Comedor de Madera y Oro durante el resto de tu vida, entonces tómate cinco copas.

Cada vez que el comedor está abarrotado y todas las sillas de brocado dorado están ocupadas por alguna mujer, isleña o del continente, y están todas quejándose de que el trayecto en ferry es lentísimo y de que en la isla falta aparcamiento y de que antes nunca había que hacer reserva para comer y preguntando por qué no hay gente que se queda en su casa, porque caray, es que es demasiado, es que todo son codazos y voces estridentes y ansiosas preguntando direcciones y pidiendo crema para el café de origen no animal y vestidos de tirantes de la talla dos, y la chimenea sigue ardiendo porque es la tradición del hotel, quítate otra pieza de ropa.

Si llegado este punto no estás borracho y medio desnudo, es que no estás prestando atención.

Cuando Raymon el botones te coge en la cámara frigorífica, te pone una botella de jerez en la boca y te dice:

-¡Misty, cariño, salud!

Cuando eso pase, brindas con él usando la botella y dices:

-Por mi marido cerebralmente muerto. Por la hija a la que no veo nunca. Por nuestra casa que está a punto de quedarse la Iglesia católica. Por la chiflada de mi suegra, que apenas toca los sandwiches de brie y de cebollitas verdes... -Y luego dices-: Te amo, Raymon.

Y te tomas una copa extra.

Cada vez que algún viejo fósil acartonado de alguna buena familia de la isla intenta explicarte que ella es una Burton pero que su madre era una Seymour y que su padre era un Tupper y que la madre de él era una Cariyle y que de alguna forma eso la convierte en tu prima segunda, y luego te pone una mano arrugada, fría y blanda sobre la muñeca mientras tú intentas retirar los platos sucios de la ensalada y te dice:

-Misty, ¿por qué ya no pintas?

Y tú te ves a ti misma envejeciendo más y más, y toda tu vida cae en espiral por el triturador de basura, entonces tómate dos copas.

Algo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es que nunca, nunca tienes que decirle a la gente que antes querías ser artista. Para tu información, la gente te torturará durante el resto de tu vida explicándote que cuando eras joven te encantaba dibujar. Que te encantaba pintar.

Un par de copas. Un par de aspirinas. Repetir.

Solamente para que conste en acta, hoy a tu pobre mujer se le ha caído un cuchillo para mantequilla en el comedor del hotel. Cuando se ha agachado para recogerlo, ha visto algo reflejado en el filo. Unas palabras escritas debajo de la mesa número seis. A cuatro patas en el suelo, ha levantado el faldón del mantel. En la madera, entre los mocos secos y el chicle pegado, decía: «No dejes que te engañen otra vez».

La inmortalidad de fabricación casera de alguien. El efecto perdurable de ese alguien. Su vida después de la muerte.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia un tiempo parcialmente enturbiado por accesos ocasionales de desesperación e irritación.

El mensaje de debajo de la mesa seis, escrito con pulso débil y a lapiz, está firmado: "Maura Kincaid"-

29 DE JUNIO, LUNA NUEVA

El hombre de Ocean Park abre la puerta de su casa con un vaso de vino en la mano. Alguna clase de vino de color anaranjado brillante llena el vaso hasta donde le llega el dedo índice. Lleva un albornoz blanco de tela de toalla con la palabra «Ángel» bordada en la solapa. Lleva una cadena de oro enredada en los pelos grises del pecho y huele a escayola en polvo. En la otra mano lleva la linterna. El hombre se bebe el vino hasta el dedo medio. Su cara parece hinchada y la barbilla le azulea por el nacimiento de la barba. Le han teñido o depilado las cejas hasta que casi no le quedan.

Solamente para que conste en acta, así es como se conocen el señor Ángel Delaporte y Misty Marie.

En la facultad de bellas artes te enseñan que el cuadro de Leonardo da Vinci, la Mona Lisa, no tiene cejas porque eran el último detalle que añadió el artista. Lo que hizo fue poner pintura húmeda sobre pintura

seca. Y en el siglo XVII un restaurador usó el disolvente equivocado y se las borró para siempre.

Hay un montón de maletas en el lado de dentro de la puerta, maletas de cuero del bueno. El hombre señala más allá de las mismas, hacia el interior de la casa, con la linterna en la mano, y dice:

-Puede decirle a Peter Wilmot que tiene una gramática atroz.

A los veraneantes Misty Marie les dice que los carpinteros siempre están escribiendo dentro de las paredes. Que a todos se les ocurre la misma idea, escribir su nombre y la fecha antes de sellar la pared con láminas de yeso. Que a veces se dejan el periódico del día. Que es tradición dejar una botella de cerveza o de vino. Que los techadores escriben en la base del tejado antes de recubrirla de alquitrán y tejas. Que los decoradores escriben en el revestimiento antes de cubrirlo de listones o de estuco. Su nombre y la fecha. Una pequeña parte de sí mismos para que alguien la descubra en ti futuro. Tal vez una idea. Estuvimos aquí. Construimos esto. Un recordatorio.

Llámallo costumbre o superstición o feng-shui. Es una especie de dulce inmortalidad tejida en casa. En historia del arte te enseñan que el papa Pío V le pidió a El Greco que pintara encima de unas figuras desnudas que Miguel Ángel había pintado en el techo de la capilla Sixtina. El Greco aceptó, pero solamente si podía repintar el techo entero. Te enseñan que El Greco solamente es famoso debido a su astigmatismo. Por eso distorsionaba los cuerpos, porque no veía bien: alargaba los brazos y las piernas de la gente y se hizo famoso por el efecto dramático resultante.

Desde los artistas famosos hasta las empresas de construcción, todos queremos dejar nuestra firma. Nuestro efecto perdurable. Nuestra vida después de la muerte.

Todos queremos explicarnos. Nadie quiere que lo olviden.

Ese día en Ocean Park, Ángel Delaporte le enseña el comedor a Misty, los paneles de madera, el papel de pared a rayas azules. Hasta la mitad de una pared hay un agujero rodeado de papel roto y arrugado y polvo de yeso.

Los albañiles, le cuenta ella, emparedan un amuleto, una medalla religiosa sujeta a una cadena, y la cuelgan en el interior de la chimenea para impedir que bajen espíritus malignos por el tiro. En la Edad Media, los albañiles emparedaban un gato vivo dentro de las paredes de los edificios nuevos para traer buena suerte. O a una mujer viva. Para darle alma al edificio.

Misty está mirando el vaso de vino de él. Habla dirigiéndose al vaso en lugar de a la cara del tipo y lo sigue con la mirada, con la esperanza de que él se dé cuenta y le ofrezca una copa.

Ángel Delaporte acerca la cara hinchada y las cejas depiladas al agujero y dice:

—«... la gente de la isla de Waytansa os matará igual que han matado a todo el mundo...». -Sostiene la linternita junto a su cara para iluminar la oscuridad. El metal pinchado y las llaves plateadas le cuelgan al lado del hombro, brillantes como joyas. Y dice-: Tendría que ver usted lo que pone aquí.

Despacio, igual que un niño que está aprendiendo a leer, Ángel Delaporte mira la oscuridad y dice:

-«... ahora veo a mi mujer trabajando en el hotel Waytansa,

limpiando habitaciones y convirtiéndose en una gorda asquerosa con uniforme de plástico rosa...».

El señor Delaporte dice:

-«...llega a casa y las manos le huelen a los guantes de látex que tiene que llevar para recoger vuestros condones usados. .. el pelo rubio se le ha vuelto gris y cuando se me acuesta a mi lado le huele a la porquería esa que usa para limpiar vuestros retretes...».

"Mmm... -musita, y se bebe el vino hasta el dedo anular-. Hay un posesivo de más.

Y lee:

-«...las tetas le cuelgan como un par de carpas muertas. Hace tres años que no tenemos relaciones sexuales...».

El silencio es tan pesado que Misty suelta una risita.

Ángel Delaporte le ofrece la linterna. Se bebe el vino de color naranja brillante hasta la altura del dedo meñique, señala el agujero de la pared con la cabeza y dice:

-Léalo usted misma.

Su llavero es tan pesado que Misty tiene que flexionar los músculos para levantar la linternita, y cuando acerca la vista al agujero pequeño y oscuro, las pintadas de la pared de delante dicen: "... moriréis deseando no haber puesto nunca el pie...».

El cuarto para la ropa desaparecido en Seaview, el baño desaparecido en Long Beach, la sala de estar de Oysterville, siempre que la gente se pone a hurgar encuentra lo mismo. La misma rabieta de Peter.

Tu misma rabieta de siempre.

«... moriréis y el mundo será un lugar mejor para...»

En todas esas casas del continente en las que trabajó Peter, en todas esas inversiones, la misma mierda escrita y emparedada.

«... moriréis gritando con hatroz...»

Y detrás de ella, Ángel Delaporte dice:

-Dígale al señor Wilmot que ha escrito mal «atroz».

A todos esos veraneantes la pobre Misty les dice que durante el último año aproximadamente el señor Wilmot no fue él mismo. Que tuvo un tumor cerebral sin saberlo durante... no se sabe durante cuánto tiempo. Con la cara pegada al agujero en el papel de la pared, Misty le dice al tal Ángel Delaporte que el señor Wilmot hizo unas obras en el viejo hotel Waytansa y que ahora los números de las habitaciones pasan del 312 al 314. Donde antes había una habitación, ahora hay un pasillo perfectamente continuo, con molduras bajas, zócalo, enchufes nuevos cada metro y medio y acabado de alta calidad. Todo correctísimo, salvo la habitación emparedada.

Y el hombre de Ocean Park agita suavemente el vino de su copa y dice:

-Espero que por entonces la habitación trescientos trece no estuviera ocupada.

Misty lleva una barra de hierro en el coche. Pueden volver a abrir el umbral de la puerta en cinco minutos. No es más que pared sin mortero, le dice al hombre. No es más que el señor Wilmot volviéndose loco.

Cuando acerca la nariz al agujero, el papel de la pared huele como si un millón de cigarrillos hubieran ido a morir allí. Dentro del agujero huele a canela, a polvo y a pintura. En alguna parte del interior a oscuras

se oye el zumbido de una nevera. El tictac de un reloj.

Siempre la misma diatriba escrita por todas las paredes. En todas esas casas de veraneo. Escrita en una enorme espiral que empieza en el techo y gira hacia el suelo, dando vueltas y más vueltas de forma que uno tiene que ponerse en el centro de la habitación y girar para leerla hasta que se maree. Hasta que uno tiene ganas de vomitar. Bajo la luz de la linternita del llavero, lee: "...moriréis a pesar de todo vuestro estatus...».

-Mire -dice ella-. Ahí tiene su cocina, justo donde pensaba usted. - Da un paso atrás y le da la linternita.

Todos los contratistas firman su trabajo, dice Misty. Marcan su territorio. Los carpinteros que hacen los acabados escriben en el subsuelo antes de poner el parquet de madera noble o el asiento de la moqueta. Escriben en las paredes antes de empapelar o embaldosar. Eso es lo que hay dentro de las paredes de todo el mundo, ese registro de imágenes, oraciones y nombres. Fechas. Una cápsula temporal. O peor, se pueden encontrar tuberías de plomo, amianto, moho venenoso, cables en mal estado. Tumores cerebrales. Bombas de relojería.

La prueba de que ninguna inversión te pertenece para siempre.

Lo que realmente no quieres saber pero tampoco te atreves a olvidar.

Con la cara pegada al agujero, Ángel Delaporte lee:

—«... quiero a mi mujer y a mi hija...». -Lee-: «... no voy a ver cómo los parásitos indeseables hacéis bajar a mi familia más y más por la escala...».

Se apoya en la pared, con la cara pegada al agujero, y dice:

-Esta caligrafía es fascinante. Mire cómo escribe las tes en «puta» y «estatus»: la línea superior es tan larga que llega hasta el final de la palabra. Eso quiere decir que en el fondo es un hombre muy cariñoso y protector. -Dice-: ¿Ve la eme de «mataré»? El hecho de que la primera pierna sea tan larga indica que le preocupa algo.

Embutiendo la cara en el agujero, Ángel Delaporte lee:

-«... la isla de Waytansa matará a todos los hijos de Dios si así conseguimos salvar a los nuestros...».

Dice que el hecho de que las íes mayúsculas sean finas y acaben en punta demuestra que Peter tiene una mente brillante pero que su madre le provoca un miedo mortal.

Las llaves le tintinean cuando mete la linternita en el agujero. Enfoca a su alrededor y dice:

—«... he bailado con vuestro cepillo de dientes metido en

Aparta la cara de la pared y dice:

-Sí, sí que es mi cocina. -Se bebe lo que le queda de vino, agitándolo ruidosamente dentro de las mejillas. Se lo traga y dice-: Ya sabía yo que tenía una cocina en esta casa.

La pobre Misty dice que lo siente. Que abrirá de nuevo el umbral. Probablemente el señor Delaporte quiera hacerse una limpieza bucal esta tarde. Eso y tal vez ponerse la vacuna del tétanos. Y tal vez también algo de gamaglobulina.

El señor Delaporte toca con el dedo una mancha grande y mojada que hay junto al agujero de la pared. Se lleva el vaso de vino a la boca, lo mira con ojos bizcos y lo encuentra vacío. Toca la mancha mojada del papel de pared azul. Luego pone cara de asco, se seca el dedo en el

costado del albornoz y dice:

-Espero que el señor Wilmot tenga un buen seguro y bastantes ahorros.

-El señor Wilmot lleva varios días inconsciente en el hospital.

Delaporte se saca un paquete de cigarrillos del bolsillo del albornoz, lo agita hasta sacar uno y dice:

-¿Así que ahora lleva usted su empresa de reformas?

Y Misty intenta reírse.

-Yo soy la gorda asquerosa -dice.

Y el hombre, el señor Delaporte, dice: -¿Cómo?

-Soy la mujer de Peter Wilmot.

Misty Marie Wilmot, la mismísima puta monstruosa y malhumorada en carne y hueso. Y ella le dice:

-Estaba trabajando en el hotel Waytansea cuando usted ha llamado esta mañana.

Ángel Delaporte asiente y mira su vaso vacío de vino. El vaso húmedo de sudor y manchado de huellas dactilares. Sostiene el vaso de vino vacío en alto delante de la mujer y dice:

-Si quiere le pongo una copa.

El hombre mira el punto de la pared de su comedor donde ella ha apoyado la cara y donde ha dejado que una lágrima se le escapara y le manchara el papel a rayas azules. Una huella mojada del ojo, con las patas de gallo alrededor, el *orbicularis oculi* entre rejas. Sin soltar el cigarrillo apagado, coge con la otra mano el cinturón del albornoz de tela de toalla y restriega la mancha de la lágrima.

-Le voy a regalar un libro. Se llama Grqfología. Ya sabe, el análisis de la caligrafía.

Y Misty, que realmente se había creído que la casa de los Wilmot, los dieciséis acres en Birch Street, significaban que vivirían felices y comerían perdices, dice:

-¿No querrá alquilar una casa para el verano? -Mira su vaso de vino y dice-: Una casa grande y vieja de piedra. Está en la isla, no en el continente.

Y Ángel Delaporte la mira por encima del hombro. Mira las caderas de Misty, luego le mira los pechos enfundados en el uniforme de color rosa y por fin la cara. Frunce los ojos, niega un poco con la cabeza y dice:

-No se preocupe, no tiene el pelo tan gris.

El hombre tiene las mejillas y las sienes, los alrededores de los ojos, todas embadurnadas de polvo de escayola.

Y Misty, tu mujer, extiende la mano hacia él, con los dedos abiertos. Con la palma hacia arriba, y la piel roja e irritada, ella le dice:

—Eh, si no se cree que soy quien digo —dice—, puede olerme la mano.

30 DE JUNIO

Tu pobre mujer va corriendo del comedor a la sala de música, recogiendo candelabros de plata, relojitos dorados de repisa y porcelanas de Dresde y metiéndolo todo en una funda de almohada. Después de

trabajar el turno del desayuno, Misty Marie Wilmot está desvalijando la enorme casa de los Wilmot en Birch Street. Como si fuera una maldita ladrona en su propia casa, va haciéndose con todas las pitilleras de plata, los pastilleros y las cajitas de rapé. De las repisas de las chimeneas y las mesillas de noche va recogiendo los saleros y los adornos de marfil tallado. Lleva a cuestras la funda de almohada, pesada y repleta de salseras bañadas en bronce y de fuentes de porcelana pintadas a mano, repiqueteando.

Todavía tiene puesto el uniforme de plástico rosa, con manchas de sudor debajo de cada brazo. La identificación que lleva sujeta con un alfiler al pecho permite que todos los forasteros del hotel la llamen Misty. A tu pobre mujer. Tiene exactamente el mismo trabajo de mierda de camarera en un restaurante que tenía su madre.

Fueron infelices y comieron perdices.

Después se va corriendo a casa a hacer las maletas. Lleva a cuestras un llavero tan ruidoso como una cadena de ancla. Un manojo de llaves que parece un racimo de uvas de hierro. Hay llaves largas y cortas. Elegantes llaves maestras llenas de muescas. Llaves de acero y de latón. Algunas son llaves de barril, huecas como el cañón de una pistola. Otras son tan grandes como pistolas, la clase de pistolas que una mujer cabreada podría esconderse en la liga y usar para matar a un marido idiota.

Misty va probando llaves en las distintas cerraduras, a ver si giran. Prueba en las puertas de los armarios y las vitrinas. Va probando una llave detrás de otra, introducir y girar. Meter y dar la vuelta. Cada vez que se abre una cerradura, ella vacía dentro la funda de almohada, los relojes dorados de repisa, los servilleteros de plata y las compotas de cristal emplomado. Luego vuelve a cerrar con llave.

Hoy es día de mudanza. Vuelve a ser el día más largo del año.

Se supone que todo el mundo está haciendo las maletas en la gran casa de East Birch Street, pero no. Tu hija baja las escaleras con un total de cero prendas de ropa para ponerse durante el resto de su vida. La chiflada de tu madre sigue limpiando. Está en alguna parte de la casa, arrastrando la vieja aspiradora, a cuatro patas, recogiendo hilos y pelusas de las alfombras y metiéndolas en la boca de la aspiradora. Como si a alguien le importara una mierda el aspecto de las alfombras. Como si la familia Wilmot fuera a seguir viviendo aquí.

Tu pobre mujer, esa tonta que vino hace un millón de años de algún poblado de caravanas de Georgia, no sabe por dónde empezar.

No es que la familia Wilmot no se esperara esto. Uno no se despierta un buen día y descubre que se ha agotado el fondo fiduciario. Que a la familia no le queda ni un centavo.

Solamente es mediodía y ya está intentando acabarse la segunda copa. La segunda nunca es tan buena como la primera. La primera siempre es perfecta. Un pequeño respiro. Un detallito para hacerle compañía. Solamente faltan cuatro horas para que el inquilino venga a buscar las llaves. El señor Delaporte. Para que tengan que marcharse.

Ni siquiera es una copa de verdad. Es un vaso de vino, y solamente ha dado un trago, dos como mucho. Con todo, ayuda el mero hecho de tenerlo cerca. El mero hecho de saber que el vaso sigue medio lleno. Es un alivio.

Después de la segunda copa se tomará un par de aspirinas. Otro

par de copas, otro par de aspirinas y así pasará el día de hoy.

En la mansión de los Wilmot en East Birch Street, dentro mismo de la entrada, uno encuentra algo que parecen pintadas. Tu mujer está llevando a cuestas la funda de almohada llena del botín del saqueo cuando las ve: unas palabras garabateadas en la parte de dentro de la puerta. Marcas a lápiz, nombres y fechas sobre la pintura blanca. Las rayitas oscuras empiezan a la altura de la rodilla y junto a cada una de ellas hay un nombre y un número.

Tabbi, cinco años.

Tabbi, que ahora tiene trece años y tiene rítidés cantales laterales alrededor de los ojos de tanto llorar.

O: Peter, siete años.

O sea, tú a los siete años. El pequeño Peter Wilmot.

Algunos garabatos dicen: Grace, seis años, ocho años, doce años. Van hasta Grace, diecisiete años. Grace, la de los carrillos colgantes de grasa submental y las bandas platismales alrededor del cuello.

;Te resulta familiar?

¿Algo de esto te suena?

Las marcas a lápiz, como los topes de las mareas. Los años, 1795... 1850... 1979... 2003. Los lápices antiguos eran barras finas de cera mezcladas con azufre y envueltas en cordel para que no se te ensuciaran las manos. Antes de eso solamente había muescas e iniciales talladas en la dura madera y la pintura blanca de la puerta.

Hay más nombres en el interior de la puerta que no reconocerías. Herbert, Caroline, Edna, muchos desconocidos que vivieron aquí, que crecieron y se marcharon. Primero bebés, luego niños, adolescentes, adultos y por fin muertos. Parientes carnales tuyos, familia tuya, pero desconocidos. Tu legado. Desaparecido pero no del todo. Olvidado pero dejado aquí para que alguien lo descubra.

Tu pobre mujer está de pie delante de la puerta, mirando por última vez los nombres y las fechas. Su nombre no está entre ellos. Pobre Misty Marie, de familia inculta y pobre, con las manos irritadas y el cuero cabelludo rosado que se le ve por entre el pelo.

Y ella que pensaba que tanta historia y tanta tradición la mantendrían a salvo. Que la protegerían para siempre.

Esta no es una situación típica. Ella no es una borracha. En caso de que alguien necesite una aclaración, lo que pasa es que está sufriendo mucho estrés. Tiene cuarenta y un putos años y se acaba de quedar sin marido. No tiene título universitario. No tiene verdadera experiencia laboral, a menos que uno cuente limpiar el baño, colgar arándanos del árbol de Navidad... Lo único que tiene es una hija y una suegra a las que mantener. Es mediodía y le quedan cuatro horas para recoger todo lo que haya de valor en la casa. Empezando por la plata, los cuadros, la porcelana. Todo lo que no se pueda confiar a un inquilino.

Tu hija, Tabitha, baja las escaleras. Tiene doce años y lo único que lleva es un maletín y una caja de zapatos cerrada con gomas. Ni la ropa de invierno ni las botas. Solamente ha empaquetado media docena de vestidos de verano, unos vaqueros y el bañador. Unas sandalias y las zapatillas de tenis que lleva puestas.

Tu mujer está cogiendo la maqueta vieja y pinchuda de un barco, con las velas amarillas y rígidas y las jarcias delicadas como telas de araña, y dice:

-Tabbi, ya sabes que no vamos a volver.

Tabitha se queda de pie en el pasillo principal y se encoge de hombros:

-La abuelita dice que sí.

«Abuelita» es como llama a Grace Wilmot. Su abuela, tu madre.

Tu mujer, tu hija y tu madre. Las tres mujeres de tu vida.

Tu mujer mete una tostadora de plata de ley en su funda de almohada y grita:

-¡Grace!

El único ruido que hay en la casa es el rugido de la aspiradora procedente de las profundidades de la gran mansión. Del salón o tal vez del solarío.

Tu mujer arrastra la funda de almohada hasta el comedor. Agarra un platillo de cristal y grita:

-¡Grace, tenemos que hablar! ¡Ahora!

En la parte de dentro de la puerta, el nombre «Peter» asciende hasta donde tu mujer recuerda, más alto de lo que sus labios pueden alcanzar cuando se pone de puntillas con sus zapatos negros de tacón alto. Y a esa altura pone: «Peter, dieciocho años.

Los otros nombres, Weston y Dorothy y Alice, están medio borrados. Las huellas de dedos los han emborronado, pero nadie ha pintado encima de ellos. Reliquias. Inmortales. El patrimonio que está a punto de abandonar.

Tu mujer intenta hacer girar una llave en la cerradura de un armario, echa la cabeza hacia atrás y grita:

-¡Grace!

Tabbi dice:

-¿Qué pasa?

—Es esta maldita llave -dice Misty-. No funciona.

Y Tabbi dice:

-Déjame ver -dice-. Relájate, mamá. Esta es la llave que da cuerda al reloj del abuelo.

Y en alguna parte el rugido de la aspiradora enmudece. Fuera, en la calle, pasa un coche, lento y silencioso, con el conductor inclinado sobre el volante. Con las gafas de sol sobre la frente, estirando el cuello y buscando un lugar para aparcar. A un lado de su coche hay pintada la inscripción: «Silber International: Más allá de los límites de ser usted».

Salen volando servilletas de papel y vasos de plástico de la playa al ritmo de los bajos profundos y la palabra «putas acompañada a la música de baile.

Grace Wilmot está de pie junto a la puerta principal. Huele a loción de limón y a cera abrillantadora. El pelo gris y pulimentado le queda un poco por debajo de la marca de su altura a los quince años. Prueba de que está encogiéndose. Se puede coger un lápiz y hacer una marca detrás de la parte trasera de su cabeza. Se puede escribir: «Grace, setenta y dos años».

La pobre amargada de tu mujer mira una caja de madera que Grace tiene en las manos. Madera descolorida cubierta de barniz amarillento, con las esquinas metálicas y las bisagras casi negras de tan deslustradas. La caja tiene unas patas que se despliegan a los lados y forman un caballete.

Grace le ofrece la caja, que sostiene con las dos manos azuladas y

retorcidas, y dice:

-Te van a hacer falta. -Agita la caja. En el interior resuenan los pinceles acartonados, los viejos tubos de pintura seca y los pasteles rotos-. Para empezar a pintar -dice Grace-. Cuando sea el momento.

Y tu mujer, que no tiene tiempo para sufrir un ataque de nervios, se limita a decir:

-Deja eso.

Peter Wilmot, tu madre es una puta desgracia.

Grace sonrío y abre mucho los ojos. Sostiene la caja en alto y dice:

-¿No es tu sueño? -Con las cejas levantadas y el músculo *corrugator* en funcionamiento, dice-: ¿No has querido pintar desde que eras niña?

El sueño de todas las chicas en la facultad de bellas artes. Donde te instruyen sobre lápices de cera, anatomía y arrugas.

Dios sabe por qué demonios está limpiando Grace Wilmot. Lo que tiene que hacer es las maletas. Esta casa. Tu casa. La cubertería de plata de ley, con tenedores y cucharas tan grandes como herramientas de jardín. Sobre la chimenea del comedor hay un cuadro al óleo de Algún Wilmot Muerto. En el sótano hay un museo reluciente y venenoso de mermeladas y compotas petrificadas, vinos vetustos de fabricación casera, peras fechadas en el inicio de la nación y fosilizadas en sirope de color ámbar. El residuo pegajoso de la riqueza y del tiempo libre.

De todos los objetos inestimables que quedan atrás, esto es lo que rescatamos. Estos artefactos. Recuerdos. Souvenirs inútiles. Nada que se pueda subastar. Las cicatrices dejadas por la felicidad.

En lugar de empaquetar algo de valor, algo que puedan vender, Grace le trae esa vieja caja de pinturas. Tabbi tiene su caja de zapatos llena de alhajas, de lo que se pone para estar guapa, sus broches, sus ¿millos y sus collares. El fondo de la caja está lleno de perlas sueltas y cristales de estrás que ruedan de un lado a otro. Una caja de agujas oxidadas y cristales rotos. Tabbi está pegada al brazo de su abuela. Detrás de ella, perfectamente nivelada con la cabeza de Tabbi, la marca de la puerta dice «Tabbi, doce años», y la fecha del año presente escrita con rotulador rosa fluorescente.

Las alhajas de Tabbi pertenecieron a esos nombres.

Lo único que Grace ha empaquetado es su diario. Su diario encuadernado en cuero rojo y algo de ropa de verano, sobre todo jerséis tejidos a mano en tonos pastel y faldas plisadas de seda. Las tapas del diario son de cuero rojo resquebrajado con una pequeña cerradura metálica. En la tapa pone en letras doradas: «Diario».

Grace Wilmot siempre está intentando que tu mujer empiece a escribir un diario.

Grace dice: Empieza a pintar otra vez.

Grace dice: Sal y ve de visita al hospital más a menudo.

Grace dice: Sonríe a los turistas.

Peter, ese ogro huraño de mujer que tienes mira a tu madre y a tu hija y dice:

-Las cuatro en punto. A esa hora viene el señor Delaporte a buscar las llaves.

La casa ya no les pertenece. Tu mujer dice:

-Cuando la manecilla grande señale las doce y la pequeña las cuatro, todo lo que no esté en las maletas o bajo ¡lave no lo volveréis a

ver.

Al vaso de vino de Misty Marie le quedan por lo menos un par de tragos. Y cuando lo ve ahí, sobre la mesa del comedor, le parece ¡a respuesta. Le parece la felicidad, la paz y el confort. Lo mismo que antes parecía la isla de Waytansea.

Allí de pie junto a la puerta, Grace sonríe y dice:

-Ningún Wilmot abandona esta casa para siempre. -Dice—: Y nadie que viene aquí de fuera se queda mucho tiempo. Tabbi mira a Grace y dice: -Abuelita, *quand est-ce qu'on revient?*

Y su abuela dice:

-En trois mois. -Y le da una palmadita en la cabeza a Tabbi.

Luego la vieja desgraciada de tu madre se va a seguir alimentando de pelusa a la aspiradora.

Tabbi empieza a abrir la puerta de la casa para llevar su maleta al coche. Ese montón de chatarra oxidado que apesta a los meados de su padre.

Tus meados.

Y tu mujer le pregunta:

-¿Qué te acaba de decir tu abuela?

Y Tabbi se gira para mirar hacia atrás. Pone los ojos en blanco y dice:

—¡Dios! Relájate, mamá. Solamente ha dicho que esta mañana estás guapa.

Tabbi miente. Tu mujer no es tonta. Sabe qué aspecto tiene

Si no entiendes algo, puedes hacer que signifique cual-

Luego, cuando la señora Misty Marie Wilmot vuelve a estar sola, cuando nadie la ve, va de puntillas y acerca los labios a la puerta. Extiende los dedos sobre los años y años de antepasados. Con la caja de pinturas muertas a los pies, besa el lugar sucio bajo tu nombre a la altura en que recuerda que estaban tus labios.

1 DE JULIO

Solamente para que conste en acta, Peter, eso de que vayas diciendo que tu mujer trabaja de doncella en un hotel da asco. Sí, tal vez hace dos años hacía de doncella.

Ahora resulta que es ayudante de supervisora de camareras del comedor. Es la Empleada del Mes del hotel Waytansea. Es tu mujer, Misty Marie Wilmot, la madre de tu hija, Tabbi. Por los pelos no tiene una licenciatura en bellas artes. Vota y paga impuestos. Es la reina de los putos esclavos y tú eres un vegetal cerebralmente muerto con un tubo metido por el culo comatoso, enganchado a un millón de cacharros ultracaros que te mantienen con vida.

Querido Peter, no estás en posición de llamar gorda asquerosa a nadie.

A la gente que sufre tu clase de coma se le contraen todos los músculos. Los tendones se te van pegando cada vez más entre sí. Te

tiran de las rodillas hacia el pecho. Se te doblan los brazos sobre el vientre. Los pies y los tobillos se te contraen hasta que las puntas de los dedos se te doblan todas hacia abajo y da grima verlas. Los dedos de las manos también se doblan hacia abajo y las uñas se clavan en la parte de dentro de la muñeca. Y los músculos y tendones se van haciendo más y más cortos. Los músculos de tu espalda, los erectores espinales, se encogen y te tiran de la cabeza hacia atrás hasta que casi te toca el culo.

¿Lo notas?

Estás retorcido y agarrotado, ese es el desastre que Misty tiene que ver cuando llega al hospital después de conducir durante tres horas. Y eso sin contar el trayecto en ferry. Eres el desastre con el que se casó Misty.

Escribir esto es la peor parte del día para ella. Fue tu madre, Grace, la que tuvo la idea de que Misty escribiera un diario del coma. Es lo que hacían los marineros y sus mujeres, dijo Grace: escribir un diario todos los días que pasaban separados. Es una vieja y querida tradición marinera. Una vieja y preciada tradición de la isla de Waytansea. Después de tantos meses separados, cuando se reúnen otra vez, los marineros y sus mujeres intercambian diarios y se ponen al día sobre lo que se han perdido. Cómo han crecido los niños. Qué tiempo ha hecho. Un registro de todo. La mierda cotidiana con la que tú y Misty os aburríais mutuamente a la hora de la cena. Tu madre dijo que sería bueno para ti, que te ayudaría en el proceso de tu recuperación. Algún día, sí Dios quiere, abrirás los ojos y cogerás en brazos a Misty y la besarás, besarás a tu querida mujer y tendrás en las manos todos tus años perdidos, registrados con todo lujo de detalles, todos los detalles acerca de cómo ha crecido tu hija y cómo te ha echado de menos tu mujer. Y podrás sentarte debajo de un árbol con una limonada y pasar un buen rato poniéndote al día.

Tu madre, Grace Wilmot, necesita despertarse de su propio tipo de coma.

Querido Peter. ¿Notas esto?

Todo el mundo sufre su propio tipo de coma.

Nadie sabe qué recuerdas de antes. Una posibilidad es que se te hayan borrado todos los recuerdos. Triángulo-de-las-Bermudizadas. Que tengas lesiones cerebrales. Que nazcas de nuevo como una persona completamente distinta. Distinto pero igual. Renacido.

Solamente para que conste en acta, tú y Misty os conocisteis en la facultad de bellas artes. La dejaste embarazada y los dos os mudasteis con tu madre a la isla de Waytansea. Si ya sabes todo esto, no te detengas en ello. Sálatelo.

Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es que se te puede acabar la vida entera cuando te quedas embarazada.

Uno se puede suicidar de mil formas distintas sin morir de verdad.

Y en caso de que te hayas olvidado, eres un capullo de mucho cuidado. Eres un gilipollas cagón, cobarde, egoísta y sin pelotas. En caso de que no te acuerdes, metiste el puto coche en el puto garaje e intentaste asfixiarte como un imbécil con el humo del tubo de escape, pero no, ni eso pudiste hacer bien. Para empezar no va mal tener el depósito lleno.

Solamente para que sepas la pinta que tienes, a toda persona que pasa más de dos semanas en coma los médicos llaman a su condición

Estado Vegetativo Persistente. La cara se te hincha y se te pone roja. Se te empiezan a caer los dientes. Si no te dan la vuelta cada cierto tiempo te salen llagas.

Hoy tu mujer está escribiendo esto y tú cumples cien días como vegetal.

Si crees que los pechos de Misty son como dos carpas muertas, no eres el más indicado para hablar.

Un cirujano te ha implantado un tubo de alimentación en el estómago. Tienes un tubito fino insertado en el brazo para tomarte la presión sanguínea. Que también te mide el oxígeno y el dióxido de carbono de las arterias. Tienes otro tubo insertado en el cuello para medirte la presión en las venas que te regresan al corazón. Llevas un catéter. Un tubo metido entre los pulmones y la caja torácica elimina cualesquiera fluidos que se te puedan acumular. Unos electrodos diminutos que llevas pegados al pecho te auscultan el corazón. Unos auriculares que llevas puestos envían ondas de sonido para estimularte el tronco cerebral. Un tubo que te han metido por la nariz bombea aire procedente de un respirador. Otro tubo se te mete en las venas y te introduce fluidos y medicación. Para evitar que se te sequen, tienes los ojos cerrados con cinta adhesiva.

Solamente para que sepas cómo vas a pagar esto, Misty ha prometido la casa a las Hermanas de la Asistencia y la Caridad. La mansión de Birch Street, con sus dieciséis acres, se la quedará la Iglesia católica en el mismo momento en que te mueras. Un centenar de años de la preciada historia de tu familia van a acabar en el bolsillo de esa gente.

En cuanto dejes de respirar, tu familia se quedará sin casa.

Pero no te preocupes, entre el respirador y el tubo de alimentación y la medicación no te vas a morir. No te podrías morir ni aunque quisieras. Te van a mantener con vida hasta que seas un esqueleto marchito con máquinas que te irán metiendo aire y vitaminas.

Querido Peter, pedazo de tonto. ¿Notas esto?

Además, cuando la gente habla de desenchufar al enfermo, se trata más bien de una metáfora. Toda esa maquinaria parece bastante integrada. Además están los generadores de repuesto, las alarmas de seguridad, las baterías, los códigos secretos de diez dígitos y las contraseñas. Para apagar el respirador se necesita una llave especial. Hace falta una orden judicial, un documento de renuncia por posible negligencia, cinco testigos y el consentimiento de tres médicos.

Así que ponte cómodo. Nadie va a desenchufar nada hasta que Misty encuentre una salida a este lío de mierda en que la has metido.

Solamente en caso de que no te acuerdes, cada vez que viene a visitarte lleva puesto uno de esos viejos broches roñosos que le regalaste. Al llegar se quita el abrigo y abre el alfiler del broche. Lo ha esterilizado con alcohol de friegas, por supuesto, Dios no quiera que te quede ninguna cicatriz o una infección de piel por estafilococos. Y luego te clava el alfiler del viejo broche roñoso -muy, muy despacio- en la carne de la mano, del pie o del brazo. Hasta que llega al hueso o hasta que sale por el otro lado. Si sale sangre, Misty te la limpia.

Es algo muy nostálgico.

Hay veces en que te visita y te clava la aguja una y otra vez. Y susurra:

—¿Notas esto?

No es que nunca te hayan clavado una aguja.

Ella susurra:

-Sigues vivo, Peter. ;Y esto, lo notas?

Ahora que te estás bebiendo tu limonada, leyendo esto debajo de un árbol dentro de una docena de años, o de un centenar de años, tienes que saber que la mejor parte de todas las visitas es el momento de clavarla aguja.

Misty te dio los mejores años de su vida. Misty no te debe nada más que un divorcio como una catedral. Como eres el imbécil agarrado que eres, la ibas a abandonar con el depósito de gasolina vacío, como haces siempre. Además le dejaste todos esos mensajes llenos de odio en las paredes de la gente. Le prometiste amarla, honrarla y apreciarla. Dijiste que convertirías a Misty Marie Kleinman en una artista famosa, pero luego la dejaste pobre, sola y odiada.

¿Notas esto?

Querido estúpido mentiroso. Tu Tabbi envía abrazos y besos a su papá. Dentro de pocos días cumple trece años. Es una adolescente.

El parte meteorológico de hoy anuncia furia parcial con arranques ocasionales de rabia.

En caso de que no te acuerdes, Misty te trajo unas botas de borreguko para que no se te enfriaran los pies. Llevas unas medias ortopédicas ajustadas para obligar a la sangre a regresar al corazón. Te está guardando los dientes que se te caen.

Solamente para que conste en acta, todavía te quiere. Si no te quisiera no se molestaría en torturarte.

Cabrón. ;Notas esto?

2 DE JULIO

Muy bien, muy bien, joder.

Solamente para que conste en acta, gran parte de este desastre es culpa de Misty. Pobre Misty Marie Kleinman. La pequeña criatura producto del divorcio y sin padres en su casa durante la mayor parte del tiempo.

Todo el mundo en la universidad, todas sus amigas en la facultad de bellas artes, le dijeron:

No lo hagas.

No, le dijeron sus amigas. No con Peter Wilmot. No con Peter De Flor En Flor.

La Eastern School of Art, la Meadow, Academy of Fine Arts, el Wilson Art Institute, se rumoreaba que a Peter Wilmot lo habían echado de todas.

Que te habían echado de todas.

Peter se apuntó a todas las facultades de bellas artes de once estados y luego nunca iba a las clases. Nunca pisaba su estudio. Los

Wilmot tenían que ser ricos, porque llevaba casi cinco años en aquella facultad y su portafolio seguía vacío. Lo único que hacía era flirtear con jovencitas a ornada completa. Tenía el pelo negro y llevaba jerséis de punto ensanchados y de color azul sucio. Siempre tenía la costura rota en un hombro y el borde le colgaba por debajo de la entrepierna.

No importaba que fueran gordas o delgadas, jóvenes o viejas: Peter se pasaba el día entero con su jersey azul roñoso, paseando lánguidamente por el campus y flirteando con todas las estudiantes. El siniestro Peter Wilmot. Las amigas de Misty lo señalaron un día, a él y a su jersey deshilachado en los codos y por detrás.

Tu jersey.

Las costuras se habían roto y había agujeros abiertos por detrás debajo de los cuales se veía la camiseta negra de Peter.

Tu camiseta negra.

La única diferencia entre Peter y un enfermo mental en régimen abierto con acceso limitado al jabón eran las joyas. O quizá no. No eran más que viejos broches y collares roñosos de estrás. Con sus cristales de estrás y sus perlas falsas incrustadas, eran montones viejos y rasposos de cristales de colores que colgaban sobre el pecho del jersey de Peter. Algunos días era un molinete enorme de esmeraldas falsas. Otros días era un copo de nieve a base de rubíes y diamantes de cristal astillado, con las partes metálicas reverdecidas por efecto del sudor.

De tu sudor.

Una chatarra de joyas.

Para que conste en acta, la primera vez que Misty vio a Peter fue en una exposición de alumnos de primero en que ella y unas amigas suyas estaban mirando una pintura de una casa de piedra de superficie rugosa. Por un lado la casa daba a un enorme recinto de cristal, un invernadero lleno de palmeras. A través de las ventanas se veía un piano. Y a un hombre leyendo un libro. Un pequeño paraíso privado. Sus amigas estaban diciendo que era muy bonito, que los colores estaban muy bien y todo eso. y de pronto alguien dijo:

-No os giréis ahora, pero viene hacia aquí Peter De Flor En Flor.

Misty dijo:

-Peter ¿qué?

Y alguien dijo:

-Peter Wilmot.

Y otra persona dijo:

-No lo miréis.

Todas sus amigas le dijeron: Misty, no le des cuerda. Siempre que Peter entraba en la sala, todas las mujeres recordaban una razón para marcharse. No es que apestara pero aun así una intentaba escurrir el bulto. No iba mirando los pechos pero la mayoría de las mujeres se cruzaban de brazos. Cuando veía hablar a una mujer con Peter Wilmot, veía que el músculo frontalis le levantaba la frente y se la arrugaba, prueba de que estaba asustada. Peter tenía los párpados superiores medio cerrados, más como si estuviera enfadado que como si intentara enamorarse.

Luego, aquella noche en la galería, las amigas de Misty se dispersaron.

Y ella se quedó allí, a solas con Peter, con su pelo grasiento, su jersey y sus viejas joyas roñosas. Y Peter apoyó el peso del cuerpo en los

talones, con los brazos en jarras, miró el cuadro y dijo:

-¿Y bien?

Sin mirarla, le dijo:

-¿Vas a ser una gallina y te vas a escapar con tus amiguitas?

Dijo aquello sacando pecho. Tenía los párpados superiores medio cerrados y proyectaba la mandíbula de adelante hacia atrás. Los dientes le rechinaban. Se dio media vuelta y se dejó caer contra la pared con tanta fuerza que el cuadro que tenía al lado quedó torcido. Incluyó el cuerpo hacia atrás, con los hombros pegados a la pared y las manos en los bolsillos de los vaqueros. Cerró los ojos y respiró hondo. Soltó el aire despacio, abrió los ojos para mirarla y dijo:

-¿Y bien: ¿Qué te parece?

-¿El cuadro? -dijo Misty. La casa de piedra de superficie rugosa. Extendió el brazo y lo volvió a poner recto.

Y Peter miró de lado sin girar la cabeza. Movié los ojos para ver el cuadro que tenía al lado del hombro y dijo:

-Crecí en la casa de al lado de esa. El tipo del libro es Brett Petersen. -Y luego, en voz alta, demasiado alta, dijo-: Quiero saber si te quieres casar conmigo.

Así es como Peter le pidió matrimonio.

Así es como me pediste matrimonio. La primera vez.

Todo el mundo decía que era de la isla. De aquel museo de cera que era la isla de Waytansea, con todas aquellas viejas familias isleñas que se remontaban al Pacto del Mayflower. Aquellos viejos y elegantes árboles familiares donde todo el mundo era primo segundo. Donde hacía doscientos años que nadie tenía que comprar nada de vajilla. Comían carne en todas las comidas y todos los hijos parecían llevar las mismas viejas joyas roñosas. Sus viejas casas familiares de piedra y tejas de madera se erguían en Elm Street, Juniper Street y Hornbeam Street, erosionadas por el aire cargado de sal.

Hasta sus golden retrievers eran todos primos entre sí por culpa de la cría endogámica.

La gente decía que en la isla de Waytansea todo tenía la misma atmósfera de museo. El ferry viejo y trasnochado con capacidad para seis coches. Las tres manzanas de edificios de ladrillo rojo de Merchant Street, la tienda de comestibles, la vieja torre del reloj de la biblioteca, las tiendas. Los porches de listones blancos que daban toda la vuelta al viejo hotel Waytansea, en la actualidad cerrado. La iglesia de Waytansea, toda de granito y vidrieras de colores.

En la galería de la facultad de bellas artes, Peter llevaba un broche consistente en un círculo de cristales de estrás de color azul sucio. Dentro del mismo había un círculo de perlas falsas. Algunas de las piedras azules se habían caído y los encajes vacíos parecían mostrar sus dientes afilados. El metal era plata, pero estaba todo retorcido y se estaba volviendo negro. La punta del largo alfiler sobresalía por debajo de uno de los bordes y tenía manchones de óxido.

Peter tenía un tazón enorme de plástico lleno de cerveza con el logotipo de un equipo deportivo en el lado y dio un trago. Dijo:

-Si nunca te vas a plantear casarte conmigo, no tiene sentido que te lleve a cenar, ¿no? —Miró al techo, luego me miró a mí y dijo—: Creo que este tipo de acercamiento ahorra un montón de tiempo.

-Solamente para que conste en acta -le dijo Misty-, esa casa no

existe. Me la inventé. Te dijo Misty.

Y tú dijiste:

-Te acuerdas de esa casa porque sigue en tu corazón.

Y Misty dijo:

-¿Cómo coño sabes lo que tengo en el maldito corazón?

Las grandes casas de piedra. El musgo de los árboles. Olas oceánicas que susurran y rompen bajo acantilados de piedra marrón. Todo eso tenía en su corazoncito de clase baja e inculto.

Tal vez porque Misty seguía allí de pie, tal vez porque tú creías que estaba gorda y se sentía sola, y porque no se había escapado, tú te miraste el broche que llevabas en el pecho y sonreíste. La miraste y dijiste:

-¿Te gusta?

Y Misty dijo:

-¿Cómo de viejo es?

Y tú dijiste:

-Viejo.

-¿Qué clase de piedras son? -dijo ella.

Y tú dijiste:

-Azules.

Solamente para que conste en acta, no fue fácil enamorarse de Peter Wilmot. De ti. Misty dijo: -¿De dónde ha salido?

Y Peter negó un poco con la cabeza y sonrió con la vista en el suelo. Se mordió el labio de abajo. Miró a su alrededor a la poca gente que quedaba en la galería, con los ojos fruncidos, y miró a Misty y dijo:

-Si te enseño algo, ¿me prometes que no te morirás de asco?

Ella miró por encima del hombro a sus amigas. Estaban junto a un cuadro colgado en la otra punta de la sala, pero no les quitaban la vista de encima.

Y Peter susurró, con el culo todavía apoyado en la pared, se inclinó hacia ella y susurró:

-Para hacer arte de verdad hay que sufrir.

Solamente para que conste en acta, Peter le preguntó una vez a Misty si sabía por qué le gustaba el arte que le gustaba. ¿Por qué una escena terrible de batalla como la del Guernica de Picasso puede ser hermosa mientras que una pintura de dos unicornios besándose en un jardín floral puede ser una mierda?

¿Acaso alguien sabe por qué le gusta algo?

¿Por qué la gente hace lo que hace?

Allí en la galería, con sus amigas espiándola, uno de los cuadros tenía que ser de Peter, así que Misty dijo:

-Vale, enseñame una obra de arte de verdad.

Y Peter dio un trago de cerveza y le pasó la taza de plástico. Dijo:

-Recuerda que lo has prometido.

Se levantó con las dos manos el borde raído del jersey y estiró de él hacia arriba. Fue como levantar el telón de un teatro. Como un desvelamiento. El jersey reveló su vientre flaco con un poco de pelo en el medio. Luego el ombligo. El pelo se extendió a los lados alrededor de dos pezones rosados que empezaron a asomar.

El jersey se detuvo, con la cara de Peter escondida tras el mismo y un pezón estirado hasta casi desprenderse del pecho, rojo y lleno de costras, pegado al interior del viejo jersey.

-Mira -dijo la voz de Peter desde detrás-, el alfiler del broche me atraviesa el pezón.

Alguien soltó un chillido y Misty se dio la vuelta para mirar a sus amigas. La taza de plástico se le cayó de la mano y chocó contra el suelo en medio de una explosión de cerveza.

Peter se bajó el jersey y dijo:

-Me lo prometiste.

Había sido ella. La aguja oxidada estaba clavada por debajo de un borde del pezón, se hundía hasta el fondo y sobresalía por el otro lado. La piel de alrededor estaba manchada de sangre. El pelo estaba pringado de sangre seca. Había sido Misty. La que había chillado.

-Cada día hago un agujero distinto —dijo Peter. Se agachó para recoger la taza y dijo-: Es para sentir un dolor nuevo cada día.

Ahora que se fijaba, el jersey alrededor del broche estaba negro y acartonado por la sangre. Con todo, aquello era la facultad de bellas artes. Había visto cosas peores. O tal vez no.

-Eh -dijo Misty-, estás loco. -Sin más razón, tal vez por el horror, soltó una risotada y dijo-: En serio. Eres vomitivo. -Tenía los pies enfundados en sandalias, pegajosos y salpicados de cerveza.

¿Quién sabe por qué nos gusta lo que nos gusta?

Y Peter dijo:

-¿Has oído hablar de la pintora Maura Kincaid? -Retorció el broche cuya aguja le atravesaba el pecho para hacerlo brillar bajo la luz blanca de la galería. Para que sangrara-. ¿O de la Escuela de Pintoras de Waytansea?

¿Por qué hacemos lo que hacemos?

Misty volvió a mirar a sus amigas y las amigas la miraron a ella, con las cejas levantadas, listas para acudir al rescate.

Ella miró a Peter y dijo:

-Me llamo Misty. -Y le ofreció la mano.

Y lentamente, y sin dejar de mirarla, Peter extendió el brazo y abrió el cierre del broche. La cara se le contrajo de dolor y todos los músculos se le tensaron un segundo. Sus ojos parecieron cerrarse de tantas arrugas que le salieron cuando se sacó la larga aguja del jersey. Cuando se la sacó del pecho.

De tu pecho. Manchada de tu sangre. Cerró otra vez la aguja y le puso el broche en la palma de la mano.

Y dijo:

-Entonces, ¿te quieres casar conmigo?

Lo dijo como un desafío, como si estuviera buscando pelea, como si le tirara un guante a los pies. Como un reto. Un duelo. La recorrió entera con la mirada: el pelo, los pechos, las piernas, los brazos y las manos, como si Misty Kleinman fuera el resto de su vida.

Querido Peter, ¿notas esto?

Y la pequeña idiota del poblado de caravanas cogió el broche.

3 DE JULIO

Ángel le dice que cierre el puño. Le dice:

-Estira el dedo índice como si fueras a hurgarte la nariz.

Le coge la mano a Misty, con el dedo estirado, y se la sostiene de forma que la yema del dedo roce la pintura negra de la pared. Le mueve el dedo para que vaya siguiendo el rastro de pintura negra en espray, los fragmentos de frases y garabatos, los goterones y las manchas, y Ángel dice:

-¿Notas algo?

Solamente para que conste en acta, son un hombre y una mujer muy juntos en una habitación a oscuras. Se han metido por un agujero en la pared y la propietaria está esperando fuera. Para que quede claro que esto es el futuro, Ángel lleva unos pantalones de cuero marrón ajustados que huelen igual que el betún. Igual que los asientos de cuero de los coches. Igual que te huele la cartera empapada de sudor después de que la hayas llevado en el bolsillo de atrás mientras conducías durante un día caluroso de verano. Ese olor que antes Misty fingía odiar, así es como los pantalones de cuero de Ángel huelen ahora que están pegados a ella.

De vez en cuando la propietaria que está fuera le da una patada a la pared y grita:

-¿Quieren decirme qué están haciendo los dos ahí dentro?

El parte de hoy anuncia calor y sol con algunas nubes dispersas y ha llamado una propietaria desde Pleasant Beach para decir que le ha desaparecido el rincón del desayuno y que alguien tendría que venir a verlo enseguida. Misty ha llamado a Ángel Delaporte y él ha ido a buscarla a la llegada del ferry para ir los dos juncos en coche. Se ha traído su cámara, y una bolsa llena de lentes y película.

Ángel, tal vez te acuerdes, vive en Ocean Park. Una pista: le emparedaste la cocina. Dice que la forma en que escribes las emes, con el primer montículo más grande que el segundo, demuestra que valoras tu propia opinión por encima de la opinión pública. Que tu forma de trazar las haches minúsculas, con el trazo final retrocediendo por debajo del montículo, muestra que no estás dispuesto a comprometerte. Es grafología, una ciencia seria, dice Ángel. Después de ver las pintadas de su cocina desaparecida pidió ver las de otras casas.

Solamente para que conste en acta, Ángel dice que la forma en que escribes las ges minúscula- y las ies griegas, con el rabito inferior hacia la izquierda, quiere decir que estás muy

Y Misty le contesta que en eso tiene razón.

Ángel y ella han ido en coche a Pleasant Beach y una mujer les ha abierto la puerta de su casa. Se los ha quedado mirando, -con la cabeza tan inclinada hacia atrás que se miraba también la nariz, con la barbilla proyectada hacia delante y los labios fuertemente apretados, con los músculos de las esquinas de la mandíbula, los músculos maseteros, cerrados como pequeños puños, y ha dicho:

¿Es que Peter Wilmot es demasiado perezoso para venir a dar la cara?

El pequeño músculo que le iba del labio inferior a la barbilla, el *mentalis*, estaba tan tenso que parecía que su barbilla tuviera un millón de granitos. Y les ha dicho:

-Mi marido lleva haciendo gárgaras desde esta mañana.

El *mentalis*, el *corrugator*, todos esos pequeños músculos de la cara, son las primeras cosas que te enseñan en la clase de anatomía de la facultad de bellas artes. Después ya puedes distinguir una sonrisa falsa

porque los músculos *risorius* y *platysma* tiran del labio interior hacia abajo y hacia afuera, tensándolo y dejando al descubierto los dientes de abajo.

Solamente para que conste en acta, saber cuándo a la gente no le caes bien de verdad sino que únicamente lo están fingiendo no es la mejor habilidad que se puede tener.

En la cocina, el papel de pared amarillo está arrancado alrededor de un agujero situado cerca del suelo. Las baldosas amarillas del suelo están cubiertas de papeles de periódico y polvo blanco de yeso. Al lado del agujero hay una bolsa de plástico llena hasta arriba de cascotes de yeso. De la bolsa sobresalen tiras enroscadas de papel de pared amarillo. Amarillo salpicado de pequeños girasoles de color naranja.

La mujer está junto al agujero, con los brazos cruzados sobre el pecho. Señala con la cabeza al agujero y dice:

-Ahí lo tienen.

Los trabajadores del metal, le dice Misty, atan una rama al punto más alto de un rascacielos para celebrar que no ha muerto nadie durante la construcción. O para traerle prosperidad al edificio nuevo. Se llama «enarbolar». Una tradición pintoresca.

Los constructores están llenos de supersticiones irracionales.

Misty le dice a la propietaria que no se preocupe.

El músculo *corrugator* le junta las cejas a la propietaria por encima de la nariz. El *levator labii superioris* le pone una mueca en el labio superior y le dilata los orificios nasales. El músculo *depressor labii inferioris* le tira del labio inferior hacia abajo hasta dejarle al descubierto los dientes de abajo. Y dice:

-Es usted quien tendría que estar preocupada.

Dentro del agujero, el cuartito a oscuras tiene tres de las cuatro paredes cubiertas de bancos amarillos empotrados, como una especie de reservado de restaurante pero sin mesa. Es lo que la propietaria llama el rincón del desayuno. Los bancos amarillos son de vinilo amarillo y las paredes por encima de los bancos están empapeladas con papel de color amarillo. Todo está lleno de pintadas hechas con espray negro, y Ángel pasa la mano por la pared, donde dice: «... salvar nuestro mundo matando a ese ejército de invasores...».

Son el espray negro, las frases incoherentes y los trazos de Peter. Sus garabatos. Las pintadas recorren los cuadros, los cojines de encaje y los bancos de vinilo. En el suelo hay latas vacías con huellas de las manos de Peter, con las espirales de sus huellas dactilares en pintura, como si todavía estuviera agarrando la lata.

Las pintadas a espray recorren los cuadritos de flores y pájaros. El reguero de palabras avanza sobre los cojincitos de encaje. Discurre por la sala en todas direcciones, por el suelo embaldosado y hasta por el techo.

Ángel dice:

-Déme la mano.

Y le hace cerrar el puño con solamente el índice extendido. Le acerca el dedo a las palabras escritas en negro sobre la pared y le hace reseguir cada palabra.

La mano de él se cierra en torno a la de ella y guía su dedo. El sudor avanza lento y oscuro alrededor de su cuello y bajo los brazos de su camiseta blanca. El olor a vino de su aliento se acumula a un lado del cuello de Misty. La mirada de Ángel se posa en ella mientras ella observa las palabras pintadas en la pared. Esas son las sensaciones de la sala.

Ángel le sostiene el dedo sobre la pared, le mueve la yema por encima de las palabras pintadas y dice:

-¿Nota cómo se sentía su marido?

De acuerdo con la grafología, si uno coge el dedo índice y resigue la caligrafía de alguien, quizá si uno coge una cuchara de madera o un palillo y escribe encima de las palabras escritas, puede sentir exactamente lo que sentía el que las escribió en el momento de escribirlas. Hay que estudiar la presión y la velocidad de la escritura, apretar de la misma forma que apretaba el que escribía. Escribir a la misma velocidad que el que escribía. Ángel dice que es todo muy similar al Método de Interpretación. A lo que él llama el Método de Acción Física de Konstantin Stanislavski.

Ángel dice que el análisis de la caligrafía y el Método de Interpretación se popularizaron al mismo tiempo. Stanislavski estudió la obra de Pavlov y su perro babeante y también el trabajo del neurofisiólogo I.M. Sechenov. Antes de eso. Edgar Allan Poe estudió grafología. Todo el mundo estaba intentando vincular lo físico y lo emocional. El cuerpo y la mente. El mundo y la imaginación. Este mundo y el otro.

Guiando el dedo de Misty por la pared, resiguen las palabras: «... tu flujo sin fin, con tu ansia sin fondo y tus demandas estridentes...».

En susurros, Ángel dice:

—Si la emoción puede crear una acción física, entonces duplicar la acción física puede recrear la emoción.

Stanislavski, Sechenov. Poe, todos buscaban un método científico para producir milagros por encargo, dice Ángel. Una forma infinita de repetir lo accidental. Una línea de montaje para planear y fabricar lo espontáneo.

Lo místico confluye con la revolución industrial.

La sala entera huele igual que la alfombra después de que te embetunes las botas. Igual que la parte de dentro de un cinturón grueso. De un guante de béisbol. De un collar de perro. El olor vagamente avinagrado de la correa sudada de tu reloj.

El ruido de la respiración de Ángel, el costado de la cara de ella húmedo por efecto de los susurros de él. La mano de Ángel dura y rígida como un cepo sobre la de ella cuando le aprieta la mano. Las uñas de él clavándose en la piel de Misty.

Y Ángel dice:

-Palpe. Palpe y dígame qué sentía su marido.

Las palabras: «... vuestra sangre es nuestro oro...».

A veces leer puede ser como recibir una bofetada en la cara.

Fuera del agujero, la propietaria dice algo. Se pone a dar golpes en la pared y dice levantando la voz:

-Sea lo que sea que tienen que hacer, será mejor que lo estén haciendo.

Ángel susurra:

-Dígalo.

Las pintadas dicen: «... vosotros, una plaga, arrastrando vuestros fracasos y vuestra basura...».

Ángel obliga a tu mujer a pasar los dedos por encima de cada letra y dice:

-Dígalo.

Y Misty dice:

-No. -Dice-: No son más que tonterías. Envolviendo los dedos de ella y guiándolos, Ángel la empuja con el hombro y va diciendo:

-No son más que palabras. Puede decirlo.

Y Misty dice:

-Son malignas. No tienen sentido.

Las palabras: «... sacrificaros a todos a modo de ofrenda, cada cuatro generaciones...».

Misty nota la piel de Ángel caliente y tensa en torno a los dedos. Y él le dice:

-Entonces, ¿por qué ha venido a verlas?

Las palabras: «... las piernas gordas de mi mujer están llenas de varices...».

Porque el estúpido de su querido marido no dejó una nota de suicidio.

Porque esta es una parte de él que ella nunca conoció.

Porque quiere entender quién era. Quiere descubrir qué pasó.

Misty le dice a Ángel:

-No lo sé.

Los constructores de la vieja escuela, le cuenta ella, nunca empezaban una casa en lunes. Solamente en sábado. Después de poner los cimientos, tiraban un puñado de semillas de centeno. Al cabo de tres días, si las semillas no echaban retoños, construían la casa. Enterraban una vieja Biblia debajo del suelo o la emparedaban. Siempre dejaban una pared sin pintar hasta que llegaban los propietarios. De esa forma, el diablo no se enteraba de que la casa estaba terminada hasta que ya había gente viviendo en ella.

Ángel saca algo plano y plateado de un bolsillo lateral de la bolsa de su cámara, algo del tamaño de una edición de bolsillo. Es cuadrado y brillante, una petaca, con la superficie curvada de forma que en el lado cóncavo las cosas se reflejan altas y delgadas. Y en el lado convexo las cosas se reflejan bajas y rechonchas. Se la da a Misty. El metal es pesado y liso y tiene un tapón redondo en un extremo. Algo líquido se mueve dentro y el peso de la petaca se desplaza. La bolsa de la cámara es de una tela gris y rugosa y está cubierta de cremalleras.

En el lado alto y delgado de la petaca hay grabada la inscripción: «Para Ángel. Te amo».

Misty dice:

-¿Y usted? ¿Qué hace usted aquí?

Ella coge la petaca y sus dedos se tocan. Contacto físico. Flirteo.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia sospechas parciales de posible traición.

Y Ángel dice:

-Es ginebra.

El tapón se desenrosca y se retira sujeto por un bracito que lo mantiene unido a la petaca. El contenido huele a diversión. Y Ángel dice «Beba», y sus huellas dactilares cubren el reflejo alto y delgado de ella en el metal pulimentado. Por el agujero de la pared se ven los pies de la propietaria calzados con mocasines de ante. Ángel coloca la bolsa de la cámara de forma que tape el agujero.

En alguna parte más allá de todo esto se oye cómo las olas susurran y rompen. Susurran y rompen.

La grafología dice que en nuestra caligrafía aparecen los tres aspectos de todas las personalidades. Todo lo que hay por debajo del nivel inferior de una palabra, la cola de una ge o de una i griega minúscula, por ejemplo, eso habla del inconsciente. Lo que Freud llamaba el «ello». Ese es el lado más animal de la persona. Si se inclina hacia la derecha quiere decir que uno está orientado al futuro y al mundo exterior. Si la cola se inclina a la izquierda, quiere decir que uno está atrapado en el pasado y encerrado en sí mismo.

Escribes o caminas por la calle y toda tu vida queda al descubierto en cada uno de tus actos físicos. La forma en que yergues los hombros, dice Ángel. Todo es arte. Lo que haces con las manos siempre está contando tu vida entera.

Dentro de la petaca hay ginebra, de esa buena que uno nota fría y clara por toda la garganta.

Ángel dice que los palos superiores de las letras, todo lo que sobresale por encima de una e o de una equis minúscula, esa parte alta describe tu yo espiritual más ¿levado. Tu superyó. La forma en que escribes las eles o las haches o pones los puntos de las íes muestra la persona en la que aspiras a convertirte.

Todo lo que hay en medio, la mayor parte de las letras minúsculas, muestran tu yo. El hecho de que estén apretadas y sean picudas o bien estén espaciadas y sean anchas desvela a tu yo normal y cotidiano.

Misty le pasa la petaca a Ángel y este da un trago.

Luego dice:

-¿Nota algo?

Las palabras de Peter dicen; «... es con vuestra sangre que conservamos el mundo para las próximas generaciones...»

Tus palabras. Tu arte.

El dedo de Ángel se abre alrededor del de ella. Se adentran en la oscuridad y se oye cómo se abren las cremalleras de la bolsa de la cámara. El olor a cuero marrón se aleja de Misty y luego se oye el clic y el flash de la cámara de fotos. Ángel se lleva la petaca a los labios y el reflejo de ella resbala hacia arriba y hacia abajo por el metal que él tiene entre los dedos.

Los dedos de Misty resiguen las paredes. La escritura dice: «... he hecho mi parte. La he encontrado...».

Dice: «... no es trabajo mío matar a nadie. Ella es la verdugo...».

Misty cuenta que para captar adecuadamente la expresión de dolor, el escultor Bernini dibujaba bocetos de su propia cara mientras se quemaba la pierna con una vela. Que cuando Géricault pintó *La balsa de la Medusa* fue a un hospital para dibujar las caras de los pacientes que agonizaban. Que se llevaba sus cabezas y brazos cortados a su estudio para estudiar cómo cambiaba la piel de color a medida que se iba pudriendo.

Se oye un golpe en la pared. Luego se oye otro y la pintura tiembla. Desde el otro lado la propietaria da otra patada a la pared con sus zapatos náuticos de lona y los cuadros de pájaros y flores traquetean contra el papel de pared amarillo. Contra los garabatos hechos con espray negro. Y grita:

-Pueden decirle a Peter Wilmot que va a ir a la cárcel por esta mierda.

Más allá de todo esto, las olas del océano susurran y rompen.

Con los dedos todavía resiguiendo tus palabras, intentando palpar cómo te sentías, Misty dice:

-¿Ha oído hablar usted de una pintora local llamada Maura Kincaid?

Desde detrás de su cámara, Ángel dice:

-No mucho. -Y pulsa el botón del obturador. Y dice-: ¿No tenía Kincaid alguna relación con el síndrome de Stendhal?

Misty da otro trago, la bebida le quema la garganta y le arranca lágrimas de los ojos. Dice:

-¿Murió de eso?

Y sin dejar de sacar fotos, Ángel la mira a través de su cámara y dice:

-Mire aquí. -Dice-: ¿Qué dijo usted de ser artista? ¿Algo sobre la anatomía? Sonría de forma que parezca una sonrisa verdadera.

4 DE JULIO

Solamente para que lo sepas, esto tiene un aspecto maravilloso. Es el día de la Independencia y el hotel está completo. La playa está abarrotada. El vestíbulo está atiborrado de veraneantes, todos pululando y esperando a que empiecen los fuegos artificiales en el continente,

Tu hija, Tabbí, tiene una tira de cinta adhesiva encima de cada párpado. Se dedica a ir a ciegas, palpando y agarrando para guiarse por el vestíbulo. Va de la chimenea al mostrador de recepción, contando «ocho, nueve, diez...», contando los pasos desde un punto de referencia al siguiente.

Los forasteros de veraneo se sobresaltan un poco cuando sienten sus manos tanteando. Le dedican sonrisas rígidas y se apartan. Esa chica con un vestido de verano a cuadros descoloridos de color amarillo y rosa, con el pelo moreno recogido con una cinta amarilla, la perfecta niña de la isla de Waytansa. Toda pintalabios y pintañas rosa. Jugando a algún juego encantador y anticuado.

Pasa las palmas de las manos por una pared, palpa un cuadro, manosea una estantería.

Al otro lado de las ventanas del vestíbulo se producen un destello y un estallido. Los fuegos artificiales se elevan desde el continente y trazan un arco en dirección a la isla. Como si el hotel estuviera siendo atacado.

Ruedas enormes de llamas amarillas y anaranjadas. Estallidos rojos de fuego. Estelas y chispas azules y verdes. El estallido siempre se retrasa, igual que los truenos se retrasan respecto a las centellas. Y Misty se dirige a su hija y le dice:

-Cariño. Ya han empezado. -Dice-: Abre los ojos y ven

Con la cinta adhesiva todavía sujetándole los párpados, Tabbí dice:

-Necesito explorar la sala mientras todos están aquí.

Y sigue avanzando a tientas de un forastero a otro. Todos los veraneantes permanecen paralizados y mirando el cielo. Y sigue contando los pasos que hay que dar hasta las puertas del vestíbulo y el porche de afuera.

5 DE JULIO

En vuestra primera cita verdadera, tú y Misty ajustasteis un lienzo en el bastidor para ella.

Peter Wilmot y Misty Klemman, en una cita, sentados entre las hierbas altas, en un solar grande y vacío. Las abejas y moscas estivales pululaban en torno a ellos. Sentados sobre una manta a cuadros que Misty había traído de su apartamento. A su caja de pinturas de madera descolorida y cubierta de barniz amarillento, con las esquinas metálicas y las bisagras casi negras de tan deslustradas, Misty le ha extendido las patas que forman un caballete.

Si ya te acuerdas de todo esto, sáltatelo.

Si te acuerdas, las hierbas eran tan altas que tuviste que pisotearlas para formar un nido bajo el sol.

Era el trimestre de primavera y en el campus todo el mundo parecía tener la misma idea. Tejer un reproductor de discos compactos o la unidad central de un ordenador usando nada más que palos y hierbas nativas. Trozos de raíces. Vainas de semillas. El aire olía a pegamento.

Nadie se dedicaba a ajustar lienzos y pintar paisajes. Porque no tenía nada de ingenioso. Pero Peter se sentó en aquella manta bajo el sol. Se abrió la chaqueta y se estiró de los bajos del jersey ancho. Y debajo del mismo, sobre su pecho y su barriga desnudos, había un lienzo en blanco grapado en torno a un bastidor.

En lugar de crema bronceadura, te habías pintado con carboncillo debajo de los ojos y en el puente de la nariz. Una cruz grande y negra en medio de tu cara.

Si estás leyendo esto ahora, llevas Dios sabe cuánto tiempo en coma. Lo último que debería hacer este diario es aburrirte.

Cuando Misty te preguntó por qué llevabas el lienzo debajo de la ropa, metido así debajo del jersey...

Peter dijo:

-Para asegurarme de que es el tamaño adecuado.

Eso dijiste.

Si te acuerdas, sabrás que estabas masticando un tallo de hierba. Recordarás el sabor. Los músculos de tu mandíbula grandes y tensos, primero a un lado y luego al otro, mientras ibas masticando. Con una mano escarbabas entre las hierbas y recogías trozos de grava o terrones.

Todas las amigas de Misty se dedicaban a tejer sus estúpidas hierbas. Para fabricar algún aparato que pareciera lo bastante real como para ser ingenioso. Y que no se desmontara. A menos que tuviera el aspecto genuino de un sistema de entretenimiento de alta tecnología prehistórico real, la ironía no funcionaba.

Peter le dio el lienzo en blanco y le dijo:

-Pinta algo.

Y Misty dijo:

-Nadie pinta. Ya no lo hace nadie.

Si alguien entre sus conocidos pintaba, usaba su propia sangre o su propio semen. Y pintaban sobre perros vivos de la perrera o sobre postres moldeados de gelatina, pero nunca sobre un lienzo.

Y Peter dijo:

-Apuesto a que tú todavía pintas sobre lienzo. -¿Por qué? -dijo Misty-. ¿Por qué soy una retrasada? ¿Por qué no sé hacer nada mejor?

Y Peter dijo: -Tú pinta, joder.

Se suponía que tenían que haber superado el arte representativo. Eso de hacer cuadros bonitos. Se suponía que debían aprender el sarcasmo visual. Misty decía que pagaban una matrícula demasiado alta para no practicar las técnicas de la ironía eficaz. Decía que las pinturas bonitas no enseñaban

Y Peter dijo:

-Ni siquiera tenemos edad para comprar cerveza, ¿que se supone que le tenemos que enseñar al mundo? -Tumbado allí, de espaldas a su nido de hierbas, con el brazo debajo de la cabeza, Peter dijo-: Todos los esfuerzos del mundo no importan si no estás inspirado.

En caso de que no te dieras cuenta, hostia, pedazo de bobo, Misty quería realmente caerte bien. Solamente para que conste en acta: su vestido, sus sandalias y su sombrero blando de paja, se lo había puesto todo para ti. Si le hubieras tocado el pelo para algo, le habría crujido de tanta laca que llevaba.

Llevaba tanta colonia Windsong que atraía a las abejas.

Y Peter le puso el lienzo en blanco en su caballete. Y dijo: -Maura Kincaid nunca fue a la puta facultad de bellas artes. -Escupió un salivazo verde, cogió otro tallo de hierba y se lo metió en la boca. Con ja lengua manchada de verde, dijo-: Apuesto a que si pintaras lo que tienes en el corazón, lo podrías colgar en un museo.

Lo que tenía en el corazón, le dijo Misty, no eran más que chorradas.

Y Peter se la quedó mirando. Dijo:

-Pues ¿qué sentido tiene pintar algo que no amas? Lo que ella amaba, le dijo Misty, nunca se vendería. La gente no lo compraría.

Y Peter dijo:

-Tal vez te sorprenderías.

Aquella era la teoría de Peter sobre la expresión personal. Sobre la paradoja de ser un artista profesional. El hecho de que nos pasamos la vida intentando expresarnos bien pero no tenemos nada que decir. Queremos que la creatividad sea un sistema de causa y efecto. Resultados. Producto vendible. Queremos que la dedicación y la disciplina equivalgan al reconocimiento y la recompensa. Entramos en la rutina de la facultad de bellas artes, de nuestro programa de posgrado, y practicamos, practicamos, practicamos. No tenemos nada que documentar con nuestras excelentes habilidades. De acuerdo con Peter, nada nos cabrea más que el hecho de que un droga-dicto, un vago total o un pervertido baboso creen una obra maestra. Como si fuera un accidente.

Algún idiota que no tiene miedo de decir qué es lo que ama.

-Platón -dice Peter, y gira la cabeza para soltar un salivazo verde entre las hierbas-. Platón dijo: «Aquel que se acerque al templo de las Musas sin inspiración, creyendo que la mera técnica basta, será siempre un ladrón y su poesía será eclipsada por los cantos de los maníacos».

Se metió otra hierba en la boca, la masticó y dijo:

-Así pues, ¿qué es lo que convierte en maníaca a Misty Klein man?

Sus casas de fantasía y sus calles adoquinadas. Sus gaviotas volando en círculos sobre las barcas de los pescadores de ostras cuando estos regresan de los bancos que ella no ha visto nunca. Los maceteros de las ventanas abarrotados de dragones y zinnias. Ni en cofia iba a pintar toda aquella mierda.

-Maura Kincaid -dice Peter- no cogió un pincel hasta que tenía cuarenta y un años. -Empezó a sacar pinceles de la caja de madera descolorida y a retorcerles la punta para afilarlos-. Se casó con un carpintero de toda la vida de la isla de Waytansea y tuvieron un par de hijos.

Sacó los tubos de pintura de Misty y los puso junto a los pinceles, sobre la manta.

-No fue hasta que murió su marido -dijo Peter-. Entonces Maura enfermó muchísimo, de tuberculosis o algo parecido. En aquella época, si tenías cuarenta y un años ya eras una mujer mayor.

Hasta que murió uno de sus hijos, le contó, Maura Kincaid jamás había pintado un cuadro. Y dijo:

-Tal vez la gente tiene que sufrir de verdad antes de poder arriesgarse a hacerlo que aman.

Tú le dijiste todo esto a Misty.

Le dijiste que Miguel Ángel era un maníaco-depresivo que se retrató a sí mismo como mártir flagelado en su cuadro. Que Henri Matisse dejó la abogacía por una apendicitis. Que Robert Schumann solamente empezó a componer después de que se le paralizara la mano derecha y eso terminara con su carrera de concertista de piano.

Mientras decías esto te estabas hurgando el bolsillo. Intentando sacar algo.

Hablaste de Nietzsche y de su sífilis terciaria. De Mozart y su uremia. De Paul Klee y el escleroderma que le encogió las articulaciones y los músculos hjsu matarlo. De Frida Kahlo y la espina bífida que le llenaba las piernas de llagas sangrantes. De lord Byron y su pie deforme. De las hermanas Bronté y su tuberculosis. De Mark Rothko y su suicidio. De Flannery O'Connor y su lupus. La inspiración necesita enfermedad, heridas y locura.

-De acuerdo con Thomas Mann-dijo Peter-, los grandes artistas son grandes inválidos.

Y pusiste algo sobre la manta. Allí, entre los tubos de pintura y los pinceles, dejaste un broche enorme de estrás. Con un diámetro tan grande como el de un dólar de plata, era un broche de cristales de color claro, espejitos pulimentados en una rueda de color amarillo y anaranjado, todos mellados y empañados. Allí encima de la manta a cuadros, el broche parecía hacer estallar la luz del sol en forma de chispas. El metal era de color gris deslustrado y engarzaba los cristales de estrás con unos dedos diminutos y afilados.

Peter dijo:

-¿Estás oyendo algo de esto?

Y Misty cogió el broche. El destello se reflejó directamente en sus ojos y la dejó cegada, deslumbrada. Desconectada de todo lo que había allí, del sol y de las hierbas.

-Es para ti -dijo Peter-. Para que te inspires. El reflejo de Misty roto

en una docena de fragmentos en cada uno de los cristales de estrás. Un millar de caras diminutas. Misty le dijo a los colores que le brillaban en la mano:

-Y dime, ¿cómo murió el marido de Maura Kincaid?

Y Peter, con los dientes verdes, soltó un salivazo verde entre las hierbas altas que los rodeaban. Con la cruz negra en la cara. Se lamió los labios verdes con la lengua verde y dijo:

-Asesinado -dijo Peter-. Lo asesinaron.

Y Misty empezó a pintar.

6 DE JULIO

Solamente para que conste en acta, la biblioteca vieja y roñosa con el papel de las paredes arrancado en todas las juntas y las moscas muertas dentro de todas las lámparas de cristal glaseado blanco del techo, todo lo que recuerdas, sigue aquí. Si es que te acuerdas. El mismo globo del mundo gastado y descolorido hasta acabar siendo del color de la sopa. Con los continentes grabados en lugares como Prusia o el Congo belga. Todavía tienen el letrero enmarcado que dice: «Todo el que sea sorprendido pintarrajeando en los libros será denunciado». La vieja señora Terrymore, la bibliotecaria, viste los mismos trajes de tweed, pero ahora lleva una chapa en la solapa tan grande como su cara que dice: «¡Consiga un futuro nuevo con Owens Landing Financial Services!».

Si no entiendes algo, puedes hacer que signifique cualquier cosa.

La isla está llena de gente que lleva chapas o camisetas con esa clase de mensajes publicitarios. Si las llevan en público les dan algún pequeño premio o recompensa en metálico. Convierten sus cuerpos en vallas publicitarias. Llevan gorras de béisbol con números telefónicos gratuitos.

Tabbi está aquí, acompañada por Misty, buscando libros sobre caballos e insectos que la maestra quiere que lea antes de empezar séptimo curso este verano.

Nada de ordenadores. La ausencia de conexiones a internet o de terminales de bases de datos significa nada de veraneantes. Nada de capucemos. No se pueden ver cintas de vídeo ni DVD. No se puede hablar más que en susurros. Tabbi está en la sección infantil y tu mujer está en su propio coma personal: la sección de los libros de arte.

Lo que te enseñan en la facultad de bellas artes es que los famosos antiguos maestros como Rembrandt, Caravaggio y Van Eyck no hacían más que calcar. Que dibujaban de la forma en que la maestra no dejaba dibujar a Tabbi. Que Hans Holbein y Diego Velázquez se sentaban bajo un toldo de terciopelo en la oscuridad sin formas y dibujaban el mundo exterior que resplandecía a través de una lente diminuta. O que rebotaba en un espejo curvado. O que como una cámara microscópica, simplemente se proyectaba dentro de su sala a oscuras a través de un agujerito diminuto. Así proyectaban el mundo exterior sobre la pantalla de su lienzo. Canaletto, Gainsborough y Vermeer se pasaban horas enteras o días enteros a oscuras y calcaban el edificio o el modelo desnudo que

había afuera, bajo la luz del sol. A veces incluso pintaban los colores directamente encima de los colores proyectados, copiando el brillo de la tela tal como caía en los pliegues proyectados. Pintaban un retrato exacto en una sola tarde.

Solamente para que conste en acta, en latín camera obscura quiere decir «sala a oscuras».

Donde la línea de montaje confluye con la obra maestra. Una cámara que usa pintura en lugar de óxido de plata. Lienzo en lugar de película.

Se pasan toda la mañana en la biblioteca, y en un momento dado Tabbi se dirige a su madre. Sostiene un libro abierto en las manos y le dice:

-¿Mamá? -Sin levantarla nariz de la página, le dice a Misty:- ¿Sabías que hace falta un fuego de por lo menos novecientos grados centígrados ardiendo durante siete horas para consumir un cuerpo humano normal?

El libro tiene fotos en blanco y negro de víctimas del fuego encogidas en la «posición del púgil», con los brazos calcinados doblados delante de la cara. Las manos cerradas en forma de puños y cocidas por el calor del fuego. Boxeadores negros chamuscados. El libro se llama *Cinco investigaciones forenses*.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia asco nervioso con aprensión vacilante.

La señora Terrymore levanta la vista de su mostrador. Misty le dice a Tabbi:

-Déjalo donde estaba.

Hoy en la biblioteca, en la sección de arte, tu mujer está hojeando libros al azar en la estantería de referencia. Abre un libro cualquiera y el libro explica que cuando un artista usaba un espejo para proyectar una imagen sobre un lienzo, esa imagen quedaba invertida. Por eso hay tanta gente zurda en los cuadros de los maestros antiguos. Cuando usaban una lente la imagen quedaba cabeza abajo. No importaba cómo la vieran ellos, la imagen estaba distorsionada. En aquel libro, un viejo grabado mostraba a un artista calcando una proyección. Al otro lado de la página alguien había escrito: «Esto se puede hacer con la mente».

Por eso cantan los pájaros, para marcar su territorio. Por eso mean los perros.

Igual que la inscripción de debajo de la mesa del Comedor de Madera y Oro, el mensaje post mórtem de Maura Kincaid: «Elige cualquier libro de la biblioteca», escribió.

Su efecto perdurable a lápiz. Su inmortalidad de fabricación casera.

El nuevo mensaje está firmado: «Constance Burton».

Misty saca otro libro al azar y deja que se abra. Trata de artista Charles Meryon, un brillante grabador francés que se volvió esquizofrénico y murió en un manicomio. Hay un grabado del Ministerio de la Marina francés, un edificio clásico de piedra con una hilera de altas columnas estriadas delante, y la imagen del grabado parece perfecta hasta que uno repara en un enjambre de monstruos bajando del cielo.

Y escrito a lápiz encima de los monstruos y al otro lado de las nubes, pone: «Somos su cebo y su trampa». Firmado: «Maura Kincaid».

Con los ojos cerrados, Misty pasa los dedos por los lomos de los libros del estante. Palpa las protuberancias del cuero, el papel y la tela.

Saca un libro sin mirar y deja que se le abra en la mano.

Ahí tiene a Francisco de Goya, intoxicado por sus brillantes pinturas. Su forma de aplicar los colores con los dedos y los pulgares y sacarla también así de los envases fue lo que le provocó la encefalopatía del plomo, que le llevó a la sordera, la depresión y la locura. En la página hay una pintura del dios Saturno devorando a sus hijos: una mezcla sucia de negro alrededor de un gigante de ojos saltones que está arrancando a mordiscos los brazos de un cuerpo decapitado. En el margen blanco de la página, alguien ha escrito: «Si has encontrado esto, todavía te puedes salvar».

Firmado: «Constance Burton».

En el siguiente libro, el pintor francés Watteau se representa a sí mismo como un guitarrista pálido y larguirucho, muriendo de tuberculosis tal como estaba muriendo en la vida real. Al otro lado del cielo azul de la escena, hay escrito: «No les pintéis sus pinturas». Firmado: «Constance Burton».

Para probarse a sí misma, tu mujer atraviesa la biblioteca y pasa junto a la vieja bibliotecaria que está mirando con sus gafas redondas de metal negro. Misty lleva en brazos los libros sobre Watteau, Goya y la cámara oscura, todos abiertos y colocados el uno encima del otro. Tabbi levanta la vista, sentada a una mesa cubierta de libros infantiles. En la sección de literatura, Misty vuelve a cerrar los ojos y a caminar pasando los dedos por los viejos lomos. Sin razón alguna, se para y saca uno.

Es un libro sobre Jonathan Swift, sobre cómo cogió el síndrome de Ménière y los mareos y la sordera le arruinaron la vida. La amargura le hizo escribir las lúgubres sátiras Los viajes de Gulliver y Una humilde propuesta, donde sugería que los británicos podían sobrevivir comiéndose las existencias crecientes de niños irlandeses. Su mejor obra.

El libro se abre espontáneamente por una página donde alguien ha escrito: «Te harán matar a todos los hijos de Dios para salvar a los de ellos». Firmado: «Maura Kincaid».

Tu mujer pone el nuevo libro abierto encima de los demás y vuelve a cerrar los ojos. Con el montón de libros a cuestas, extiende el brazo para coger otro. Misty recorre los lomos con las yemas de los dedos. Con los ojos cerrados, da un paso adelante y toca una superficie blanda que huele a polvo de talco. Cuando mira, ve pintura de labios roja en una cara blanca y empolvada. Una gorra verde que cruza una frente y encima de la misma una mata de pelo canoso y rizado. En la gorra hay impresa la inscripción: «Llame al 1-800-555-1785 si quiere la Felicidad Total». Debajo, unas gafas con la montura metálica negra. Un traje de tweed.

—Perdone -dice una voz, la de la señora Terrymore, la bibliotecaria. Está ahí de pie, con los brazos cruzados.

Y Misty da un paso atrás.

La pintura de labios roja dice:

-Le agradecería que no estropeará los libros amontonándolos uno encima de otro de esa manera.

La pobre Misty le dice que lo siente. Siempre es ella la intrusa. Va a dejarlos en una mesa.

libros y dice:

-Por favor, déjeme que los devuelva a las estanterías. Por favor.

Misty le dice que todavía no. Le dice que le gustaría consultarlos, y mientras las dos mujeres forcejean por el montón, un libro se resbala y

cae abierto al suelo. Haciendo un ruido parecido a una bofetada en la cara. Cae abierto y deja al descubierto la inscripción: «No les pintéis sus pinturas».

Y la señora Terrymore dice:

-Me temo que son libros de referencia.

Y Misty dice que no, que no lo son. No todos. Y se pueden leer las palabras: «Si has encontrado esto, todavía te puedes salvar».

A través de sus gafas de metal negro, la bibliotecaria lo ve y dice:

-Siempre aumentan los daños. Cada año. -Mira un reloj de pie alto con la caja de nogal oscuro y dice—: Bueno, si no le importa, hoy hemos cerrado antes. -Coteja su reloj de muñeca con el reloj de pie y dice—: Hace diez minutos que hemos cerrado.

Tabbi ya ha consultado sus libros. Está esperando de pie junto a la puerta, y dice levantando la voz:

-Date prisa, mamá. Tienes que ir a trabajar.

Y con una mano, la bibliotecaria se rebusca en el bolsillo de la chaqueta de tweed y saca una goma enorme de color rosa.

7 DE JULIO

La pequeña pobre e inculta Misty Marie Kleinian podía dibujar las vidrieras de la iglesia de la isla antes de saber leer o escribir. Antes de haber visto ninguna vidriera en su vida. Nunca había estado dentro de una iglesia. De ninguna iglesia. La pequeña atea de Misty Kleinnian podía dibujar las lápidas del cementerio del pueblo situado en el cabo de Waytansea, podía dibujar las fechas y los epitafios antes de saber que eran números y palabras.

Ahora, sentada ahí en pleno servicio religioso, le cuesta recordar qué es lo que imaginó antes de llegar y qué es lo que vio después. El altar de tela purpúrea. Las gruesas vigas de madera con el barniz ennegrecido.

Es todo lo que se imaginaba de niña. Pero eso es imposible.

Grace a su lado en el banco, rezando. Tabbi al otro lado de Grace, las dos arrodilladas. Con las manos unidas.

Con los ojos cerrados y los labios murmurando frente a las manos. Grace dice:

-Por favor, haz que mi nuera vuelva al arte que tanto ama. Por favor, no la dejes echar a perder el talento glorioso que le ha dado Dios...

Todas las viejas familias de la isla están a su alrededor, rezando en murmullos.

Detrás de ellos, una voz susurra:

-Por favor, Señor, dale a la mujer de Peter lo que necesita para empezar su obra...

Otra voz, la de la vieja señora Petersen, reza:

-Que Misty nos salve antes de que empeore la situación con los forasteros...

Incluso Tabbi, tu hija, está susurrando:

-Dios, haz que mi madre haga las cosas como es debido y empieza

a trabajar en su arte...

Todas las figuras de cera de la isla de Waytansea están arrodilladas alrededor de Misty. Los Tupper, los Burton y los Nie-man, todos tienen los ojos cerrados, los dedos entrelazados y le están pidiendo a Dios que la haga pintar. Todos piensan que tiene un talento secreto que los va a salvar.

Y Misty, tu pobre mujer, la única persona cuerda de por aquí, solamente quiere... Bueno, solamente quiere una copa.

Un par de copas. Un par de aspirinas. Y repetir.

Tiene ganas de gritarle a todo el mundo que se calle y que deje de rezar de una puta vez.

Si has llegado a la mediana edad y te das cuenta de que nunca vas a ser la artista famosa que soñabas ser y que nunca vas a pintar nada que conmueva e inspire a la gente, que los emocione de verdad y les cambie la vida. Que simplemente no tienes talento. Que te falta inteligencia o inspiración. Que no tienes lo que hay que tener para crear una obra maestra. Si te das cuenta de que todo el portafolio de tu obra no contiene más que majestuosas casas de piedra y grandes y frondosos jardines florales -los sueños desnudos de una niña de Tecumseh Lake, Georgia-, si te das cuenta de que todo lo que puedas pintar simplemente va a añadir más mierda mediocre a un mundo ya abarrotado de mierda mediocre. Si te das cuenta de que tienes cuarenta y un años y has llegado al fin del potencial que te dio Dios, pues bueno, felicidades.

Arriba, abajo, al centro y para dentro. Un brindis.

Ya no vas a ser más lista de lo que eres.

Si te das cuenta de que de ninguna forma vas a darle a tu hija un nivel de vida más alto -mierda, ni siquiera puedes darle el nivel de vida que tu madre te dio en el poblado de caravanas-, y eso quiere decir que para ella no va a haber universidad, ni facultad de bellas artes, ni sueños, ni nada salvo ser camarera como su madre...

Pues bueno, salud y chinchín.

Así son todos los días en la vida de Misty Mane Wilmot, la reina de los esclavos.

¿Maura Kincaid?

¿Constance Burton?

La Escuela de Pintoras de Waytansea. Eran distintas, nacieron distintas. Eran de esa clase de artistas que hacen que todo parezca fácil. Lo importante es que hay gente que tiene talento pero que la mayoría de la gente no lo tiene. La mayoría de la gente tocamos nuestro techo sin gloria y sin beneficios extra. La gente como la pobre Misty Mane son tontos cortitos y medio retrasados, pero no lo bastante como para conseguir plaza en el aparcamiento de minusválidos. Ni para ganar nada en los Special Olympics. Pagan impuestos como la gente normal pero no consiguen el menú especial en la brasería. Nada de cubículo extragrande en los lavabos. Nada de asiento especial en la parte delantera del autobús. Nada de lobby político.

En la facultad de bellas artes, Misty conocía a una chica que encendió una licuadora de cocina llena de cemento húmedo hasta que el motor se quemó en medio de una nube de humo amargo. Aquella era su declaración acerca de la vida como ama de casa. Es probable que ahora mismo esa chica viva en un loft y esté comiendo yogur orgánico. Que sea rica y pueda cruzar las piernas a la altura de la rodilla.

Otra chica a la que Misty conoció en la facultad representaba una obra en tres actos con marionetas dentro de la boca. Se trataba de disfraces pequeños dentro de los cuales metía la lengua. Los disfraces extra se guardaban dentro del carrillo, como en los bastidores de un escenario. Para cambiar de escena, simplemente cerraba los labios como si fuera un telón. Los dientes eran los focos y el arco del proscenio. Y metía la lengua en el siguiente disfraz. Después de representar una obra de tres actos, la chica tenía estrías alrededor de la boca. Los músculos *orbicularis oris* le quedaban deformados.

Una noche en una galería, mientras llevaba a cabo una versión diminuta de *La historia más grande jamás contada*, a la chica se le escurrió por la garganta un camello diminuto y estuvo a punto de morir. Hoy día probablemente esté revolcándose en el dinero de las becas.

Peter se equivocaba al elogiar las bonitas casas de Misty. Se equivocaba al aconsejarle que se escondiera en la isla y pintara solamente lo que amaba. Vaya mierda de consejo.

Tus consejos y tus elogios fueron una mierda.

De acuerdo contigo, Maura Kincaid se pasó veinte años lavando pescado en una planta de enlatado. Enseñó a sus hijos a hacer pis y caca sin pañales, se dedicó a quitar las hierbas de su jardín y un buen día se sentó y pintó una obra maestra. Sin cursos de posgrado, sin pasar horas en el estudio, y ahora es famosa y lo será siempre. La aman millones de personas que nunca la conocerán.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia amargura con arranques ocasionales de cólera celosa.

Solamente para que lo sepas, Peter, tu madre sigue siendo una puta. Trabaja a tiempo parcial en un servicio que localiza para sus clientes piezas de porcelana con diseños que ya no se fabrican. Hace poco oyó que una veraneante rica, poco más que un esqueleto bronceado vestido con un vestido sin mangas de tejido de seda de color pastel, estaba sentada comiendo y decía:

-¿Qué sentido tiene ser rica aquí si no hay nada que comprar?

Desde que Grace oyó eso, ha estado acosando a tu mujer para que pinte. Para que le dé a la gente algo que pueda pedir a gritos. Como si de alguna forma Misty pudiera sacarse una obra maestra del culo y recuperar la fortuna familiar de los Wilmot.

Se acerca el cumpleaños de Tabbi. el decimotercero, y no hay dinero para comprarle un regalo. Misty está ahorrando las propinas para poder mudarse a Tecumseh Lake. No puede vivir para siempre en el hotel Waytansea. Los ricos están devorando la isla y ella no quiere que Tabbi crezca pobre y reciba la presión de los chicos ricos y sus drogas.

Misty cree que pueden marcharse a finales de verano. No sabe que va a hacer Grace. Tu madre debe de tener amigas con las que podría vivir. Siempre la puede ayudar la iglesia. La Ladies Altar Society.

Ahora en la iglesia tienen a su alrededor a todos los santos de las vidrieras, todos asaeteados, acuchillados o ardiendo en hogueras, y Misty se acuerda de ti. Piensa en tu teoría del sufrimiento como camino hacia la inspiración divina. Piensa en tus historias sobre Maura Kincaid.

Si la tristeza fuera inspiración, Misty debería estar en su apogeo.

Aquí, con la isla entera a su alrededor, todos arrodillados y rezando para que pinte. Para que sea su salvadora.

Con todos los santos a su alrededor, sonriendo y haciendo milagros

en sus momentos de dolor, Misty extiende el brazo para coger un misal. Es solamente uno entre varias docenas de misales viejos y polvorientos, algunos sin tapas, algunos con cintas de satén deshilachadas colgando. Coge uno al azar y lo abre.

Lo hojea, pero no hay nada. Solamente oraciones y cánticos. No hay ningún mensaje secreto especial dentro.

Sin embargo, cuando se dispone a devolverlo a su sitio, allí grabado en la madera del banco, donde antes estaba el misal, hay un mensaje que dice: «Sal de esta isla mientras todavía puedes».

Firmado: «Constance Burton».

8 DE JULIO

En su quinta cita real, Peter se dedicó a poner el passe-partout a la pintura que había pintado Misty y a enmarcarla.

Tú, Peter, tú le estabas diciendo a Misty:

-Esto, este cuadro, estará colgado en un museo.

El cuadro era un paisaje que mostraba una casa rodeada de porches y a la sombra de los árboles. En las ventanas había cortinas de encaje. Las rosas florecían detrás de una cerca blanca. A través de los haces de luz del sol volaban azulejos. Un penacho fino de humo se elevaba desde una chimenea de piedra. Misty y Peter estaban en un taller de enmarcado cerca del campus y ella estaba de espaldas a la puerta del taller, intentando impedir que alguien viera el interior.

Misty y tú.

Intentando impedir que alguien viera su cuadro.

Su firma estaba en la parte de abajo, debajo de la cerca, «Misty Marie Klemman». Lo único que faltaba era una carita sonriente. Un corazón en vez del punto de la i de Kleinman.

-Tal vez un museo del kitsch -dijo ella.

Su cuadro no era más que una versión mejorada de lo que llevaba pintando desde la infancia. El pueblo de sus fantasías. Y verlo era más desagradable que ver la peor fotografía de uno mismo desnudo en la que uno está más gordo. Ahí estaba, el corazoncito vulgar de Misty Marie Kleinman. Los sueños azucarados de la pobre niña solitaria de seis años que iba a ser durante el resto de su vida. Su bonita y patética alma de estrás.

El pequeño y vulgar secreto de lo que la hacía feliz.

Misty no paraba de mirar por encima del hombro para asegurarse de que no hubiera nadie mirando. De que hubiera nadie viendo la parte más vulgar y sincera de ella, pintada con acuarelas.

Peter, que Dios lo bendiga, se limitó a cortar el passe-par-tout y a centrar la pintura dentro del mismo.

Tú cortaste el passe-partout.

Peter colocó la sierra graduada sobre la mesa de trabajo del taller y cortó los listones para los lados del marco. Cuando Peter miró la pintura, la mitad de su cara sonrió, el músculo zygomaikus major le tiró de una comisura de la boca. Solamente enarcó la ceja del mismo lado. Y dijo:

-La barandilla del porche te ha salido perfecta.

Fuera, una chica de la facultad de bellas artes pasó andando por la acera. Una chica cuya última obra había sido rellenar un oso de peluche de mierda de perro. Trabajaba con las manos enfundadas en unos guantes de goma tan gruesos que casi no podía doblarlos dedos. De acuerdo con ella, la belleza era un concepto trasnochado. Superficial. Una trampa. Ella trabajaba en una tendencia nueva. Un nuevo giro a un tema dadaísta clásico. En su estudio ya había destripado al oso de peluche y había abierto su piel falsa como en una autopsia. Con los guantes de goma embadurnados de mierda marrón, apenas podía sostener la aguja y el hilo de sutura rojo. Su título para todo aquello era: «Ilusiones de la infancia».

El resto de chavales de la facultad de bellas artes, chavales de familia rica, de los que viajaban y veían arte verdadero en Europa y en Nueva York, hacían obras parecidas.

Otro chico de la clase de Misty se estaba masturbando e intentando llenar de semen una hucha en forma de cerdito antes de final de año. Vivía de los dividendos de un fondo fiduciario. Otra chica bebía temperas al huevo de colores distintos y luego jarabe de ipecacuana que le hacía vomitar su obra maestra. Iba a clase en un ciclomotor italiano que había costado más que la caravana donde creció Misty.

Aquella mañana en el taller de enmarcado, Peter unió las esquinas del marco. Aplicó pegamento con los dedos desnudos y perforó las cuatro esquinas para colocar los tornillos.

Todavía de pie entre el escaparate y la mesa de trabajo, con el cuerpo bloqueando la luz del sol, Misty dijo:

-¿De verdad crees que es bueno?

Y Peter dijo:

-Si supieras...

Tú dijiste eso.

Peter dijo:

-Me estás tapando la luz. No veo nada.

-No me quiero mover-le dijo Misty-. La gente de afuera podría ver.

Toda la mierda de perro y las corridas y el vómito. Peter pasa el cortavidrios por encima del cristal, sin apartar la vista un segundo de la cuchilla redonda, con un lápiz en el pelo detrás de una oreja, y dice:

-El hecho de que apeste no convierte lo que hacen en arte.

Peter parte el cristal en dos pedazos y dice:

-La mierda es un cliché estético -dice.

Y cuenta que el pintor italiano Piero Manzoni enlató su propia mierda y la etiquetó: «100% pura mierda de artista». Y que la gente la compró.

Peter se estaba mirando las manos con tanta concentración que Misty tuvo que mirar también. Dejó de prestar atención al escaparate y al cabo de un momento oyó que sonaba un timbre detrás de su espalda. Alguien acababa de entrar en el taller. Otra sombra se proyectó sobre la mesa de trabajo.

Sin levantar la vista, Peter dijo:

-Eh.

Y el recién llegado dijo:

-Eh.

El amigo de Peter era de su misma edad, rubio y con unos pelillos en la barbilla, no lo bastantes como para considerarse barba. Otro

estudiante de la facultad de bellas artes. Otro chico rico de la isla de Waytansea, que se quedó allí de pie, mirando con los ojos azules el cuadro que había en la mesa de trabajo. Sonrió con media cara igual que había sonreído Peter. con el aspecto de alguien que se está riendo del hecho de que tiene cáncer. Con cara de tener delante un pelotón de fusilamiento integrado por payasos con armas de verdad.

Sin levantar la vista, Peter limpió el cristal con una gamuza y lo metió dentro del marco nuevo. Dijo:

-¿Ves lo que te decía del cuadro?

El amigo miró la casa rodeada de porches, la cerca y los azulejos. El nombre Misty Marie Kleinman. Sonrió con media cara, negó con la cabeza y dijo:

-Es la casa de los Tupper, no hay duda.

Era una casa que Misty se había inventado. Del todo.

El amigo llevaba un pendiente en la oreja. Una vieja pieza de bisutería del mismo estilo isla de Waytansea que llevaban los amigos de Peter. Enterrado en su pelo, era una filigrana dorada alrededor de un enorme corazón de esmalte, destellos de cristal rojo, joyas de cristal tallado centelleando entre el oro. Estaba mascando chicle. Menta verde, a juzgar por el olor.

Misty dijo:

-Hola. -Dijo-: Soy Misty.

El amigo la miró y le dedicó la misma sonrisa lúgubre. Masticando su chicle, le dijo:

-¿Así que esta es ella? ¿Ella es la dama mítica?

Y Peter pone el cuadro en el marco, debajo del cristal, mirando solamente su trabajo, y dice:

—Me temo que sí.

Sin dejar de mirar a Misty, recorriéndole todo el cuerpo con la vista, mirándole las manos y las piernas, la cara y los pechos, el amigo inclinó la cabeza a un lado y la examinó. Sin dejar de masticar chicle, dijo:

—¿Estás seguro de que es ella?

La parte de urraca de Misty, su pequeña parte de princesa, no podía quitar la vista de encima del pendiente rojo y brillante del tipo. Del corazón de esmalte centelleante. Del destello rojo de los rubíes de cristal tallado.

Peter colocó una lámina de cartón de apoyo debajo de la pintura y selló los bordes con cinta adhesiva. Pasó el pulgar sobre la cinta para afianzarla y dijo:

—Ya has visto el cuadro. -Se detuvo y suspiró, con el pecho inflándose y desinflándose, y luego dijo—: Me temo que es ella en persona.

La mirada de Misty permanecía clavada en la mata de pelo rubio y enredado del amigo. El destello rojo de su pendiente era como las luces de Navidad o como las velas de un cumpleaños. A la luz del sol que entraba por el escaparate del taller, el pendiente era como los fuegos artificiales del 4 de julio y los ramos de rosas de San Valentín. Miró el destello y se olvidó de que tenía manos, cara y nombre.

Se olvidó de respirar.

Peter dijo:

-¿Qué te dije, hombre? -Ahora estaba mirando a Misty, observando

su fascinación con el pendiente rojo, y dijo:- No puede resistirse a las joyas viejas.

El tipo rubio vio que Misty lo estaba mirando y sus ojos azules se desviaron a un lado para ver dónde tenía la vista clavada Misty.

En el destello de cristal tallado del pendiente se veía el destello del champán que Misty no había visto nunca. Se veían las chispas de las hogueras de la playa, subiendo en espiral hacia unas estrellas estivales que Misty solamente podía imaginar. Se veía el resplandor de las lámparas de araña que ella había pintado en todos sus salones de fantasía.

Todos los anhelos y carencias idiotas de una niña pobre y solitaria. A su parte estúpida e inculta, no su artista interior sino su idiota interior, le encantaban aquel pendiente y su brillo intenso. El brillo del caramelo duro y azucarado. Caramelo en un plato de cristal tallado. Un plato en una casa que nunca había visitado. Nada profundo ni con contenido. Simplemente todo lo que estamos programados para adorar. Lentejuelas y arco iris. Las pulseras que habría desdeñado si tuviera la bastante educación.

El rubio, el amigo de Peter, extendió el brazo para tocarse primero el pelo y luego la oreja. Abrió la boca tan de golpe que se le cayó el chicle al suelo.

A. tu amigo.

Y tú dijiste:

—Cuidado, tío. Parece que me la estás robando...

Y el amigo tanteó con los dedos, se los hundió en el pelo y se arrancó el pendiente. El ruido hizo que todos se estremecieran.

Cuando Misty abrió los ojos, el tipo rubio le estaba ofreciendo su pendiente, con los ojos azules llenos de lágrimas. Su lóbulo desgarrado colgaba en dos pedazos, bifurcado, sangrando por ambas partes.

-Ten —le dijo-. Cógelo.

Y tiró el pendiente hacia la mesa de trabajo. Allí aterrizó y el oro y los rubios falsos lo salpicaron todo de destellos rojos y de sangre.

El broche de atrás seguía en su sitio. Era tan viejo que el oro se había puesto verde. Se lo había arrancado tan de golpe que el pendiente todavía tenía pelos rubios enredados. Cada pelo conservaba el bulbo blanco y blando de la raíz.

Tapándose la oreja con la mano, y con la sangre manando entre los dedos, el tipo sonrió. Con el músculo *corrugator* juntándole las cejas de color claro, dijo:

-Lo siento, Petey. Parece que tú eres el afortunado.

Y Peter levantó la pintura, enmarcada y terminada. Con la firma de Misty en la parte de abajo.

La firma de tu futura mujer. Su pequeña alma burguesa. Tu futura mujer que ya extendía la mano para coger aquella cosa ensangrentada con su brillo rojo. -Sí -dijo Peter-. Vaya puta suerte.

Y sin dejar de sangrar, tapándose la oreja con una mano, con la sangre resbalándole por el brazo y goteándole del codo doblado, el amigo de Peter retrocedió un par de pasos. Extendió el otro brazo hacia la puerta. Asintió mirando el pendiente y dijo:

-Quedáoslo. Regalo de bodas.

Y se marchó.

9 DE JULIO

Esta noche, Misty está metiendo en cama a tu hija cuando Tabbi dice:

-La abuelita Wilmot y yo tenemos un secreto.

Solamente para que conste en acta, la abuelita Wilmot conoce los secretos de todo el mundo.

Grace se sienta en la iglesia, le da un codazo a Misty y le cuenta que el rosetón que los Burton donaron para la pobre desgraciadita de su nuera... Bueno, la verdad es que Constan-ce Burton dejó de pintar y se dio a la bebida hasta matarse.

Dos siglos de vergüenza y tristeza en Waytanseá, y tu madre puede contar hasta el último detalle. Los bancos de hierro fundido de Merchant Street, los que fueron fabricados en Inglaterra, están dedicados a la memoria de Maura Kincaid, que se ahogó intentando recorrer a nado los nueve kilómetros que la separaban del continente. La fuente italiana de Parson Street... está dedicada a la memoria del mando de Maura.

El marido asesinado, de acuerdo con Peter.

De acuerdo contigo.

Este es el coma colectivo del pueblo entero de Waytanseá.

Solamente para que conste en acta, mamá Wilmot te envía su amor.

Aunque nunca se moleste en visitarte.

Metida en la cama, Tabbi estira el cuello para mirar por la ventana y dice:

-¿Podemos ir de picnic?

No nos lo podemos permitir, pero en el mismo instante en que te mueras, mamá Wilmot elegirá una fuente de metal y de bronce, esculpida en forma de Venus desnuda de pie montada en una concha, a mujeriegas.

Cuando Misty las trajo a vivir al hotel Waytanseá, Tabbi se trajo su almohada. Todas trajeron algo. Tu mujer trajo tu almohada porque huele a ti.

En la habitación de Tabbi, Misty se sienta en el borde de la cama y se peina el pelo infantil con los dedos. Tabbi tiene el pelo largo y negro y los ojos verdes de su padre.

Tus ojos verdes.

Tabbi comparte una buhardilla con su abuela, contigua a la de Misty, en el ático del hotel.

Casi todas las familias antiguas han alquilado sus casas y se han mudado al ático del hotel. Las habitaciones empapeladas de rosas descoloridas. El papel arrancado en todas las juntas. En todas las habitaciones hay un fregadero oxidado y un espejito atornillado a la pared. Dos o tres camas de hierro en cada habitación, con la pintura

descascarillada, con el colchón blando y hundido en el medio. Son habitaciones diminutas, con los tejados inclinados y las ventanas pequeñas, ventanas de buhardilla en saliente que parecen hileras de casetas de perro en la pendiente del tejado del hotel. El ático es un cuartel, un campo de refugiados para la alta burguesía blanca y elegante. Ta gente nacida en la heredad ahora comparte baño al fondo del pasillo.

Esa gente que nunca ha trabajado se dedica este verano a servir mesas. Como si a todo el mundo se le hubiera acabado el dinero al mismo tiempo, este verano todos los isleños de sangre azul están cargando maletas en el hotel. Limpiando habitaciones de hotel. Lustrando zapatos. Fregado platos. Una industria de servicios de rubias de ojos azules con el pelo brillante y las piernas largas. Educadas y joviales y ansiosas por traer deprisa un cenicero o rechazar una propina.

Tu familia -tu mujer, tu hija y tu madre- duerme en camas hundidas de hierro descascarillado debajo de tejados inclinados, con las reliquias de plata y cristal acaparadas durante su antigua vida refinada.

Imagínate, todas las familias de la isla están sonrientes y silbando. Como si esto fuera una aventura. Un pasatiempo estrambótico. Como si estuvieran de visita por la industria del servicio. Como si todo este tedio de restregar y hacer reverencias no fuera a durar el resto de sus vidas. Sus vidas y las vidas de sus hijos. Como si al cabo de un mes no se fueran a cansar de la novedad. No es que sean tontos. Es que ninguno de ellos ha sido nunca pobre. A diferencia de tu mujer: ella sabe qué es comer tortitas para cenar. Comer queso de la beneficencia. Beber leche en polvo. Llevar zapatos con puntera metálica y pulsar un reloj registrador.

Allí sentada con Tabbi, Misty dice:

-¿Y qué secreto tenéis?

Y Tabbi dice:

-No te lo puedo decir.

Misty arropa a la niña por encima de los hombros. Las sábanas y mulitas del hotel están tan viejas y tan descoloridas que no queda de ellas nada más que pelusa gris y olor a lejía. La lámpara que Tabbi tiene junto a la cama es su lámpara de porcelana rosa con flores pintadas. Se la han traído de la casa. La mayoría de sus libros están aquí, los que caben. Han traído sus cuadros de payasos y los han colgado encima de su cama.

La cama de su abuela está lo bastante cerca como para que Tabbi pueda extender el brazo y tocar la colcha de recortes de terciopelo de vestidos de Pascua y ropa de Navidad de hace un centenar de años. Sobre la almohada tiene su diario encuadernado en rojo con la palabra «Diario» escrita en la cubierta en letras cursivas doradas. Con todos los secretos de Grace Wilmot encerrados en el interior.

Misty dice:

-No te muevas, cariño.

Y coge una pestaña que se le ha caído a Tabbi de la mejilla. La frota con las yemas de dos dedos. Es larga como las pestañas de su padre.

Como tus pestañas.

Las dos camas del cuarto, la de Tabbi y la de su abuela, no dejan mucho espacio. Mamá Wilmot se ha traído su diario. Eso y su cesto de coser lleno de hilo de bordar. Sus agujas de hacer punto, sus agujas de

ganchillo y sus aros para bordar. Es algo que puede hacer mientras está sentada en el vestíbulo con sus viejas amigas o fuera en el paseo marítimo cuando hace buen tiempo.

Tu madre es igual que todas las demás viejas familias del Mayflower, poniendo sus carrmatos en círculo en el hotel de Waytansea, esperando a que termine el asedio de esos forasteros espantosos.

Por estúpido que suene, Misty se ha traído las cosas de dibujar. La caja de madera descolorida llena de pinturas y acuarelas, el papel y los pinceles, todo está amontonado en un rincón de su habitación.

Y Misty dice:

-Tabbi, ¿cariño? -Dice—: ¿No querrías tal vez irte a vivir con tu abuela Klemman a Tecumseh Lake?

Y Tabbi mueve la cabeza de un lado a otro de la almohada, diciendo que no, luego se detiene y dice:

-La abuelita Wilmot me ha contado por qué papá estaba siempre tan de mala hostia.

Misty le dice:

-No digas «de mala hostia», por favor.

Solamente para que conste en acta, la abuelita Wilmot está abajo jugando al bridge con sus amigas delante del reloj enorme de la sala revestida de paneles de madera del vestíbulo. El ruido más fuerte de la sala es el del enorme péndulo moviéndose de un lado a otro y haciendo tictac. O bien está ahí o bien está sentada en un sofá enorme de cuero rojo junto a la chimenea del vestíbulo, leyendo con su gruesa lupa página tras página de un libro que tiene en el regazo.

Tabbi pega la barbilla al borde de satén de la manta y dice:

-La abuelita me ha contado por qué papá no te quiere.

Y Misty dice:

-Por supuesto que papá me quiere.

Y por supuesto que eso que acaba de decir es mentira.

Al otro lado de la diminuta ventana de buhardilla del cuarto, las olas rompientes resplandecen bajo las luces del hotel. Siguiendo la costa se ve la línea oscura del cabo de Waytansea, una península de nada más que bosque y rocas que se adentra en el océano resplandeciente.

Misty va a la ventana y pone los dedos en la repisa.

-¿La quieres abierta o cerrada?

La pintura blanca de la repisa está levantada y se desprende. Ella se pone a arrancar trocitos y le van quedando virutas de pintura debajo de las uñas.

Tabbi mueve la cabeza de un lado a otro sobre la almohada y dice:

-No, mamá. -Dice-: La abuelita Wilniot dice que papá nunca te quiso de verdad. Que solamente fingió que te quería para traerte aquí y hacer que te quedaras.

-¿Para traerme aquí? -dice Misty-. ¿A la isla de Waytan-sea? -Se dedica a arrancar virutas sueltas de pintura blanca con dos dedos. Debajo de la pintura la repisa es de madera con barniz marrón. Misty dice-: ¿Qué más te ha dicho tu abuela?

Y Tabbi dice:

-La abuelita dice que vas a ser una artista famosa.

Lo que no te enseñan en la clase de teoría del arte es que un elogio demasiado grande puede doler más que una bofetada en la cara. Misty, una artista famosa. La gorda de Misty, la rema de las esclavas.

La pintura blanca se va desprendiendo y formando el perfil de unas letras. Escrito con cera de vela o con un dedo de grasa, o tal vez con goma arábiga, va apareciendo debajo un mensaje en negativo. Alguien escribió algo invisible aquí hace mucho tiempo, algo sobre lo que no puede afianzarse la pintura nueva.

Tabbi se levanta unos mechones de pelo y se mira las puntas, tan de cerca que los ojos le bizquean. Se mira las uñas y dice:

-La abuelita dice que deberíamos ir de picnic al cabo.

El océano resplandece, brillante como la bisutería que Peter llevaba a la facultad de bellas artes. El cabo de Waytansea no es más que oscuridad. Un vacío. Un agujero en todo.

Las joyas que tú llevabas a la facultad de bellas artes.

Misty se asegura de que la ventana esté cerrada y se echa con una mano las virutas de pintura en la palma de la otra mano. En la facultad de bellas artes te enseñaban que los síntomas del envenenamiento por plomo en los adultos incluyen fatiga, tristeza, debilidad y estupidez: unos síntomas que Misty lleva sufriendo durante la mayor parte de su vida adulta.

Y Tabbi dice:

-La abuelita Wilmot dice que todo el mundo querrá tus cuadros. Que harás cuadros y que los veraneantes se pelearán por ellos.

Misty dice:

-Buenas noches, cariño.

Y Tabbi dice:

-La abuelita Wilmot dice que nos harás otra vez una familia rica. -Asiente y dice-: Que papá te trajo aquí para enriquecer de nuevo a toda la isla.

Con las virutas de pintura en la palma de una mano, Misty apaga la luz.

El mensaje de la repisa, sobre el cual se ha desprendido la pintura, dice: «Morirás cuando acaben contigo». Firmado: «Constance Burton».

Después de arrancar más pintura, el mensaje dice: «Todas

Misty se inclina para apagar la lámpara de porcelana y dice:

-¿Qué quieres para tu cumpleaños la semana que viene?

Y la vocecilla de Tabbi dice en la oscuridad:

-Quiero ir de picnic al cabo y quiero que vuelvas a pintar.

Y Misty le dice a la voz:

-Que duermas bien. -Y le da un beso de buenas noches.

10 DE JULIO

En su décima cita, Misty le preguntó a Peter si había estado jugando con sus píldoras anticonceptivas.

Estaban en el apartamento de Misty. Ella estaba trabajando en otro cuadro. La televisión estaba encendida y sintonizada en un culebrón en español. Su nuevo cuadro representaba una iglesia muy alta fabricada con piedra tallada. El campanario tenía un tejado de cobre que el tiempo había ceñido de verde. Las vidrieras era tan complicadas como telas de

araña.

Mientras pintaba las puertas de color azul resplandeciente de la iglesia, Misty dijo:

-No soy tonta. -Dijo-: Muchas mujeres verían la diferencia entre una pildora anticonceptiva de verdad y esos caramelitos de canela de color rosa que has puesto en su lugar.

Peter tenía el último cuadro de ella, la casa de la cerca blanca, el que le había enmarcado, y lo llevaba debajo del jersey. Andaba como un pato por el apartamento, como si estuviera embarazado de un bebé muy cuadrado. Tenía los brazos rectos a los costados del cuerpo y sujetaba el cuadro en su sirio con los codos.

Luego movió los brazos un poco, deprisa, y el cuadro se cayó. Se oyó un golpe contra el suelo y el ruido del cristal al romperse. Peter lo cogió con las manos.

Tú lo cogiste. El cuadro de Misty.

Y ella dijo:

-¿Qué coño estás haciendo?

Y Peter dijo:

-Tengo un plan.

Y Misty dijo:

-No voy a tener hijos. Voy a ser artista.

En la televisión, un hombre se puso a abofetear a una mujer hasta que esta se dejó caer al suelo y se quedó allí tumbada, con los pechos subiendo y bajando dentro de un jersey ajustado. Se suponía que la mujer era agente de policía. Peter no entendía ni una palabra de español. Lo que le encantaba de los culebrones en español era que podías hacer que lo que decía la gente significara lo que tú quisieras.

Peter se metió la pintura debajo del jersey y dijo:

-¿Cuándo?

Y Misty dijo:

-Cuándo ¿qué?

La pintura se cayó y él la recogió.

-¿Cuándo vas a ser artista? -dijo él.

Otra razón para amar los culebrones españoles era la rapidez con que se solucionaban las crisis. Un día un hombre y una mujer se estaban atacando mutuamente con cuchillos de carnicero. Al día siguiente estaban arrodillados en la iglesia con su nueva criatura. Con las manos unidas y rezando. La gente aceptaba lo peor de su pareja entre gritos y bofetadas. El divorcio y el aborto jamás eran opciones argumentales.

Misty no sabía si aquello era amor o simple inercia.

Después de graduarse, dijo, entonces sería artista. Cuando hubiera reunido la obra suficiente y encontrara una galería que la exhibiera. Cuando hubiera vendido unas cuantas piezas. Misty quería ser realista. Tal vez enseñaría arte en un instituto. O se haría dibujante técnica o ilustradora. Algo práctico. No todo el mundo podía ser un pintor famoso.

Peter se metió la pintura debajo del jersey y dijo:

-Podrías ser famosa.

Y Misty le dijo que parara. Que lo dejara.

-¿Por qué? -dijo él-. Es verdad.

Sin dejar de mirar la televisión, embarazado del cuadro, Peter dijo:

-Tienes mucho talento. Podrías ser la artista más famosa de tu generación.

Peter miró un anuncio en español de un juguete de plástico y dijo:
-Con ese don, estás condenada a ser una gran artista. Para tí la facultad es una pérdida de tiempo.

Si no entiendes algo, puedes hacer que signifique cualquier cosa.

La pintura se cayó y él la recogió. Dijo:

-Lo único que tienes que hacer es pintar.

Tal vez era por eso que Misty le quería.

Que te quería.

Porque creías en ella mucho más que ella misma. Esperabas más de ella de lo que ella misma esperaba.

Misty pintó los diminutos pomos dorados de las puertas y dijo:

-Tal vez. -Dijo-: Pero es por eso que no quiero hijos...

Solamente para que conste en acta, fue un gesto bonito. Lo de cambiar las pildoras anticonceptivas por aquellos caramelos en forma de corazón.

-Cásate conmigo —dijo Peter- y serás la nueva gran pintora de la Escuela de Waytansea.

Maura Kincaid y Constance Burton.

Misty dijo que dos pintoras no hacían una «escuela».

Y Peter dijo:

-Son tres contándote a ti.

Maura Kincaid, Constance Burton y Misty Kleinman.

-Misty Wilmot -dijo Peter, y se metió la pintura debajo del jersey.

Dijiste tú.

En la televisión, un hombre le gritaba «Te amo... Te amo...» una y otra vez a una chica morena de ojos marrones y pestañas ferozmente largas, mientras le iba dando patadas por unas escaleras.

A Peter se le volvió a caer el cuadro del jersey y lo volvió a recoger. Fue al lado de Misty, que estaba trabajando en los detalles de la alta iglesia de piedra, en las virutas de musgo verde del tejado, en el rojo del orín de los canalones. Y dijo:

-En esa iglesia nos casaremos, en esa misma.

Y la cortita menú de la pequeña Misty dijo que aquella iglesia se la estaba inventando, que no existía.

-Eso es lo que tú crees -dijo Peter. Le dio un beso en un lado del cuello y susurró-: Tú cástate conmigo y la isla te dará la mayor boda que nadie haya visto en un centenar de años.

11 DE JULIO

Ya es pasada la medianoche y la única persona que hay en el vestíbulo del hotel es Paulette Hyland, detrás del mostrador de recepción. Grace Wilmot te diría que Paulette es una Hyland por matrimonio, pero que antes había sido una Petersen aunque su madre era una Nieman que descendía de la rama de los Tupper. Antiguamente eso implicaba mucho dinero por ambos lados de su familia. Ahora Paulette trabaja detrás de un mostrador.

Al otro lado del vestíbulo, apoltronada en los cojines de un sofá de cuero rojo, está Grace, leyendo junto a la chimenea.

El vestíbulo del Waytansa contiene décadas de cosas amontonadas en capas. Un jardín. Un parque. La alfombra de lana es de color verde musgo sobre baldosas de granito extraído de una cantera cercana. La alfombra azul que baja por las escaleras es una cascada que fluye por los rellanos y cae por cada escalón. Una serie de nogales desbastados y pulimentados y reunidos de nuevo componen un bosque de columnas perfectamente cuadradas, hileras rectas de árboles oscuros y brillantes que sostienen un dosel forestal de hojas de plástico y cupidos.

Del techo cuelga una lámpara de araña, un haz sólido de luz de sol que irrumpe en el claro del bosque. Desde abajo los como se llamen de cristal parecen bolitas diminutas y brillantes, pero si te subes a una escalera alta para limpiarlos, cada cristal resulta ser del tamaño de un puño.

Las guirnaldas y las cascadas de seda verde cubren casi por completo las ventanas. De día, convierten la luz del sol en una penumbra verde y suave. Los sofás y los sillones están rellenos a reventar y tapizados como si fueran arbustos en flor, con flecos largos y enmarañados en la parte de abajo. La chimenea podría ser una hoguera de campamento. El vestíbulo entero es la isla en miniatura. Una isla de interior. Un edén.

Solamente para que conste en acta, este es el paisaje donde Grace Wilnot se siente más cómoda. Más todavía que en su propia casa.

Que en tu casa.

En mitad del vestíbulo, Misty avanza por entre sofás y mesillas. Grace levanta la vista.

Y dice:

-Misty, ven a sentarte junto al fuego. -Vuelve a mirar su libro abierto y dice-: ¿Cómo va tu dolor de cabeza?

A Misty no le duele la cabeza.

Grace tiene abierto sobre el regazo su diario, el de la cubierta roja. Está mirando las páginas y diciendo:

—¿A qué fecha estamos hoy?

Misty se lo dice.

La hoguera se ha consumido y ya no queda más que un lecho de brasas anaranjadas debajo de la rejilla. A Grace le cuelgan los pies calzados en unos zapatos marrones de hebilla, con los dedos extendidos, sin tocar el suelo. La mata de rizos blancos y largos le cuelga sobre el libro que tiene en el regazo. Al lado de su sillón hay una lámpara de pie cuya luz potente rebota en el borde plateado de la lupa que ella va sosteniendo encima de cada página.

Misty dice:

-Mamá Wilmot, tenemos que hablar.

Grace retrocede un par de páginas y dice:

-Oh, cariño. Ha sido equivocación mía. No vas a tener ese terrible dolor de cabeza hasta pasado mañana.

Y Misty se acerca a su cara y le dice:

-¿Cómo te atreves a predisponer a mi hija a tener el corazón roto?

Grace levanta la vista del libro con una mueca de sorpresa. La barbilla le tira tanto hacia abajo que en el cuello se le forman unos pliegues de oreja a oreja. Su sistema músculo-aponeurótico superficial. Su grasa submental. Las bandas platismales arrugadas de alrededor de su cuello.

Misty dice:

-¿Qué te propones diciéndole a Tabbi que voy a ser una artista famosa? -Mira a su alrededor, ve que siguen solas y dice-: Soy camarera, pago un techo sobre nuestras cabezas y con eso basta. No quiero que llenes a mi hija de expectativas que no puedo satisfacer. -Sin acabar de expulsar el aire que tiene en el pecho, Misty dice-: ¿No ves la imagen de mi que va a dar esto?

Y en la cara de Grace aparece una sonrisa amplia y tranquila, y dice:

-Pero Misty, la verdad es que vas a ser famosa. La sonrisa de Grace es un telón que se abre. Una noche de estreno. Es Grace desvelándose.

Y Misty dice:

-No es verdad. -Dice-: No puedo.

No es más que una persona normal que va a vivir y a morir siendo desconocida e ignorada. Ordinaria. No es ninguna tragedia.

Grace cierra los ojos. Sin dejar de sonreír, dice:

-Oh, serás tan famosa en cuanto...

Y Misty dice:

-Para. Déjalo. -Misty la corta y dice-: Para ti es muy fácil alimentar las esperanzas de la gente. ¿No ves que la estás cagando? -Misty dice-: Soy una camarera de puta madre. En caso de que no te hayas dado cuenta, ya no somos la clase dominante. Ya no somos los amos del corral.

Peter, el problema de tu madre es que no ha vivido nunca en una caravana. Nunca ha hecho cola en una tienda de comestibles con vales de la beneficencia. No sabe ser pobre y no lo quiere aprender.

Misty dice que no estaría mal criar a Tabbi para que se adapte a esa economía, para que pueda encontrar trabajo en el mundo que va a heredar. Ser camarera no tiene nada de malo. Ni tampoco limpiar habitaciones.

Y Grace pone una tira de cinta de encaje para marcar la página del diario en la que está. Levanta la vista y dice:

- Entonces, ¿por qué bebes?

-Porque me gusta el vino -dice Misty.

Grace dice:

-Bebes y vas con hombres porque tienes miedo.

Cuando habla de hombres debe de referirse a Ángel Dela-portc. El hombre de los pantalones de cuero que ha alquilado la casa de los Wilmot. Ángel Delaporte el de la grafología y la petaca de ginebra de la buena.

Y Grace dice:

-Sé exactamente cómo te sientes. -Entrelaza los dedos sobre el diario que tiene en el regazo y dice-: Bebes porque quieres expresarte y tienes miedo.

-No -dice Misty. Pega la cabeza al hombro y mira de lado a Grace. Misty dice-: No, no sabes cómo me siento.

El fuego que tienen al lado cruje y lanza una espiral de chispas chimenea arriba. El olor a humo flota más allá de la repisa de la chimenea. De su hoguera de campamento.

-Ayer -dice Grace, leyendo del diario- empezaste a ahorrar dinero para poder mudarte a tu pueblo natal. Lo estás guardando en un sobre y lo tienes metido debajo del borde de la alfombra, al lado de la ventana de tu cuarto.

Grace alza la vista con las cejas levantadas y el músculo *corrugator* le pliega la piel moteada de la frente.

Y Misty dice:

-¿Me has estado espiando?

Y Grace sonrío. Da un golpecito con la lupa sobre la página abierta y dice:

-Está en tu diario. Misty le dice:

-Es tu diario. -Dice-: No puedes escribir en el diario de otra persona.

Solamente para que lo sepas, la muy bruja está espiando a Misty y apuntándolo todo en su registro diabólico de cubiertas rojas.

Y Grace sonrío. Dice:

-No lo estoy escribiendo. Lo estoy leyendo. -Pasa la página y mira a través de la lupa y dice-: Oh, mañana parece un día emocionante. Aquí pone que es probable que conozcas a un policía agradable.

Solamente para que conste en acta, mañana Misty se va a hacer cambiar la cerradura de su puerta. Sin perder un minuto.

Misty dice:

-Para. Te lo repito, para. -Dice Misty-: El problema aquí es Tabbi, y cuanto antes aprenda a llevar una vida normal con un trabajo normal y corriente y un futuro seguro, tranquilo y ordinario, más feliz será.

-¿Como trabajar en una oficina? -dice Grace-. ¿Cepillar perros? ¿Cobrar el cheque semanal? ¿Es por eso que bebes?

Tu madre.

Solamente para que conste en acta, se merecía esto:

Y tú te mereces esto:

Y Misty dice:

-No, Grace. -Dice—: Bebo porque me casé con un soñador tonto, perezoso y poco realista que fue criado para creer que algún día se casaría con una artista famosa y no pudo soportar la decepción. -Dice Misty-: Tú, Grace. tú le jodiste la vida a tu propio hijo y no te voy a permitir que le jodas la vida a la mía.

Acercándose tanto que puede ver el maquillaje que Grace tiene en las arrugas, en las ríndes, y las líneas rojas parecidas a telarañas que se le forman allí donde el pintalabios se le escurre por las arrugas de alrededor de la boca, Misty dice:

-Deja de mentirle o te jura que haré las maletas y me llevaré a Tabbi de la isla mañana mismo.

Y Grace mira más allá de Misty, en dirección a algo que Misty tiene detrás.

Sin mirar a Misty, Grace suspira. Y dice:

-Oh, Misty. Ya es demasiado tarde para eso.

Misty se da la vuelta y ve detrás de ella a Paulette, la empleada del mostrador, allí de pie, vestida con una blusa blanca y una falda negra plisada. Y Paulette dice:

-Perdón, señora Wilmot.

Y las dos al mismo tiempo, Grace y Misty, dicen: -¿Sí?

Y Paulette dice:

-No quiero interrumpirlas. -Dice-: Solamente querría poner otro tronco en la chimenea.

Y Grace cierra el libro que tiene en el regazo y dice: -Paulette, necesitamos que hagas de arbitro en un desacuerdo que tenemos. -

Levanta el músculo frontalis para enarcar una sola ceja y dice: ¿No tienes ganas de que Misty se dé prisa y pinte su obra maestra?

El parte meteorológico de hoy anuncia irritación parcial con tendencia a la resignación y a los ultimátums,

Y Misty da media vuelta para marcharse. Da media vuelta sin darla del todo y se detiene.

Las olas de fuera susurran y rompen.

-Gracias, Paulette -dice Misty-. Pero es hora de que todo el mundo en la isla acepte el hecho de que voy a morir siendo una doña nadie total.

12 DE JULIO

En caso de que sientas curiosidad, tu amigo de la facultad de bellas artes, el del pelo largo y rubio, el que se partió el lóbulo por la mitad en el intento de darle su pendiente a Misty, se ha quedado calvo. Se llama Will Tupper y lleva el ferry de la isla. Es de tu edad y sigue teniendo el lóbulo partido.

Esta noche en el ferry, de regreso a la isla, Misty está de pie en la cubierta. El viento frío hace que parezca más vieja, le tensa la piel de la cara y se la reseca. La piel muerta y plana de su stratum corneum. Se está bebiendo una cerveza metida dentro de una bolsa de papel marrón cuando aparece un perro enorme olisqueando a su lado. El perro olisquea y gime. Tiene 5a cola encogida y su garganta se mueve esforzadamente mientras intenta una y otra vez tragar algo.

Ella se le acerca y el perro se aleja y se mea allí mismo, en la cubierta. Luego se acerca un hombre con una correa doblada en la mano y le pregunta a Misty:

-¿Está bien?

Como si... Como si ella fuera a quedarse allí en medio de un charco de pis de perro y contarle a un desconocido toda la historia de su puta vida, a bordo de un barco, con una cerveza en una mano y sorbiéndose las lágrimas. Como si Misty pudiera decir: pues mire, ya que me lo pregunta, acabo de pasar otro día en el lavadero emparedado de alguien, leyendo chorradas escritas en las paredes mientras Ángel Dela-porte saca fotos con flash y le cuenta que el gilipollas de su marido en realidad es cariñoso y protector porque escribe las úes con el rabito de arriba ligeramente rizado, por mucho que la esté llamando «maldición maligna y vengativa de la muerte...».

Ángel y Misty se han pasado toda la tarde culo con culo, ella resiguiendo las pintadas a espray de las paredes, las palabras que dicen: «... aceptamos el sucio flujo de vuestro dinero...».

Y Ángel le ha estado preguntando: -¿Nota usted algo?

Los dueños de la casa estaban guardando los cepillos de dientes de toda la familia en bolsitas de plástico para enviarlos al laboratorio y que los analizaran en busca de bacterias sépticas. Para entablar una demanda.

A bordo del ferry, el hombre del perro dice:

-¿Lleva usted alguna prenda perteneciente a una persona muerta?

Lo que lleva puesto Misty es su abrigo. Su abrigo y sus zapatos. Y sujeto a la solapa, uno de los broches espantosos que Peter le dio.

Que su marido le dio.

Que tú le diste.

Toda la tarde en el lavadero emparedado, con aquellas pintadas en las paredes que decían: «... no robaréis nuestro mundo para reemplazar el que destruisteis...».

Y Ángel dijo:

-La caligrafía aquí es distinta. Está cambiando. -Sacó otra foto, pasó hacia delante la película y dijo-: ¿Sabe en qué orden trabajó su marido en estas casas?

Misty le contó a Ángel que los nuevos dueños de una casa solamente se mudaban después de la luna llena. De acuerdo con una tradición entre los carpinteros, el primero en entrar en una casa nueva tenía que ser siempre el animal de compañía favorito de la familia. Luego tenían que entrar la harina de maíz, la sal, la escoba, la Biblia y el crucifijo. Solamente después podían entrar en la casa la familia y sus muebles. Según la superstición.

Y Ángel sigue haciendo fotos y dice:

-¿Cómo? ¿Se supone que la harina de maíz tiene que entrar andando o que?

Beverly Hills, el Upper East Side, Palm Beach... Hoy día, dice Ángel Delaporte, hasta la mejor zona de cualquier ciudad no es más que una suite de lujo en el Infierno. Al otro lado de tu puerta todavía tienes que compartir las mismas calles abarrotadas de tráfico. Tú y los drogadictos sin hogar seguís respirando el mismo aire apestoso y tenéis que oír a los mismos helicópteros de la policía persiguiendo criminales todas las noches. Las estrellas y la luna eclipsadas por las luces de un millón de depósitos de coches usados. Todo el mundo se apretuja en las mismas aceras llenas de basura tirada y ve el mismo amanecer empañado y rojo a través de la polución.

Ángel dice que a los ricos no les gusta tolerar mucho. El dinero te da permiso para alejarte de todo lo que no es bonito y perfecto. Y ya no soportas nada que no sea maravilloso. Te pasas la vida alejándote, esquivando, huyendo.

Esa búsqueda de lo bonito. Es una trampa. Un cliché. Las flores y las luces de Navidad son lo que estamos programados para amar. La gente joven y encantadora. Esas mujeres hispanas de la televisión que tienen las tetas grandes y una cintura estrecha como si se la hubieran retorcido tres veces. Las esposas decorativas que almuerzan en el hotel Waytansea.

Las pintadas de las paredes dicen: «... vosotros, con vuestras ex esposas e hijastros, con vuestros matrimonios fallidos y vuestras familias con hijos de distintas parejas, habéis arruinado vuestro mundo y ahora queréis arruinar el mío...».

El problema, dice Ángel, es que se nos están acabando los sitios para escondernos. Por eso Will Rogers le decía a la gente que comprara terrenos: porque ya no se fabrican.

Por eso este verano todos los ricos han descubierto la isla de Waytansea.

Antes fue Sun Valley, Idaho. Luego fueron Sedona, Nuevo México. Aspen, Colorado. Cayo Hueso, Florida. Lahaina, Maui. Todos esos lugares

quedaron atiborrados de turistas y los nativos fueron relegados al papel de camareros. Ahora es la isla de Waytansea, la escapada perfecta. Para todo el mundo salvo para la gente que ya vivía allí.

Las pintadas dicen: «... vosotros con vuestros coches veloces atrapados en atascos, vuestra comida deliciosa que os pone gordos, vuestras casas tan grandes que siempre os sentís solos...».

Y Ángel dice:

-Fíjate en que escribe de forma apelonada. Las letras están todas apretadas. -Sacar una foto, hacer avanzar la película y dice—: Peter está muy asustado o algo parecido.

El señor Ángel Delaporte está flirteando, poniendo la mano encima de la de ella. Le va dando la petaca hasta que se vacía. Todo está muy bien a menos que él le ponga una demanda como el resto de tus clientes del continente. Todos los veraneantes que han perdido dormitorios y cuartos para la ropa. Todo el mundo cuyo cepillo de dientes te has metido por el culo. Si Misty le ha dado la casa tan deprisa a los católicos es en gran medida para que nadie la pueda embargar.

Ángel Delaporte dice que nuestro instinto natural nos lleva a escondernos. Como especie, reivindicamos un territorio y lo defendemos. Tal vez emigramos, por razones climáticas o siguiendo a algún otro animal, pero sabemos que hace falta un territorio para vivir y nuestro instinto es reclamar el nuestro.

Por eso cantan los pájaros, para marcar su territorio. Por eso mean los perros.

Sedona, Cayo Hueso. Sun Valley, la paradoja de medio millón de personas yendo al mismo sitio para estar solos.

Misty continúa resiguiendo la pintura negra con el índice y dice:

-¿Qué querías decir con aquello del síndrome de Stendhal?

Y sin dejar de hacer fotos, Ángel dice: -Toma su nombre del escritor francés, Stendhal.

La pintada que está resiguiendo dice: "... Misty Wilmot os mandará a todos al Infierno...».

Tus palabras. Cabrón.

Stanislavski tenía razón: se puede encontrar dolor nuevo cada vez que descubres lo que ya sabías de antemano.

El síndrome de Stendhal, dice Ángel, es un término médico. Es cuando un cuadro o alguna obra de arte es tan bella que abrumba al espectador. Es una forma de shock. Cuando Stendhal visitó la iglesia de Santa Croce en Florencia en 1817, afirmó haber estado a punto de desmayarse de placer. La gente siente taquicardia. Se marear. Mirar grandes obras de arte hace que uno se olvide de su nombre y que se olvide hasta de dónde está. Puede provocar depresión y agotamiento físico. Amnesia. Pánico. Ataques al corazón. Colapsos.

Solamente para que conste en acta, Misty cree que Ángel Delaporte es un poco capullo.

-Si uno lee las crónicas de su época -dice-, se supone que la obra de Maura Kincaid provocó una especie de histeria multitudinaria.

-¿Y ahora? -dice Misty.

Y Ángel se encoge de hombros.

-Ni idea -dice-. Por lo que he visto, no son más que paisajes muy bonitos.

Mira el dedo de Misty y dice:

-¿Notas algo? -Saca otra foto y dice-: Es gracioso cómo cambian los gustos.

«... somos pobres -dice una inscripción de Peter-, pero tenemos lo que todos los ricos ansian... Paz, belleza, tranquilidad... «

Tus palabras.

Tu vida después de la muerte.

Ahora, de regreso a casa esta noche, es Will Tupper quien le da a Misty la cerveza dentro de una bolsa de papel. La deja beber en la cubierta a pesar de las normas. Le pregunta si últimamente ha estado trabajando en algún cuadro. ¿Tal vez en algún paisaje?

A bordo del ferry, el hombre del perro le dice que el perro está adiestrado para encontrar a gente muerta. Cuando alguien muere, emite un hedor tremendo a algo que el hombre llama epinefrina. Dice que es el olor del miedo.

Misty se limita a ir bebiendo la cerveza que lleva en la mano dentro de una bolsa marrón y a dejarlo que hable.

El pelo del hombre, la forma en que le clarea por encima de las sienes y la forma en que el viento frío le enrojece el cuero cabelludo, todo junto da la impresión de que tenga cuernos de diablo. Tiene cuernos de diablo y la cara toda roja y los ojos entrecerrados y rodeados de arrugas. Arrugamiento dinámico. Rítmicas laterales cantales.

El perro dobla el cuello hacia un lado por encima de la paletilla, en un intento de apartarse de ella. El aftershave del hombre huele a clavo. Enganchadas a su cinturón, por debajo del borde de su chaqueta, se ven unas esposas cromadas.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia agitación creciente con posibilidad de colapso físico y emocional.

El hombre aguanta con la mano la correa de su peno y dice:

-¿Está segura de que se encuentra bien?

Y Misty le dice:

-Confíe en mí, no estoy muerta. -Dice-: Tal vez mi piel esté muerta.

Síndrome de Stendhal. Epinefrina. Grafología. El coma de los datos. De la educación.

El hombre asiente mirando su cerveza en la bolsa de papel marrón y dice:

-¿Sabe que está prohibido beber en sitios públicos?

Y Misty le dice:

-¿Qué pasa? ¿Es que es usted poli?

Y él dice:

-Pues mire, resulta que sí, soy policía.

El tipo abre su cartera y le enseña una insignia. Sobre la insignia plateada hay grabada una inscripción: «Clark Stilton, detective. Equipo operativo para delitos extremistas del condado de Seaview».

13 DE JULIO, LUNA LLENA

Tabbí y Misty están caminando por el bosque. Por los terrenos

agrestes del cabo de Waytalsea. Lo que hay aquí son alisos, generaciones enteras de árboles que crecen, se desploman y vuelven a brotar sobre sus propios muertos. Los animales, tal vez los ciervos, han creado un sendero que serpentea por entre los montones de árboles intrincados y los bordes de las rocas tan grandes como obras arquitectónicas y recubiertas de gruesas capas de musgo. Por encima de todo esto, las hojas de los alisos confluyen en un cielo cambiante de color verde reluciente.

Aquí y allá, la luz del sol se filtra en haces tan grandes como lámparas de araña. El lugar no es más que una versión todavía más caótica del vestíbulo del hotel Waytalsea. Tabbi lleva un solo pendiente antiguo, una filigrana de oro y una neblina de cristales rojos brillantes de estrás alrededor de un corazón rojo esmaltado. Lo lleva cogido a su jersey rosa, como si fuera un broche, pero es el mismo pendiente que el amigo rubio de Peter se arrancó de la oreja. Will Tupper, el del ferry.

Tu amigo.

Tiene guardadas las alhajas en una caja de zapatos debajo de la cama y se las pone en las ocasiones especiales. Los rubíes de cristal descascarillado que lleva sujetos al hombro resplandecen bajo la luz verde brillante que les cae sobre las cabezas. Los cristales sucios de estrás reflejan el rosa de la sudadera de Tabbi.

Tu mujer y tu hija pasan por encima de un tronco podrido e infestado de hormigas y van rodeando heléchos que rozan la cintura de Misty y la cara de Tabbi. Avanzan en silencio, buscando pájaros con la mirada y con la vista, pero no hay nada. No hay pájaros. No hay ranas. No hay ningún ruido procedente del océano, no se oye el susurro y el romper de las olas por ningún lado.

Se abren paso por entre un matorral de tallos verdes, algo con unas hojas amarillas y blandas que se están pudriendo por la base. Hay que vigilar a cada paso porque el terreno es resbaladizo y está encharcado. Misty no tiene ni idea de cuánto tiempo lleva caminando, observando el suelo con atención, sosteniendo ramas para que no golpeen a Tabbi, pero cuando levanta la vista, ve a un hombre allí de pie.

Solamente para que conste en acta, los músculos *levator labii* de Misty, sus músculos de los gruñidos, sus músculos de! «lucha o escapa», sufren un espasmo colectivo. Todos esos músculos componen el paisaje del gruñido y se congelan, la boca se le tensa y los dientes le quedan al descubierto.

Misty agarra a Tabbi por la parte de atrás de la camiseta. Tabbi continúa mirando el suelo y caminando hacia delante y Misty tira de ella hacia atrás.

Y la chica resbala y tira de su madre hacia el suelo y dice;

-¡Mamá!

Tabbi queda tumbada en el suelo mojado, entre las hojas y el musgo y los escarabajos. Misty está inclinada junto a ella y los helechos trazan sus arcos por encima de las dos.

El hombre está a unos diez pasos de ellas, mirando en dirección contraria. No se gira. A través de la cortina de helechos, parece medir dos metros, moreno y corpulento, con hojas marrones en el pelo y salpicaduras de barro en las piernas.

No se gira ni tampoco se mueve. Debe de haberlas oído y está allí, escuchando.

Solamente para que conste en acta, está desnudo. Su culo desnudo queda delante de ellas.

Tabbi dice:

-Suéltame, mamá. Hay bichos.

Y Misty la chista para que calle.

El hombre espera, paralizado, con una mano a la altura de la cintura como si estuviera palpando el aire en busca de movimientos. No hay ningún pájaro cantando.

Misty está agachada, acuclillada con las palmas de las manos en el suelo fangoso, lista para agarrar a Tabbi y echar a correr.

Luego Tabbi pasa a su lado y Misty dice:

-¡No!

Misty estira el brazo deprisa y agarra el aire que su hija ha dejado atrás.

Pasa un segundo o tal vez dos antes de que Tabbi llegue a donde está el hombre y le ponga la mano en su mano abierta.

Durante esos dos segundos, Misty descubre que es una birria de madre.

Peter, te casaste con una cobarde. Misty sigue allí, en cuclillas. En todo caso, ha retrocedido un poco, lista para salir corriendo en dirección contraria. Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es el combate cuerpo a cuerpo.

Y Tabbi se da media vuelta, sonriente, y dice:

-Mamá, no seas tan mongui. -Coge la única mano extendida del hombre con sus manos y flexiona los brazos para levantar los pies del suelo. Dice-: No es más que Apolo.

Cerca del hombre, casi oculto bajo las hojas caídas, hay un cadáver. Un torso blanquecino con venas azules. Un brazo blanco cortado.

Y Misty sigue allí en cuclillas.

Tabbi se deja caer del brazo del hombre y va hasta donde Misty está mirando. Aparta las hojas de una cara blanca y muerta y dice:

-Esta es Diana.

Mira a Misty allí en cuclillas y pone los ojos en blanco.

—Son estatuas, mamá.

Estatuas.

Tabbi regresa para cogerle la mano a Misty. Levanta el brazo de su madre, la hace ponerse de pie y le dice:

-¿Sabes de qué te hablo? Estatuas. Tú eres artista.

Tabbi tira de su madre. El hombre de pie es de bronce oscuro, sucio de líquen y deslustrado. Un hombre desnudo con los pies atornillados a un pedestal enterrado entre los matorrales del lado del camino. Sus ojos tienen iris y pupilas profundos, unos¹ iris romanos grabados en el bronce. Las proporciones de sus brazos y piernas son perfectas en relación con el torso. La media dorada de la composición. Se han aplicado todas las reglas del arte y la proporción.

La fórmula griega en virtud de la cual nos gusta lo que nos gusta. Más de ese coma de facultad de bellas artes.

La mujer del suelo está hecha de mármol blanco y roto. La mano rosada de Tabbi aparta las hojas y la hierba de los muslos blancos y alargados y revela que los coquetos pliegues de la entrepierna pálida de mármol confluyen en una hoja labrada. Los dedos y los brazos lisos, los codos sin una sola arruga. El pelo labrado de mármol le cuelga en forma

de rizos blancos esculpidos.

Tabbi señala con su mano rosada un pedestal vacío que hay al otro lado del sendero respecto a la estatua de bronce y dice:

-Diana se cayó mucho tiempo antes de que yo la conociera.

El músculo de la pantorrilla del hombre de bronce está frío, pero cada uno de sus tendones está esculpido con todo detalle y todos sus músculos son fuertes. Misty pasa la mano por la fría pierna de metal y dice:

-¿Has estado aquí antes?

-Apolo no tiene picha -dice Tabbi-. Ya he mirado.

Y Misty le aparta bruscamente la mano de la hoja que la estatua tiene esculpida sobre la entrepierna de bronce. Dice:

-¿Quién te trajo aquí?

-La abuelita-dice Tabbi-. La abuelita me trae aquí todo el tiempo.

Tabbi se encorva para frotarse la mejilla contra la mejilla lisa de mármol de Diana.

La estatua de bronce, la de Apolo, debe de ser una reproducción del siglo XIX. O quizá de finales del XVIII. No puede ser auténtica, no puede ser una pieza griega o romana de verdad. Estaría en un museo.

-¿Por qué están aquí estas estatuas? -dice Misty-. ¿No te lo dijo tu abuela?

Tabbi se encoge de hombros. Estira el brazo hacia Misty y dice:

-Hay más. -Dice-: Te las enseño.

Hay más.

Tabbi la lleva por los bosques que rodean el cabo y encuentran un reloj de sol en el suelo entre los matorros, cubierto de una capa oscura de verdín. Encuentran una fuente tan ancha como una piscina, pero llena de ramas y bellotas derribadas por el viento.

Pasan por delante de una gruta cavada en la ladera de una colina, una boca oscura flanqueada de pilares cubiertos de musgo y cerrada por una cancela de hierro con cadenas. La piedra ha sido tallada en forma de arco que se eleva hasta una dovela en el medio. Elegante como el edificio de un banco pequeño. La fachada mohosa de un edificio gubernamental enterrado. Abarrotado de ángeles labrados que sostienen guirnalda de manzanas, peras y uvas de piedra. Coronas de flores de piedra. Todo tremendamente sucio, agrietado y resquebrajado por las raíces de los árboles.

En medio de todo hay plantas que no deberían estar aquí. Una rosa trepadora asfixia a un roble: trepa quince metros y acaba floreciendo en la copa del árbol. Hay hojas amarillas de tulipán marchitas por el calor estival. Una pared altísima de palos y hojas resulta ser un matorral enorme de lilas.

Los tulipanes y las lilas no son plantas autóctonas.

Nada de todo esto tendría que estar aquí.

En el prado que ocupa el centro del cabo encuentran a Grace Wilmot sentada sobre una manta extendida en la hierba. A su alrededor florecen los acianos azules y rosados y las margaritas blancas. La cesta de mimbre del picnic está abierta y encima de la misma revolotean las moscas.

Grace se pone de rodillas, con un vaso de vino tinto en la mano, y dice:

-Has vuelto, Misty. Ven, coge esto.

Misty coge el vino y bebe un poco.

-Tabbi me ha enseñado las estatuas -dice Misty-. ¿Qué había aquí antes?

Grace se pone de pie y dice:

-Tabbi, recoge tus cosas. Es hora de irnos.

Tabbi recoge su jersey de encima de la manta.

Y Misty dice:

—Pero si acabamos de llegar.

Grace le da una bandeja con un sandwich encima y dice:

-Te vas a quedar a comer. Vas a tener el día entero para tu arte.

El sandwich es de ensalada de pollo y está caliente de llevar rato bajo el sol. Las moscas se han posado en él, pero no huele mal. Así que Misty le da un mordisco.

Grace señala a Tabbi con la barbilla y dice:

-Ha sido idea de Tabbi.

Misty mastica y traga. Dice:

-Es una idea muy amable, pero no he traído mis cosas.

Y Tabbi va a la cesta del picnic y dice:

-La abuelita sí. Las hemos traído para darte una sorpresa.

Misty da un trago de vino.

Cada vez que alguien bienintencionado te obligue a demostrar que no tienes talento y te restriegue por la cara el hecho de que eres un fracaso en el único sueño que has tenido nunca, tómate otra copa. Ese es el juego Alcohólico de Misty Wilmot.

-Tabbi y yo nos vamos de misión -dice Grace.

Y Tabbi dice:

-Nos vamos de mercadillos.

La ensalada de pollo tiene un sabor raro. Misty mastica, traga y dice:

-Este sandwich tiene un sabor extraño.

-Es el cilantro -dice Grace. Y dice-: Tabbi y yo tenemos que encontrar una bandeja de dieciséis pulgadas con diseño de Espiga de Trigo en placa de Lenox. —Cierra los ojos, niega con la cabeza y dice—: ¿Por qué nadie se interesa por su vajilla hasta que dejan de fabricar su modelo?

Tabbi dice:

-Y la abuelita me va a comprar mi regalo de cumpleaños. Lo que yo quiera.

Ahora Misty se va a quedar aquí tirada en el cabo de Waytansea con dos botellas de vino tinto y una ensalada de pollo. No ha tocado sus pinturas, sus acuarelas, sus pinceles ni su papel desde que su hija era un bebé. Los acrílicos y los óleos deben de estar duros. Las acuarelas secas y agrietadas. Los pinceles acartonados. Todo estará estropeado.

Incluyendo a Misty.

Grace Wilmot levanta una mano y dice:

-Tabbi, ven conmigo. Dejemos que tu madre disfrute la tarde.

Tabbi coge la mano de su abuela y las dos empiezan a cruzar el prado hacia el camino de tierra donde han dejado el coche aparcado.

El sol es cálido. El prado es lo bastante alto como para que uno pueda mirar hacia abajo y ver cómo las olas susurran y rompen contra las rocas. Al otro lado de la costa se ve el pueblo. El hotel es una mancha de madera blanca. Casi se ven las ventanas en saliente de las buhardillas.

Desde aquí, la isla tiene un aspecto agradable y portee tu. No parece atiborrada de turistas ni llena de vallas publicitarias. Tiene el aspecto que debió de tener antes de que llegaran los veraneantes ricos. Antes de que llegara Misty. Se entiende por qué la gente nacida aquí no quiere marcharse nunca. Se entiende por qué Peter tenía tantos deseos de protegerla.

-Mamá. -La llama Tabbi.

Tabbi se ha separado de su abuela y corre hacia Misty. Agarrándose la sudadera rosa con las dos manos. Sonriente y jadeando, llega al sitio donde Misty está sentada sobre la manta. Con el pendiente dorado de filigrana en las manos, dice:

-No te muevas.

Misty no se mueve. Se convierte en estatua.

Tabbi se inclina para ponerle el pendiente en el lóbulo a su madre y dice:

-Casi se me olvida hasta que me lo ha recordado la abuelita. La abuelita dice que te va a hacer falta esto.

Tiene las rodillas de los vaqueros llenas de barro y manchadas de verde de cuando a Misty le ha entrado el pánico y la ha tirado al suelo. De cuando Misty ha intentado salvarla.

Misty dice:

-¿Quieres llevarte un sandwich, cariño?

Tabbi niega con la cabeza y dice:

-La abuelita me ha dicho que no me los coma.

Luego se gira y echa a correr, agitando un brazo por encima de la cabeza a modo de despedida hasta que se pierde de vista.

14 DE JULIO

Ángel sostiene la hoja de papel para acuarela, cogiendo las esquinas con las yemas de los dedos. La mira, luego mira a Misty y dice:

-;Has dibujado una silla?

Misty se encoge de hombros y dice:

-Hacía años que no dibujaba. Ha sido la primera cosa que se me ha ocurrido.

Ángel le da la espalda y sostiene el dibujo para que le dé la luz del sol en varios ángulos distintos. Sin dejar de mirarlo, dice:

-Es bueno. Es muy bueno. ¿De dónde has copiado la silla?

-Me la he imaginado -dice Misty, y le habla de quedarse tirada todo el día en el cabo de Waytansea solamente con sus pinturas y un par de botellas de vino.

Ángel mira la pintura con los ojos guiñados, sosteniéndola tan cerca que casi se pone bizco, y dice:

-Parece una Hershel Burke. -Ángel la mira y dice-: ¿Te has pasado el día en un prado lleno de hierba y te has imaginado una silla de brazos

neorrenacentista de Hershel Burke?

Esta mañana ha llamado una mujer de Long Beach para decir que estaba repintando su lavadero, así que sería mejor que vinieran a ver la guarrada que había hecho Peter antes de que empezara.

Ahora mismo Misty y Ángel están en el lavadero desaparecido. Misty está haciendo bocetos de las inscripciones fragmentarias de Peter. Se supone que Ángel está fotografiando las paredes. En cuanto Misty ha abierto su portafolio para sacar un cuaderno de dibujo, Ángel ha visto la pequeña acuarela y le ha pedido que se la enseñe. La luz del sol entra por una ventana con el cristal esmerilado y Ángel sostiene la pintura bajo la misma.

Alguien ha pintado a espray en la ventana: «... poned el pie en nuestra isla y moriréis...».

Ángel dice:

-Es una Hershel Burke, lo juro. De Filadelfia, mil ochocientos setenta y nueve. Su gemela está en la casa Vanderbilt, en Biltmore.

A Misty se le debió quedar en la memoria en la clase de Historia del Arte 101, o en Visión General de las Artes Decorativas 136, o en alguna otra clase inútil de la facultad de bellas artes. Tal vez lo vio en la televisión, en algún recorrido en vídeo de casas famosas emitido en algún programa de la televisión pública. Quién sabe de dónde le ha venido la idea. O por qué imaginamos lo que imaginamos.

Misty dice:

-Tuve suerte de poder dibujar algo. Me puse muy enferma. Me intoxicqué con la comida.

Ángel está mirando la pintura y dándole la vuelta. El músculo *corrugator* que tiene entre las cejas se contrae en forma de tres arrugas profundas. Se le marca el músculo glabellar. El *triangularis* le estira de los labios hasta que de cada comisura de la boca le salen unas líneas que le hacen parecer una marioneta.

Misty aboceta los garabatos de las paredes y no le habla a Ángel de los retortijones. Se pasó la maldita tarde entera intentando dibujar una roca o un árbol y acabó arrugando el papel, asqueada. Intentó dibujar el pueblo que se veía a lo lejos, con el campanario y el reloj de la biblioteca, pero también arrugó aquello. Arrugó una pintura asquerosa de Peter que había intentado dibujar de memoria. Arrugó una pintura de Tabbi. Luego un unicornio. Se bebió un vaso de vino y buscó algo más que estropear con su falta de talento. Luego se comió otro bocadillo de ensalada de pollo con su extraño sabor a cilantro.

La mera idea de entrar en el bosque en penumbra para dibujar una estatua hecha trizas le erizaba el vello de la nuca. El reloj de sol caído. La gruta cerrada a cal y canto. Dios. En el prado el sol calentaba. La hierba estaba infestada de bichos. Más allá del bosque, las oías susurraban y rompían.

Mirando simplemente los márgenes a oscuras del bosque, Misty se imaginó al imponente bronce rompiendo el pincel con los brazos manchados y mirándola con sus ojos sin pupila y ciegos. Como si él hubiera matado a la Diana de mármol y cortado su cuerpo en pedazos, Misty lo imaginaba saliendo del bosque sigilosamente y yendo hacia ella.

De acuerdo con las normas del Juego Alcohólico de Misty Wilmot, cuando uno empieza a pensar que una estatua desnuda de bronce va a envolverte con sus brazos metálicos y aplastarte con su beso mientras tú

te dejas las uñas intentando defenderte y le golpeas el pecho musgoso hasta tener sangre en las manos, bueno, es hora de tomar otra copa.

Cuando te encuentras a ti misma medio desnuda, cagando en un agujero que has cavado detrás de un arbusto y luego limpiándote el culo con una servilleta de hotel, tómate otra copa.

Llegaron los retortijones y Misty empezó a sudar. La cabeza empezó a pincharle con cada latido del corazón. Se le movieron las tripas y no pudo bajarse las bragas lo bastante deprisa. La mierda le cayó sobre las piernas y los zapatos. El olor la dejó asfixiada y la hizo inclinarse hacia delante y apoyar las manos abiertas sobre la hierba caliente y las floréenas. Las moscas negras la encontraron a millas de distancia y empezaron a subirle y bajarle por las piernas. Apoyó la barbilla en el pecho y un puñado doble de vómito rosa llovió sobre el suelo.

Cuando te encuentres a tí misma, media hora después, con mierda todavía cayéndote por la pierna y una nube de moscas a tu alrededor, tómate otra copa.

Misty no le cuenta nada a Ángel de esa parte.

Mientras ella está dibujando sus bocetos y él sacando fotos, los dos allí en el lavadero desaparecido, Ángel dice:

-;Qué puede decirme del padre de Peter?

El padre de Peter, Harrow. A Misty le encantaba el padre de Peter. Misty dice:

-Está muerto, ¿por qué?

Ángel saca otra foto y hace avanzar la película de su cámara. Señala con la cabeza las inscripciones de las paredes y dice:

-La forma en que una persona escribe las íes es muy importante. El primer trazo habla de su apego hacia su madre. El segundo trazo, el que va de arriba abajo, se refiere a su padre.

Al padre de Peter, Harrow Wilmot, todo el mundo lo llamaba Harry. Misty solamente lo conoció una vez que fue de visita antes de que se casaran. Antes de que Misty se quedara embarazada. Harry la llevó de gira por la isla de Waytansea, caminando y señalando la pintura descascarillada y los tejados caídos de las enormes casas con sus tejas de madera. Usando una llave del coche sacó argamasa suelta de entre los bloques de granito de la iglesia. Vieron que las aceras de MERCHANT Street estaban resquebrajadas y combadas. Las fachadas de las tiendas tenían manchas crecientes de moho. El hotel cerrado estaba negro por dentro, la mayor parte del mismo había quedado destruida en un incendio. El exterior estaba maltrecho, las mosquiteras de las ventanas se habían oxidado hasta quedar de color rojo oscuro. Las persianas crujían. Los canalones se combaban. Harrow Wilmot no paraba de decir:

-De pobres de solemnidad a pobres de solemnidad otra vez en tres generaciones -dijo-. No importa lo bien que lo invirtamos, eso es lo máximo que dura el dinero.

El padre de Peter murió después de que Misty regresara a la universidad.

Y Ángel dice:

-¿Puede conseguirme una muestra de su caligrafía?

Misty sigue haciendo bocetos de los garabatos y dice:

-No lo sé.

Solamente para que conste en acta, quedarse pringada de mierda y desnuda en el bosque, salpicada de vómito de color rosa no te convierte

necesariamente en una artista de verdad.

Ni tampoco las alucinaciones. En el cabo de Waytansea, con los retortijones y el sudor cayéndole por el pelo y por los lados de la cabeza, Misty empezó a ver visiones. Intentó limpiarse con las servilletas del hotel. Se enjuagó la boca con vino. Apartó con la mano la nube de moscas. El vómito todavía le escocía en la nariz. Es estúpido, demasiado estúpido contárselo a Ángel, pero las sombras del margen del bosque se movieron.

La cara de metal estaba allí entre los árboles. La figura dio un paso adelante y el peso terrible de su pie de bronce se hundió en el borde blando del prado.

Si uno va a la facultad de bellas artes, sabe reconocer una alucinación de las malas. Sabe lo que es un flashback. Uno ha tomado muchas sustancias químicas que se le pueden quedar en los tejidos grasos, listas para inundarle el flujo sanguíneo de pesadillas a la luz del día.

La figura dio otro paso y hundió el pie en el suelo. El sol hizo que algunas partes de sus brazos emitieran un resplandor verde. Tenía la coronilla y los hombros cubiertos de mierda blanca de pájaro. Los músculos de sus muslos de bronce se elevaron, tensados con alivio cada vez que levantaba una pierna, y así la figura caminaba. A cada paso se le movía la hoja de bronce entre los muslos.

Ahora, mirando la acuarela colocada encima de la bolsa de la cámara de Ángel, resulta más que embarazosa. Apolo, el dios del amor. Misty enferma y borracha. El alma desnuda de una artista salida de mediana edad.

La figura se acercó otro paso. Una alucinación estúpida. Intoxicación alimentaria. Aquella cosa desnuda. Misty desnuda. Los dos increíblemente sucios en el círculo de árboles que rodeaban el prado. Para despejarse la cabeza, para hacer desaparecer la visión, Misty empezó a dibujar. Para concentrarse. No era un dibujo de nada en concreto. Cerró los ojos, llevó el lápiz a la hoja de papel para acuarela y lo sintió rascar allí y trazar líneas rectas y también cómo el costado de su pulgar frotaba para crear contornos de sombras.

Escritura automática.

Cuando su lápiz se detuvo, Misty había terminado. La figura había desaparecido. Su vientre estaba mucho mejor. La mierda se había secado lo bastante como para poder rascar la mayor parte y enterrar las servilletas, su ropa interior estropeada y los dibujos arrugados. Llegaron Tabbi y Grace. Encontraron la taza de té que habían perdido, la jarrita de teche o lo que fuera. Para entonces ya no quedaba vino. Misty estaba vestida y olía un poco mejor.

Tabbi dijo:

-Mira, por mi cumpleaños. -Y estiró el brazo para mostrar un anillo que le brillaba en un dedo. Una piedra verde y cuadrada, cortada en forma de brillante-. Es un peridoto —dijo Tabbi, y lo sostuvo en alto, haciendo que se reflejara en él la luz del sol poniente.

Misty se quedó dormida en el coche, preguntándose de dónde había salido el dinero, mientras Grace conducía por División Avenue en dirección al pueblo.

No fue hasta más tarde que Misty miró su cuaderno. Se quedó tan sorprendida como todos los demás. Después Misty se limitó a añadir unos

pocos colores con sus acuarelas. Es asombroso lo que puede crear la mente subconsciente. Algo sacado de sus años de infancia, una imagen de las clases de arte.

Los sueños predecibles de la pobre Misty Kleinman.

Ángel dice algo.

Misty dice:

-¿Cómo?

Ángel dice:

-¿Cuánto aceptarías por este?

Está hablando de dinero. Pidiendo un precio. Misty dice:

-¿Cincuenta?

Misty dice:

-¿Cincuenta dólares?

La imagen que Misty dibujó con los ojos cerrados, desnuda y atemorizada, borracha y con el vientre enfermo, es la primera obra de arte que vende. Es lo mejor que Misty ha hecho nunca.

Ángel abre su cartera y saca dos billetes de veinte y uno de diez.

Dice:

-Así pues, ¿qué más puedes decirme del padre de Peter?

Para que conste en acta, cuando se alejaba del prado, vio dos agujeros profundos junto al sendero. Los agujeros estaban a medio metro el uno del otro, demasiado grandes para ser pisadas y demasiado separados para ser de una persona. Un rastro de agujeros como aquellos se adentraba en el bosque, demasiado grandes y demasiado separados para ser huellas de alguien caminando. Misty no le cuenta eso a Ángel. Pensaría que está loca. Loca como su marido.

Como tú, Peter de mi alma, cariño.

Ahora lo único que le queda de la intoxicación es un dolor de cabeza punzante.

Ángel se acerca la pintura a la nariz y la huele. Arruga la nariz y la vuelve a oler, luego la mete en un bolsillo lateral de la bolsa de su cámara. Sorprende a Misty mirándolo y dice:

-Oh, no me haga caso. Por un momento me ha parecido que olía a mierda.

15 DE JULIO

Si el primer hombre que te mira las tetas en cuatro años resulta ser un poli, tómate una copa. Si resulta que ya sabe qué pinta tienes desnuda, tómate otra copa. Que sea doble.

Hay un tipo sentado a la mesa ocho del Comedor de Madera y Oro, un tío de tu edad. Es fornido y tiene unos hombros encorvados. La camisa le sienta bien, un poquito estrecha en la barriga, un globo blanco de polialgodón que se le monta un poco por encima del cinturón. El pelo le clarea en las sienes y sus entradas son sendos jargos triángulos de calva encima de los ojos. Los dos triángulos están rojos y quemados por el sol, de manera que parece que le sobresalgan dos cuernos diabólicos de la

parte superior de la cara. Tiene un pequeño cuaderno de espiral abierto sobre la mesa y está escribiendo en él mientras observa a Misty. Lleva una corbata a rayas y una chaqueta azul marino.

Misty le lleva un vaso de agua y la mano le tiembla tanto que se oye traquetear el hielo. Solamente para que lo sepas, ya va por el tercer día de dolor de cabeza. Su dolor de cabeza es como si tuviera gusanos hurgándole en la masa blanda y grande del cerebro. Gusanos cavando. Escarabos abriendo túneles.

El tipo de la mesa ocho dice:

-Aquí no vienen muchos hombres, ¿no?

Su aftershave huele a clavo. Es el hombre del ferry, el tipo del perro que creía que Misty estaba muerta. El poli. El detective Clark Stilton. El tipo de los delitos extremistas.

Misty se encoge de hombros y le da una carta. Mira la sala con los ojos en blanco, la pintura dorada y los paneles de madera, y dice:

-¿Dónde está su perro?

Misty dice:

-¿Puedo traerle algo para beber?

Y él dice:

-Necesito ver a su marido. -Dice-: Usted es la señora Wilmot, ¿verdad?

Lleva el nombre en su etiqueta identificativa, sujeta al uniforme de plástico rosa: Misty Mane Wihnot.

Su dolor de cabeza es como si le estuvieran clavando un clavo a martillazos en la nuca, pam, pam, pam, una obra de arte conceptual, golpeando más y más fuerte en un punto concreto hasta que se le olvida todo lo demás.

El detective Stilton deja el bolígrafo sobre el cuaderno, le ofrece la mano para que se la estreche y sonrío:

-Lo cierto es que yo soy el equipo operativo del condado para los delitos extremistas.

Misty le da la mano y le dice:

-¿Quiere un poco de café?

Y él dice:

-Por favor.

Su dolor de cabeza es una pelota de playa demasiado llena de aire. Y le siguen metiendo más aire, pero no es aire. Es sangre.

Solamente para que conste en acta, Misty ya le dijo al detective que Peter estaba en el hospital.

Que tú estabas en el hospital.

La otra tarde en el ferry le dijo al detective Stilton que estabas loco y que habías dejado a tu familia sumida en las deudas. Que dejaste la facultad y que te clavabas joyas en el cuerpo. Que te sentaste dentro del coche, que estaba en tu garaje con el motor encendido. Tus graffiti, todas tus diatribas y eso de emparedar los lavaderos y las cocinas de la gente, todo eso no era más que otro síntoma de tu locura. El vandalismo. Es una desgracia, le dijo Misty al detective, pero a ella este tema le ha jodido como al que más.

Son cerca de las tres, el remanso entre el almuerzo y la cena.

Misty dice:

-Sí. Claro, vaya a ver a mi marido. -Misty dice-: ¿Quiere café?

El detective escribe con la mirada fija en su cuaderno y pregunta:

-¿Sabe si su marido formaba parte de alguna organización neonazi?
¿De algún grupo radical de extremistas?

Y Misty dice: -¿Ah, sí? Misty dice:

-El rosbif lo hacemos bueno.

Solamente para que conste en acta, la escena es graciosa. Los dos con los cuadernos en la mano y los bolígrafos listos para escribir. Es un duelo. Un tiroteo.

Sí ha leído lo que escribe Peter, este tipo sabe lo que Peter pensaba del cuerpo desnudo de ella. De sus pechos como pescados muertos. De sus piernas llenas de varices. De sus manos que huelen a guantes de goma. Misty' Wilmot, la Reina de las Doncellas. Lo que tú pensabas de tu mujer.

El detective Stilton escribe algo y dice:

-¿Así que usted y su marido no tenían una relación muy estrecha?

Y Misty dice:

-Sí, bueno, yo creía que sí. -Dice-: Pero mire usted.

Él escribe algo y dice:

-¿Sabe usted si Peter es miembro del Ku Klux Klan?

Y Misty dice:

-El pollo con empanadillas chinas es bastante bueno.

El escribe algo y dice:

-¿Sabe usted si existe algún grupo de extremistas en la isla de Waytansea?

Su dolor de cabeza le va hundiendo el clavo en la nuca, pam, pam.

Alguien le hace una señal desde la mesa cinco y Misty dice:

-¿Puedo traerle un poco de café?

Y el detective Scilton dice:

-¿Se encuentra bien? No tiene muy buen aspecto.

Esta misma mañana a la hora del desayuno, Grace Wilmot dice que se siente fatal por la ensalada de pollo en mal estado. Tan fatal que le ha concertado una cita a Misty con el doctor Nieman al día siguiente. Un gesto amable, pero otra puta factura a pagar.

Cuando Misty cierra los ojos, juraría que por dentro tiene la cabeza al rojo vivo. Su cuello es un único calambre muscular de hierro fundido. El sudor le pega entre sí los pliegues de la piel del cuello. Tiene los hombros agarrotados, tensados hacia las orejas. Solamente puede girar un poco la cabeza en cualquier dirección, y aun eso le provoca un dolor de orejas intenso.

Peter solía hablar de Paganini, tal vez el mejor violinista de todos los tiempos. Sufría la tortura de la tuberculosis, la sífilis, la ostiomielitis en la mandíbula, la diarrea, las hemorroides y las piedras en el riñón. Paganini, no Peter. El mercurio que le dieron los médicos para la sífilis lo envenenó hasta que se le cayeron los dientes. La piel se le volvió de color gris blanquecino. Perdió el pelo. Paganini era un cadáver andante, pero cuando tocaba el violín se convertía en inmortal

Tenía el síndrome de Ehlers-Danlos, una enfermedad congénita que le dejó las articulaciones tan flexibles que podía doblarse el pulgar hacia atrás hasta tocarse la muñeca. De acuerdo con Peter, lo que lo torturaba lo convertía en genio.

De acuerdo contigo.

Misty le trae al detective Stilton un té helado que no ha pedido y él le pregunta:

-¿Hay alguna razón para que lleve gafas tic sol aquí dentro?

Ella hace un gesto con la cabeza hacia los ventanales y dice:

—Es la luz. —Le pone más agua y dice—: Hoy me hace daño en los ojos. -Le tiembla tanto la mano que se le cae el bolígrafo. Agarrando el borde de la mesa con la mano para no perder el equilibrio, se agacha para recogerlo. Se sorbe la nariz y dice—: Lo siento.

Y el detective dice:

-¿Conoce usted a un tal Ángel Delaporte?

Y Misty se sorbe la nariz y dice: -¿Quiere pedir ya?

Ángel Delaporte debería ver la caligrafía de Stiiton. Sus letras son largas, elevadas, ambiciosas, idealistas. La escritura se inclina pronunciadamente hacia la derecha, agresiva, obstinada. Su fuerte presión sobre la página indica una libido fuerte. Eso es lo que diría Ángel. Los rabos inferiores de las letras, de las íes griegas y las ges mayúsculas, bajan rectas. Eso quiere decir determinación y capacidad de liderazgo.

El detective Stiiton mira a Misty y dice:

-¿Describiría usted a sus vecinos como gente hostil hacia los forasteros?

Solamente para que conste en acta, si tienes que masturbarte en menos de tres minutos porque compartes bañera con catorce personas más, tómate otra copa.

En teoría del arte enseñan que las mujeres buscan hombres con cejas pobladas y mandíbulas amplias y cuadradas. El dato procede de un estudio que hizo un sociólogo de la West Point Academy. Demostraba que las caras rectangulares, los ojos hundidos y las orejas pegadas a la cabeza son lo que hace atractivo a un hombre.

Ese es el aspecto del detective Stüton, con unos cuantos kilos de más. Ahora mismo no está sonriendo, pero las arrugas que le recorren las mejillas y las patas de gallo demuestran que sonríe mucho. Sonríe más de lo que frunce el ceño. Las cicatrices de la felicidad. Podrían ser los kilos de más, pero las arrugas *corrugator* que tiene entre los ojos y las arrugas del ceño que tiene en la frente, sus líneas de la preocupación, son casi invisibles.

Además de los cuernos rojos y brillantes de su frente.

Todos estos son pequeños indicios visuales a los que reaccionamos. El código de la atracción. Es por eso que amamos a quienes amamos. Seamos o no conscientes de ellos, son la razón de que hagamos lo que hacemos.

Así es como sabemos lo que no sabemos.

Las arrugas como análisis de la caligrafía. Como grafología. Ángel estaría impresionado.

Mi Peter querido se dejaba el pelo negro rail largo porque tenía orejas de soplillo.

Tienes orejas de soplillo.

Tabbi tiene las orejas de su padre. Tabbi tiene el pelo largo y negro de su padre.

Tu pelo.

Stilton dice:

-Por aquí la vida está cambiando y hay mucha gente a quien eso no le gusta. Si su marido no está actuando solo, podríamos presenciar agresiones. Incendios provocados. Asesinatos.

Lo único que Misty tiene que hacer es mirar hacia abajo y empieza

a caerse. Sí gira la cabeza la visión se le vuelve borrosa y la sala desaparece durante un momento.

Misty arranca la cuenta del detective del cuaderno. La deja sobre la mesa y dice:

-¿Quiere algo más?

-Solamente una pregunta más, señora Wilmot -dice. Da un sorbo a su té helado mirándola por encima del vaso. Y dice—: Me gustaría hablar con los suegros de usted. Con los padres de su marido, si es posible.

La madre de Peter, Grace Wilmot, se aloja en este mismo hotel, le dice Misty. El padre de Peter, Harrow Wilmot, está muerto. Murió hace unos trece o catorce años.

El detective Stilton anota algo más. Dice:

-¿Cómo murió su suegro?

Misty cree que de un ataque al corazón. No está segura.

Y Stilton dice:

-Parece que no conoce mucho a sus suegros.

Con el dolor de cabeza haciéndole pam, pam, pam en la nuca, Misty dice:

-¿Me ha dicho si quería café o no?

16 DE JULIO

El doctor Touchet enfoca una lámpara hacia los ojos de Misty y le dice que parpadee. Le mira el interior de las orejas. El interior de la nariz. Apaga las luces de la consulta mientras le ilumina el interior de la boca con una Hntermta. Igual que la linterna de Ángel Delaporte iluminaba el agujero de la pared de su comedor. Es un viejo truco médico para iluminar los senos, así se ven, de color rojo brillante bajo la piel que rodea la nariz, y de esa forma se pueden localizar sombras que delaten bloqueos o infecciones. Dolores de cabeza sinusoidales. El médico inclina hacia atrás la cabeza de Misty y le mira el interior de h garganta.

Dice:

-¿Por qué dice usted que se intoxicó con algo que comió?

Así que Misty le cuenta lo de la diarrea, los retortijones y el dolor de cabeza. Le cuenta todo salvo la alucinación.

Él le pone el brazalete de presión sanguínea en el brazo, le aplica presión y luego lo desinfla. Los dos miran el movimiento de la aguja con cada latido del corazón. Las punzadas de su dolor de cabeza van acompasadas con el pulso.

Luego se quita la camisa y el doctor Touchet le sostiene un brazo en alto mientras palpa el interior de la axila. Lleva gafas y mientras sus dedos trabajan mantiene la vista clavada en la pared de al lado. Misty puede verlos a ambos en un espejo que hay en la pared. Su sujetador parece tan prieto que los tirantes se le clavan en la carne de los hombros. La piel se le encabalga por encima de la cintura de los pantalones. Cuando el collar de perlas de bisutería se le hunde en el pescuezo, las perlas desaparecen dentro de un pliegue profundo de grasa.

Los dedos del doctor Touchet hurgan, cavan, abren túneles en su

axila.

Las ventanas de la sala de reconocimientos son de cristal esmerilado y su blusa cuelga de un gancho en el interior de la puerta. Se trata de la misma sala donde Misty tuvo a Tabbi. Paredes con azulejos de color verde claro y suelos de baldosas blancas. Es la misma camilla de reconocimientos. Peter nació aquí. También Paulette. Y Will Tupper. Y Mary Hyland. Y Brett Petersen. Y todo el mundo de la isla de menos de cincuenta años. La isla es tan pequeña que el doctor Touchet es también el director de pompas fúnebres. Preparó al padre de Peter, Harrow, antes de su funeral. De su incineración.

A tu padre.

Harrow Wilmot era todo lo que Misty quería que Peter fuera algún día. La forma en que los hombres miran a su suegra potencial para poder estimar el aspecto que tendrá su novia al cabo de veinte años, así lo miraba Misty. Harry sería el hombre con el que Misty estaría casada al llegar a la mediana edad. Alto, con las patillas grises, la nariz recta y una barbilla larga y hendida.

Ahora, cuando Misty cierra los ojos e intenta imaginarse a Harry Wilmot, lo único que ve son sus cenizas al ser dispersas desde las rocas del cabo de Waytansea. Una nube larga y gris.

Misty no sabe si el doctor Touchet también usa esta sala para embalsamar. Si vive lo bastante, preparará a Grace Wilmot. El doctor Touchet era el médico que acudió a la escena cuando encontraron a Peter.

Cuando te encontraron a ti.

Si alguna vez te desenchufan, probablemente será él quien prepare el cuerpo.

Tu cuerpo.

El doctor Touchet le palpa debajo de los brazos. Le hurga en busca de nodulos. De cáncer. Sabe en qué parte del espinazo hay que apretar para que la cabeza se mueva hacia atrás.

Las perlas falsas hundidas en su pescuezo. Los iris de sus ojos están demasiado separados para que te esté mirando. Silba una melodía. Con la atención en otra parte. Se nota que está acostumbrado a trabajar con gente muerta.

Sentada sobre la camilla de reconocimientos, mirando el reflejo de ambos en el espejo, Misty dice:

-¿Qué había en el cabo?

Y el doctor Touchet se sobresalta. Levanta la vista, con las cejas arqueadas en expresión sorprendida.

Como si algunos muertos hablaran.

-En el cabo de Waytansea -dice Misty-. Hay estatuas, como si antes fuera un parque. ¿Qué había allí?

El médico hurga con el dedo en las profundidades de entre los tendones de su pescuezo y dice:

-Antes de que tuviéramos crematorio en esta zona, allí estaba nuestro cementerio. -Aquello resultaría agradable si no tuviera los dedos tan fríos.

Pero Misty no vio ninguna lápida.

Mientras palpa con los dedos en busca de nodulos linfáticos debajo de su mandíbula, el médico dice:

-Hay un mausoleo excavado en la colina, allí. -Con la mirada

clavada en la pared, frunce el ceño y dice—: Se construyó hace por lo menos dos siglos. Grace puede contarte más que yo.

La gruta. El pequeño edificio de piedra parecido a un banco. El capitolio del estado con sus columnas elegantes y su arco labrado, todo ello desmoronándose y aguantándose en pie solamente gracias a las raíces de los árboles. La cancela de hierro cerrada y la oscuridad de dentro.

Su dolor de cabeza sigue hundiendo el clavo, pam, pam.

Los diplomas de la pared de azulejos verdes de la sala de reconocimientos están amarillentos y borrosos debajo del cristal. Llenos de manchas de humedad. De cagaditas de mosca. Daniel Touchet, doctor en medicina. El doctor Touchet le sujeta la muñeca con dos dedos y le comprueba el pulso con su reloj de muñeca.

El músculo *triangularis* le tira de las comisuras de la boca hacia abajo en una mueca y le pone el estetoscopio frío entre los omóplatos. Dice:

-Misty, necesito que respires hondo y contengas la respiración.

La punzada fría del estetoscopio se mueve por su espalda.

-Ahora suelta el aire -dice-. Y respira otra vez.

Misty dice:

-¿Sabe usted si Peter se hizo alguna vez una vasectomía? -Vuelve a respirar hondo y dice-: Peter me dijo que Tabbi era un milagro de Dios para que no abortara.

Y el doctor Touchet dice: -Misty, ¿cuánto bebes últimamente?

Este puto pueblo es un pañuelo. Y la pobre Misty Marie es la borracha del pueblo.

-Ha venido al hotel un detective de la policía -dice Misty-. Me ha estado preguntando si aquí en la isla tenemos Ku Klu\ Klafi.

Y el doctor Touchet dice: -Matarte no va a salvar a tu hija. Habla como su marido.

Como tú, Peter querido de mi alma.

Y Misty dice:

-¿Salvar a mi hija de qué? -Misty se da la vuelta para mirarlo a los ojos y dice-: ¿Tenemos nazis aquí?

Y el doctor Touchet la mira, sonríe y dice: —Por supuesto que no.

Va a su mesa y coge una carpeta con unas hojas de papel dentro. Escribe algo dentro de la carpeta. Mira un calendario que tiene en la pared encima de su mesa. Se mira el reloj y escribe dentro de la carpeta. El rabo de sus letras baja mucho, muy por debajo de la línea, subconsciente, impulsivo. Codicioso, hambriento, malvado, diría Ángel Dela-porte.

El doctor Touchet dice:

-Así pues, ¿has cambiado algún hábito últimamente?

Y Misty le dice que sí. Que está dibujando. Por primera vez desde la facultad, Misty está dibujando y pintando un poco, acuarelas en su mayoría. En su buhardilla del hotel. En su tiempo libre. Ha colocado su caballete para poder ver por la ventana, toda la costa hasta el cabo de Waytansea. Pinta todos los días. Inventándose las cosas que pinta. Las fantasías de una chica pobre e inculta: casas grandes, bodas en iglesias, picnics en la playa.

Ayer Misty estuvo trabajando hasta que vio que había oscurecido fuera. Acababan de desaparecer cinco o seis horas. Desaparecieron como

mi lavadero de Scaview. Triángulo-de -las-Bermudizadas.

Misty le dice al doctor Touchet:

-La cabeza me duele siempre, pero un poco menos cuando estoy pintando.

La mesa del médico es de metal pintado, de esas mesas de acero que se ven en las oficinas de los ingenieros o los contables. De esas con cajones que se abren con total suavidad y se cierran con un estruendo metálico. El tapete es de fieltro verde. En la pared sobre la mesa están el calendario y los viejos

Con su calva moteada y unos pocos pelos quebradizos peinados desde una oreja hasta la otra, el doctor Touchet podría ser ingeniero. Con sus gafas redondas y gruesas de montura metálica, su grueso reloj de pulsera con su correa metálica elástica, podría ser contable. Y ahora dice:

-Fue usted a la universidad, ¿verdad?

A la facultad de bellas artes, le dice Misty. Pero no se licenció. Lo dejó. Se trasladaron aquí al morir Harrow para cuidar de la madre de Peter. Luego llegó Tabbi. Luego Misty se quedó dormida y se despertó gorda, cansada y en plena mediana edad.

El doctor no se ríe. No se le puede recriminar.

-Cuando estudió historia -dice—, ¿estudió usted a los jainistas?

No en historia del arte, le dice Misty.

Abre uno de los cajones de la mesa y saca un frasco amarillo de pastillas.

-Te lo digo muy en serio -dice-. No dejes que Tabbi se acerque a cinco metros de esto. -Abre el frasco y se echa un par de pastillas en la mano. Son cápsulas de gelatina de color claro, de esas que se abren en dos mitades. Dentro de cada una hay unos polvos verde oscuro que se desplazan por el interior de la cápsula al moverse esta.

El mensaje descascarillado en la repisa de la ventana de Tabbi: «Morirás cuando hayan acabado contigo».

El doctor Touchet sostiene el frasco delante de la cara de Misty y le dice:

-Tómate esto solamente cuando te duela. -El frasco no tiene etiqueta-. Es un compuesto de hierbas. Te ayudará a concentrarte.

Misty dice:

-¿Alguien ha muerto alguna vez del síndrome de Stendhal?

Y el médico dice:

—Sobre todo son algas verdes, un poco de corteza de sauce blanco y un poco de polen de abeja. -Vuelve a meter las cápsulas en el frasco y lo cierra. Lo deja en la camilla, al lado del muslo de ella—. Puedes seguir bebiendo -dice-. Pero con

Misty dice:

-Siempre bebo con moderación.

El médico se vuelve hacia su mesa y dice:

-Si tú lo dices.

Putos pueblos pequeños.

Misty dice:

-¿Cómo murió el padre de Peter?

Y el doctor Touchet dice: -¿Qué te dijo Grace Wilmot?

Ella nunca mencionó el tema. Cuando tiraron las cenizas, Peter le dijo a Misty que había sido un ataque al corazón. Misty dice:

-Grace me dijo que fue un tumor cerebral.

Y el doctor Touchet dice:

-Sí, eso fue. -Cierra el cajón de su mesa de acero con un estruendo metálico. Dice-: Grace me ha dicho que tienes un gran talento.

Solamente para que conste en acta, el tiempo hoy es tranquilo y soleado pero el aire está lleno de mentiras.

Misty le pregunta por esos budistas que ha mencionado.

-Los jainistas -dice.

Descuelga la blusa del interior de la puerta y se la da a Misty. Hay manchas oscuras y redondas de sudor en la tela de debajo de las mangas. El doctor Touchet se va moviendo junto a Misty y le sostiene la blusa para que ella meta los brazos dentro.

Y dice:

-Lo que quiero decir es que a veces, para un artista, el dolor crónico puede ser un don.

17 DE JULIO

Cuando estaban en la facultad, Peter decía que todo lo que uno hace es un autorretrato. Puede parecer *San Jorge y el dragón* o *El rapto de las sabinas*, pero el ángulo que uno usa, la iluminación, la composición y la técnica son todas un reflejo de ti. Incluso la razón de que eligieras esa escena es un reflejo de ti. Tú eres todos los colores y todas las pinceladas.

Peter decía:

-Lo único que puede hacer un artista es describir su propia cara.

Estás condenado a ser tú.

Esto, dice, nos deja libres para dibujar lo que queremos, ya que solamente nos estamos dibujando a nosotros mismos.

Tu caligrafía. La forma en que andas. Qué diseños eliges para la porcelana. Todo te desvela. Todo lo que haces lleva tu firma.

Todo es un autorretrato.

Todo es un diario.

Con los cincuenta dólares de Ángel Delaporte, Misty se compra un pincel para acuarela redondo de pelo de buey del número cinco. Se compra un pincel grueso de pelo de ardilla del número cuatro para pintar a la aguada. Un pincel de lengua de gato en punta del número seis de pelo de marta cibelina. Y un pincel plano y ancho para fondos del número doce.

Misty se compra una paleta para acuarelas, una bandeja redonda de aluminio con diez recipientes poco profundos, como una bandeja para hornear magdalenas. Se compra unos cuantos tubos de acuarelas de aguada. Verde chipre, verde laca viridiana, verde Vessie y verde Windsor. Compra azul de Prusia y un tubo de rojo alizarina. Compra negro laca Habana y negro marfil.

Misty compra fluido corrector blanco como la leche para tapar sus errores. Y preparación disolvente de color amarillo meado para eliminar los errores cuando la pintura está fresca. Compra goma arábica, del color ámbar de la cerveza aguada, para evitar que los colores se mezclen sobre

el papel. Y médium de granulado de color claro para darle a los colores una textura granulada.

Compra un bloc de papel para acuarelas, un papel de grano fino prensado en frío de 48x61 centímetros. El nombre comercial de ese tamaño es «royal». El papel de 58x71 se llama «elefante». Y el papel de 67 x 102 se llama «doble elefante». Se trata de un papel sin ácidos, de setecientos gramos el metro. Compra tableros de dibujo, lienzos estirados y pegados sobre cartón duro. Compra tableros de los tamaños «superroyal», «imperial» y «anticuario».

Lo lleva todo a la caja registradora, y la cifra a pagar pasa tanto de cincuenta dólares que tiene que usar la tarjeta de crédito.

Cuando uno siente la tentación de robar de la tienda un tubo de siena tostado, es hora de tomar una de las pastillitas de algas verdes del doctor Touchet.

Peter decía que el trabajo del artista es convertir el caos en orden. Uno recoge detalles, busca los rasgos comunes y se pone a organizar. Uno saca sentido de datos que no lo tienen. Uno monta un rompecabezas con trozos de todo un poco. Cambia de sitio y reorganiza. Hace un collage. Un montaje. Una reunión.

Si estás trabajando, y todas las mesas de tu sección están esperando algo pero tú sigues escondida en la cocina, haciendo dibujos en trozos de papel, es hora de tomar una pastilla.

Cuando le presentas a la gente la cuenta de la cena y en el dorso está dibujado un pequeño estudio de luces y sombras... Y ni siquiera sabes a qué lugar corresponde, simplemente te ha aparecido la imagen en la cabeza... No es nada, pero re aterra la posibilidad de perder la cabeza. Entonces es hora de tomar una pastilla.

-Estos detalles inútiles -solía decir Peter—. Solamente son inútiles hasta que los interrelacionas todos.

Peter solía decir:

—Todo en sí mismo es nada.

Solamente para que conste en acta, hoy en el comedor Grace Wilmot estaba de pie con Tabbi delante de la vitrina que cubre la mayor parte de una de las paredes. Dentro de la vitrina hay bandejas de porcelana colocadas en sus soportes bajo la luz tenue. Las tazas están sobre sus platillos. Grace Wilmot los va señalando uno por uno. Y Tabbi los señala con el índice y va diciendo:

-Fitz and Floyd... Wedgwood... Noritake... Lenox...

Y Tabbi niega con la cabeza, se cruza de brazos y dice: -No. no es así. -Dice-: El diseño Oracle Grove tiene el borde de oro de catorce quilates. El Venus Grovc lo tiene de veinticuatro quilates.

Tu hijita es una experta en diseños de porcelana extinguidos.

Tu hijita ahora es una adolescente.

Grace Wilmot estira el brazo y le pasa un mechón de pelo rebelde a Tabbi por detrás de la oreja, luego dice:

-Lo juro, esta niña tiene un talento natural.

Con una bandeja de almuerzos en el hombro, Misty se detiene el tiempo suficiente para preguntarle a Grace:

-¿De qué murió Harrow?

Y Grace aparta la vista de la porcelana. Con el músculo *orbicularis oculi* abriéndole mucho los ojos, dice:

-¿Por qué lo preguntas?

Misty menciona la cita con el médico. Con el doctor Touchet. Y el hecho de que Ángel Delaporte cree que la caligrafía de Peter se refiere a su relación con su padre. Todos esos detalles que no parecen querer decir nada por separado.

Y Grace dice:

-¿Te ha dado pastillas el doctor?

La bandeja pesa bastante y la comida se está enfriando, pero Misty dice:

-El médico dice que Harrow tenía cáncer de hígado. Tabbi va señalando y diciendo: -Gorham... Dansk...

Y Grace sonrío.

-Claro. Cáncer de hígado -dice-. ¿Por qué me lo preguntas? -dice-. Pensé que Peter te lo había contado.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia neblinas e historias claramente discordantes sobre la causa de la muerte de tu padre. Ningún dato es nada por sí solo.

Y Misty dice que no puede hablar. Tiene demasiado trabajo. Es la hora de la comida. Tal vez más tarde.

En la facultad de bellas artes, Peter solía hablar del pintor James Whistler, y contaba que Whistler había trabajado para el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos, dibujando emplazamientos costeros potenciales para faros. El problema era que Whistler no podía parar de garabatear pequeños estudios de figuras en los márgenes. Dibujaba a ancianas, bebés, mendigos, cualquier cosa que viera por la calle. Hacía su trabajo, documentaba terrenos para el gobierno, pero no podía pasar por alto todo lo demás. No podía dejar pasar nada. Hombres fumando en pipa. Niños haciendo rodar aros. Todo lo registraba en forma de garabatos en los márgenes de su trabajo oficial. Por supuesto, el gobierno lo echó por aquello.

-Y hoy día -solía decir Peter- aquellos garabatos valen millones.

Solías decir tú.

En el Comedor de Madera y Oro sirven la mantequilla en pequeñas vasijas de barro, pero ahora todas las barritas de mantequilla tienen dibujitos grabados. Diminutos estudios de figuras.

Tal vez el dibujo de un árbol o de la forma concreta en que descende la ladera de una colina en la imaginación de Misty, de derecha a izquierda. Hay un acantilado y una cascada que cae de un cañón colgante y un pequeño barranco lleno de sombras y de rocas musgosas y de hiedras rodeando los gruesos troncos de los árboles, y para cuando se lo ha imaginado todo y lo ha dibujado en una servilleta la gente ya está yendo al rincón de los camareros para rellenarse las tazas de café. La gente da golpecitos con los tenedores en los vasos para llamarle la atención. Chasquean los dedos. Los veraneantes.

No dejan propina.

La ladera de una colina. Un arroyo en la montaña. Una caverna a la orilla de un río. Un zarcillo de hiedra. Todos estos detalles vienen a ella y Misty simplemente no los puede pasar por alto. Para cuando termina el turno de la cena, está cargada de trozos de servilletas de papel y recibos de tarjetas de crédito, cada uno con algún detalle dibujado.

En su buhardilla, reúne en un montón los trozos de papel con los dibujos de hojas y flores que no ha visto nunca. En otro montón pone las formas abstractas que se parecen a rocas y cimas de montaña en el

horizonte. También hay las formas ramificadas de los árboles y los matorrales arracimados. Algo que podría ser brezo. Pájaros.

Si no entiendes algo, puedes hacer que signifique cualquier cosa.

Cuando te pasas horas sentada en un retrete, dibujando cosas sin sentido en una hoja de papel higiénico hasta que el culo está a punto de caérsete... Tómate una pastilla.

Cuando dejas por completo de ir a trabajar y te quedas encerrada en tu habitación llamando al servicio de habitaciones para todo. Y le dices a todo el mundo que estás enferma para poder quedarte levantada toda la noche y todo el día, dibujando paisajes que no has visto nunca, entonces es hora de tomarse una pastilla.

Cuando tu hija llama a tu puerta y te pide un beso de buenas noches y lo único que tú le dices que es que vaya a la cama y que tú irás al cabo de un minuto y finalmente su abuela la aparta de la puerta y tú la oyes llorar mientras se alejan por el pasillo... Tómate dos pastillas.

Cuando te encuentres la pulsera de estrás que te ha pasado por debajo de la puerta, tómate otra.

Cuando nadie parece darse cuenta de tu mala conducta sino que se limitan a sonreír y a decir «Bueno, Misty, ¿cómo va tu pintura?», es la hora de la pastilla.

Cuando los dolores de cabeza no te dejen comer. Y los pantalones se te caigan porque ya no tienes culo. Y pases delante de un espejo y no reconozcas al fantasma flaco y encorvado que ves. Y las manos solamente te dejen de temblar cuando estás cogiendo un pincel o un lápiz. Entonces tómate una pastilla. Y cuando todavía no vas por la mitad del frasco, el doctor Touchet te deja otro frasco en la recepción con tu nombre escrito.

Cuando simplemente no puedas dejar de trabajar. Cuando lo único que puedes imaginar es la finalización de este proyecto. Entonces tómate una pastilla.

Porque Peter tiene razón.

Tú tienes razón.

Porque todo es importante. Todos los detalles. Simplemente, todavía no sabemos por qué.

Todo es un autorretrato. Un diario. Todo tu historial farmacológico está escrito en un mechón de tu pelo. En tus uñas. Los detalles forenses. Las paredes de tu estómago son un documento. Los callos de tus manos cuentan todos tus secretos. Tus dientes te delatan. Tu acento. Las arrugas que te rodean la boca y los ojos.

Todo lo que haces lleva tu firma.

Peter solía decir que el trabajo del artista es prestar atención, recopilar, organizar, archivar, conservar y luego escribir un informe. Documentar. Llevar a cabo tu presentación. El trabajo del artista consiste simplemente en no olvidar.

21 DE JULIO, LUNA EN TRES CUARTOS

Ángel Delaporte sostiene en alto un cuadro, luego otro, todos acuarelas. Son de temáticas distintas, algunas solamente el perfil de un extraño Horizonte, otros paisajes de campos soleados. Bosques de pino. La forma de una casa o de un pueblo a lo lejos. En la cara de Ángel solamente se mueven los ojos, que van de un lado a otro sobre cada una de las hojas de papel.

-Increíble -dice-. Tú tienes un aspecto terrible, pero tu obra... Dios mío.

Solamente para que conste en acta, Ángel y Misty están en Oysterville. Es la sala de estar desaparecida de alguien. Se han vuelto a meter por un agujero para hacer fotos y ver las pintadas.

Tus pintadas.

Misty tiene pinta de no poder entrar en calor, y aunque lleva dos jerséis, le castañetean los dientes. La mano le tiembla tanto cuando le va dando las pinturas a Ángel que el papel duro para acuarela se agita. Es un parásito intestinal que le ha quedado de su episodio de intoxicación alimentaria. Aun aquí, en la sala sellada a oscuras, sin más luz que la que se filtra a través de las cortinas, lleva gafas de sol.

Ángel va cargando con la bolsa de su cámara. Misty lleva su portafolio. Es su viejo portafolio de plástico negro de la facultad, un maletín fino con cremallera que se abre por tres de los cuatro lados para poder abrirlo del todo y colocarlo plano. Unas correas finas y elásticas sujetan las acuarelas a un lado del portafolio. En el otro lado hay dibujos metidos en bolsillos de distintos tamaños.

Ángel va sacando fotos mientras Misty abre el portafolio sobre el sofá. Cuando saca el frasco de las pastillas, le tiembla tanto la mano que se oyen las pastillas traquetear dentro. Saca una pastilla del frasco con dos dedos y le dice a Ángel:

-Algas verdes. Son para el dolor de cabeza. -Misty se mete la cápsula en la boca y dice-: Venga a mirar unas pinturas y dígame qué le parecen.

Peter ha pintado con espray sobre el sofá. Sus palabras negras surcan las fotos enmarcadas en la pared. Por encima de cojines bordados en cañamazo. De pantallas de lámparas de seda. Ha cerrado las cortinas plisadas y ha pintado sus palabras con espray en el interior de las mismas.

Tú lo has hecho.

Ángel le quita el frasco de pastillas de la mano y lo sostiene a la luz de la ventana. Agita el frasco lleno de pastillas. Dice:

-Son enormes.

La cápsula de gelatina que tiene Misty en la boca se va ablandando, y su interior sabe a sal y a papel de aluminio, el sabor de la sangre.

Ángel le da la petaca de ginebra que lleva en la bolsa y ella da un trago largo y amargo. Solamente para que conste en acta, ella se ha pimplado la bebida de él. Lo que te enseñan en la facultad de bellas artes es que las drogas tienen un protocolo. Hay que compartir.

Misty dice:

-Sírvasse. Tome una.

Ángel abre el frasco y saca dos. Se mete una en el bolsillo y dice:

-Para más tarde.

Se traga la otra con ginebra y hace una mueca terrible como si sufriera una arcada, inclinándose hacia delante con la lengua blanca y roja fuera. Con los ojos fuertemente cerrados.

Immanuel Kant y su gota. Karen Blixen y su sífilis. Peter le diría a Ángel Delaporte que el sufrimiento es la clave de la inspiración.

Misty despliega los dibujos y las acuarelas por encima del sofá y dice:

-¿Qué le parecen?

Ángel va dejando las pinturas una por una y cogiendo la siguiente. Niega con la cabeza. Moviendo la cabeza de un lado a otro de forma apenas perceptible, como un tic de parálisis. Dice:

-Simplemente increíble. -Levanta otra pintura y dice-: ¿Qué clase de software está usando?

¿Sus pinceles?

-Marca cibelina-dice-. A veces ardilla o cola de buey.

-No, tonta-dice él-. En su ordenador, para el boceto. No puede ser que esté haciendo esto con herramientas manuales. -Da unos golpecitos con la yema del dedo en el castillo de una de las pinturas, luego en la casa de campo que hay en otra.

¿Herramientas manuales?

-¿No usará usted una regla y un compás, verdad? -dice Ángel-. ¿Y un semicírculo graduado? Sus ángulos son idénticos, perfectos. Está usando una plantilla o una matriz, ¿verdad?

Misty dice:

-¿Qué es un compás?

-Ya sabe, como en las clases de geometría del instituto -dice Ángel, y extiende el índice y el pulgar a modo de demostración-. Tiene una punta afilada a un lado, luego se pone un lápiz en el otro brazo y se usa para dibujar curvas y círculos perfectos.

Sostiene en alto una pintura de una casa en la ladera de una colina, junto a la playa, con el océano y los árboles pintados en tonos distintos de azul y verde. El único color cálido es un punto amarillo, una luz en una de las ventanas.

-Podría pasarme el resto de la vida mirando este cuadro -dice.

El síndrome de Stendhal.

Dice:

-Le doy quinientos dólares por él.

Y Misty dice:

-No puedo.

Saca otro del portafolio y dice:

-¿Y este de aquí?

Ella no puede vender ninguno.

-¿Y si le doy mil? -dice-. Le doy mil por este.

Mil pavos. Pero aun así, Misty dice que no.

Ángel la mira y dice:

-Entonces le doy diez mil dólares por todos. Diez mil dólares. En metálico.

Misty empieza a decir que no, pero...

Ángel dice:

-Veinte mil.

Misty suspira y...

Ángel dice:

-Cincuenta mil dólares.

Misty mira el suelo.

-¿Por qué tengo la sensación de que diría usted que no a un millón de dólares? -dice Ángel.

Porque las pinturas no están acabadas. No son perfectas. La gente no debe verlas, todavía no. Y hay más que ni siquiera ha empezado. Misty no las puede vender porque las necesita como estudios para algo más grande. Son simples partes de algo que todavía no puede ver. Son pistas.

Quién sabe por qué hacemos lo que hacemos.

Misty dice:

—¿Por qué me está ofreciendo tanto dinero? ¿Qué es esto, una especie de prueba?

Y Ángel abre la cremallera de la bolsa de su cámara y dice: -Quiero que vea algo.

Saca unas cuantas herramientas brillantes de metal. Una de ellas son dos varillas afiladas unidas por un extremo en forma de V. El otro es un semicírculo de metal en forma de D que tiene marcas de centímetros en el lado recto.

Ángel sostiene la D de metal sobre el dibujo de una granja y dice:

-Todas sus líneas rectas son absolutamente rectas. -Coloca la D recta sobre una acuarela de una casa de campo y todas sus líneas son perfectas-. Esto es un semicírculo graduado -dice-. Se usa para medir ángulos.

Ángel va colocando el semicírculo sobre las distintas pinturas y dice:

—Sus ángulos son todos perfectos. Ángulos perfectos de noventa grados. Ángulos perfectos de cuarenta y cinco grados. -Dice-: Me di cuenta en la pintura de la silla.

Coge la herramienta en forma de V y dice:

-Esto es un compás. Se usa para dibujar curvas y círculos perfectos. -Clava una de las patas en punta del compás en el centro de un dibujo a carboncillo. Hace girar la otra pata en torno a la primera y dice-: Todos los círculos son perfectos. Todos los girasoles y las pilas para pájaros. Todas las curvas son perfectas.

Ángel señala las pinturas que hay extendidas sobre el sofá verde y dice:

-Está dibujando usted figuras perfectas. No es posible.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia un mal humor que está aumentando mucho, pero mucho, por momentos.

La única persona que no espera que Misty sea una gran pintora le está diciendo que es imposible. Cuando tu único amigo te dice que de ninguna forma puedes ser una gran artista, una artista con una habilidad y talento naturales, tómate una pastilla.

Misty dice:

—Escuche, mi marido y yo fuimos los dos a la facultad de bellas artes. -Dice-: Nos enseñaron a dibujar.

Y Ángel le pregunta si ha estado calcando fotografías. Si ha estado usando un proyector opaco. O una cámara oscura.

El mensaje de Constance Burton: «Eso se puede hacer con la mente.

Y Ángel saca un rotulador de la bolsa de su cámara, se lo da y dice:
-Tenga. -Señala la pared y dice-: Dibújeme aquí un círculo con un diámetro de diez centímetros.

Misty coge el rotulador y dibuja el círculo sin mirar.

Y Ángel coloca la regla del semicírculo, la que tiene marcados los centímetros, sobre el círculo. Y mide diez centímetros. Luego dice:

—Dibújeme un ángulo de treinta y siete grados.

Le pide un círculo de veinte centímetros. Una línea de quince centímetros. Un ángulo de setenta grados. Una curva perfecta en forma de S. Un triángulo equilátero. Un cuadrado. Y Misty se lo dibuja todo al instante.

De acuerdo con la regla, el semicírculo y el compás, todo es perfecto.

-¿Ve a qué me refiero? -dice él. Le señala la cara con la punta del compás y dice—: Aquí hay algo muy raro. Primero hubo algo muy raro relacionado con Peter y ahora con usted.

Solamente para que conste en acta, parece que le caía mucho mejor a Ángel Delaporte cuando era una gorda asquerosa. Una doncella en el hotel Waytansea. Una compañera a la que podía adoctrinar sobre Stamslavski o sobre grafología. Primero fue la alumna de Peter. Luego la de Ángel.

Misty dice:

—Lo único que veo es que no puedes soportar que yo tenga este talento tal vez increíble.

Y Ángel se sobresalta mucho. Levanta la vista con las cejas enarcadas con gesto de sorpresa.

Como si acabara de hablar un cadáver.

Y dice:

-Misty Wihnot, ¿quiere escucharse a sí misma?

Ángel hace un gesto hacia ella con la punta del compás y dice:

-Esto no es una simple cuestión de talento. -Señala con el dedo los círculos y ángulos perfectos dibujados en la pared y dice-: Esto lo tiene que ver la policía.

Misty mete otra vez las pinturas y los dibujos en su portafolio y dice:

-¿Por qué? -Cierra la cremallera y dice-: ¿O sea que me pueden detener por ser una artista demasiado buena?

Ángel saca su cámara y hace avanzar la película. Le coloca un flash encima. La mira por el visor y dice:

-Necesitamos más pruebas. -Dice-: Dibújeme un hexágono. Dibújeme un pentagrama. Dibújeme una espiral perfecta.

Y Misty coge el rotulador y dibuja una cosa y luego la otra. El único momento en que no le tiemblan las manos es cuando está dibujando o pintando.

En la pared que tiene delante, Peter ha escrito: «... os destruiremos con vuestra propia ansia y vuestra codicia...».

Tú lo has escrito.

El hexágono. El pentagrama. La espiral perfecta. Ángel saca fotos de todo.

Cegados por el flash, no ven que la propietaria asoma la cabeza por el agujero. Mira a Ángel, que está allí de pie, sacando fotos. Misty está dibujando en la pared. Y la dueña se lleva las manos a la cabeza y dice:

-¿Qué demonios están haciendo? ¡Paren! -Dice—: ¿Qué es esto, un proyecto artístico que se han montado o qué?

24 DE JULIO

Solamente para que lo sepas, hoy el detective Stilton ha telefonado a Misty. Quiere hacerle una pequeña visita a Peter.

Quiere hacerte una pequeña visita a ti.

Pregunta por teléfono:

-¿Cuándo murió su suegro?

El suelo alrededor de Misty, la cama y la habitación entera están llenos de bolas de papel para acuarela. Las bolas arrugadas de color azul y verde Windsor llenan la bolsa de la compra marrón en la que ha traído su materia! de pintura. Sus lápices de grafito, sus lápices de colores, sus óleos, sus pinturas acrílicas y sus acuarelas para pintar a la aguada, todo lo ha desperdiciado y lo ha convertido en basura. Sus grasientos pasteles de óleo y sus pasteles blandos parecidos a tizas han quedado reducidos a trocitos tan pequeños que ya no se los puede coger con la mano. Ya casi se le ha acabado el papel.

Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es cómo mantener una conversación por teléfono y seguir pintando. Con el teléfono en una mano y un pincel en la otra, Misty dice:

-¿El padre de Peter? Hace catorce años, ¿no?

Manchándose los pantalones con el costado de la mano, mezclando colores con la yema del pulgar, Misty está tan mal como Goya, a un paso de la encefalopatía del plomo. De la sordera. De la depresión. De la intoxicación tóxica.

El detective Stilton dice:

-No nos consta que Harrow Wilmot haya muerto.

Para afilar la punta del pincel, Misty lo retuerce con la boca. Misty dice:

-Echamos sus cenizas al viento. -Dice-: Fue un ataque al corazón. Tal vez un tumor cerebral. -La pintura le sabe amarga en la lengua. El color tiene una textura arenosa entre sus muelas.

Y el detective Stilton dice:

-No hay certificado de defunción.

Misty dice:

-Tal vez simularon su muerte.

Se le ha acabado la capacidad de hacer conjeturas. Grace Wilinot y el doctor Touchet, la isla entera está llevando a cabo una representación.

Y Stilton dice: -¿Quiénes la simularon? Los nazis. El Ku Klux Klan.

Con un pincel plano para fondos de piel de camello del número doce va poniendo una capa perfecta de azul sobre los árboles de un horizonte perfectamente irregular de montañas perfectas. Con un pincel de marta cibelina del número dos se dedica a pintar la luz del sol en la cresta de cada ola perfecta. Curvas perfectas y líneas rectas perfectas y ángulos perfectos, a la mierda Ángel Delaporte.

Solamente para que conste en acta, el detective Stilton dice:

-¿Por qué cree que su suegro iba a simular su muerte?

Misty dice que está bromeando. Por supuesto que Harry Wilmot está muerto.

Con un pincel de ardilla del número cuatro va poniendo sombras dentro del bosque. Lleva días encerrada en esa habitación y no ha sido capaz de hacer nada la mitad de bueno que el dibujo de la silla que hizo mientras se estaba cagando en los pantalones. En el cabo de Waytansea. Bajo la amenaza de una alucinación. Con los ojos cerrados, intoxicada por la comida.

Y ese dibujo lo vendió por cincuenta pavos de mierda.

El detective Stilton le dice por teléfono:

-¿Sigue usted ahí? Misty dice: -Defina ahí.

Y dice:

-Vaya a ver a Peter.

Va poniendo flores perfectas en un prado perfecto con un pincel de nailon del número dos. Misty no sabe dónde está Tabbi. No le importa el hecho de que se supone que ahora tendría que estar en el trabajo. Lo único que sabe a ciencia cierta es que está ocupada. No le duele la cabeza. No le tiemblan las manos.

-El problema es -dice Stilton- que el hospital quiere que usted esté presente cuando yo vea a su mando.

Y Misty dice que no puede. Que tiene que pintar. Que tiene una hija de trece años que mantener. Que va por la segunda semana de migraña. Con un pincel de marta cibelina del número cuatro, se dedica a tapar una franja de prado con una mancha gris blanquecina. A pavimentar la hierba. A excavar una fosa. A plantar unos cimientos.

En el papel que tiene delante, el pincel mata árboles y los aparta a empujones. Misty usa pintura marrón para cavar en la pendiente del prado. Renivela el terreno. El pincel cava debajo de la hierba. Las flores han desaparecido. Del foso se elevan unas paredes blancas de piedra. En las paredes se abren ventanas. Se eleva una torre. Una cúpula se extiende sobre el centro del edificio. De la puerta baja una escalinata. Aparecen barandillas a lo largo de las terrazas. Otra torre se eleva. Otra ala se extiende, cubriendo más terreno y haciendo retroceder al bosque.

Es Xanadú. San Simeón. Biltmore. Mar a Lago. Es lo que la gente con dinero construye para estar sola y protegida. Los lugares que la gente cree que los harán felices. Este nuevo edificio no es más que el alma desnuda de una persona rica. Es el cielo alternativo para la gente demasiado rica para entrar en el de verdad.

Da igual lo que pintes, porque al final lo único que haces es revelarte a n mismo.

Y la voz del teléfono dice:

-¿Podemos quedar mañana a las tres en punto, señora Wilmot?

Aparecen estatuas a lo largo del tejado perfecto de una de las alas. En una terraza perfecta se abre una piscina. El prado desaparece prácticamente cuando otra escalinata desciende hasta el borde del bosque perfecto.

Todo es un autorretrato.

Todo es un diario.

Y la voz del teléfono dice: -¿Señora Wilmot?

Suben enredaderas por las paredes. Brotan chimeneas de los

tejados de pizarra.

Y la voz del teléfono dice: -¿Misty?

La voz dice:

-¿Ha comprobado alguna vez el expediente del forense que investigó el intento de suicidio de su marido?—dice el detective Stilton-. ¿Sabe dónde podría haber conseguido su marido los somníferos?

Solamente para que conste en acta, el problema de la facultad de bellas artes es que te puede enseñar técnica y oficio, pero no te puede dar talento. La inspiración no se puede comprar. No se puede llegar a la epifanía mediante el razonamiento. No se puede desarrollar una fórmula. Ni usar un mapa para tener una iluminación.

-La sangre de su marido -dice Stilton- estaba llena de fenobarbital sódico.

Y no hay rastro de fármacos en el lugar, dice. No hay agua ni frascos de pastillas. Ni consta que a Peter le hubieran recetado nada.

Sin dejar de pintar, Misty pregunta adonde va a parar con todo eso.

Y Stilton dice:

-Puede intentar pensar en quién querría matarlo.

-Solamente yo -dice Misty. Y se arrepiente de no haberlo hecho.

La pintura está terminada, es perfecta y hermosa. No es ningún sitio que Misty haya visto nunca. No tiene ni idea de dónde ha salido. Luego, usando un pincel de lengua de gato del número doce atiborrado de negro marfil, borra todo lo que tiene delante.

25 DE JULIO

Todas las casas de Gum Street y Larch Street tienen un aspecto majestuoso la primera vez que uno las ve. Todas tienen tres o cuatro pisos de altura y columnas blancas, todas están fechadas en el último boom económico, hace ochenta años. Hace un siglo. Casa tras casa, descansan entre árboles llenos de ramas, nogales y robles, y tan grandes como nubes de tormenta verde. Recorren Cedar Street, mirándose entre ellas desde detrás de sus jardines aplanados a rodillo. La primera vez que uno las ve tienen un aspecto fastuoso.

«Fachadas de templos», le dijo Harrow Wilmot a Misty. Empezando más o menos en 1798, los americanos se dedicaron a construir fachadas estilo reviva! griego, simples pero enormes. Para 1824, le dijo, cuando William Strickland diseñó el Second Bank of the United States en Filadelfia, ya no hubo vuelta atrás. Después de aquello, tanto las casas grandes como las pequeñas tenían que tener una hilera de columnas estriadas y un tejado en frontón colgante en la fachada.

La gente las llamaba «casas de un lado», porque todos los detalles

lujosos se reducían a un lado. El resto de la casa era ordinario.

Eso podría describir casi cualquier casa de la isla. El hecho de ser todo fachada. Nada más que una primera impresión.

Desde el edificio del Capitolio en Washington D. C. hasta la casa de campo más pequeña, lo que los arquitectos llamaron «el cáncer griego» estaba en todas partes.

-Para la arquitectura -dijo Harrow-, fue el final del progreso y el principio del reciclaje.

Fue a buscar a Misty y a Peter en la estación de autobuses de Long Beach y lo llevó en coche hasta el ferry.

Las casas de la isla son majestuosas hasta que ves que la pintura está descascarillada y sus virutas se amontonan en la base de las columnas. En el tejado, el tapajuntas está oxidado y cuelga del borde en forma de tiras rojas y dobladas. Las ventanas tienen parches de cartón marrón donde falta el cristal.

De pobres de solemnidad a pobres de solemnidad otra vez en tres generaciones.

Ninguna inversión te pertenece para siempre. Eso le dijo Harry Wilmot. El dinero ya se estaba acabando.

-Una generación gana el dinero -le dijo una vez Harrow-. La siguiente lo protege. Y a la tercera se le acaba. La gente siempre olvida lo que cuesta crear una fortuna familiar.

Las palabras garabateadas de Peter: «... vuestra sangre es nuestro oro...».

Solamente para que conste en acta, mientras Misty va en coche a encontrarse con el detective Stilton, durante todo el trayecto de tres horas hasta los almacenes de Peter, va reuniendo todo lo que puede recordar de Harrow Wilmot.

La primera vez que Misty vio la isla de Waytansa fue cuando fue de visita con Peter, y el padre de este los paseó por el lugar en el viejo Buick de la familia. Todos los coches de Waytansa eran antiguos y estaban limpios y bruñidos, pero los asientos estaban cubiertos de cinta aislante de la fuerte para que no se les saliera el relleno. La guantera acolchada estaba agrietada por culpa del exceso de sol. El embellecedor cromado y los parachoques estaban llenos de motas y manchas de óxido por culpa del aire salado. Los colores de la pintura estaban deslustrados bajo una fina capa de óxido blanco.

Harrow tenía una mata tupida de pelo blanco peinado en forma de corona sobre la frente. Los ojos azules o grises. Los dientes más amarillos que blancos. La barbilla y la nariz afiladas y prominentes. El resto de su cara, flaca y pálida. No muy atractivo. Le olía el aliento. Una vieja casa de la isla con el interior en putrefacción.

-Este coche tiene diez años -dijo-. En la costa eso es una vida entera para un coche.

Los llevó en coche hasta el ferry y esperaron en el muelle, mirando la isla de color verde oscuro desde el otro lado del agua. Peter y Misty tenían vacaciones de verano de la facultad, buscaban trabajo y soñaban con vivir en una ciudad, en cualquiera. Estaban hablando de dejar la facultad y trasladarse a Nueva York o a Los Ángeles. Mientras esperaban el ferry, dijeron que podían estudiar bellas artes en Chicago o Seattle. En algún sitio donde pudieran iniciar una carrera. Misty recuerda que tuvo que dar tres portazos a la portezuela del coche antes de que se cerrara

bien.

Aquel era el coche en el que Peter se intentó matar.

El coche en el que tú te intentaste matar.

El mismo coche que ella está conduciendo ahora.

En el lado del coche, escrito con letras amarillas brillantes, dice: «Bonner & Mills: cuando esté usted listo para afincarse».

Si no entiendes algo, puedes hacer que signifique cualquier

Aquel primer día en el ferry, Misty se quedó sentada en el coche mientras Harrow y Peter iban a la barandilla. Harrow se acercó a Peter y le dijo: -¿Estás seguro de que es ella?

Y Peter dijo:

-He visto sus pinturas. Es auténtica... Harrow enarcó las cejas, con el músculo *corrugator* plegándole la piel de la frente en forma de largas arrugas, y dijo: -Ya sabes lo que quiere decir eso.

Y Peter sonrió, pero solamente levantando el *levator labii*, el músculo de las muecas, y dijo:

-Sí, claro. Vaya puta suerte la mía.

Y su padre asintió y dijo:

-Eso quiere decir que por fin reconstruiremos el hotel.

La hippy de la madre de Misty decía que el sueño americano consiste en ser tan rico que puedas escaparte de todo el mundo. Como Howard Hughes en su ático de lujo. William Randolph Hearst en San Simeón. Como Biltmore. Todas esas casas de campo de lujo donde se exilian los ricos. Esos edenes hechos en casa a los que nos retiramos. Y cuando eso se rompe, como siempre sucede, el soñador regresa al mundo.

-Rasca cualquier fortuna -decía la madre de Misty-, y encontrarás sangre solamente dos generaciones atrás. -Se suponía que decir aquello tenía que mejorar su vida en la caravana.

Trabajo infantil en las minas o los molinos. Esclavitud. Drogas. Estafas bursátiles. Echar a perder la naturaleza con talas sin replantar, con la polución, con cosechar hasta la extinción. Monopolios. Enfermedades. Guerra. Todas las fortunas tienen un origen desagradable.

A pesar de su madre, Misty creía que tenía toda la vida por delante.

En el centro de coma, Misty se queda un minuto en el coche aparcado, mirando la tercera hilera de ventanas. La ventana de Peter.

Tu ventana.

Últimamente, Misty se agarra al borde de todo lo que tiene delante, marcos de puertas, mostradores, mesas, respaldos de sillas. Para no perder el equilibrio. Misty apenas puede levantar la cabeza del pecho. No puede salir de su habitación sin gafas de sol de lo mucho que le duele la luz. La ropa le viene enorme, y ondea como si no hubiera nada dentro. Y el pelo... Tiene más en el cepillo que en la cabeza. Cualquiera de sus cinturones le da dos vueltas a su nueva cintura.

Flaca como una mujer de culebrón en español.

Con los ojos encogidos e inyectados de sangre en el retrovisor, Misty podría ser el cadáver de Paganini.

Antes de salir del coche, Misty toma otra pastilla de algas verdes y su dolor de cabeza alcanza un pico cuando se la traga con una lata de cerveza.

El detective Stilton está esperando justo dentro de las puertas de cristal del vestíbulo. Viéndola cruzar el aparcamiento. Viéndola apoyar las

manos en todos los coches para no perder el equilibrio.

Misty sube la escalera principal, agarrando la barandilla con una mano y dándose impulso hacia delante.

El detective Stilton le sostiene la puerta abierta y dice:

-No tiene muy buen aspecto.

Es el dolor de cabeza, dice Misty. Puede que sea de las pinturas. Del rojo cadmio. Del blanco titanio. Algunas pinturas al óleo están llenas de plomo, cobre u óxido de hierro. Y no ayuda que la mayoría de los artistas retuerzan el pincel en la boca para darle más punta. En la facultad de bellas artes siempre están advirtiéndote sobre Vincent van Gogh y Toulouse-Lautrec. Todos aquellos pintores que se volvieron locos y sufrieron tantos daños nerviosos que pintaban con un pincel atado a la mano muerta. Pinturas tóxicas, absenta, sífilis.

La debilidad en las muñecas y los tobillos es una señal segura de intoxicación por plomo.

Todo es un autorretrato. Incluyendo la autopsia de tu cerebro. Incluyendo tu orina.

Venenos, drogas, enfermedad. Inspiración.

Todo es un diario.

Solamente para que conste en acta, el detective Stilton está apuntando todo esto. Documentando todo lo que ella dice en tono gangoso.

Misty necesita callarse si no quiere que le den la custodia de Tabbi al Estado.

Se registran con la mujer del mostrador de recepción. Firman el registro del día y reciben acreditaciones para ponerse en las chaquetas. Misty lleva uno de los broches favoritos de Peter, un molinillo enorme de piedras amarillas de estrás, con todas las joyas empanadas y melladas. El papel de aluminio se ha caído de la parte trasera de algunas piedras, así que ya no brillan. Podrían ser trozos de botellas rotas recogidos de la calle.

Misty se pone la insignia de seguridad de plástico al lado del broche.

Y el detective dice:

—Eso parece antiguo.

Y Misty dice:

-Me lo regaló mi marido cuando estábamos saliendo juntos.

Están esperando el ascensor cuando el detective Stilton dice:

-Necesito pruebas de que su marido ha estado aquí durante las últimas cuarenta y ocho horas. -Mira alternativamente los números de planta parpadeantes del ascensor y a ella y dice—: Y tal vez conviene también que usted documente su paradero durante ese mismo período.

El ascensor se abre y entran. Las puertas se cierran. Misty pulsa el botón de la tercera planta.

Los dos miran las puertas desde dentro y Stilton dice:

-Tengo una orden para detenerlo. -Se da un golpecito en la parte delantera de su chaqueta de deporte, justo encima del bolsillo de dentro.

El ascensor se detiene. Las puertas se abren. Salen.

El detective Stilton abre su cuaderno y lo lee, diciendo:

-¿Conoce usted a la gente del trescientos cuarenta y seis de Western Bayshore Drive?

Misty la lleva por el pasillo y dice:

-¿Debería?

-El marido de usted hizo alguna remodelación para ellos el año pasado -dice.

El lavadero desaparecido.

-¿Y qué pasa con la gente del siete mil ochocientos cincuenta y seis de Northern Pine Road? -dice.

El cuarto para la ropa desaparecido.

Y Misty dice que sí. Sí. Que vio lo que había hecho allí Peter, pero que no, que no conoce a la gente de la casa.

El detective Stilton cierra su cuaderno y dice: -Esas dos casas ardieron anoche. Hace cinco días, se quemó otra casa. Antes de eso, ya se destruyó otra casa remodelada por su marido.

Todos han sido incendios provocados, dice. Todas las casas donde Peter emparedó sus pintadas extremistas para que alguien las encontrara se están incendiando. Ayer la policía recibió una carta de un grupo que reivindicaba los actos. La Alianza Oceánica por la Libertad. Sus siglas son AOPL. Quieren detener todas las urbanizaciones en la costa.

Stilton la sigue por el largo pasillo de linóleo y dice:

-Hace mucho tiempo que el movimiento por la supremacía blanca y el partido verde tienen contactos. -Dice-: Proteger la naturaleza no está muy lejos de preservar la pureza racial.

Llegan a la habitación de Peter y Stilton dice:

-A menos que su marido pueda demostrar que ha estado aquí todas las noches en que se han producido incendios, lo voy a detener ahora mismo. -Y se da unos golpecitos en la orden que lleva en el bolsillo de la chaqueta.

Hay una cortina cerrada en torno a la cama de Peter. Dentro se oye el susurro del respirador bombeando aire. Se oye el pitidito del monitor cardíaco. Se oye el tintineo débil de algo parecido a Mozart saliendo de sus auriculares.

Misty abre bruscamente la cortina que rodea la cama.

Un desvelamiento. Una noche de estreno.

Y Misty dice:

-Adelante. Pregúntele lo que quiera.

En el medio de la cama hay un esqueleto encogido de lado, envuelto en una piel cerúlea parecida a papel maché. Momificado en color blanco azulado con centellas oscuras de venas ramificándose debajo de la superficie. Las rodillas pegadas al pecho. La espalda doblada de forma que la cabeza casi toca las nalgas marchitas. Los pies de punta, afilados como palos tallados. Las uñas de los pies largas y de color amarillo oscuro. Las manos tan encogidas y agarrotadas que las uñas están clavadas en vendas que rodean las muñecas para protegerlas. La manta de punto fina está arrugada al pie de la cama. Tubos de color blanquecino y amarillo entran y salen de los brazos, del vientre, del pene oscuro y mustio y del cráneo. Le queda tan poco músculo que las rodillas y los codos, los pies y las manos huesudas parecen enormes.

Los labios -untados de vaselina- se retraen para mostrar los agujeros negros que le quedan donde se le han caído los dientes.

Con la cortina abierta se nota el olor de todo, de las gasas untadas de alcohol, de la orina, de las llagas y el olor dulzón de la crema para la piel. El olor a plástico caliente. El olor intenso de la lejía y el olor como de polvos de los guantes de látex.

El diario de ti.

El tubo de plástico azul estriado del respirador se mete en un agujero en mitad de la garganta. Le han cerrado los ojos con tiras de cinta adhesiva médica de color blanco. Tiene la cabeza afeitada para el monitor de la presión cerebral, pero le salen pelos negros y desaliñados de las costillas y de la hamaca de piel nacida de entre las caderas.

El mismo pelo negro que Tabbi.

Tu pelo negro.

Misty sostiene la cortina abierta y dice:

-Como puede ver, mi mando no sale mucho.

Todo lo que haces lleva tu firma.

El detective Stilton traga saliva, con fuerza. El músculo *levator labii superioris* le retrae el labio superior hasta los orificios nasales y su cara descende hasta su cuaderno. Su bolígrafo escribe concienzudamente.

En el armarito que hay junto a la cama. Misty encuentra las gasas untadas de alcohol y le arranca el precinto de plástico a una. Los pacientes de coma se clasifican de acuerdo con lo que se conoce como escala del coma de Glasgow. La escala va desde totalmente consciente a carente de consciencia y carente de reacciones. Hay que darle al paciente órdenes verbales y ver si puede reaccionar moviéndose. O hablando. O parpadeando.

El detective Stilton dice:

-¿Qué puede decirme del padre de Peter?

—Bueno —dice Misty—, que es una fuente pública.

El detective la mira con expresión intrigada. Frunce las cejas hasta juntarlas. Los músculos corrugator hacen su trabajo.

Gracc Wilmot se gastó un buen fajo de billetes en una elegante fuente pública de metal en memoria de Harrow. Está en Aldcr Street en la esquina con División Avenue, cerca del hotel, le cuenta Misty. Las cenizas de Harrow las tiró al viento en una ceremonia que tuvo lugar en el cabo de Waytansa.

El detective Stilton apunta todo esto en su cuaderno.

Con la gasa untada en alcohol, Misty limpia la piel de alrededor del pezón de Peter.

Misty le quita los auriculares de la cabeza, le coge la cara con las manos y se la coloca en la almohada de forma que le queda mirando el techo. Luego se desengancha el broche amarillo en forma de molinillo que lleva en la chaqueta.

La puntuación mínima que se puede obtener en la escala del coma de Glasgow es un tres. Eso quiere decir que uno nunca se mueve, nunca habla y nunca parpadea. No importa lo que la gente le haga o le diga. No hay reacción.

El broche se abre y revela una aguja metálica tan larga como su dedo meñique. Misty limpia la aguja con la gasa untada en alcohol.

El bolígrafo del detective- Stilton se detiene, todavía sobre la página de su cuaderno. El detective dice:

-¿Viene su hija alguna vez a visitarlo?

Y Misty niega con la cabeza.

-¿Y su madre?

Y Misty dice:

-Mi hija pasa la mayor parte del tiempo con su abuela. -Misty mira la aguja de plata limpia y bruñida-. Van a mercadillos -dice Misty-. Mi

suegra trabaja para un servicio que busca piezas de porcelana con diseños que ya no se fabrican para gente interesada.

Misty le quita la cinta de los ojos a Peter.

Te la quita de los ojos.

Misty le mantiene los ojos abiertos con los pulgares, se acerca a su cara y grita:

-¡Peter!

Misty grita:

-¿Cómo murió en realidad tu padre?

Salpicándole de saliva los ojos, las pupilas que son de distintos tamaños, Misty grita:

-¿Formas parte de una banda ecoterrorista neonazi?

Se gira para mirar al detective Stilton y grita:

-¿Te escapabas todas las noches para ir a quemar casas?

Misty grita:

-¿Eres de la AOPL?

La AOPL. La Alianza Oceánica por la Libertad.

Stilton se cruza de brazos. Apoya la barbilla en el pecho y se la queda mirando con la parte superior de los ojos. Los músculos *orbicularis oris* que le rodean los labios le convierten la boca en una línea fina y recta. El músculo *frontalis* le eleva las cejas de forma que la frente se le pliega en forma de tres arrugas que le van de una sien a otra. Unas arrugas que antes ni siquiera existían.

Con una mano, Misty le pellizca a Peter un pezón y se lo estira, alargándola al máximo.

Con la otra mano, se lo atraviesa con la aguja. Luego saca la aguja.

El monitor cardíaco sigue soltando sus pitidos sin interrupción, sin acelerarse ni ralentizarse para nada.

Misty dice:

-¿Peter, cariño? ¿Notas esto? -Y Misty vuelve a clavar la aguja.

Para que puedas sentir un dolor nuevo cada vez. El método Stanislavski.

Solamente para que lo sepas, hay tanto tejido cicatrizado que esto resulta tan duro como clavar una aguja en un neumático de tractor. La piel del pezón se estira eternamente antes de que la aguja salga por el otro lado.

Misty grita:

-¿Por qué te suicidaste?

Las pupilas de Peter miran el techo, una abierta al máximo y la otra minúscula.

Luego dos brazos cogen a Misty desde atrás. Es el detective Stilton. Ella grita:

-¿Para qué coño me hiciste venir?

Stilton la aparta hasta que la aguja que tiene en la mano se sale de la piel, poco a poco, hasta que se suelta. Y ella sigue gritando:

-¿Por qué coño me dejaste embarazada?

28 DE JULIO, LUNA NUEVA

Peter se puso a trastear con la primera caja de píldoras anti-conceptivas de Misty. Las reemplazó por caramelitos de canela. La siguiente caja se limitó a tirarla por el retrete.

Tú la tiraste por el retrete. Por accidente, dijiste.

Después de aquello, el servicio médico de la universidad no le quiso hacer otra receta hasta pasados treinta días. Le tomaron medidas para ponerle un diafragma y una semana más tarde Misty se encontró con que le habían hecho un agujerito en el centro. Ella lo sostuvo ante la ventana para enseñárselo a Peter y este dijo:

-Estas cosas no duran para siempre.

Misty dijo que era nuevo.

-Se gastan —dijo él.

Misty le dijo que su pene no era tan grande como para llegarle al cuello del útero y hacerle un agujero en el diafragma.

Tu pene no es tan grande.

Después de aquello, a Misty empezó a terminársele todo el tiempo la espuma espermicida. Misty usaba cada envase una sola vez y luego se lo encontraba vacío. Después de unos cuantos envases Misty salió un día del baño y le preguntó a Peter si había estado trasteando con su espuma.

Peter estaba viendo su culebrón en español, donde todas las mujeres tenían unas cinturas tan estrechas que parecían trapos siendo escurridos. Todas iban arrastrando unos pechos gigantes sujetos con tirantes de espagueti. Tenían los ojos embadurnados en maquillaje de purpurina y se suponía que eran médicas o abogadas.

Peter dijo:

-Ten. -Y se llevó ambas manos a la parte de atrás del cuello. Sacó algo de dentro del cuello de la camiseta negra y se lo ofreció. Se trataba de un collar brillante de cristales de estrás de color rosa, ramales de color rosa gélido, todo chispas y destellos. Y le dijo:- ¿Quieres esto?

Y Misty se quedó tan atontada como aquellas mujeres hispanas guapas y tontas que le gustaban a él. Lo único que pudo hacer fue estirar el brazo y coger un extremo del collar con cada mano. En el espejo del baño, vio el brillo del collar sobre su piel. Mientras estaba mirando el reflejo del collar, tocándolo, oía parlotear en español en la sala contigua.

Misty gritó:

-¡Deja de tocar mi espuma! ¿De acuerdo?

Lo único que Misty oyó fue gente hablando español.

Por supuesto, su siguiente regla no llegó nunca. Al cabo de un par de días de retraso, Peter le trajo una caja de barritas de test de embarazo. De esas sobre las cuales hay que hacer pis. Te enseñan con un «sí» o un «no» si estás preñada. Las barritas no estaban selladas con ningún envoltorio. Todas olían a pis. De entrada mostraban el «no» que indicaba no embarazada.

Luego Misty vio que alguien había abierto el fondo de la caja y luego lo habían vuelto a cerrar con cinta adhesiva. Y Misty le dijo a Peter, que estaba de pie esperando al otro lado de la puerta del baño:

-¿Acabas de comprar esto hoy?

Misty oyó gente hablando español.

Cuando follaban, Peter siempre empujaba y jadeaba con los ojos cerrados. Cuando se corría, con los ojos fuertemente cerrados, gritaba

«¡Te amo!» en español.

Misty gritó a través de la puerta del baño:

-¿Has meado encima de esto?

El pomo giró, pero Misty había cerrado con pestillo. Luego la voz de Peter dijo a través de la puerta:

-No te hacen falta esas cosas. No estás embarazada.

Y Misty preguntó que dónde estaba entonces su tomatazo mensual.

-Aquí -dijo la voz de él. Unos dedos pasaron por debajo de la puerta. Le estaban mostrando algo blanco y blando-. Se te han caído al suelo -dijo-. Échales un buen vistazo.

Eran las braguitas de Misty, manchadas de sangre fresca.

29 DE JULIO, LUNA NUEVA

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia pesadez, irritación y dolor cada vez que tu mujer intenta moverse.

El doctor Touchet acaba de marcharse. Se ha pasado las dos últimas horas envolviéndole la pierna en tira;, de tela estéril y resina acrílica de color blanco. Ahora Misty tiene la pierna desde el tobillo a la entepierna dentro de una escayola de fibra de vidrio. Es la rodilla, ha dicho el médico.

Peter, tu mujer es una patosa.

Misty es la patosa.

Estaba llevando una bandeja de ensaladas Waldorf desde la cocina al comedor cuando ha tropezado. Cuando estaba en la misma puerta de la cocina ha perdido pie y ella, la bandeja y los platos de ensalada, todo ha ido a parar de cabeza a la mesa ocho.

Por supuesto, el comedor entero se ha levantado para mirarla cubierta de mayonesa. No parecía que le hubiera pasado nada en la rodilla, y Raymon ha salido de la cocina y la ha ayudado a ponerse de pie. Pero el doctor Touchet ha dicho que tenía un esguince en la rodilla. Ha llegado una hora más tarde, después de que Raymon y Paulette la ayudaran a subir la escalera hasta su habitación. El médico le sostiene una bolsa de hielo sobre la rodilla, luego le pregunta a Misty si quiere la escayola de color amarillo neón, rosa neón o blanco normal y corriente.

El doctor Touchet está en cuclillas a sus pies mientras que Misty está sentada en una silla de respaldo recto con la pierna apoyada en un taburete. Está moviendo la bolsa de hielo y buscando señales de hinchazón.

Y Misty le pregunta si él rellenó el certificado de defunción de Harrow.

Misty le pregunta si le recetó algunas pastillas a Peter.

El médico la mira un momento y luego vuelve a ponerle hielo en la pierna. Dice:

-Si no se relaja, tal vez no vuelva a caminar nunca.

A ella ya no le duele la pierna. Y tiene buen aspecto. Solamente para que conste en acta, ni siquiera le duele la rodilla.

-Está usted en estado de shock -dice Touchet. Lleva maletín, no una bolsa negra de médico. La clase de maletín que llevaría un abogado. O un banquero-. Para usted, una escayola será profiláctica -dice-. Sin ella, va a estar rondando por ahí con el policía ese y la pierna no se le curará nunca.

Es un pueblo diminuto y todo el museo de cera de la isla de Waytansea la está espiando.

Alguien la llama a la puerta, luego Grace y Tabbi entran en la sala. Tabbi dice:

-Mamá, te hemos traído más pintura, -Sostiene una bolsa de plástico en cada mano.

Grace dice:

-¿Cómo está?

Y el doctor Touchet dice:

-Sí no se mueve de esta habitación durante las próximas tres semanas, todo irá bien. -Empieza a enrollarle gasa alrededor de la pierna, capas y más capas de gasa, más y más gasa.

Solamente para que lo sepas, en el momento en que se ha encontrado en el suelo, cuando ha llegado la gente a ayudarla, mientras la llevaban escaleras arriba, e incluso mientras el médico le estrujaba la rodilla y se la flexionaba, Misty no ha parado de preguntan

-¿Con qué he tropezado?

Allí no hay nada. Delante de esa puerta no hay nada con que tropezar.

Después de eso, Misty le ha dado las gracias a Dios de que aquello pasara en el trabajo. Así el hotel no podría quejarse por los días de trabajo que iba a perder.

Grace dice:

-¿Puedes mover los dedos?

Sí, sí que puede. Lo único que no puede hacer es tocárselos porque no llega.

Después de eso, el doctor le ha envuelto la pierna con tiras de fibra de vidrio.

Tabbi se acerca, toca el enorme tronco de fibra de vidrio en alguna parte de cuyo interior está perdida la pierna de su madre y dice:

-¿Puedo poner mi firma?

-Espera un día a que se seque -dice el médico.

La pierna que Misty tiene estirada delante de ella debe de pesar cuarenta kilos. Se siente fosilizada. Incrustada en ámbar. Como una momia de la antigüedad. Esto va a ser como arrastrar una bola de hierro con una cadena.

Es gracioso cómo la mente intenta darle sentido al caos. Ahora Misty siente unos remordimientos terribles, pero en el momento en que Raymon ha salido de la cocina y le ha puesto el brazo debajo para levantarla, ella le ha dicho:

-¿Me acabas de hacer la zancadilla?

Él ha recogido la ensalada Waldorf, los trozos de manzana y de nuez, y ha dicho en español:

-¿Cómo?

Sí no entiendes algo puedes hacer que signifique cualquier cosa.

La puerta de la cocina estaba abierta y el suelo delante de la misma estaba limpio y despejado.

Misty le ha dicho:

-¿Cómo me he caído?

Y Raymon se ha encogido de hombros y ha dicho:

-De culo.

Todos los trabajadores de la cocina que estaban a su alrededor se han reído.

Ahora en la habitación de Misty, después de envolverle la pierna en una pesada piñata blanca, el doctor Touchet y Grace la levantan por las axilas y la llevan hasta la cama. Tabbi le saca las pastillas verdes de algas del bolso y se las deja en la mesilla de noche. Grace desenchufa el teléfono, se pone a enrollar el cable y dice:

-Necesitas paz y tranquilidad. -Grace dice-: No te pasa nada que no pueda curar un poco de terapia artística. -Y empieza a sacar cosas de las bolsas de la compra, tubos de pintura y pinceles, y a colocarlos en montones sobre el tocador.

El médico saca una jeringa de su maletín. Frota el brazo de Misty con alcohol frío. Mejor el brazo que el pezón.

¿Notas esto?

El doctor llena la jeringa del líquido de un frasco y le clava la aguja en el brazo. La saca y le da un algodón por si le sale sangre.

—Es para ayudarte a dormir —dice.

Tabbi se sienta en el borde de la cama y dice:

-¿Te duele?

No, en absoluto. No nota nada raro en la pierna. Le ha dolido más la inyección.

El anillo que lleva Tabbi en el dedo, con el peridoto verde brillante, refleja la luz que entra por la ventana. El borde de la alfombra va por debajo de la ventana y debajo de la alfombra es donde Misty ha escondido el dinero de las propinas. Su billete para regresar a Tecumseh Lake.

Grace mete el teléfono en una bolsa de la compra vacía y extiende la mano en dirección a Tabbi. Le dice:

-Ven. Vamos a dejar descansar a tu madre.

El doctor Touchet espera en la puerta abierta y dice:

-¿Grace? ¿Puedo hablar contigo en privado?

Tabbi sale de la cama y Grace se inclina para susurrarle al oído. Luego Tabbi asiente con la cabeza, deprisa. Lleva el grueso collar de color rosa de cristales relucientes de estrás. Es tan grueso que le debe de pesar en el cuello tanto como a su madre le pesa la escayola de la pierna. Una rueda de molino brillante. La versión en bisutería de una bola de hierro unida a una cadena. Taffi abre el broche, lo lleva hasta la cama y dice:

-Levanta la cabeza.

Estira los brazos alrededor de los hombros de Misty y le cierra el collar en torno al cuello.

Solamente para que conste en acta, Misty no es estúpida. La pobre Misty Marie Kleinman sabía que la sangre de sus braguitas era de Peter. Pero ahora mismo, en este momento, se alegra enormemente de no haber abortado a su hija.

La sangre era tuya.

¿Por qué Misty aceptó casarse contigo? No lo sabe. ¿Por qué hacemos las cosas? Ya se está quedando amodorrada. Cada respiración es más lenta que la anterior. Sus músculos *levator palpebrae* tienen que

trabajar duro para mantenerle abiertos los ojos.

Tabbi va hasta el caballete y coge un bloc de papel de dibujo. Le lleva a su madre el papel y un carboncillo y se los deja al lado, sobre las mantas. Y le dice:

-En caso de que te venga la inspiración.

Y Misty le da un beso a cámara lenta en la frente.

Entre la escayola y el collar. Misty se siente lastrada a la cama. Clavada con estacas. Un sacrificio. Un ancla.

Luego Crace coge de la mano a Tabbi y salen al pasillo con el doctor Touchet. Se cierra la puerta. El silencio es tan absoluto que Misty no está segura de haber oído bien. Pero cree oír un pequeño clic de más.

Y Misty dice levantando la voz:

-¿Grace?

Y dice, levantando la voz:

-¿Tabbi?

Y dice a cámara lenta:

-Hola... ¿Me oís?

Solamente para que conste en acta, la han encerrado con llave.

30 DE JULIO

La primera vez que Misty se despierta después del accidente, el vello púbico le ha desaparecido y tiene un catéter dentro, que le baja serpenteando por la pierna buena hasta una bolsa de plástico de color claro enganchada al pilar de la cama. El tubo va sujeto a la piel de su pierna con tiras de cinta adhesiva médica.

Querido Peter de mi alma, nadie te ha contado la sensación que eso produce.

El doctor Touchet ha vuelto a las andadas.

Solamente para que conste en acta, despertarse drogada con el vello púbico afeitado y algo de plástico metido en la vagina no te convierte necesariamente en una artista de verdad.

Y si así fuera, Misty estaría pintando la capilla Sixtina. En cambio, está haciendo un taco con otra hoja mojada de papel de setecientos gramos para acuarela. Al otro lado de la pequeña ventana de su buhardilla, el sol está cociendo la arena de la playa. Las olas susurran y rompen. Las gaviotas tiemblan, flotando en el viento, cometas blancas suspendidas, mientras los niños hacen castillos de arena y chapotean en la marea creciente.

Una cosa sería vender su juventud a cambio de una obra maestra, pero esto... Su día no ha sido más que un error de mierda detrás de otro. Incluso con la pierna totalmente escayolada y la bolsita de pis, Misty quiere salir. Como artista, uno organiza la vida para tener tiempo para pintar, un reducto de tiempo, pero no hay garantía de que vayas a hacer nada digno de todo tu esfuerzo. Siempre te atormenta la idea de que estás echando tu vida a perder.

La verdad es que, si Misty estuviera en la playa, estaría mirando

esta ventana y soñando con ser pintora.

La verdad es que no importa dónde decida uno estar, nunca es el lugar adecuado.

Misty está medio levantada frente a su caballete, apoyada en un taburete alto, asomada por la ventana que da al cabo de Waytalsea, con Tabbi sentada en un trozo de suelo iluminado por el sol a sus pies, coloreándole la escayola con rotuladores. Eso es lo que duele. Ya es bastante malo que Misty se pasara la mayor parte de su infancia escondida en su casa, coloreando libros y soñando con ser artista. Y ahora está sirviendo de modelo de esa mala conducta para su hija. Todas las tartas de barro que ella no coció tampoco las va a cocer su hija. Lo que sea que hacen los adolescentes. Todas las cometas que no hizo volar, el corre que te pilló que ella se saltó, todos los dientes de león que no recogió... Tabbi está cometiendo el mismo error.

Las únicas flores que ha visto Tabbi las ha encontrado en compañía de su abuela, pintadas en el borde de una taza para el té.

La escuela empieza dentro de pocas semanas y Tabbi está completamente pálida porque no la ha tocado el sol.

Misty vuelve a emborronar con el pincel la hoja de papel que tiene delante y dice:

-¿Tabbi, cariño?

Tabbi está sentada, rayando la escayola con un rotulador rojo. La resina y la tela son tan gruesas que Misty no siente nada.

La bata de Misty es una de las viejas camisas azules de trabajo de Peter con un broche de piel oxidado y con rubíes falsos en el bolsillo de delante. Rubíes falsos y diamantes de cristal. Tabbi ha traído la caja de joyas para las ocasiones especiales, todos los broches y pulseras y pendientes sueltos de bisutería que Peter le dio a Misty en la facultad.

Que tú le diste a tu mujer.

Misty lleva tu camiseta y le dice a Tabbi:

-¿Por qué no sales unas horas afuera?

Tabbi cambia el rotulador rojo por uno amarillo y dice:

-La abuelita Wilmot me ha dicho que no salga. -Sin dejar de colorear, Tabbi dice-: Me ha dicho que me quede contigo mientras tú estés despierta.

Esta mañana, el deportivo marrón de Ángel Delaporte se ha detenido en el aparcamiento de grava del hotel. Tocado con un sombrero de paja de ala ancha de los de ir por la playa, Ángel ha salido del coche y ha ido a la entrada principal. Misty ha estado un rato esperando que Paulette viniera de recepción y le dijera que tenía una visita, pero no. Media hora después, Ángel ha salido por la puerta del hotel, ha bajado la escalera del porche y bajó los escalones del porche. Se sujetó con la mano el sombrero, inclinó la cabeza hacia atrás y escrutó las ventanas del hotel, el embrollo de letreros y logotipos. Graffiti corporativos. Inmortalidades en competencia. Luego Ángel se puso las gafas de sol, se metió en su deportivo y se marchó.

Misty tiene delante otro desastre pictórico. La perspectiva es completamente incorrecta.

Tabbi dice:

-La abuelita me ha dicho que te ayude a inspirarte.

En lugar de pintar, Misty debería estar enseñándole algún oficio: contabilidad o análisis de costes o reparación de televisores. Alguna forma

realista de pagarlas facturas.

Un poco después de que Ángel Delaporte se haya marchado esta mañana, ha aparecido el detective Stilton en un coche oficial del condado de color beige. Ha entrado en el hotel y ha regresado a su coche unos minutos más tarde. Ha permanecido un momento en el aparcamiento, haciendo visera con la mano y mirando una ventana tras otra, pero no la ha visto a ella. Luego se ha marchado.

En el desastre de pintura que tiene delante, los colores se escurren y se emborronan. Los árboles podrían ser torres repetidoras de microondas. El océano podría ser lava volcánica o pudín frío de chocolate o simplemente seis dólares de acuarelas a la aguada echados a perder. Misty arranca la hoja de papel y la arruga hasta hacer una bola. Tiene las manos casi negras de arrugar todos sus fracasos del día. Le duele la cabeza. Misty cierra los ojos y se lleva una mano a la frente, que nota pegajosa de pintura fresca.

Misty deja caer el papel arrugado al suelo.

Y Tabbi dice:

-¿Mamá?

Misty abre los ojos.

Tabbi le ha pintado pájaros y flores de colores por toda la escayola. Azulejos y petirrojos y rosas rojas.

Cuando Paulette le lleva el almuerzo en un carrito del servicio de habitaciones, Misty le pregunta si alguien ha intentado telefonar desde recepción. Paulette sacude la servilleta de tela, la mete por debajo del cuello de la camisa de trabajo azul. Y dice:

-Lo siento, nadie. -Le quita la tapa a un plato de pescado y dice:-
¿Por qué lo preguntas?

Y Misty-dice:

-Por nada.

Ahora, sentada aquí con Tabbi, con la pierna cubierta de flores y pájaros de colores, Misty sabe que nunca será artista. La pintura que le vendió a Ángel fue una chiripa. Un accidente. En lugar de llorar, Misty se limita a mear unas gotitas dentro de su tubo de plástico.

Y Tabbi dice:

-Cierra los ojos, mamá. -Dice-: Colorea con los ojos cerrados, como hiciste en el picnic de mi cumpleaños.

Como hacía cuando era la pequeña Misty Marie Klein-man, con los ojos cerrados y sentada en la alfombra de pelo largo de la caravana.

Tabbi se le acerca y susurra:

-Estábamos escondidas en los árboles mirándote. -Dice-: La abuelita dijo que teníamos que dejar que te inspiraras.

Tabbi va al tocador y coge el rollo de cinta adhesiva que Misty usa para sujetar el papel al caballete. Arranca dos tiras y dice:

-Cierra los ojos.

Misty no tiene nada que perder. Puede concederle el capricho a su hija. Su obra ya no puede ser peor. Misty cierra los ojos.

Y los dedos de Tabbi le ponen una tira de cinta adhesiva en cada ojo.

Igual que su padre tiene cerrados los ojos con cinta adhesiva. Para evitar que se le sequen.

Tus ojos están cerrados con cinta adhesiva.

En la oscuridad, los dedos de Tabbi le ponen un lápiz en la mano a

Misty. Se oye cómo pone un bloc de papel de dibujo en el caballete y levanta la portada. Luego coge las manos de Misty con las suyas y le lleva el lápiz al papel.

Por la ventana entra un sol cálido. Tabbi le suelta la mano y su voz dice en la oscuridad:

-Ahora haz tu dibujo.

Y el dibujo de Misty, los círculos y los ángulos perfectos, las líneas rectas que Ángel Delaporte dice que son imposibles. La sensación es que es un dibujo perfecto y sin errores. Misty no tiene ni idea de qué es. Igual que un vaso invertido se mueve sobre un tablero de ouija, el lápiz va moviéndole la mano sobre el papel tan deprisa que Misty tiene que agarrarlo con fuerza. Su escritura automática.

Misty solamente puede seguir su mano, y dice:

-¿Tabbi?

Con la cinta pegada a los ojos, Misty dice:

-¿Tabbi? ¿Sigues ahí?

2 DE AGOSTO

Misty nota un pequeño tirón, una pequeña sacudida en su interior cuando Tabbi desengancha la bolsa del extremo del catéter y se la lleva por el pasillo hasta el baño. Su hija vacía la bolsa en el retrete y la lava. La trae de vuelta y la vuelve a enganchar al largo tubo de plástico.

Hace todo eso para que Misty pueda seguir trabajando en la oscuridad total. Con los ojos pegados con cinta. Ciega.

Nota el calor de la luz del sol que entra por la ventana. En cuanto el pincel se detiene, Misty dice: ya está.

Y Tabbi quita el dibujo del caballete y pone otra hoja de papel. Le coge el pincel cuando parece que se ha desafilado y le da uno nuevo a Misty. Le da una bandeja de lápices de colores al pastel, Misty las palpa a ciegas, como si fueran teclas de piano grasientas de colores, y elige una.

Solamente para que conste en acta, todos los colores que elige Misty y todos sus trazos, todo es perfecto porque ha dejado de preocuparse.

Para desayunar Paulette sube una bandeja del servicio de habitaciones, y Tabbi se lo corta todo en trozos que le quepan en la boca. Mientras Misty trabaja, Tabbi le va metiendo el tenedor en la boca. Con la cinta pegada a la cara, Misty no puede abrir la boca del todo. Solamente lo bastante como para chupar su pincel para afilarlo de nuevo. Como para envenenarse. Misty no tiene sentido del gusto. No tiene olfato. Al cabo de unos pocos mordiscos ya se ha cansado del desayuno.

La habitación está en silencio salvo por el susurro del lápiz sobre el papel. Fuera, cinco pisos por debajo, las olas susurran y rompen. Paulette trae más comida para el almuerzo que Misty no se come. La escayola de la pierna ya le está grande de todo el peso que ha perdido. Demasiada comida sólida implicaría tener que ir al lavabo. Implicaría una pausa en su trabajo. Casi no queda espacio en blanco en la escayola, de tantas flores y pájaros con que la ha cubierto Tabbi. La tela de su bata está acartonada

por la pintura derramada. Acartonada y pegada a sus brazos y pechos. Tiene las manos cubiertas de pintura seca. Envenenadas.

Los hombros le duelen y le crujen, y las muñecas le chirrían por dentro. Los dedos que cogen el lápiz de carbón están entumecidos. Tiene espasmos en el cuello que le transmiten calambres por ambos lados del espinazo. Tiene la sensación de tener el cuello como Peter, arqueado hacia atrás y pegado al culo. Le parece tener las muñecas como Feter, retorcidas y agarrotadas.

Con los ojos pegados con cinta adhesiva, tiene la cara relajada para no poder resistirse a las dos tiras de cinta adhesiva que le bajan desde la frente, por encima de los dos ojos, pasando por las mejillas y la mandíbula hasta llegar al cuerpo. La cinta adhesiva le mantiene todos los músculos faciales relajados, el *orbicularis oculis* de alrededor del ojo y el *zygomaticus major* de las comisuras de la boca. Con la cinta, Misty solamente puede abrir un poquito los labios. Solamente puede hablar en susurros.

Tabbi le mete una pajita en la boca y Misty bebe un poco de agua. La voz de Tabbi dice;

-No importa lo que pase, la abuelita dice que tienes que seguir trabajando en tu arte.

Tabbi le limpia la boca a su madre y dice:

-Voy a tener que irme muy pronto. -Dice-: Por favor, no lo dejes, no importa cuánto me echés de menos. -Dice—: ¿Me lo prometes?

Y sin dejar de trabajar, Misty susurra:

-Si.

-¿No importa cuánto tiempo esté fuera?-dice Tabbi.

Y Misty susurra:

-Lo prometo.

5 DE AGOSTO

Estar cansado no quiere decir que hayas terminado. Tampoco tener hambre o sentir dolor. Las ganas de mear no tienen por qué detenerte. Un cuadro está acabado cuando se han acabado el lápiz y la pintura. El teléfono no tiene que interrumpirte. Que nada más desvíe tu atención. Mientras siga llegando la inspiración, sigue adelante.

Misty trabaja a ciegas el día entero, luego el lápiz se detiene y ella espera a que Tabbi saque la foto y le dé una hoja de papel en blanco. Luego no pasa nada.

Y Misty dice:

-.Tabbi?

Esta mañana, Tabbi le ha enganchado un enorme broche de cristales rojos y verdes a la bata de su madre. Luego Tabbi se ha quedado quieta mientras Misty le ponía alrededor del cuello el collar reluciente de cristales enormes de estrás rosa. Como una estatua. Bajo la luz del sol que entra por la ventana, brillaban tanto como los nomeolvides y todas las demás flores que Tabbi se ha perdido este verano. Luego Tabbi le ha cerrado los ojos a su madre y se los ha pegado con cinta adhesiva. Es la

última vez que Misty la va a ver.

Misty vuelve a decir:

-¿Tabbi, cariño?

Y no se oye nada, silencio total. Solamente las olas que susurran y rompen en la playa. Con los dedos extendidos, Misty estira los brazos y palpa el aire a su alrededor. Es la primera vez en días que la dejan sola.

Las dos tiras de cinta adhesiva le salen del cuero cabelludo, le pasan sobre los ojos y se le curvan bajo la garganta. Con los pulgares e índices de ambas manos, Misty coge el extremo superior de la cinta y va despegando las dos tiras, lentamente, hasta desprenderlas del todo. Abre los ojos, parpadeando. La luz del sol es tan brillante que no le deja enfocar las cosas. La pintura del caballete permanece un minuto borrosa mientras se le ajustan los ojos.

Las líneas trazadas a lápiz se hacen nítidas, negras sobre el papel blanco.

Es un dibujo del océano, de las aguas que hay frente a la playa. Hay algo flotando. Una persona flotando boca abajo en el agua, una chica con el pelo largo y negro extendido a su alrededor sobre el agua.

El pelo largo y negro de su padre.

Tu pelo negro.

Todo es un autorretrato.

Todo es un diario.

Al otro lado de la ventana, en la playa, hay una multitud esperando junto al agua. Dos personas avanzan por el agua hacia la orilla, transportando algo entre las dos. Algo brillante emite destellos de color rosa bajo la luz del sol.

Un cristal de estrás. Un collar. Es Tabbi lo que están transportando por los tobillos y las axilas, con el pelo empapado y pesado colgando y hundiéndose en las olas que susurran y rompen en la playa.

La multitud retrocede.

Y un estrépito de pasos se acerca por el pasillo que lleva a la puerta de la habitación. Una voz en el pasillo dice:

-Lo tengo listo.

Dos personas cargan con Tabbi por la playa en dirección al porche del hotel.

La cerradura de la puerta del dormitorio hace clic. La puerta se abre y aparecen Grace con el doctor Touchet. En la mano del médico reluce intensamente una aguja hipodérmica.

Y Misty trata de ponerse de pie, arrastrando tras de sí la pierna escayolada. Su bola de hierro unida a una cadena.

El doctor se abalanza hacia ella.

Y Misty dice:

-Algo le ha pasado a Tabbi. -Misty dice-: En la playa. Tengo que bajar.

La escayola se ladea y su peso tira a Misty al suelo. El caballete que se desploma detrás de ella y el jarro lleno de agua sucia para limpiar pinceles, todo queda roto a su alrededor. Grace se arrodilla para cogerla del brazo. El catéter se ha salido de la bolsa y huele a los meados derramados en la alfombra. Grace le está remangando la bata.

Tu vieja camisa de trabajo azul. Acartonada por la pintura seca.

-No puedes bajar ahí en tu estado -dice el médico. Sostiene la jeringa en alto, da unos golpecitos para hacer subir las burbujas de aire y

dice-: De veras, Misty, no hay nada que puedas hacer.

Grace le estira el brazo a Misty a la fuerza y el médico le clava la aguja.

¿Notas esto?

Grace la agarra por los dos brazos y la inmoviliza. El broche de rubíes falsos se ha abierto y la aguja se le ha clavado a Misty en el pecho. Su sangre se derrama roja sobre los rubíes mojados. La jarra rota. Grace y el médico la inmovilizan sobre la alfombra y los meados de Misty se extienden debajo de todos ellos. Le empapan la camisa azul y hacen que le escueza la piel allí donde se le ha clavado la aguja.

Medio encima de ella, Grace dice:

—Misty quiere bajar ahora.

Grace no está llorando.

Con la voz lenta y grave y hablando con gran esfuerzo, Misty dice:

-¿Cómo coño sabes lo que quiero?

Y Grace dice:

-Está en tu diario.

La aguja se le despegas del brazo y Misty siente que alguien frota la piel que le rodea el pinchazo. El tacto frío del alcohol. Debajo de los brazos le aparecen unas manos que tiran de ella hasta ponerla sentada.

Con el músculo *levator labii superioris*, el músculo de las muecas, tensándole la cara alrededor de la nariz, Grace dice:

-Hay sangre. Y orina, está empapada. No podemos llevarla abajo tal como está. No delante de todo el mundo.

El hedor de Misty es el mismo olor del asiento delantero del viejo Buick. El olor de tus meados.

Alguien le está quitando la camisa y secándole la piel con servilletas de papel. La voz del médico procedente del otro lado de la habitación dice:

-Es un trabajo excelente. Muy impresionante. -Está hojeando la pila de dibujos y pinturas acabados.

-Claro que son buenos -dice Grace-. Tú no los desordenes. Están todos numerados.

Solamente para que conste en acta, nadie menciona a Tabbi.

Le están metiendo los brazos en una camisa limpia. Grace le pasa un cepillo por el pelo.

El dibujo que hay en el caballete, de la chica ahogándose en el océano, se ha caído al suelo y ha quedado empapado de sangre y meados. Está estropeado. La imagen ha desaparecido.

Misty no puede cerrar las manos. No puede mantener los ojos abiertos. Le caen las babas por las comisuras de la boca y ' deja de notar la punzada en el pecho.

Grace y el médico tiran de ella hasta ponerla de pie. Fuera en el pasillo hay más gente esperando. Más brazos se acercan a ella de todos lados y la llevan en volandas escaleras abajo a cámara lenta. Pasan volando frente a las caras tristes que observan desde todos los rellanos. Paulette y Raymon y alguien más, el amigo rubio de Peter de la facultad. Will Tupper. Con el lóbulo todavía en dos fragmentos en punta. El museo de cera entero del cabo de Waytansa.

El silencio solamente es roto por el ruido de la escayola al arrastrar y golpear en cada peldaño.

Una multitud llena el bosque sombrío de árboles pulimentados y

alfombras musgosas del vestíbulo, pero se aparta para dejar pasar a quienes están llevando a Misty hacia el comedor. Están aquí todas las familias antiguas de la isla, los Burton y los Hyland y los Petersen y los Perry. Entre ellos no se ve ni una sola cara de veraneante.

Luego se abren las puertas del Comedor de Madera y Oro.

Encima de la mesa seis, una mesa para cuatro situada cerca de la ventana, hay algo cubierto con una manta. El perfil de una carita y el pecho plano de una niña. Y la voz de Grace dice:

-Date prisa, mientras todavía está consciente. Déjala ver. Levanta la manta.

Un desvelamiento. Un telón que se levanta.

Y detrás de Misty, todos sus vecinos se agolpan para mirar.

7 DE AGOSTO

Cuando iban a la facultad de bellas artes, una vez Peter le pidió a Misty que dijera un color. Cualquier color.

Le dijo que cerrara los ojos y que se quedara quieta. Ella notó que él se le acercaba mucho. Notó su calor. Olió su jersey deshilachado y notó el aroma amargo a chocolate semidulce de pastelería de su piel. Su autorretrato. Peter le levantó el borde de la camisa y ella notó una aguja fría que le arañaba la piel de debajo. Él le dijo:

-No te muevas, o te lo clavaré por accidente.

Y Misty contuvo la respiración.

Cada vez que se encontraban, Peter le daba otra pieza de bisutería. Broches, púberas, anillos y collares. Con los ojos cerrados, esperando, Grace dijo: -Dorado. El color dorado.

Y manipulando el broche con los dedos a través de la tela, Peter le dijo:

-Ahora dime tres palabras que describan el color dorado.

Aquella era una antigua forma de psicoanálisis, le dijo. Inventada por Cari Jung. Basada en arquetipos universales. Una especie de juego para fiestas inteligente. Cari Jung. Arquetipos. El enorme inconsciente colectivo de la humanidad entera. Jainistas y yoguis y ascetas, aquella era la cultura en la que Peter había crecido en la isla de Waytansea.

Con los ojos cerrados, Misty dijo:

-Brillante. Rico. Suave.

Eran sus tres palabras para describir el dorado.

Los dedos de Peter cerraron el pasador diminuto del broche y su voz dijo:

-Bien.

En aquella vida anterior, cuando iban a la facultad de bellas artes, Peter le dijo que dijera un animal. Cualquier animal.

Solamente para que conste en acta, el broche era una tortuga dorada con una gema verde grande y agrietada a modo de concha. La cabeza y las patas se le movían, pero le faltaba una pata. El metal estaba tan deslustrado que de frotarse ya le había hecho una mancha negra en la camisa.

Y Misty se lo apartó del pecho, lo miró, le encantó sin ninguna buena razón y dijo:

-Una paloma.

Peter echó a andar y le hizo una señal con la mano a Misty para que caminara con él. Estaban cruzando el campus, por entre edificios de ladrillo llenos de hiedras, y Peter dijo:

-Ahora dime tres palabras que describan a una paloma.

Sin dejar de andar, Misty dijo:

-Sucia. -Misty dijo-: Tonta. Fea.

Sus tres palabras para describir una paloma.

Y Peter la miró, mordiéndose el labio de abajo y con el músculo *corrugator* oprimiéndole las cejas en el medio de la frente.

En aquella vida anterior, cuando iban a la facultad de bellas artes, Peter le pidió que dijera una masa de agua.

Y caminando a su lado, Misty dijo: -El canal de Saint Lawrence.

El se giró para mirarla. Dejó de caminar. -Di tres adjetivos que lo describan.

Y Misty puso los ojos en blanco y dijo: -Ajetreado, bullicioso y atestado.

Y el músculo *levator labii superioris* le levantó el labio superior a Peter en una mueca.

Mientras caminaban juntos, Peter le pidió que se imaginara una última cosa. Le dijo que se imaginara que estaba en una habitación. Que todas las paredes eran blancas y que no había puertas ni ventanas. Dijo:

-Dime en tres palabras qué sensación te produce esa habitación.

Misty nunca había salido tanto tiempo con nadie. Por lo que ella sabía, aquella era la forma subrepticia en que los amantes se entrevistaban entre ellos. Igual que Misry sabía que el sabor favorito de helado de Peter era tarta de calabaza, no se le ocurrió que aquellas preguntas significaran nada. Misty dijo:

-Temporal. Transitoria. -Hizo una pausa y dijo-: Confusa. Sus tres palabras para describir una habitación sellada. En su vida anterior, mientras caminaban juntos, pero no cogidos de la mano, Peter le dijo cómo funcionaba el test de Carl Jung. Cada pregunta era una forma consciente de acceder al inconsciente.

Un color. Un animal. Una masa de agua. Una habitación blanca.

Peter le dijo que cada una de aquellas cosas era un arquetipo de acuerdo con Carl Jung. Que cada imagen representaba algún aspecto de la persona.

El color que Misty había mencionado, el dorado, representaba cómo se veía a sí misma.

Y ella se había descrito a sí misma como «brillante, rica y suave», le dijo Peter.

El animal representaba la forma en que percibíamos a los demás.

Y ella percibía a la gente como «sucia, tonta y fea», le dijo Peter.

La masa de agua representaba su vida sexual. Ajetreada, bulliciosa y atestada. De acuerdo con Carl Jung. Todo lo que decimos lleva nuestra firma. Es nuestro diario. Sin mirarla, Peter dijo:

-No me ha encantado precisamente tu respuesta. Peter dice que su última pregunta, la pregunta sobre la sala blanca sin puertas ni ventanas, representa la muerte.

Para ella, la muerte será temporal, transitoria y confusa.

12 DE AGOSTO. LUNA LLENA

Los jainistas eran una secta del budismo que afirmaban que podían volar. Que podían caminar sobre el agua. Que podían entender todos los idiomas. Se decía que podían convertir los metales sin valor en oro. Que podían curar a los lisiados y a los ciegos.

Con los ojos cerrados, Misty escucha mientras el doctor le cuenta todo esto. Escucha y pinta. Se levanta antes del amanecer para que Grace le pueda poner la cinta adhesiva en la cara.

-Supuestamente -dice la voz del doctor-, los jainistas podían resucitar a los muertos.

Podían hacer todo aquello porque se torturaban a sí mismos. Se mataban de hambre y vivían sin sexo. La vida de penurias y dolores era lo que les daba sus poderes mágicos.

-La gente llama a esa idea «ascetismo» -dice el doctor.

Él habla y Misty dibuja. Misty trabaja mientras él sostiene la pintura que ella necesita, los pinceles y los lápices. Cuando termina, él le cambia la página. Él hace lo que hacía Tabbi.

Los jamistas eran famosos por todos los reinos de Oriente Próximo. En las cortes de Siria, Egipto, Epiro y Macedonia, ya estaban haciendo sus milagros cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo. Aquellos milagros inspiraron a los judíos esenios y a los primeros cristianos. Dejaron perplejo a Alejandro Magno.

El doctor Touchet sigue hablando sin parar y dice que los mártires cristianos fueron vástalos de los jamistas. Todos los días, santa Catalina se azotaba a sí misma tres veces. El primer azote era por sus propios pecados. El segundo azote por los pecados de los vivos. El tercero era por los pecados de todos los muertos.

San Simeón fue canonizado después de permanecer de pie sobre un pilar, expuesto a los elementos, hasta que empezó a pudrirse en vida.

Misty dice:

-Este ya está acabado. -Y espera una hoja de papel nueva, un lienzo nuevo.

Se oye al médico coger la pintura nueva. Dice:

-Maravilloso. Absolutamente inspirado. -Su voz se aleja mientras cruza la habitación con la pintura a cuestas. Se oye un bisbiseo cuando escribe un número a lápiz en la parte de atrás. Las olas del océano que hay fuera susurran y rompen. Coloca la pintura junto a la puerta, luego su voz de médico regresa, cercana y alta, y dice:- ¿Quiere papel otra vez o lienzo?

No importa.

-Lienzo -dice.

Misty no ha visto ninguna de sus pinturas desde que murió Tabbi.

Dice:

-¿Adonde las lleva?

-A un lugar seguro -dice.

La regla se le retrasa ya casi una semana. Por culpa de no comer. No necesita mear ni hacer tests de embarazo. Peter ya ha hecho su trabajo, trayéndola aquí.

Y el médico dice:

-Ya puede empezar.

Su mano se cierra en torno a la de ella y la lleva hacia delante hasta que toca la tela áspera y tensada, ya preparada con una capa de cola de conejo.

Los judíos esenios, dice, eran originariamente una banda de anacoretas persas que adoraban al sol.

Anacoretas. Así se llamaba a las mujeres emparedadas vivas en los sótanos de las catedrales. Emparedadas para darle un alma al edificio. La loca historia de los constructores de edificios. Emparedando whisky y mujeres y gatos entre los muros. Y entre ellos, su marido.

Tú.

Misty, atrapada en la buhardilla, con la pesada escayola impidiéndola salir de aquí. La puerta cerrada con llave desde fuera. Los médicos siempre listos con una jeringuilla llena de algo en caso de que se le suban los humos. Oh, Misty podría escribir un libro sobre anacoretas.

Los esenios, dice el doctor Touchet, vivían apartados del mundo normal. Se entrenaban soportando enfermedades y torturas. Abandonaban sus familias y sus propiedades. Sufrían creyendo que a las almas inmortales del cielo se las atraía engañosamente a bajar a la tierra y asumir forma física con el objeto de tener relaciones sexuales, beber, tomar drogas y comer demasiado.

El joven Jesucristo aprendió de los esenios. Juan el Bautista aprendió de los esenios.

Se hacían llamar curanderos y ya llevaban a cabo todos los milagros de Jesucristo —curar a los enfermos, resucitar a los muertos, expulsar demonios- siglos antes de Jesucristo. Los jainistas ya convertían el agua en vino siglos antes de que los esenios lo hicieran siglos antes de Jesucristo.

-Se pueden repetir los mismos milagros una y otra vez mientras nadie recuerde la última vez -dice el médico-. Recuerde eso.

Igual que Jesucristo dijo de sí mismo que era una piedra rechazada por los mamposteros, los ermitaños jainistas habían dicho que eran troncos rechazados por todos los carpinteros.

-Su idea -dice el doctor- es que el visionario debe vivir apartado del mundo ordinario, rechazar el placer, la comodidad y el conformismo a fin de conectar con la divinidad.

Paulette trae el almuerzo en una bandeja, pero Misty no quiere comida. Oye comer al doctor desde el interior de sus párpados cerrados. El chirrido del cuchillo y el tenedor sobre el plato de porcelana. El tintineo del hielo en el vaso de agua.

El médico dice:

-¿Paulette? -Con la voz llena de comida, dice-: ¿Puede llevar esas pinturas que hay junto a la puerta y ponerlas en el comedor con las demás?

Un sitio seguro.

Huele a jamón y a ajo. También hay algo de chocolate, pudín o tarta. Se oye masticar al médico y el ruido mojado de tragar.

-Lo interesante -dice el médico- es considerar el dolor una

herramienta espiritual.

Dolor y carestía. Los monjes budistas se sientan en los tejados, ayunan y no duermen hasta que llegan a la revelación. Aislados y expuestos al viento y al sol. Compáralos con san Simeón, que se pudrió en su columna. O con los siglos de practicantes impasibles de yoga. O con los nativos americanos que emprendían viajes visionarios. O con las chicas americanas del siglo XIX que ayunaban hasta morir movidas por la piedad religiosa. O con santa Verónica, cuyo único alimento fueron cinco semillas de naranja que masticaba en memoria de las cinco heridas de Cristo. O con lord Byron, que ayunó y se purgó y llevó a cabo su heroica travesía del Helesponto. Un anoréxico romántico. Con Moisés y Elias, que ayunaron en el Antiguo Testamento para tener visiones. Con las brujas inglesas del siglo xvii, que ayunaban para llevar a cabo sus hechizos. O con los derviches, que se agotan girando en busca de la revelación.

El doctor continúa y continúa.

Todos esos místicos a lo largo de la historia, en todo el mundo, todos encontraron el camino a la revelación mediante el sufrimiento físico.

Y Misty continúa pintando.

-Es aquí cuando se pone interesante -dice la voz del doctor-. De acuerdo con la fisiología del cerebro dividido, el cerebro se compone de dos mitades, como una nuez.

La mitad izquierda del cerebro se encarga de la lógica, el lenguaje, el cálculo y la razón, dice. Es la mitad que la gente percibe como su identidad personal. Es la base consciente, racional y cotidiana de nuestra realidad.

El lado derecho del cerebro, le dice el médico, es el centro de la intuición, la emoción, la perspicacia y la capacidad de reconocimiento de formas. El inconsciente.

-El cerebro izquierdo es un científico -dice el médico-. El cerebro derecho es un artista.

Dice que la gente vive normalmente con la mitad izquierda del cerebro. Solamente cuando uno sufre un dolor extremo, está preocupado o enfermo, su inconsciente puede filtrarse en su mente consciente. Cuando alguien está herido, enfermo, llorando la muerte de alguien o deprimido, el cerebro derecho puede asumir el control durante un instante y abrir paso a la inspiración divina.

Un destello de inspiración. Un momento de comprensión.

El psicólogo francés Pierre Janet llamaba a este estado «un descenso del umbral mental».

El doctor Touchet lo llama *abaissement du niveau mental*.

Cuando estamos cansados, deprimidos, hambrientos o sufrimos dolor.

De acuerdo con el filósofo alemán Carl Jung, esto nos permite conectarnos con un cuerpo universal de conocimiento. La sabiduría de todo el mundo durante todo el tiempo.

Carl Jung y lo que Peter le dijo a Misty sobre ella misma. El color dorado. Las palomas. El canal de Saint Lawrence.

Frida Kahlo y sus llagas sangrantes. Todos los grandes artistas son inválidos.

De acuerdo con Platón, no aprendemos nada. Nuestra alma ha vivido tantas vidas que lo sabemos todo. Los maestros y la educación solamente pueden recordarnos lo que ya sabemos.

Nuestra tristeza. Esa supresión de nuestra mente racional es la fuente de inspiración. La musa. Nuestro ángel de la guarda. El sufrimiento nos saca de nuestro autocontrol racional y permite que lo divino se canalice a través de nosotros.

—Una cantidad suficiente de estrés —dice el médico—, ya sea positivo o negativo, ya sea por amor o por dolor, puede inutilizarnos la razón y proporcionarnos ideas y talentos que no podríamos conseguir de ninguna otra forma.

Todo eso podría haberlo dicho Ángel Delaporte. El método Stanislavski de las acciones físicas. Una fórmula fiable para hacer milagros por encargo.

El doctor se acerca más a Misty y ella nota su aliento cálido en un lado de la cara. El olor a ajo y jamón.

Su pincel se detiene y Misty dice:

-Este está acabado.

Alguien llama a la puerta. La cerradura hace clic. Luego la voz de Grace dice:

-¿Cómo se encuentra, doctor?

-Está trabajando -dice el-. Ten, ponle número a este, es el ochenta y cuatro. Luego ponlo con los demás.

Y Grace dice:

-Misty, cariño, hemos pensado que te gustaría saber que hemos estado intentando contactar con tu familia. Por lo de Tabbi.

Se oye a alguien quitando el lienzo del caballete. Unos pasos lo llevan al otro lado de la habitación. Misty no tiene ni idea de cómo ha quedado.

No pueden traer de vuelta a Tabbi. Tal vez Jesucristo hubiera podido, o los jainistas, pero nadie más. Con la pierna lisiada, con su hija muerta, con su marido en coma, atrapada allí y consumiéndose, intoxicada y con migrañas... Si el doctor tuviera razón, Misty podría estar caminando sobre las aguas. Podría resucitar a los muertos.

La isla entera va a acudir. Igual que acudieron al funeral de Harrow Wilmot. El doctor Touchet embalsamará el cadáver en su sala de reconocimientos, la de los azulejos verdes, con su escritorio de contable de acero y los diplomas salpicados de cagadas de mosca en las paredes.

Al polvo volvemos. Su niñita en una urna.

La Mona Lisa de Leonardo no es más que mil millares de manchas de pintura. El David de Miguel Ángel no es más que un millón de martillazos. Nosotros mismos no somos más que un millón de trocitos colocados de la forma correcta.

Con la cinta adhesiva manteniéndole los ojos cerrados y la cara relajada, como una máscara, Misty dice:

-;Ha ido alguien a decírselo a Peter?

Alguien suspira, respirando hondo y luego soltando el aire. Y Grace dice:

-¿Qué se conseguiría con eso?

Es su padre.

Eres su padre.

La nube gris que es Tabbi se la llevará el viento. La arrastrará por la costa hacia el pueblo, el hotel, las casas y la iglesia. Hacia los letreros de neón, las vallas publicitarias, los logotipos comerciales y los nombres de marcas registradas.

Querido Peter de mi alma, considérate informado.

15 DE AGOSTO

Solamente para que conste en acta, un problema de la facultad de bellas artes es que te hace perder mucho romanticismo. Toda esa basura sobre pintores y buhardillas desaparece bajo la carga que tienes que aprender sobre química, sobre geometría y anatomía. Lo que te enseñan explica el mundo. Tu educación lo deja todo limpio y ordenado. Decidido y sensato.

Durante todo el tiempo que estuvo saliendo con Peter Wilmot, Misty supo que no era a él a quien amaba. Las mujeres se limitan a buscar el mejor espécimen físico para engendrar a sus hijos. Una mujer saludable está programada para buscar el triángulo de músculos lisos debajo del cuello abierto de la camisa de Peter porque los humanos han evolucionado perdiendo el pelo a fin de sudar y permanecer frescos mientras dejan atrás alguna forma calurosa y agotada de proteína de animal peludo.

Los hombres con menos vello corporal también son menos susceptibles de tener piojos, pulgas y ácaros.

Antes de sus citas, Peter cogía una de las pinturas de Misty. Una que estuviera enmarcada y con *passe-partout*. Y le pegaba dos tiras extralargas de cinta adhesiva de doble cara en la parte de atrás del mareo. Con cuidado de la cinta pegajosa, se metía la pintura por debajo del borde de su jersey ancho.

A cualquier mujer le gustaría la forma en que Peter le pasaba las manos por el pelo. Es pura ciencia. El contacto físico imita las prácticas tempranas de acicalamiento entre padres e hijos. Estimula la producción de hormona del crecimiento y de enzimas ornitina decarboxilasa- A la inversa, los dedos de Peter al frotarle la nuca le bajaban de forma natural los niveles de hormonas del estrés. Esto se ha demostrado en laboratorios, frotando a ratas con pinceles.

Después de adquirir conocimientos sobre biología, esta ya no te puede engañar.

En sus citas, Peter y Misty iban a museos y galerías de arte. Los dos solos, caminando y hablando. Peter tenía un aspecto un poco cuadro por delante, un poco embarazado del cuadro de ella.

En el mundo no hay nada especial. Nada mágico. Nada más que física.

Los idiotas como Ángel Delaporte que buscan razones sobrenaturales para acontecimientos ordinarios sacan a Misty de sus casillas.

Recorriendo las galerías en busca de un espacio en blanco en la pared, Peter era un ejemplo viviente de la sección áurea, la fórmula usada por los escultores griegos de la Antigüedad para calcular las proporciones perfectas. Sus piernas eran 1,6 veces más largas que su torso. Su torso era 1,6 veces más largo que su cabeza.

Mírate los dedos, mira cómo la primera falange es más larga que la segunda y la segunda es más larga que la última falange. La proporción se llama Fi, por el escultor Fidias.

La arquitectura de ti.

Mientras caminan, Misty le hablaba a Peter de la química de la pintura. De cómo la belleza física resulta ser nada más que química, geometría y anatomía. De cómo el arte no es más que ciencia. Descubrir por qué a la gente le gustan las cosas para poder replicarlas. Copiarlas. Es una paradoja, eso de «crear» una sonrisa verdadera. Ensayar una y otra vez un momento espontáneo de horror. Todo el sudor y el esfuerzo aburrido que implica crear algo que parece fácil e instantáneo.

Cuando la gente mira el techo de la capilla Sixtina, necesita saber que la pintura de color negro carbón es el hollín del gas natural. Que el color rojo alizarina es la raíz subterránea de la rubia. Que el verde esmeralda es acetoarsenito de cobre, se conoce también como verde París y se usa como insecticida. Como veneno. Que el púrpura tiorio se hace con almejas.

Y Peter se sacó la pintura de debajo del jersey. A solas en la galería sin nadie que lo viera, cogió la pintura de una casa de piedra detrás de una cerca y la pegó a la pared. Y ahí estaba, la firma de Misty Marie Kleinman. Y Peter dijo:

-Te dije que algún día tu obra estaría colgada en un museo.

Sus ojos eran de color marrón egipcio intenso, la pintura hecha de momias molidas, de cenizas de hueso y asfalto, y usada hasta el siglo XIX, cuando los artistas descubrieron aquella asquerosa realidad. Después de años de retorcer los pinceles con los labios.

Peter le besó la nuca y Misty dijo que cuando uno mira la Mona Lisa tiene que recordar que el color siena quemado no es más que arcilla colorada con hierro y manganeso y cocida en un horno. Que el marrón sepia es la bolsa de tinta de las sepias. Que el amarillo serbal son bayas de espino cerval aplastadas.

La lengua perfecta de Peter le lamió la parte de atrás de la oreja. Notaba algo rígido dentro de la ropa de él que no era un cuadro.

Y Misty susurró:

-El amarillo indio es la orina del ganado alimentado con hojas de mango.

Peter le pasó un brazo por los hombros. Con el otro brazo, le apretó la parte de atrás de la rodilla hasta que ella la tuvo que doblar. La obligó así a tumbarse en el suelo de mármol de la galería y le dijo en español:

-Te amo, Misty.

Solamente para que conste en acta, aquello fue una pequeña sorpresa.

Tumbado encima de ella, Peter le dijo:

-Te crees muy lista. -Y le dio un beso.

Arte, inspiración, amor, todo es tan fácil de diseccionar. De analizar.

Los colores verde iris y verde savia son jugos de flores. El color marrón Cappagh es tierra de Irlanda, susurró Misty. El cinabrio es mineral vermellón arrancado con flechas de los barrancos de España. El bistre es el hollín marrón amarillento resultado de quemar madera de haya. Todas las obras maestras no son más que tierra y ceniza mezcladas de una

forma perfecta.

Del polvo venimos. Y al polvo volvemos.

Mientras se besaban, tú tenías los ojos cerrados.

Y Misty no cerró los suyos, aunque no te miraba a ti, sino el pendiente que llevabas en la oreja. La plata deslustrada hasta estar casi marrón, sosteniendo un racimo de diamantes de cristal tallados en forma cuadrada, titilando y sepultados en el pelo negro que te caía sobre los hombros: eso era lo que le encantaba a Misty.

Aquella primera vez Misty no paraba de decirte:

-El color gris Davy's es pizarra en polvo. El azul Broman es hidróxido de cobre y carbonato de cobre, un veneno letal. -Misty decía-: El escarlata brillante es yodo con mercurio. El color negro hueso son huesos calcinados.

16 DE AGOSTO

El color negro hueso son huesos calcinados.

El color laca es la mierda que los afídidos dejan sobre las hojas y las ramitas. El gris marengo son parras quemadas. Las pinturas al óleo usan aceite de nueces machacadas o de semillas de amapola. Cuanto más sabe uno de arte, más le suena a brujería. Todo machacado y mezclado y cocido, todo parece más bien cocina.

-Misty seguía hablando y hablando sin parar, pero eso ya fue días más tarde, en una galería tras otra. Esto fue en un museo, con su pintura de una alta iglesia de piedra pegada a la pared entre un Moriet y un Renoir. Misty estaba sentada en el suelo frío con Peter entre las piernas abiertas. Era media tarde y el museo estaba desierto. Con la cabeza perfecta y la mata de pelo negro apoyadas en el suelo, Peter tenía los brazos estirados, las manos debajo del jersey de ella, y le estaba tocando los pezones con los pulgares.

Tus manos.

Los psicólogos conductistas creen que copulamos cara a cara debido a los pechos. Las hembras con los pechos más grandes atraían a más parejas, que insistían en jugar con los pechos durante el intercambio sexual. Más sexo generó más hembras, que heredaron los pechos grandes. Que a su vez engendraron más sexo cara a cara.

Y allí en el suelo del museo, con las manos de Peter manoseándole los pechos, con la erección de Peter moviéndose dentro de sus pantalones, y con los muslos de ella abiertos en torno a él, Misty dijo que cuando William Turner pintó su obra maestra sobre el paso de Aníbal por los Alpes para masacrar al ejército de Salasia, lo basó en un paseo que había dado por la campiña de Yorkshire.

Otro ejemplo de que todo es un autorretrato.

Misty le dijo a Peter lo que se aprende en historia del arte. Que Rembrandt atiborraba tanto los cuadros de pintura que la gente decía en broma que sus retratos se podían levantar por la nariz.

El pelo le colgaba mojado de sudor por delante de la cara. Las piernas gordezuelas le temblaban, agotadas pero todavía sosteniéndola.

Follando a través de la ropa el bulto que él tenía en los pantalones.

Los dedos de Peter le agarraron los pechos con más fuerza. Sus caderas se elevaron, y en su cara, los *orbicularis oculi* le cerraron los ojos con fuerza. Los *triangularis* le tiraron de las comisuras de la boca hacia abajo de forma que le quedaron al descubierto los dientes inferiores. Sus dientes amarillentos por el café mordieron el aire.

Una humedad cálida salió a latidos de Misty, y la erección de Peter empezó a latirle dentro de los pantalones, y todo lo demás se detuvo. Los dos dejaron de respirar durante uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete largos momentos.

Luego los dos se pusieron mustios. Se marchitaron. El cuerpo de Peter se relajó sobre el suelo húmedo. Misty se tumbó encima de él. Las ropas de los dos estaban pegadas entre sí por el sudor.

La pintura de la iglesia alta los contemplaba desde la pared.

Y en ese preciso momento apareció un guardia del museo.

20 DE AGOSTO, LUNA EN TRES CUARTOS

La voz de Grace le dice a Misty en la oscuridad:

-El trabajo que estás haciendo le comprará la libertad a tu familia - dice—. No vendrán más veraneantes en décadas.

A menos que Peter se despierte un día, Grace y Misty son las únicas Wilmot que quedan.

A menos que te despiertes, no habrá más Wilmots.

Se oye el sonido lento y acompasado de Grace cortando algo con tijeras.

De pobres de solemnidad a pobres de solemnidad otra vez en tres generaciones. No tiene sentido reconstruir la fortuna familiar. Que los católicos se queden la casa. Que los veraneantes infesten la isla. Con Tabbi muerta, a los Wilmot ya no les incumbe el futuro. No tiene inversiones en él.

Grace dice:

-Tu obra es un don al futuro, y cualquiera que intente detenerte recibirá la maldición de la historia.

Mientras Misty pinta, las manos de Grace le pasan algo alrededor de la cintura, luego de los brazos y por fin del cuello. Es algo que le frota la piel, ligero y suave.

-Misty, querida, tienes una cintura de cuarenta y tres centímetros - dice Grace.

Es una cinta métrica.

Algo suave se le mete entre los labios y la voz de Grace dice:

-Es hora de que tomes otra pastilla. -Se le mete en la boca una pajita y Misty sorbe la bastante agua para tragarse la cápsula.

En 1819, Théodore Géricault pintó su obra maestra, La balsa de la Medusa. Mostraba a los diez naufragos que habían sobrevivido después de que ciento cuarenta y siete personas quedaran a la deriva en una

balsa durante dos semanas después del hundimiento de su barco. Por aquella época, Géricault acababa de abandonar a su amante embarazada. Para castigarse a sí mismo, se afeitó la cabeza. Se pasó casi dos años sin ver a ningún amigo y sin aparecer en público. Tenía veintisiete años y vivía aislado, pintando. Rodeado por los individuos agonizantes y los cadáveres que estudiaba para su obra maestra. Después de varios intentos de suicidio, murió a los treinta y dos años.

Grace dice:

-Todos nos morimos. —Y dice-: La meta no es vivir para siempre, la meta es crear algo que viva para siempre.

Coloca la cinta métrica a lo largo de las piernas de Misty.

Algo frío y suave roza la mejilla de Misty y la voz de Grace le dice:

-Siéntelo. -Grace dice—: Es satén. Te estoy cosiendo el vestido para la inauguración.

En lugar de «vestido», Misty entiende «mortaja».

Por el tacto, Misty nota que es satén blanco. Grace está cortando el vestido de boda de Misty. Rehaciéndolo. Haciendo que dure para siempre. Que nazca de nuevo. Que renazca. Misty huele la colonia Wind Song que queda en el vestido y se reconoce a ella misma.

Grace dice:

—Hemos invitado a todo el mundo. A todos los veraneantes. Tu inauguración será el acontecimiento social más importante en un centenar de años.

Igual que su boda. Que nuestra boda.

En lugar de «inauguración», Misty entiende «sacrificio».

Grace dice:

-Ya casi has terminado. Solamente te faltan dieciocho cuadros más para terminar.

Para que sean cien justos.

En lugar de «terminado», Misty entiende «muerto».

21 DE AGOSTO

Hoy en la oscuridad del interior de los párpados de Misty, se dispara la alarma antiincendios. Un timbrazo largo procedente del pasillo entra por la puerta con tanta fuerza que Grace tiene que gritar:

-Oh, y ahora ¿qué? -Le pone una mano en el hombro a Misty y le dice-: Sigue trabajando.

La mano le aprieta el hombro y Grace dice:

-Tú termina este último cuadro. Eso es lo único que necesitamos.

Se alejan los pasos de Grace y se abre la puerta que da al pasillo. Durante un momento la alarma suena más fuerte, estridente, chimante como el timbre del descanso de la escuela de Tabbi. O en la escuela primaria de ella, cuando era niña. Cuando Grace cierra la puerta tras de sí, el ruido del timbre vuelve a amortiguarse. No cierra la puerta con llave.

Pero Misty sigue pintando.

Cuando Misty le dijo a su madre en Tecumseh Lake que tal vez iba a casarse con Peter Wilmot y mudarse a la isla do Way-tansea, su madre le dijo a Misty que todas las grandes fortunas se basan en engañar a la

gente y en el dolor. Cuanto mayor es la fortuna, le dijo, mayor es el sufrimiento causado. Para los ricos, le dijo, el primer matrimonio es una mera cuestión de reproducción. Y le preguntó a Misty si realmente quería pasarse el resto de su vida rodeada de aquella clase de personas.

Su madre le preguntó:

-¿Es que ya no quieres ser artista?

Solamente para que conste en Acta, Misty le dijo: «'Claro que ti».

Ni siquiera era el hecho de que Misty estuviera muy enamorada de Peter. Misty no sabía qué era. Simplemente ya no podía regresar a casa y a aquella caravana.

Tal vez es que el trabajo de una hija es cabrear a su madre.

Eso no te lo enseñan en la facultad de bellas artes.

La alarma antiincendios sigue sonando.

La semana en que Peter y Misty se fugaron estaban en las vacaciones de Navidad. Misty dejó a su madre angustiada toda aquella semana. El pastor miró a Peter y le dijo:

-Sonríe, hijo. Parece que estés delante de un pelotón de fusilamiento.

Su madre llamó a la universidad. Llamó a los hospitales. Una sala de urgencias tenía el cadáver de una joven muerta, que habían encontrado desnuda en una zanja con cien puñaladas en el vientre. La madre de Misty se pasó el día de Navidad cruzando tres condados en coche para ver el cuerpo mutilado de aquella Jane Doe. Mientras Peter y Misty caminaban por el pasillo de la iglesia de Waytansea, su madre contenía la respiración y miraba cómo un detective de policía abría la crema-lleva de una bolsa para cadáveres.

En aquella vida anterior, Misty llamó a su madre un par de días después de Navidad. Sentada en la casa de los Wilmot detrás de una puerta cerrada con llave, Misty manoseaba la bisutería que Peter le había ido regalando mientras salían juntos, los cristales de estrás y las perlas falsas. En el contestador, Misty escuchó una docena de mensajes de su madre en tono de pánico. Cuando Misty consiguió finalmente marcar su número en Tecumseh Lake, su madre le colgó el teléfono.

No pasaba nada. Después de llorar un poco, Misty nunca volvió a llamar a su madre.

Ya se sentía más en casa en la isla de Waytansea de lo que se había sentido nunca en la caravana.

La alarma antiincendios del hotel sigue sonando, y alguien dice desde el otro lado de la puerta:

-¿Misty? ¿Misty Marie?

Llaman a la puerta. Es una voz de hombre.

Y Misty dice: -Sí.

La alarma sube de volumen al abrirse la puerta y luego se aparta. Un hombre dice:

—¡Joder, qué peste hay aquí dentro!

Y es Ángel Delaporte el que llega a rescatarla. Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico

de hoy anuncia frenesí, pánico y prisas mientras Ángel le despega la cinta adhesiva de la cara. Le quita el pincel de la mano. Ángel le da dos fuertes bofetadas, una en cada mejilla, y dice:

-Despierta. No tenemos mucho tiempo.

Ángel Delaporte la abofetea del mismo modo que se abofetea a una

mujer guapa y tonta en la televisión en español. Misty no es más que piel y huesos.

La alarma antiincendios del hotel no para de sonar.

Misty mira la luz del sol con los ojos fruncidos desde su ventana diminuta y dice; Alto. Misty dice que no entiende. Que tiene que pintar. Que es lo único que le queda.

La pintura que tiene delante es un cuadrado de cielo, una serie de manchas borrosas azules y blancas, nada terminado, pero llena toda la hoja de papel. Apiladas contra la pared junto a la puerta hay otras pinturas, de cara a la pared. Detrás de cada una hay un número escrito a lápiz. En una dice noventa y siete. En otra, noventa y ocho. En otra, noventa y nueve.

La alarma sigue sonando sin parar.

-Misty -dice Ángel—. Sea lo que sea este pequeño experimento, has acabado. -Va a su armario y le saca un albornoz y unas sandalias. Vuelve y se las pone en los pies, mientras dice-: Van a tardar dos minutos en descubrir que esta alarma es falsa.

Ángel le pasa las manos por debajo de los brazos y tira de Misty hasta ponerla de pie. Cierra el puño, le da un golpe en la escayola y pregunta:

-¿Qué narices es esto?

Misty le pregunta para qué ha venido.

-Esa pastilla que me diste -dice Ángel- me provocó la peor migraña de mi vida. -Le coloca el albornoz por encima de los hombros y dice-: Hice que la analizara un farmacéutico. -Le rnete un brazo agotado tras otro dentro de las mangas del albornoz y dice-: No sé qué clase de médico tienes, pero esas cápsulas contienen plomo en polvo con restos de arsénico y mercurio.

Las partes venenosas de las pinturas al óleo: rojo Vandyke, ferrocianuro. Escarlata yodo, yoduro de mercurio. Blanco de plomo, carbonato de plomo. Violeta cobalto, arsénico. Todos esos hermosos compuestos y pigmentos que los artistas adoran pero que resultan ser mortales. Así es como tu sueño de crear una obra maestra te vuelve loco y luego te mata.

Ella, Misty Marie Wilmot, la drogadicta envenenada y poseída por el demonio. Cari Jung y Stanislavski, pintando ángulos y curvas perfectos.

Misty dice que no entiende. Misty dice que Tabbi, su hija, ha muerto.

Y Ángel se detiene. Enarca las cejas con expresión de sor-presa y dice:

-¿Cómo?

Hace unos días, o unas semanas. Misty no lo sabe. Tabbi se ahogó.

-¿Estás segura? -dice-. Los periódicos no dijeron nada.

Solamente para que conste en acta, Misty no está segura cié nada.

Ángel dice:

-Huele a orina.

Es su catéter. Se le ha salido. Van dejando un rastro de meados que se aleja de su caballete, sale de la habitación y recorre la alfombra del pasillo. De meados y de la escayola que llevan a rastras.

-Apuesto a que ni siquiera necesitas tener la pierna escayolada - dice Ángel-. ¿Te acuerdas de la silla de la pintura que me vendiste?

Misty dice:

-¿Qué? Dime.

Ángel tiene abrazada a Misty y la arrastra a través de una puerta hasta la escalera.

-Aquella silla la hizo el ebanista Hershel Burke en mil ochocientos setenta y nueve -dice-. Y la envió a la isla de Waytalsea para la familia Burton.

La escayola va aporreando cada peldaño. A Misty le duelen las costillas porque los dedos de Ángel la agarran con demasiada fuerza y se le clavan debajo de los brazos. Le dice a Ángel:

—Un detective de la policía. -Misty dice-: Me dijo que una asociación ecologista está quemando todas esas casas. Las casas en las que escribió Peter.

-Quemadas -dice Ángel-. Incluida la mía. No queda ni una.

La Alianza Oceánica por la Libertad. Sus siglas son AOPT..

Con las manos todavía enfundadas en los guantes de cuero que usa para conducir, Ángel la arrastra escaleras abajo hasta el siguiente rellano y dice:

-Sabes que esto quiere decir que está pasando algo para- normal, ¿verdad?

Primero Ángel Delaporte dice que es imposible que dibuje tan bien. Ahora le dice que un espíritu maligno la está usando como pizarra mágica humana. Que solamente sirve como herramienta de dibujo demoníaca.

Misty dice:

—Ya me esperaba que me dirías eso.

Oh, Misty ya sabe qué está pasando.

Misty dice:

-Alto. -Dice-: ¿Para qué has venido?

¿Por qué Ángel ha sido amigo de ella desde que todo esto empezó? ¿Qué le mueve a molestarla todo el tiempo? Hasta que Peter le estropeó la cocina y hasta que ella le alquiló la casa no se conocían. Ahora él está disparando alarmas antiincendios y arrastrándola por una escalera. A ella, que tiene una hija muerta y un marido en coma.

Misty retuerce los hombros. Levanta los codos de golpe y le da de lleno en la cara, en las cejas ausentes. Para que la suelte. Para que la deje en paz. Misty le dice:

-Para de una vez.

Allí en las escaleras, la alarma antiincendio¹; se detiene. Silencio. Pero a Misty le siguen pitando los oídos.

Se oyen voces procedentes de los pasillos de todas las plantas. Una voz dice en la buhardilla:

-Misty se ha ido. No está en su habitación.

Es el doctor Touchet.

Antes de que avancen otro paso, Misty blande el puño en dirección a Ángel. Y susurra:

-Dime. -Desplomada en las escaleras, susurra-: ¿Por qué me tienes que tocar las pelotas?

21 DE AGOSTO... Y MEDIO

Todas las cosas que Misty amaba de Peter ya las había amado antes Ángel. En la facultad de bellas artes habían estado Ángel y Peter antes de que llegara Misty. Habían planeado todo su futuro juntos. No como artistas sino como actores. No importaba que ganaran dinero o no, le dijo Peter. Se lo dijo a Ángel Delaporte. Alguien de la generación de Peter se casaría con una mujer que haría a la familia Wilmot y a toda su comunidad lo bastante rica como para que ninguno de ellos tuviera que trabajar. Y nunca explicó los detalles de aquel sistema.

Nunca los explicaste.

Pero Peter dijo que cada cuatro generaciones un chico de la isla conocía a una mujer con la que se tenía que casar. Una joven estudiante de bellas artes. Como en un cuento de hadas antiguo. Luego la llevaba a casa y ella pintaba tan bien que enriquecía a la isla de "Waytansa durante otros cien años. El joven sacrificaba su vida, pero no era más que una vida. Solamente una cada cuatro generaciones.

Peter le había mostrado a Ángel Delaporte su bisutería. Le había explicado a Ángel la vieja costumbre según la cual la mujer que reaccionaba a las joyas, que resultaba atraída por ellas y quedaba atrapada, esa sería la mujer del cuento de hadas. Todos los chicos de su generación tenían que apuntarse a la facultad de bellas artes. Tenían que llevar una joya, llena de arañazos, oxidada y deslustrada. Y tenían que conocer a todas las mujeres que pudieran.

Tú tenías que hacerlo.

Querido Peter secretamente bisexual de mi alma.

El Peter De flor En Flor sobre el que las amigas de Misty intentaron avisarla.

Se clavaban los broches en la frente y en los pezones. En el ombligo y en las mejillas. Se enhebraban los collares en los orificios nasales. Intentaban ser nauseabundos. Dar asco. Para evitar que los admirara alguna mujer. Y todos rezaban por que fuera otro joven el que conociera a la mujer de la leyenda. Porque el día en que un joven desafortunado conociera a aquella mujer, el resto de su generación sería libre para vivir sus vidas. Y también las tres generaciones siguientes.

De pobres de solemnidad a pobres de solemnidad.

En lugar de progresar, la isla estaba atrapada en aquel bucle circular. Reciclando el mismo éxito de la antigüedad. Un revival de época. El mismo ritual.

Y era Misty la mujer que el joven desafortunado conocería. Era la mujer de su cuento de hadas.

En las escaleras del hotel, Ángel le contó aquello. Porque nunca pudo entender por qué Peter lo había dejado para casarse con ella. Porque Peter nunca se lo pudo contar. Porque Peter nunca la amó, le dice Ángel Delaporte.

Tú nunca la amaste.

Saco de mierda.

Y si no entiendes algo puedes hacer que signifique cualquier cosa.

Porque Peter solamente estaba cumpliendo un destino de fábula.

Una superstición. Una leyenda de la isla, y por mucho que Ángel intentara convencerle de que olvidara todo aquello, Peter insistió en que Misty era su destino.

Tu destino.

Peter insistió en que tenía que echar a perder su vida y casarse con una mujer a la que nunca había querido porque de aquella forma salvaría a su familia, a sus futuros hijos y a toda su comunidad de la pobreza. De perder el control sobre su mundo diminuto y hermoso. Sobre su isla. Porque aquel sistema llevaba cientos de años funcionando.

Desplomado allí en las escaleras. Ángel le dijo:

-Por eso le contraté para que trabajara en mi casa. Por eso lo he seguido hasta aquí. -Misty y él están en las escaleras, con la escayola de Misty extendida entre ambos. Y Ángel Déla- porte se inclina hacia ella, con el aliento ohéndole a vino tinto, y le dice-: Solamente quiero que me digas por qué emparedó todas aquellas habitaciones. Y por qué hizo lo mismo con la habitación trescientos trece de este hotel.

¿Por qué sacrificó Peter su vida para casarse con ella? Sus pintadas no eran amenazas. De acuerdo con Ángel, eran advenencias. ¿Por qué estaba Peter intentando advertir a todo el mundo?

Se abre una puerta en la escalera por encima de ellos y una voz dice:

-Ahí está.

Es Paulette, la del mostrador de recepción. Y Grace Wilmot y el doctor Touchct. Y Brian Gümöre, que dirige la oficina de correos. Y la vieja señora Terrymore de la biblioteca. Brett Petersen, el director del hotel. Matt Hyland, de la tienda de alimentación. El consejo del pueblo al completo baja las escaleras hacia ellos.

Ángel se inclina hacia ella, le coge el brazo y dice:

-Peter no se suicidó. -Señala las escaleras y dice—: Lo mataron ellos. Lo asesinaron.

Y Grace Wilmot dice:

-Misty, cariño. Tienes que volver al trabajo. -Niega con la cabeza, chasquea la lengua y dice—: Ya casi, casi hemos terminado.

Y Ángel, con las manos enfundadas en guantes de piel, la suelta. Retrocede, un peldaño por debajo de ella, y dice:

-Peter me avisó. -Mira a la multitud que tienen por encima, a Misty y de nuevo a la multitud. Retrocede y dice-: Solamente quiero saber qué está pasando.

Desde detrás de ella, las manos se cierran en torno a sus hombros y sus brazos y la levantan.

Y lo único que puede decir Misty es:

-¿Peter era gay?

¿Eres gay?

Pero Ángel Delaporte retrocede dando tumbos, escalera: abajo. Baja dando tumbos hasta el rellano de abajo, todavía gritando por el hueco de la escalera.

-¡Voy a ir a la policía! -grita-. ¡La verdad es que Peter estaba intentando salvar a la gente de ti!

23 DE AGOSTO

Sus brazos no son más que sogas flaccidas de piel. Nota los huesos de la nuca soldados con tendones reseco. Inflamados. Doloridos y agotados. Los hombros le cuelgan del espinazo a la altura de la base del cráneo. El vello púbico le está volviendo a crecer, le escuece y le salen granitos alrededor del catéter. Con una hoja de papel nueva delante, un lienzo en blanco, Misty coge un pincel o un lápiz y no pasa nada. Cuando Misty dibuja, obligando a su mano a hacer algo, dibuja una casa de piedra. Un jardín de rosas. Nada más que su propia cara. Su diario en forma de autorretrato.

Tan deprisa como vino, su inspiración ha desaparecido.

Alguien le quita la venda de los ojos y la luz del sol que entra por la ventana de la buhardilla la hace bizquear. De tan cegadora que resulta. El doctor Touchet está aquí con ella y le dice:

-Felicidades, Misty. Todo se ha acabado.

Es lo que dijo al nacer Misty.

Su inmortalidad de fabricación casera.

Dice:

-Puede que tardes unos días en poder ponerte de pie.

Le pasa un brazo por detrás de la espalda, por debajo de las axilas, y la ayuda a ponerse de pie.

En la repisa de la ventana alguien ha dejado la caja llena de bisutería de Tabbi. Los trocitos de espejo baratos y resplandecientes, cortados en forma de diamantes. Todos sus ángulos reflejan la luz en distintas direcciones. Cegadores. Una hoguera diminuta bajo el sol que rebota en el océano.

—¿Junto a la ventana? -dice el médico-. ¿O prefieres estar en la cama?

En lugar de «en la cama», Misty entiende «muerta».

La habitación está igual que la recuerda Misty. La almohada de Peter en la cama, con su olor. Todas las pinturas han desaparecido. Misty dice:

-¿Qué habéis hecho con ellas?

Con tu olor.

Y el doctor Touchet la conduce hasta una silla que hay junto a la ventana. La pone sobre una manta que hay sobre la silla y dice:

-Has hecho otro trabajo perfecto. No podríamos pedir más.

Aparta las cortinas para mostrar el océano y la playa. Los veraneantes se apelotonan junto a la orilla. La línea de la marea llena de porquería. Un tractor de playa avanza resoplando y arrastrando un rodillo. El rodillo de metal aplana la arena mojada y le imprime una marca en forma de triángulo desigual. El logotipo de alguna empresa.

Junto al logotipo marcado en la arena, se leen las palabras: «Usamos los errores de su pasado para construir un futuro mejor».

La vaga declaración de intenciones de alguien.

-Dentro de otra semana -dice el médico-, esa empresa pagará una fortuna para borrar su nombre de la isla.

Si no entiendes algo puedes hacer que signifique cualquier cosa.

El tractor arrastra el rodillo y va imprimiendo su mensaje una y

otra vez hasta que las olas lo borran.

El doctor dice:

-Cuando se estrella un avión de pasajeros, todas las líneas aéreas pagan para cancelar sus anuncios de prensa y televisión. ¿Lo sabías? Ninguno quiere arriesgarse a ser asociado con esa clase de desastres. - Dice-: Dentro de una semana no habrá ningún anuncio corporativo en la isla. Pagarán lo que haga falta para recuperar sus nombres.

El doctor le junta las manos muertas a Misty en el regazo. La embalsama. Le dice:

-Ahora descansa. Paulette subirá pronto a preguntarte qué quieres cenar.

Solamente para que conste en acta, el médico va a su mesilla de noche y coge el frasco de cápsulas. Al salir se mete el frasco en el bolsillo lateral de la chaqueta de su traje y no dice nada al respecto.

-Dentro de una semana -dice-, el mundo entero temerá este lugar. Pero nos dejarán en paz. -Y no cierra la puerta con llave al salir.

En su vida anterior, Peter y Misty habían subalquilado un apartamento en Nueva York cuando Grace llamó para decir que Harrow había muerto. El padre de Peter había muerto y su madre estaba sola en aquella casa enorme de Birch Street, Una casa de cuatro plantas con su propia cordillera de tejados, con sus torres y sus ventanas en saliente. Y Peter dijo que tenían que ir a ocuparse de ella. A ejecutar el testamento de Harrow. Peter era el albacea. Solamente por unos meses, dijo. Luego Misty se quedó embarazada.

No paraban de decirse entre ellos que Nueva York seguía siendo el plan. Luego fueron padres.

Solamente para que conste en acta, Misty no podía quejarse. Hubo un pequeño remanso de tierra, los primeros años de la vida de Tabbi, en que Misty podía encogerse con ella en la cama y no querer nada más en el mundo. Tener a Tabbi hacia que Misty fuera parte de algo, del clan de los "Wilmot, de la isla. Misty se sentía más plena y más en paz de lo que nunca le había parecido posible. Las olas de la playa al otro lado de la ventana del dormitorio, las calles en silencio... La isla estaba lo bastante apartada del mundo como para que uno dejara de tener deseos. De tener necesidades. De preocuparse. Del anhelar. De esperar siempre algo más.

Dejó de pintar y de fumar hierba.

No necesitaba realizarse ni conseguir nada ni huir. El mero hecho de estar allí era suficiente.

Los rituales sosegados de lavar los platos o doblar la ropa. Peter llegaba a casa y se sentaba en el porche con Grace. Le leían a Tabbi hasta que le llegaba la hora de irse a dormir. Estaban sentados haciendo chirriar las viejas sillas de mimbre. Las polillas se apelotonaban bajo la luz del porche. En el interior de la casa, un reloj marcaba las horas. Se oía tal vez la voz de un búho procedente de los bosques de detrás del pueblo.

Al otro lado del agua, las ciudades del continente estaban atestadas y atiborradas de letreros anunciando productos de la ciudad. La gente comía comida barata por la calle y tiraba basura en la playa. La razón de que la isla no hubiera sufrido daños era que en ella no había nada que hacer. No se alquilaban habitaciones. No había hotel. Ni casas de veraneo. Ni fiestas. No se podía comer fuera porque no había restaurante. Nadie vendía conchas pintadas a mano con las palabras «Isla de Waytansea» escritas en letras doradas. Las playas eran rocosas por el

lado del océano y fangosas y llenas de bancos de ostras en el lado que daba al continente.

Por aquella época, el consejo del pueblo empezó las obras para reabrir el hotel cerrado. Era una locura, usar los últimos vestigios de los fondos fiduciarios de la gente y que todas las familias de la isla aportaran dinero para reconstruir aquella vieja ruina quemada y desvencijada que se levantaba en la ladera de la colina junto al puerto. Desperdiciar sus últimos recursos para atraer manadas de turistas. Condenar a la generación siguiente a hacer de camareros, limpiar habitaciones y pintar chorradas en las conchas para convertirlas en souvenirs.

Es muy duro olvidar el dolor, pero es más duro todavía recordar la dulzura.

La felicidad no nos deja cicatrices. Apenas aprendemos nada de la paz.

Encogida sobre la colcha, formando parte de todas las personas de las últimas generaciones, Misty podía abrazar a su hija. Misty podía coger a su criatura y rodearla con el cuerpo como si todavía la tuviera dentro. Como si todavía fuera parte de Misty. Inmortal.

El olor a leche agria de Tabbi, de su aliento. El olor dulzón a polvos de Calco, casi como el olor a azúcar en polvo. La nariz de Misty hundida en la piel cálida del cuello de su bebé. Durante aquellos años no tuvieron razón para apresurarse. Eran jóvenes. Su mundo era limpio. Era una iglesia en domingo. Era leer libros y bañarse en la bañera. Recoger frutas silvestres y hacer mermelada por las noches, cuando la brisa refrescaba la cocina blanca y las ventanas permanecían abiertas.

Solamente por aquel pequeño remanso de tiempo, Misty podía ver que su vida no era un fin. Que era un medio para llegar al futuro.

Ponían a Tabbi junto al marco de la puerta. Junto a todos los nombres olvidados que seguían allí. Nombres de niños ya muertos. Y marcaban su altura con un rotulador.

Tabbi, cuatro años.

Tabbi, ocho años.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia cierta sensiblería.

Sentada junto a la ventana de su buhardilla del hotel Waytansea, con la isla extendida debajo de ella, atiborrada de desconocidos y de mensajes. De vallas publicitarias y letreros de neón. De logotipos. De marcas registradas.

La cama donde Misty se encogía alrededor de Tabbi, intentando mantenerla dentro de sí. Ahora Ángel Delaporte duerme en ella. Un chiflado. Un acosador. En su habitación, en su cama, bajo la ventana al otro lado de la cual susurran y rompen las olas. La casa de Peter. Nuestra casa. Nuestra cama.

Hasta que Tabbi cumplió diez años, el hotel Waycansea estuvo cerrado y vacío. Las ventanas cegadas, con tableros de madera contrachapada atornillados a los marcos de las ventanas. Las puertas entabladas.

El hotel abrió el verano en que Tabbi cumplió diez años. El pueblo se convirtió en un ejército de botones y camareros, doncellas y recepcionistas. Fue el año en que Peter empezó a trabajar fuera de la isla, haciendo mampostería sin mortero. Pequeños trabajos de remodelación para veraneantes con demasiadas casas que cuidar. Con el hotel abierto,

el ferry empezó a funcionar todos los días y todo el día y a atestar la isla de turistas y tráfico.

Después de aquello, llegaron los vasos de papel y los envoltorios de comida rápida. Las alarmas de coche y las largas colas buscando sitio para aparcar. Los pañales usados que la gente dejaba en la arena. La isla siguió en declive hasta el año presente, el año en que Tabbi cumplió trece años y Misty entró en el garaje y encontró a Peter dormido y el depósito de gasolina vacío. Hasta que la gente empezó a llamar para decir que le había desaparecido el lavadero o la habitación de invitados. Hasta que Ángel Delaporte llegó al sitio donde siempre había querido estar. A la cama de su mando.

A tu cama.

Ángel acostado en la cama de Misty. Ángel durmiendo con su pintura de la silla de anticuario.

Solamente para que conste en acta, Misty nunca se lo ha dicho a nadie, pero Peter llenó una maleta y la escondió en el maletero del coche. Una maleta para llevarse, ropa de recambio para el infierno. Aquello nunca tuvo sentido. Nada de lo que hizo Peter en los últimos tres años tuvo mucho sentido.

Al otro lado de la pequeña ventana de su buhardilla, en la playa, unos chicos chapotean en las olas. Uno de ellos lleva una camisa blanca de volantes y unos pantalones negros. Está hablando con otro de los chicos, que solamente lleva unos pantalones de futbolista. Se pasan un cigarrillo entre ellos y lo van fumando por turnos. El chico de la camisa blanca de volantes tiene el pelo negro y lo bastante largo para pasárselo por detrás de las orejas.

En la repisa de la ventana está la caja de zapatos llena de bisutería de Tabbi. Las pulseras, los pendientes huérfanos y los viejos broches descascarillados. Las joyas de Peter. Tintineando en la caja llena de perlas sueltas de plástico y diamantes de cristal.

Desde su ventana, Misty contempla la playa donde vio por última vez a Tabbi. El sitio donde ocurrió. El chico del pelo icorto y negro lleva un pendiente, algo brillante de color dorado y rojo. Y sin que nadie la oiga, Misty dice:

-Tabbi.

Misty agarra la repisa con los dedos, asoma la cabeza y los hombros y grita:

-¿Tabbi?

Misty debe de tener medio cuerpo fuera de la ventana y está a punto de caerse cinco pisos abajo, al porche de hotel, y dice: -¡Tabbi!

Y lo es. Es Tabbi. Con el pelo corto. Flirteando con un chico. Fumando.

El chico da una calada al cigarrillo y lo devuelve. Se pasa una mano por el pelo y se ríe tapándose la boca con la mano. Con el pelo revuelto por el viento del océano, como una bandera negra ondeando. Las olas susurran y rompen. El pelo de ella. Tu pelo.

Misty se asoma con esfuerzo por la ventana diminuta y la caja de zapatos se cae. La caja cae resbalando por las tejas de madera. Golpea el canalón, se vuelca y las joyas salen volando. Caen soltando destellos rojos, amarillos y verdes, destellos brillantes parecidos a fuegos artificiales, y acaban tal como está a punto de acabar Misty, haciéndose trizas sobre el suelo de cemento del porche del hotel.

Solamente los cincuenta kilos de su escayola, de su pierna incrustada en fibra de vidrio, evitan que se caiga de la ventana. Luego la rodean dos brazos y una voz le dice:

-Misty, no lo hagas.

Alguien tira de ella hacia atrás y resulta ser Paulette. En el suelo hay tirado un menú del servicio de habitaciones. Los brazos de Paulette la tienen cogida desde atrás. Con las manos unidas, balancea a Misty en torno al eje macizo de su escayola de pierna entera y la planta boca abajo en la alfombra manchada de pintura.

Jadeando, jadeando y llevando a cuestras su enorme pierna de fibra de vidrio, su bola de hierro unida a una cadena, Misty se arrastra hacia la ventana y dice:

-Era Tabbi -dice Misty-. Ahí fuera.

Se le ha vuelto a salir el catéter y hay salpicaduras de meados por todas partes.

Paulette se pone de pie. Está haciendo una mueca, con los músculos risorius frunciéndole la cara alrededor de la nariz mientras se seca las manos en la falda oscura. Se mete la blusa por dentro de la falda y dice:

-No, Misty. No era ella. -Y recoge el menú del servicio de habitaciones.

Misty tiene que bajar al piso de abajo. Para salir fuera. Tiene que encontrar a Tabbi. Paulette tiene que ayudarla a levantar la escayola. Tienen que conseguir que el doctor Touchet se la quite.

Y Paulette mega con la cabeza y dice:

-Si te quitan esa escayola, te quedarás lisiada de por vida. -Se acerca a la ventana y la cierra. La cierra con llave y corre las cortinas.

Y desde el suelo, Misty dice:

-Por favor, Paulette, ayúdame a levantarme. Pero Paulette le da unos golpecitos en el pie. Se saca una libreta de pedidos del bolsillo lateral de la falda y dice: -Se ha acabado el pescado blanco en la cocina.

Y solamente para que conste en acta, Misty sigue atrapada. Misty está atrapada pero su hija podría estar viva.

Tu hija.

-Un filete -dice Misty.

Misty quiere el pedazo más grueso de carne de buey que puedan encontrar. Muy hecho.

24 DE AGOSTO

Lo que Misty quiere realmente es un cuchillo para bistecs, Quiere un cuchillo serrado para cortar el costado de su escayola y quiere que después de la cena Paulette no se cié cuenta de que falta el cuchillo de la bandeja. Paulette no se da cuenta ni tampoco cierra la puerta con llave desde fuera. Para qué molestarse si Misty lleva a cuestras una puta tonelada de fibra de vidrio.

Misty se pasa la noche en la cama, hurgando y cortando. Serrando la escayola. Escarbando con ¡a hoja del cuchillo, recogiendo en la mano

los trocitos de fibra de vidrio y poniéndolos debajo de la cama.

Misty es una convicta que cava un túnel para escapar de una cárcel muy pequeña, una cárcel con los pájaros y las flores de Tabbi pintados a rotulador.

Tarda hasta la medianoche en cortar desde la cintura hasta la mitad del muslo. El cuchillo no para de escaparse, de pincharle el costado y de clavársele. Para cuando llega a la rodilla, Misty se está quedando dormida. Llena de costras y de sangre seca. Pegada a las sábanas. A las tres de la mañana, solamente ha llegado a la mitad de la pantorrilla. Ya casi está libre, pero se queda dormida.

Algo la despierta. Todavía tiene el cuchillo en la mano. Vuelve a ser el día más largo del año. Otra vez. Se oye la portezuela de un coche cerrándose en el aparcamiento. Si Misty sostiene juncos los pedazos de la escayola cortada, puede ir cojeando a la ventana y mirar. Es el coche oficial del condado de color beige del detective Stilton. El detective no está afuera, así que debe de estar en el vestíbulo del hotel. Quizá buscándola.

Quizá esta vez sí que la encuentre.

Misty empieza a cortar otra vez con el cuchillo para filetes. Cortando y medio dormida, se clava el cuchillo en el músculo de la pantorrilla. Mana la sangre, de color rojo vino sobre la piel blanquísima, sobre la pierna que lleva demasiado tiempo precintada. Misty vuelve a cortar y se clava el cuchillo en la espinilla, atravesando la piel fina y llegando al hueso.

Sigue cortando y el cuchillo arroja sangre y astillas de fibra de vidrio. Fragmentos de los pájaros y flores de Tabbi. Trozos de su propio pelo y su piel. Misty agarra con las dos manos los bordes de las dos mitades de la escayola cortada. La abre hasta que tiene la pierna medio fuera. Los bordes desiguales la pellizcan, le pinchan la piel llena de cortes y las agujas de fibra de vidrio se le clavan.

Oh, querido Peter de mi alma, nadie tiene que contarte cómo duele esto.

¿Lo notas?

Con astillas de fibra de vidrio clavadas en los dedos, Misty agarra los bordes desiguales y los separa. Dobla la rodilla y forcejea para sacarla de la escayola recta. Primero la pálida rótula, manchada de sangre. Igual que aparece la cabeza de un bebé. Emerge la coronilla. Como un pájaro saliendo del cascarón. Luego el muslo. El niño que nace. Por fin aparece la espinilla, surgiendo de la escayola hecha pedazos. Con una sacudida, el pie se libera y la escayola resbala. Se balancea, se desploma y choca contra el suelo.

Una crisálida. Una mariposa que emerge, sangrienta y cansada. Renacida.

El ruido de la escayola al caer en el suelo es tan fuerte que tiemblan las cortinas. Un cuadro del hotel se agita y golpea la pared. Misty se tapa los oídos con las manos y espera a que alguien venga a investigar. A que la encuentren libre y cierren con llave por fuera.

Misty espera a que el corazón le lata trescientas veces, de-prisa. Las cuenta. A modo de prueba. No le duele. Se agarra a la mesilla de noche, saca las piernas de la cama y las flexiona. Usa el cuchillo para filetes ensangrentado para cortar las tiras de cinta adhesiva médica que le sujetan el catéter a la pierna buena. Se saca el tubo de dentro, lo

enrolla con una mano y lo deja a un lado.

Da un paso con cuidado, tres pasos, cinco pasos hasta el armario, de donde saca una blusa. Unos vaqueros. Allí colgado, dentro de una funda de plástico, está el vestido de satén blanco que Grace le ha cosido para su exposición. El vestido de boda de Misty renacido. Se pone los vaqueros y se abrocha la cremallera y el botón, y cuando estira el brazo para coger la blusa, los vaqueros se le caen al suelo. De lo mucho que ha adelgazado. Ya no tiene caderas. Su culo son dos bolsas de piel vacías. Los vaqueros se le quedan en los tobillos, mandudos de la sangre de los cortes que se ha hecho con el cuchillo en las piernas.

Hay una falda de su talla, pero no es de ella. Es de Tabbi, una talda de lana plisada .1 cuadros que debió de elegir Grace.

Hasta los zapatos le vienen grandes, y para que no se le caigan Misty tiene que doblar los dedos de los pies.

Misty escucha hasta que no se oye ningún ruido en el pasillo. Se dirige a las escaleras, con la falda pegándose a la sangre de sus piernas y el vello púbico afeitado enganchándosele a las medias. Con los dedos de los pies doblados, Misty baja los cuatro pisos hasta el vestíbulo. En el vestíbulo hay gente esperando frente al mostrador de recepción, rodeados de maletas.

Al otro lado de la puerta del vestíbulo todavía se ve el coche beige del condado en el aparcamiento.

Una mujer dice:

-Oh, Dios mío. -Es una veraneante que está cerca de la chimenea. Se mete en la boca las uñas de una mano pintadas de color pastel, mira a Misty y dice-: Dios mío, sus piernas.

Misty todavía lleva el cuchillo ensangrentado para filetes en la mano.

Ahora la gente del mostrador de recepción se gira para mirar. Una empleada de recepción, una Burton o una Seymour o una Kincaid, se gira, le susurra al oído a otra empleada y levanta el auricular del teléfono interno.

Misty se dirige al comedor, pasando por entre las caras lívidas y la gente que hace gestos de dolor y mira a otra parte. Por entre las veraneantes que se tapan los ojos con los dedos arácnidos. Pasa junto a la encargada del restaurante. Más allá de las mesas tres, siete, diez y cuatro está el detective Stilton, sentado a la mesa seis con Grace Wilmot y el doctor Touchet.

Comen rollitos de frambuesa. Café. Quiche. Pomelos cortados en mitades. Están desayunando.

Misty va hasta ellos, con el cuchillo ensangrentado en la mano, y dice:

-Detective Stilton, se trata de mi hija. Mi hija, Tabbi. -Misty dice—: Creo que sigue viva.

Con la cuchara llena de pomelo a medio camino de la boca, Stilton dice:

-¿Su hija había muerto?

Se ahogó, le dice Misty. Tiene que escucharla. Hace una semana, tres semanas, Misty no lo sabe. No está segura. La han tenido encerrada en la buhardilla. Le pusieron una escayola enorme en la pierna para que no se pudiera escapar.

Debajo de la falda de lana, tiene las piernas cubiertas de sangre,

que le sigue manando.

A estas alturas todo el comedor está mirando. Y escuchando.

-Es una conspiración -dice Misty. Estira los dos brazos para contrarrestar la expresión asustada que tiene Stilton en la cara. Misty dice-: Pregúntele a Ángel Delaporte. Algo terrible está a punto de suceder.

La sangre seca en sus manos. Su sangre. La sangre de sus piernas empapándole la falda a cuadros.

La falda de Tabbi.

Una voz dice:

-¡La has estropeado!

Misty se gira y ve a Tabbi. En la puerta del comedor, vestida con una blusa de volantes y unos pantalones negros cortados a medida. El pelo corto estilo paje y un pendiente en la oreja, el corazón rojo esmaltado que Misty vio cómo Will Tupper se arrancaba de la oreja hace cien años.

El doctor Touchet dice:

-Misty, ¿has estado bebiendo otra vez?

Tabbi dice:

-Mamá... mi falda.

Y MTSty dice:

-No estás muerta.

El detective Stilton se limpia la boca con la servilleta. Dice:

-Bueno, al menos hay una persona que no está muerta.

Grace se pone azúcar en el café. Se pone leche, lo remueve todo y dice:

—Así pues, ¿cree usted de verdad que fue esa gente de la AOPL quien cometió el asesinato?

-¿Los que mataron a Tabbi? -dice Misty.

Tabbi se acerca a la mesa y se inclina sobre la silla de su abuela. Se le ven manchas amarillas de nicotina entre los dedos cuando levanta un platillo e inspecciona el borde pintado. Es dorado con una corona repetida de delfines y sirenas, Tabbi se lo enseña a Grace y dice:

-Fitz and Floyd. El diseño de la corona marina.

Le da la vuelta, lee lo que pone en la parte de debajo y sonrío.

Grace la mira, sonriente, y dice:

-Estás progresando tanto que no tengo palabras, Tabitha.

Solamente para que conste en acta, Misty quiere abrazar y besar a su hija. Misty quiere abrazarla y correr hasta el coche y conducir directamente hasta la caravana de su madre en Tecumseh Lake. Misty quiere decir adiós con el dedo corazón a toda esta puta isla de lunáticos remilgados.

Grace da unos golpecitos en la silla vacía que hay al lado de la suya y dice:

-Misty, ven a sentarte. Pareces preocupada. Misty dice:

-¿A quién ha matado la AOPL?

La Alianza Oceánica por la Libertad. Los que quemaron las pintadas de Peter en todas las casas de la playa. Tus pintadas.

-Por eso estoy aquí -dice el detective. Se saca el cuaderno del bolsillo interior de su chaqueta. Lo abre sobre la mesa y saca el bolígrafo para escribir. Mira a Misty y dice-: Si no le importa contestar a unas preguntas... ¿Sobre el vandalismo de Peter?

-Anoche asesinaron a Ángel Delaporte -dice—. Podrían ser ladrones, pero no descartamos nada. Lo único que sabemos es que murió apuñalado mientras dormía. En la cama de ella. En nuestra cama.

Tabbi estaba muerta y ahora está viva. La última vez que Misty vio a su hija, la vio en esa misma mesa, debajo de una sábana y sin respirar. Misty tenía la rodilla rota y ahora la tiene bien. Un día Misty sabe pintar y luego ya no sabe. Tal vez Ángel Delaporte era el novio de su marido, pero ahora está muerto. Tu novio.

Tabbi coge de la mano a su madre. Lleva a Misty al asiento vacío. Saca la silla y Misty se sienta.

—Antes de que empecemos... -dice Grace. Se inclina sobre la mesa para darle una palmadita al detective Stilton en el puño de la camisa y dice-: La exposición de Misty se inaugura dentro de tres días y contamos con la presencia de usted.

Mis pinturas. Estánaqui, en alguna parte. Tabbi mira a Misty, sonriente, y pone la mano dentro de la mano de su abuela. El anillo de peridoto emite un destello verde sobre el mantel blanco de la mesa.

Grace mira fugazmente en dirección a Misty y hace un gesto de dolor como si acabara de meterse dentro de una tela de araña, con la barbilla pegada al pecho y las manos palpando el aire. Luego dice:

-Han pasado tantas cosas desagradables en la isla últimamente. — Respira hondo, con un gesto que le mueve las perlas hacia arriba, luego espira y dice-: Confío en que la exposición nos dé la oportunidad de empezar de nuevo.

24 DE AGOSTO.-. Y MEDIO

En un baño de la buhardilla, Grace llena la bañera de agua y >ale a esperar al pasillo. Tabbi se queda en la habitación para vigilar a Misty. Para proteger a su propia madre.

Solamente para que conste en acta, da la sensación de que este verano ha durado años enteros. Años y años. La chica a la que Misty vio desde la ventana, flirteando. Esa chica podría ser una desconocida de dedos amarillos.

Misty dice:

-No deberías fumar, de veras. Aunque ya estés muerta.

Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es cómo reaccionar cuando descubres que tu única hija está confabulada para romperte el corazón. Porque ahora que están solas las dos en el baño, tal vez el trabajo de su hija sea cabrear a Misty.

Tabbi se mira la cara en el espejo del baño. Se lame el dedo índice y lo usa para arreglarse el borde de la pintura de labios. Sin mirar a Misty, dice:

-Podrías tener más cuidado, madre. Ya no te necesitamos.

Se saca un cigarrillo del paquete que lleva en el bolsillo. En las nances de Misty, enciende el mechero y da una calada.

Con las bragas que le vienen grandes en las piernas flacas, Misty se

las baja por debajo de la falda, se las quita sacudiendo los zapatos y dice:
-Te quería mucho más cuando estabas muerta.

En la mano que sostiene el cigarrillo, el anillo de su abuela, el peridoto, suelta un destello verde bajo la luz que hay sobre el lavabo. Tabbi se agacha para recoger del suelo la falda a cuadros manchada de sangre. La sostiene con dos dedos y dice: -La abuelita Wilmot necesita que me prepare para la exposición. -Y mientras se marcha, dice-: Para tu exposición. En la bañera, los cortes y arañazos del cuchillo para filetes se llenan de jabón y escuecen hasta el punto de hacer que a Misty le rechinen los dientes. La sangre seca tiñe el agua del baño de un color rosa lechoso. El agua caliente hace que empiece de nuevo la hemorragia y Misty estropea una toalla blanca llenándola de manchas rojas cuando intenta secarse. De acuerdo con el detective Stilton, esta mañana un hombre ha llamado a la comisaría del continente. No ha dado su nombre, pero ha dicho que Ángel Delaporte estaba muerto. Ha dicho que la Alianza Oceánica por la Libertad seguiría matando a turistas hasta que las multitudes dejaran de maltratar el medio ambiente local.

Las piezas de plata tan grandes como herramientas de jardinería. Las botellas vetustas de vino. Los cuadros antiguos de los Wilmot. No se han llevado nada.

En su buhardilla, Misty marca el número de teléfono de su madre en Tecumseh Lake, pero le sale la operadora del hotel. Se ha roto un cable, dice la operadora, pero lo arreglarán pronto. El teléfono interno sí que funciona. Lo único que no puede hacer Misty es llamar al continente.

Cuando mira debajo de la alfombra, el sobre lleno de dinero de las propinas ha desaparecido.

El anillo de peridoto de Tabbi. Regalo de cumpleaños de su abuela.

La advertencia de la que Misty no hizo caso: »Marchaos de la isla mientras podáis».

Todos los mensajes ocultos que deja la gente para no ser olvidada. Las formas en que todos intentamos hablar con el futuro. Maura y Constance.

«Morirás cuando hayan acabado contigo.»

Es fácil entrar en la habitación 313. Misty ha sido doncella, Misty Marie Wilmot, la puta reina de las esclavas. Sabe dónde

encontrar la llave maestra. Es una habitación doble, con una cama king-size y vistas al océano. Los mismos muebles que en el resto de habitaciones. Un escritorio. Una silla. Una cajonera. En la mesilla para el equipaje hay la maleta abierta de algún veraneante. En el armario cuelgan unos pantalones de sport y una prenda de seda floreada. Un biquini húmedo echado encima de la barra de la cortina de la ducha.

Solamente para que conste en acta, es el mejor empapelado que Misty ha visto nunca. Además, el papel de pared de la 313 es bastante bueno, a rayas de color verde pastel alternándose con hileras de rosas de mayo rosadas. Un diseño que ya parecía antiguo cuando se imprimió. Lo manchan con té para que parezca amarillento por el paso del tiempo.

Lo que lo delata es que el papel es demasiado perfecto. Demasiado liso, recto e igualado, de arriba abajo. Los bordes de las hojas están demasiado bien alineados. Está claro que no lo ha hecho Peter.

No es tu obra. Querido Peter perezoso de mi alma, que nunca se tomó el arte muy en serio.

Sea lo que sea que Peter dejó aquí para que alguien lo encontrara,

emparedado en esta habitación, cuando levantó el muro sobre la puerta, ya no está. La gente de la isla de Waytalsea ha borrado su pequeña cápsula temporal o su pequeña bomba de relojería. Igual que la señora Terrymore ha borrado lo que había escrito en los libros de la biblioteca. Igual que todas las casas del continente han sido quemadas. Por obra de la AOLP.

Igual que está muerto Ángel Delaporte. Apuñalado en la cama, mientras dormía.

En la cama de Misty. En tu cama. Sin que se llevaran nada y sin señales de allanamiento de morada.

Solamente para que conste en acta, en cualquier momento podía pasar un veraneante. Y encontrar a Misty allí escondida, con un cuchillo ensangrentado en la mano.

Con la hoja serrada, Misty elige una juntura y arranca una tira de papel. Usa la punta afilada y arranca otra tira. Arranca lentamente una tercera tira larga de papel de pared y puede leer: «... enamorado de Ángel Delaporte, y lo siento pero no voy a morir por...».

Y solamente para que conste en acta, eso no era realmente lo que ella quería encontrar.

24 DE AGOSTO... Y TRES CUARTOS

Con toda la pared hecha jirones, todas las vetustas rosas de mayo y las rayas de color verde claro arrancadas a tiras largas, he aquí lo que dejó Peter para que alguien lo encontrara.

Lo que tú dejaste.

«Estoy enamorado de Ángel Delaporte, y lo siento, pero no voy a morir por nuestra causa.» Escrito una y otra vez por todas las paredes, dice: «No dejaré que me matéis igual que habéis matado a todos los maridos de las pintoras desde Gordon Kincaid».

El suelo de la habitación está lleno de jirones y tiras de papel de pared. Lleno de polvo de cola reseca. Se oyen voces en el pasillo y Misty espera paralizada en la habitación destruida. Espera a que los veraneantes abran su puerta.

Por toda la pared hay escrito: «Ya no me importan nuestras tradiciones».

Dice: «No amo a Misty Marie, pero no se merece que la torturen. Amo nuestra isla, pero necesitamos una forma nueva de salvar nuestro estilo de vida. No podemos seguir cosechando gente».

Hay escrito: «Esto es un asesinato colectivo ritual y no lo voy a aprobar».

Las cosas de los veraneantes han quedado enterradas, sus maletas y sus cosméticos y sus gafas de sol. Enterradas bajo la basura hecha jirones.

«Para cuando encontréis esto -dicen las pintadas-, ya me habré ido. Me voy esta noche con Ángel. Si estáis leyendo esto, lo siento pero es demasiado tarde. Tabbi tendrá un futuro mejor si su generación se tiene que buscar la vida.»

Escrito debajo de las tiras de papel de pared dice: «Lo siento mucho por Misty, de veras».

Tú escribiste: «Es verdad que nunca la quise, pero no la odio lo bastante como para llevar a cabo nuestro plan».

Y dice: «Misty merece algo mejor. Papá, es hora de liberarla».

Los somníferos que el detective Stúton dijo que había tomado Peter. Las recetas que Peter no tenía. La maleta que había hecho y había metido en el maletero. Estaba planeando abandonarnos. Marcharse con Ángel.

Estabas planeando marcharte.

Alguien lo drogó y lo dejó en el coche con el motor encendido, encerrado en el garaje para que lo encontrara Misty. Alguien que no sabía nada de la maleta lista y metida en el maletero para la huida. Que no sabía que el depósito de gasolina estaba medio vacío.

«Papá» se refería a Harrow Wilmot. El padre de Peter, que estaba supuestamente muerto. Desde antes de que naciera Tabbi.

Por toda la habitación hay escrito: «No desveléis el trabajo del diablo».

Las pintadas dicen; «Destruid todos sus cuadros».

Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es a entender una pesadilla.

Y va firmado: «Peter Wilmot».

25 DE AGOSTO

En el comedor del hotel, un equipo de gente de la isla está colgando la obra de Misty, todos sus cuadros. Pero no por separado, ya que todos encajan, las acuarelas y los lienzos, formando un largo mural. Un collage. Los miembros del equipo mantienen el mural tapado mientras lo van montando, dejando solamente un extremo al descubierto, lo justo para añadir la siguiente hilera de pinturas. No se ve lo que es. Lo que parece un árbol también podría ser una mano. Lo que parece una cara podría ser una nube. Es una escena de multitud o un paisaje o bien una naturaleza muerta de flores y frutas. En el momento en que añaden una pieza al mural, el equipo mueve un telón para taparlo.

Lo único que se ve es que es enorme y llena la pared más larga del comedor.

Grace está con ellos y los dirige. Tabbi y el doctor Touchet miran.

Cuando Misty va a mirar, Grace la detiene con una mano azul y nudosa y dice:

-¿Te has probado el vestido que te he hecho?

Misty solamente quiere mirar su cuadro. Es su obra. Por culpa de la venda para los ojos no tiene ni idea de qué ha hecho. De qué parte de sí misma está mostrando a una gente desconocida.

Y el doctor Touchet dice:

-No es muy buena idea. -Dice-: Ya lo verás mañana por la noche, junto con el resto del público.

Solamente para que conste en acta, Grace dice:

-Esta tarde nos mudamos de vuelta a la casa.

Donde mataron a Ángel Deíaporte.

Grace dice:

-El detective Stilton ha dado el visto bueno. -Dice-: Si haces las maletas, te llevamos las cosas.

La almohada de Peter. El material de pintura en la caja de madera descolorida.

-Ya casi se ha terminado, cariño -dice Grace—. Sé exactamente cómo te sientes.

De acuerdo con el diario. El diario de Grace.

Mientras todo el mundo está ocupado, Misty sube a la buhardilla, a la habitación que comparten Grace y Tabbi. Solamente para que conste en acta, Misty ya ha hecho las maletas y ha robado el diario de la habitación de Grace. Está bajando su maleta al coche. Misty sigue sucia de polvo de cola reseca para papel de pared. Todavía tiene jirones de rayas de color verde claro y flores de color rosa en el pelo.

Se supone que el libro que siempre está leyendo Grace, el que siempre está estudiando, el de la portada roja y las letras doradas, es el diario de una mujer que vivió en la isla hace cien años. La mujer del diario de Grace tenía cuarenta y un años y era una estudiante de bellas artes fracasada. Se quedó embarazada y dejó la facultad para casarse en la isla de Way-tansea. No amaba a su nuevo marido tanto como amaba sus viejas joyas y el sueño de vivir en una casa de piedra enorme.

Allí tenía una vida hecha a medida para ella, un rol preparado de antemano que podía asumir de inmediato. La isla de Waytansea, con todas sus tradiciones y rituales. Todo ya resuelto. Las respuestas para todo.

La mujer era bastante feliz, pero cien años atrás la isla ya se estaba llenando de turistas neos de la ciudad. Forasteros metomentodo y pesados con el bastante dinero como para hacerse con el poder. Justo cuando a su familia se le estaba acabando el dinero, su marido se mató mientras estaba limpiando un arma de fuego.

La mujer padecía migrañas, fatiga y vomitaba todo lo que comía. Trabajaba como doncella en el hotel hasta que tropezó en las escaleras y tuvo que guardar cama, con una pierna metida en una escayola enorme. Inmovilizada sin nada mejor que hacer, empezó a pintar.

Igual que Misty, pero no era Misty. Aquella Misty de imitación.

Luego su hijo de diez años se ahogó.

Después de un centenar de cuadros, su talento y sus ideas parecieron esfumarse. Se le fue la inspiración.

A juzgar por su caligrafía, ancha y alargada, era lo que Ángel Deíaporte llamaría una persona atenta y generosa.

Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es que Grace Wilmot te va a seguir por todas partes y va a apuntar todo lo que haces. Que va a convertir tu vida en esta especie de narración enferma. Y helo aquí. Grace Wilmot está escribiendo una novela basada en la vida de Misty. Oh, ha cambiado unas cuantas cosas. Ha hecho que la mujer tenga tres hijos. Ha hecho que sea doncella en lugar de camarera de comedor. Oh, todo es muy casual.

Solamente para que conste en acta, Misty está haciendo cola en el ferry, leyendo esa porquería en el viejo Buick de Harrow.

El libro dice que la mayoría de habitantes del pueblo se han

mudado al hotel Waytansa y lo han convertido en un barracón. Un campo de refugiados para las familias de la isla. Los Hyland lavan la ropa de todo el mundo. Los Burton cocinan para todo el mundo. Los Petersen se encargan de la limpieza.

Parece que no hay una sola idea original en todo el texto.

Por el mero hecho de leer esto, es probable que Misty vaya a convertirlo en realidad. A hacer que se cumpla la profecía. Que vaya a empezar a vivir la idea que otra persona tiene de cómo debería ser su vida. Pero ahora que se ha puesto, no puede parar de leer.

Dentro de la novela de Grace, la narradora encuentra un diario. El diario que encuentra parece estar basado en su vida.

Lee que se celebra una gran exposición con su obra. Y que la noche de la inauguración, el hotel está abarrotado de turistas.

Solamente para que conste en acta, querido Peter de mi alma, si te has recuperado del coma, esto re puede provocar una recaída. La simple realidad es que Grace, tu madre, está escribiendo sobre tu mujer, dando a entender que es una puta borracha.

Así debió de sentirse Judy Garland cuando leyó El valle de las muñecas.

Ahí en la cola del ferry, Misty está esperando que la lleven al continente. Ahí sentada en el coche donde Peter estuvo a punto de morir, o bien estuvo a punto de escaparse y abandonarla, Misty espera en medio de una cola tórrida de veraneantes. Con su equipaje en el maletero, incluido el vestido blanco de satén.

Igual que estaba tu equipaje en el maletero.

Ahí es donde termina el diario. La última entrada es de justo antes de la exposición. Después... No hay nada.

Para que no te sientas mal contigo mismo, Misty está abandonando a tu hija igual que tú intentaste abandonarlos a los dos. Sigues casado con una cobarde. Igual que ella estaba dispuesta a escaparse cuando pensó que la estatua de bronce mataría a Tabbí, la única persona en la isla que le importa un comino a Misty. No le importa Grace. Ni los veraneantes. No hay nadie en la isla a quien Misty necesite salvar.

Excepto Tabbí.

26 DE AGOSTO

Solamente para que conste en acta, sigues siendo un capullo de mucho cuidado. Eres un gilipollas cagón, cobarde, egoísta y sin pelotas. Si, claro, estabas planeando salvar a tu mujer, pera también ibas a abandonarla. Menudo estúpido tarado mental estás hecho. Querido estúpido de mi alma,

Pero ahora Misty sabe exactamente cómo te sentiste.

Hoy es tu día número 157 como vegetal. Y el primero de ella!

Hoy Misty conduce durante tres horas para ir a verte y sentarse junto a tu cama.

Solamente para que conste en acta, Misty te pregunta:

-¿Está bien matar a desconocidos para apoyar una forma de vida solamente porque la gente que la vive es la gente que amas?

Bueno, que creías amar.

Al ritmo que está llegando la gente a la isla, más y más cada

verano, cada vez todo está más sucio. El agua limpia se está acabando. Pero por supuesto, no se puede parar ese crecimiento. Es antiamericano. Es egoísta. Es tiránico. Maligno. Todos los niños tienen derecho a vivir. Todo el mundo tiene derecho a vivir donde se lo pueda permitir. Tenemos derecho a buscar la felicidad allí donde podamos llegar en coche, en avión o en barco, y a perseguirla. Si llega demasiada gente a un sitio, claro, lo estropean, pero así es el sistema de cheques y balances, la forma que tiene el mercado de ajustarse.

De esta forma, arruinar un sitio es la única forma de salvarlo. Hay que hacer que al mundo de fuera le parezca horrible.

La AOLP no existe. Solamente existe gente que lucha por preservar su mundo de la llegada de más gente.

Una parte de Misty odia a esa gente que llega, a los invasores, los infieles, que vienen en masa a arruinar su estilo de vida y la infancia de su hija. Todos esos forasteros, con su rastro de matrimonios fracasados e hijastros y adicciones a drogas y morales disipadas y símbolos de estatus social falsos, no son la clase de amigos que Misty quiere para su hija.

Para tu hija.

Para la hija de ellos.

Para salvar a Tabbi, Misty podría dejar que sucediera lo que sucede siempre. Podría dejar simplemente que volviera a suceder. La exposición. Sea lo que sea, podría dejar que el mito de la isla siguiera su curso. Y tal vez Waytansea se salvaría.

«Mataremos a todos los hijos de Dios para salvar a los nuestros.»

O tal vez podrían darle a Tabbi algo mejor que un futuro sin problemas, que una vida pacífica, tranquila y segura.

Sentada contigo aquí y ahora, Misty se inclina sobre ti y te besa la frente roja e hinchada.

No pasa nada porque nunca la quisieras, Peter. Misty sí que te quería.

Por lo menos por creer que ella podía ser una gran artista, una salvadora. Algo más que una ilustradora técnica o una artista comercial. O incluso algo más que un ser humano. Misty te quiere por eso.

¿Notas esto?

Solamente para que conste en acta, Misty siente mucho lo de Ángel Delaporte. Siente mucho que te criaras en el seno de esa mierda de leyenda. Y siente mucho haberte conocido.

27 DE AGOSTO, LUNA NUEVA

Grace hace girar la mano en el aire entre ambas, con las uñas amarillentas y deformadas debajo del pintauñas de color claro, y dice:

-Misty, cariño, date la vuelta para dejarme ver cómo te queda por detrás.

La primera vez que Misty se enfrenta a Grace, la tarde de la inauguración, lo primero que Grace le dice es:

-Ya sabía yo que ese vestido te quedaría precioso.

Están en la vieja casa de los Wilmot en Birch Street. Allí, la puerta de su viejo dormitorio está detrás de una lámina de plástico de color claro

y una tira de precinto policial amarillo. Una cápsula temporal. Un regalo para el futuro. A través del plástico se ve que se han llevado el colchón. A la lámpara de la mesilla le falta la pantalla. Una rociada de algo oscuro estropea el papel de pared de encima de la cabecera de la cama. La caligrafía de la presión sanguínea. El marco de la puerta y la repisa de la ventana, la pintura blanca está sucia de polvo negro para recoger huellas dactilares. El rastro reciente y profundo de una aspiradora recorre la alfombra. El polvo invisible de la piel muerta de Ángel Delaporte ha sido aspirado para analizar el ADN.

Tu antiguo dormitorio.

En la pared de encima de la cama vacía está la pintura que hizo Misty de la silla de anticuario. En el cabo de Waytansea y con los ojos cerrados. La alucinación de la estatua que se acercaba para matarla. Toda salpicada de sangre.

Ahora que está con Grace en su dormitorio, al otro lado del pasillo, Misty le dice que no intente hacer nada raro. Que la policía del continente está aparcada fuera, esperando. Que si Misty no está fuera dentro de diez minutos, entrarán con las armas a punto.

Grace está sentada en el taburete con revestimiento de color rosa brillante que hay delante de su enorme tocador, con sus frascos de perfume y sus joyas esparcidas frente a ella sobre la superficie de cristal. Su espejo de mano plateado y sus cepillos para el pelo.

Los souvenirs de la riqueza.

Y Grace dice:

-Tu es ravissante ce soir- dice—. Esta noche estás preciosa.

Ahora Misty tiene pómulos. Y clavículas. Sus hombros son huesudos y blancos y sobresalen, rectos como una percha, del vestido que en una vida anterior fue su vestido de boda. El vestido le cae como un trapo por encima del hombro, el satén blanco lleno de pliegues, demasiado ancho y flácido ya porque Grace le tomó las medidas hace días. O semanas. El sujetador y las bragas le vienen tan grandes que Misty no se los ha puesto. Misty es casi tan flaca como su marido, ese esqueleto marchito con máquinas que le meten aire y vitaminas.

Tan flaca como tú.

Tiene el pelo más largo que antes del accidente de la rodilla. La piel lívida de estar tanto tiempo encerrada. Misty tiene cintura y las mejillas hundidas. Tiene una sola barbilla y un cuello esbelto con los músculos marcados.

Ha pasado hambre hasta que sus ojos y dientes parecen enormes.

Antes de la inauguración de esta noche, Misty ha llamado a la policía. No solamente al detective Stilton. Misty ha llamado a la policía estatal y al FBI. Les ha dicho que la AOLP iba a atacar contra la exposición de esta noche en el hotel de la isla de Waytansea. Después ha llamado al departamento de bomberos. Les ha dicho que entre las siete y las siete y media habría un desastre en la isla. Que trajeran ambulancias.

Luego ha llamado a las noticias de la televisión y les ha dicho que trajeran a un equipo con el vehículo repetidor más grande y potente que tuvieran. Ha llamado a las emisoras de radio. Ha llamado a todo el mundo salvo a los boy scouts.

En el dormitorio de Grace Wilmot, en esa casa con su legado de nombres y épocas escrito en el interior de la puerta, Misty le dice a Grace que su plan para esta noche ha quedado desbaratado. Por los bomberos y

la policía. Por las cámaras de televisión. Misty ha invitado a todo el mundo, y todos van a estar en el hotel para cuando se abra el telón.

Y poniéndose un pendiente en la oreja, Grace mira el reflejo de Misty en el espejo del tocador y dice:

-Claro que los has llamado, pero ya lo hiciste la última vez.

Misty le pregunta a qué se refiere con eso de la última vez.

-Y nos habría gustado que no lo hicieras -dice Grace. Se alisa el pelo con las palmas de sus manos nudosas y dice-: Solamente conseguirás que el número final de víctimas mortales sea mayor de lo que sería necesario.

Misty dice que no va a haber víctimas mortales. Misty dice que le ha robado el diario.

Desde detrás de ella, una voz dice:

-Misty, cariño, no puedes robar lo que es tuyo. La voz detrás de ella. Una voz de hombre. Es Harrow. Harry, el padre de Peter.

Tu padre.

Lleva esmoquin y el pelo blanco peinado en forma de corona sobre la cabeza cuadrada, la nariz y la barbilla afiladas y prominentes. El hombre en el que se suponía que Peter iba a convertirse. Todavía le huele el aliento. Las manos que apuñalaron a Ángel Delaporte mientras dormía. Que quemaron las casas en las que Peter hizo sus pintadas en un intento de alejar a la gente de la isla.

El hombre que intentó matar a Peter. A ti. A su hijo.

Está de pie en el pasillo, cogiendo de la mano a Tabbi. A tu hija.

Solamente para que conste en acta, parece que hace una eternidad que Tabbi se alejó de ella. Que se soltó de su mano y corrió a coger la mano de un hombre que Tabbi pensaba que era un asesino. La estatua del bosque. En el viejo cementerio del cabo de Waytansea.

Grace tiene los codos levantados y las manos en la nuca, se está poniendo un collar de perlas falsas, y dice:

-Misty, cariño, te acuerdas de tu suegro, ¿verdad?

Harrow se inclina para besar a Grace en la mejilla. Allí de pie, dice:

-Claro que se acuerda.

El olor de su aliento.

Grace extiende las manos, abrazando el aire, y dice:

-Tabbi, ven a darme un beso. Es hora de que los mayores se vayan a su fiesta.

Primero Tabbi. Luego Harrow. Otra cosa que no te enseñan en la facultad de bellas artes es qué decir cuando la gente regresa de entre los muertos.

Misty le dice a Harrow:

-¿No se supone que te incineraron?

Harrow levanta la mano para mirarse el reloj de pulsera. Y dice:

-Para eso faltan todavía cuatro horas.

Se estira el puño de la camisa para que no se le vea el reloj y dice:

-Nos gustaría presentarte en público esta noche. Contamos con que pronuncies unas palabras de bienvenida.

Misty dice que ya sabe lo que va a decir a la gente. Que corran. Que se vayan de la isla y no vuelvan. Lo mismo que intentó decirles Peter. Misty les va a decir que un hombre ha muerto y otro está en coma por culpa de una absurda maldición de la isla. Que en el mismo instante en que suba a la tarima, gritará «¡Fuego!». Que hará todo lo que esté en

su mano para que se vacíe la sala.

Tabbi va hasta donde Grace está sentada en el taburete del tocador. Y Grace dice:

-Nada nos haría más felices.

Harrow dice:

-Misty, cariño, dale un beso a tu suegra. -Dice-: Y, por favor, perdónanos. Después de esta noche ya no te volveremos a molestar.

27 DE AGOSTO... Y MEDIO

Lo que Harrow le ha dicho a Misty. Lo que le ha explicado de la leyenda de la isla es que ella no puede evitar triunfar como artista.

Que está condenada a la fama. Que tiene la maldición del talento, Una vida tras otra.

Ha sido Giotto di Bondone, luego Miguel Ángel, luego Jan Vermeer.

O bien Misty ha sido Jan van Eyck y Leonardo da Vinci y Diego Velázquez.

Y ahora es Misty Marie Wümot, pero lo único que cambia es el nombre. Siempre ha sido artista. Siempre será artista. Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes es que toda tu vida consiste en descubrir quién has sido ya.

Solamente para que conste en acta, todo esto es lo que dice Harrow Wilmot. El padre loco y asesino de Peter. El mismo Harry Wümot que ha estado escondido desde que se casaron Peter y Misty. El loco de tu padre.

Si hay que creer a Harry Wilmot, Misty es la mejor artista que ha vivido nunca.

Hace doscientos años, Misty fue Maura Kincaid. Hace cien años fue Constance Burton. En aquella vida anterior. Constance vio las joyas que llevaba uno de los jóvenes de la isla cuando estaba de gira por Europa. Era un anillo que había pertenecido a Maura. El la encontró de forma accidental y se la trajo de vuelta. Después de la muerte de Constance, la gente vio que su diario era igual que el de Maura. Sus vidas habían sido idénticas y Constance había salvado a la isla igual que antes lo hizo Maura.

El hecho de que su diario fuera idéntico al otro diario. De que todos los diarios sean iguales que los diarios anteriores. De que Misty' siempre salvará la isla. Con su arte. Esa es la leyenda de la isla, de acuerdo con Harrow. El hecho de que es todo obra de ella.

Dentro de un centenar de años -cuando se les esté acabando el dinero—, enviarán a los jóvenes de la isla a buscarla. Una y otra vez, la hemos traído aquí con nosotros y la hemos obligado a repetir su vida anterior. Ellos usarán las joyas como cebo y Misty las reconocerá. Le encantarán y no sabrá por qué.

Ellos, todo el museo de cera de la isla de Waytalsea, sabían que ella sería una gran pintora. Si la torturaban de la forma adecuada. Tal como Peter decía siempre, que el mejor arte siempre viene del sufrimiento. Tal como dice el doctor Touchet que podemos conectarnos

con una inspiración universal.

La pobrecita Misty Marie Klemman, la mayor artista de todos los tiempos, su salvadora. Su esclava. Misty, su gallina de los huevos de oro kármica.

Harrow le ha explicado que usan el diario de la artista previa para dar forma a la vida de la siguiente. Que su marido tiene que morir a la misma edad y luego uno de sus hijos. Pueden simular la muerte, tal como hicieron con Tabbí, pero con Peter... Bueno, Peter los obligó a pasar a mayores.

Solamente para que conste en acta, Misty le está contando todo esto al detective Stilton mientras él conduce hacia el hotel Waytansea.

La sangre de Peter Uena de los somníferos que nunca tomó. El certificado de defunción de Harrow Wilmot que nunca existió. Misty' dice:

-Tiene que ser la endogamia. Esa gente son lunáticos.

-La bendición-le ha dicho Harrow- es que te olvidas de todo.

Con cada muerte, Misty se olvida de quién era. pero los isleños se van transmitiendo la historia de una generación a otra. Lo recuerdan para poder encontrarla y traerla de vuelta. Durante el resto de la eternidad, cada cuatro generaciones, justo cuando el dinero se está acabando... Cuando el mundo amenaza con invadirlos, ellos la traen de vuelta a la isla y ella les salva el futuro.

-Tal como siempre has hecho y tal como siempre harás —le ha dicho Harrow.

Misty Marie Wilmot, la reina de los esclavos.

La revolución industrial confluye con el ángel de la guarda.

Pobre Misty, la línea de montaje de los milagros. Para el resto de la eternidad.

De pobres de solemnidad a pobres de solemnidad, solamente para que conste en acta.

Harrow le ha dicho:

-Siempre escribes un diario. En todas tus encarnaciones. Así es como podemos prever tus estados de ánimo y tus reacciones. Conocemos todos los pasos que vas a dar.

Harrow le ha puesto una pulsera de perlas a Grace en la muñeca y le ha cerrado el broche, luego ha dicho:

-Oh, necesitamos que vengas e inicies el proceso, pero no nos hace falta que completes tu ciclo kármico.

Puesto que eso mataría la gallina de los huevos de oro. Sí, su alma continuaría viviendo otras aventuras, pero al cabo de tres generaciones la isla volvería a ser pobre. Pobre y abarrotada de forasteros ricos.

La facultad de bellas artes no te enseña a evitar que te reciclen el alma.

-De hecho -ha dicho Harrow-, el diario que estás escribiendo ahora le resultará extremadamente útil a la tataranieta de Tabbí para tratar contigo la próxima vez que vengas.

Los retataranietos de Misty.

Usarán su libro. Este libro.

-Ah, me acuerdo -ha dicho Grace- de cuando yo era una niña muy pequeña. Tú eras Constante Burton y a mí me encantaba que me llevaras a hacer volar la cometa.

Harrow ha dicho:

-Bajo un nombre u otro, eres la madre de todos nosotros.

Grace ha dicho:

-Nos has amado a todos.

Misty le ha pedido a Harrow que por favor, le diga qué es lo que va a suceder. ¿Van a explotar los cuadros? ¿Va a hundirse el hotel en el océano? ¿Qué va a ser? ¿Y cómo va ella a salvar a todo el mundo?

Y Grace agitó su pulsera de perlas y dijo:

-No puedes.

La mayoría de las fortunas, dice Harrow, se basan en el sufrimiento y la muerte de miles de personas o animales. En cosechar algo. Luego le da a Grace algo dorado y brillante y estira un brazo, con la manga echada hacia atrás.

Y Grace le junta los dos extremos del puño de la camisa. le introduce un gemelo y dice:

-Simplemente hemos encontrado la forma de cosechar gente rica.

27 DE AGOSTO... Y TRES CUARTOS

Las ambulancias ya están esperando delante del hotel Waytansea. El equipo informativo de la televisión iza una antena parabólica desde el techo de su vehículo. Dos coches de la policía están parados con el morro orientado hacia la escalera de entrada del hotel.

Los veraneantes se abren paso entre los coches aparcados.. Pantalones de cuero y vestidos negros minúsculos. Gafas de sol y camisas de seda. Joyas de oro. Por encima de ellos, los letreros y logotipos corporativos.

Las pintadas de Peter: «... vuestra sangre es nuestro oro...».

Entre Misty y la multitud, un presentador de las noticias está delante de la cámara. Con el gentío pululando tras su espalda, la gente subiendo las escaleras del hotel y entrando en el vestíbulo, el presentador dice:

-¿Estamos en el aire? -Se lleva dos dedos de una mano al oído. Sin mirar a la cámara, dice-: Estoy listo.

El detective Stilton está sentado al volante de su coche con Misty al lado. Los dos están viendo a Grace y Harrow Wilmot subir la escalera de entrada del hotel. Grace se sostiene el borde del vestido largo con las puntas de los dedos de una mano. Harrow le está cogiendo la otra mano.

Misty los mira. Las cámaras los miran.

Y el detective Stilton dice:

-No intentarán nada. No con toda esta cobertura.

La generación mayor de cada familia, de los Burton y los Hyland y los Petersen, la aristocracia de la isla de Waytansea, se unen al gentío de veraneantes que está entrando en el hotel, con las cabezas bien altas.

La advertencia de Peten «... mataremos a todos los hijos de Dios para salvar a los nuestros...».

El presentador que está frente a la cámara levanta el micrófono y dice:

-La policía y los agentes del condado han dado luz verde a la recepción de esta noche en la isla.

La multitud desaparece en el paisaje de terciopelo verde en penumbra del vestíbulo, en el claro de bosque flanqueado de troncos pulimentados y barnizados. Los gruesos haces de luz del sol atraviesan la oscuridad, pesados como lámparas de araña. Las siluetas de las rocas cubiertas de musgo recuerdan a solas. La fogata de campamento se parece mucho a una chimenea.

El detective Stilton dice:

-¿Quiere entrar?

Misty le dice que no. Que no es seguro. Que no va a cometer el mismo error que comete siempre. Sea cual sea ese error.

De acuerdo con Harrow Wilmot.

El presentador dice:

-Todo el mundo que es alguien está presente esta noche. Y entonces aparece una chica. Una forastera. La hija de otra persona, con el pelo corto y negro, aparece y sube la escalera que lleva al vestíbulo del hotel. El destello de su anillo de peridoto. El dinero de las propinas de Misry.

Es Tabbí. Por supuesto que es Tabbi. El regalo de Misty para el futuro. El truco que usó Peter para retener a su mujer en la isla. El cebo para hacerla caer en la trampa. Un instante, un destello verde, y Tabbi desaparece dentro del hotel.

27 DE AGOSTO... Y SIETE OCTAVOS

Hoy en la penumbra del claro del bosque, en el paisaje de terciopelo verde que se extiende dentro de las puertas del vestíbulo, se dispara la alarma antiincendios del hotel. Sale por las puertas un timbrado largo y tan estridente que el presentador de las noticias se ve obligado a gritar: -Bueno, parece que hay problemas.

Los veraneantes, los hombres, con el pelo peinado hacia atrás, oscurecido y endurecido por algún producto cosmético. Todas las mujeres rubias. Gritan para hacerse oír por encima del barullo de la alarma.

Misty Wilmot, la mayor artista de toda la historia, está abriéndose paso a codazos por entre la multitud, clavando las uñas y dando empujones, en dirección al escenario del Comedor de Madera y Oro. Agarrándose a los codos y las caderas de toda esa gente flaca. Toda la pared de detrás del escenario está cubierta por el telón y lista para el desvelamiento. El mural, su obra, todavía escondido. Sellado. Su regalo para el futuro. Su bomba de relojería.

Su millón de manchas de pintura mezcladas de la forma adecuada. La orina de vacas alimentadas con hojas de mango. Los sacos de tinta de las sepias. Toda esa química y esa biología. Su hija está en alguna parte en medio de esta muchedumbre. Tabbi.

La alarma no para de sonar y Misty se pone de pie encima de una silla. Se sube a una mesa, a la mesa seis, donde pusieron el cadáver de Tabbi, donde Misty se enteró de que habían matado a puñaladas a Ángel Delaporte. De pie encima de la multitud y vestida con su vestido blanco, la gente la mira y los veraneantes le sonríen. Misty no lleva ropa interior.

Sujetándose el vestido de boda renacido entre las caderas huesudas, Misty giiita:

-¡Fuego!

Las cabezas se giran. Los ojos la miran. En la puerta del comedor, el detective Stilton aparece y empieza a nadar entre la multitud.

Misty grita:

-¡Salid! ¡Salvaos!

Misty grita:

-¡Si os quedáis aquí, pasará algo terrible!

Las advertencias de Peter. Misty las pinta con espray por encima de la muchedumbre.

«Mataremos a todos los hijos de Dios para salvar a los nuestros.»

El telón suspendido detrás de ella, cubriendo la pared entera, su autorretrato, lo que Misty no sabe sobre ella misma. Lo que no quiere saber.

Los veraneantes levantan la vista, con los músculos *corrugator* contraídos y los ceños fruncidos. Los labios fruncidos hacia abajo por los músculos *triangularis*.

La alarma antiincendios para de sonar y durante el tiempo que se tarda en respirar de nuevo, lo único que se oye es el océano de afuera y las olas que susurran y rompen.

Misty está gritando a todo el mundo que se calle. Que todo el mundo escuche. Grita que sabe de qué está hablando. Ella es la mayor artista de todos los tiempos. La reencarnación de Thomas Gainsborough y Claude Monety Mary Cassatt. Grita que su alma ha estado en Miguel Ángel y Da Vinci y Rembrandt.

Luego una mujer grita:

-Es ella, la artista. Es Misty Wilmot.

Y un hombre grita:

—Misty, cariño, ya basta de dramatismos.

La mujer grita:

-Aparta el telón y acabemos con esto.

El hombre y la mujer que gritan son Harrowy Grace. Tienen a Tabbi entre ambos, cada uno cogiéndola de una mano. Tabbi tiene los ojos cerrados con cinta adhesiva.

-Esta gente -grita Misty, señalando a Grace y Harrow. Con el pelo colgando por delante de la cara, Misty grita-: ¡Esta gente malvada usó a su hijo para dejarme embarazada!

Misty grita:

—¡Tienen cogida a mi hija!

Y grita:

-¡Si veis lo que hay detrás del telón, será demasiado tarde!

Y el detective Stilton va hasta su silla. Pone un pie y se sube a la silla. Pone el otro pie y se sube a la mesa seis, junto a Misty. Con el enorme telón colgando detrás de ellos. La verdad sobre todo se aleja unos centímetros.

-Sí -grita otra mujer.

Una vieja Tupper de la isla, con el cuello torcido de tortuga marina envuelto en el cuello de encaje de su vestido, grita:

—¡ Enseñanoslo, Misty!

-Enseñanoslo -grita un hombre, un viejo Woods de la isla, apoyado en su bastón.

Stilton se lleva la mano detrás de la espalda. Dice:

-Casi consigue convencerme de que la loca no es usted.

Y su mano regresa con unas esposas. Se las cierra a Misty en torno a las muñecas y la empuja a un lado, pasando por delante de Tabbi y sus ojos cerrados. Por delante de los aristócratas de la isla de "Waytansa. Cruzando el claro del bosque del vestíbulo de terciopelo verde.

-Mi hija -dice Misty-. Sigue ahí dentro. Tenemos que sacarla.

Y el detective Stilton la entrega a un ayudante de sheriff con uniforme marrón y dice;

-¿Su hija, la que usted dijo que estaba muerta? Ellos simularon su muerte. Todos esos que miran no son más que estatuas de sí mismos. Autorretratos de sí mismos.

Delante del hotel, al pie de las escaleras que llevan al porche, el ayudante abre la portezuela trasera de un coche patrulla. El detective Stilton dice:

-Misty Wilmot, queda usted detenida por el intento de asesinato de su marido, Peter Wilmot, y por el asesinato de Ángel Delaporte.

La mañana siguiente al apuñalamiento de Ángel en su cama. Misty estaba toda cubierta de sangre. Misty, la misma que encontró el cuerpo de Peter en su coche.

Unas manos fuertes la meten en el asiento trasero del coche.

Y desde dentro del hotel, el presentador de las noticias dice:

-Damas y caballeros, es el momento del desvelamiento.

-Lléváosla. Tomadle las huellas. Presentad los cargos -dice el detective. Le da una palmada al ayudante en la espalda y dice:- Me vuelvo adentro a ver a qué viene todo este revuelo.

28 DE AGOSTO

De acuerdo con Platón, vivimos encadenados dentro de una caverna oscura. Estamos encadenados de forma que no vemos nada más que la pared del fondo de la caverna. Lo único que vemos son las sombras que se mueven allí. Podrían ser las sombras de algo que se mueve fuera de la caverna. Podrían ser las sombras de gente encadenada a nuestro lado.

Tal vez lo único que todos podemos ver es nuestra propia sombra.

Cari Jung llamaba a esto juego de sombras. Decía que nunca vemos a los demás. Que en realidad solamente vemos aspectos de nosotros mismos que se proyectan sobre ellos. Sombras. Proyecciones. Nuestras asociaciones.

Igual que los antiguos pintores se sentaban en un cuarto diminuto a oscuras y calcaban la imagen de lo que había al otro lado de una ventanilla, bajo la brillante luz del sol. La cámara oscura.

No la imagen exacta, sino completamente invertida o cabeza abajo. Distorsionada por el espejo o la lente a través de la cual llega. Por los límites de nuestra percepción personal. Por nuestro volumen diminuto de experiencia. Por nuestra birria de educación.

El espectador controla el espectáculo. El artista ha muerto. Vemos lo que queremos. Vemos como queremos. Solamente nos vemos a nosotros mismos. Lo único que puede hacer el artista es darnos algo que mirar.

Solamente para que conste en acta, tu mujer está detenida.

Lo han hecho. Maura. Constance. Y Misty. Han salvado a la niña, a tu hija. Tu hija se ha salvado a ella misma. Han salvado a todo el mundo.

El ayudante de sheriff del uniforme marrón ha llevado en coche a Misty al continente, usando el ferry. Por el camino le ha leído sus derechos. Se la ha pasado a otra ayudante, que le ha tomado las huellas dactilares y se ha quedado con su anillo de boda. Misty todavía lleva el vestido de boda, pero la ayudante-de sheriff le ha quitado el bolso y los zapatos de tacón alto.

Y toda la bisutería, las joyas de Maura, las joyas de ellos, todo vuelve a estar en la caja de zapatos de Tabbi, en casa de los Wilmot.

La otra ayudante le ha dado una manta. Es una mujer de su edad, con una cara que es un diario de arrugas que empiezan alrededor de sus ojos y le tejen una tela de araña entre la nariz y la boca. La ayudante ha mirado los formularios que Misty estaba rellenando y ha dicho:

-¿Es usted la artista?

Y Misty ha dicho:

-Sí, pero solamente durante el resto de esta vida. Luego ya no.

La ayudante la ha llevado por un viejo pasillo de cemento hasta una puerta metálica. Ha abierto la puerta y ha dicho:

-Ya es la hora de luces apagadas.

Ha abierto la puerta de metal, se ha hecho a un lado y ha sido entonces cuando Misty lo ha visto.

Lo que no te enseñan en la facultad de bellas artes. El hecho de que uno siempre está atrapado.

El hecho de que tu cabeza es la caverna y tus ojos la boca de la caverna. De que uno vive dentro de su cabeza y solamente ve lo que quiere. De que solamente ve las sombras y se inventa un significado para ellas.

Solamente para que conste en acta, ahí estaba. En el cuadrado alargado de luz que entraba por la ventana abierta de la celda, escrito en la pared opuesta de la celda diminuta, decía: «Si estás aquí, has vuelto a fracasar». Firmado: «Constance».

Con la caligrafía ahuecada y amplia, cariñosa y atenta, con la caligrafía de ella. En este sitio en el que Misty no ha estado nunca pero donde siempre termina, una y otra vez. Es entonces cuando oye las sirenas, muy lejanas. Y la ayudante dice:

-Volveré dentro de un rato a ver cómo está.

La ayudante sale y cierra la puerta con llave.

En lo alto de una de las paredes hay una ventana, demasiado alta para que Misty llegue a ella, pero que debe de dar al océano y a la isla de Waytansea.

Bajo la luz anaranjada y parpadeante que entra por la ventana, bajo la luz y las sombras danzarinas de la pared de cemento que hay

enfrente de la ventana, bajo esa luz Misty sabe todo lo que Maura supo. Todo lo que Constance supo. Misty sabe que las han engañado a todas. Igual que supo cómo pintar el mural. Igual que Platón dice que ya lo sabemos todo de entrada y que solamente necesitamos recordarlo. Lo que Carl Jung llama el inconsciente universal. Misty se acuerda.

Igual que la cámara oscura proyecta una imagen sobre un lienzo, igual que funciona el cuerpo de una cámara fotográfica, la ventana diminuta de la celda proyecta un amasijo de colores naranja y amarillo, de llamas y sombras entremezcladas en la pared de enfrente. Lo único que se oyen son las sirenas y lo único que se ven son las llamas.

Es el hotel Waytansea en llamas. Con Grace y Harrow y Tabbi dentro.

Hemos estado aquí. Estamos aquí. Siempre estaremos aquí.

Y hemos vuelto a fracasar.

3 DE SEPTIEMBRE, LUNA EN CUARTO CRECIENTE

Misty aparca el coche en el cabo de Waytansea. Tabbi está sentada a su lado, abrazando una urna con ambos brazos. Sus abuelos. Tus padres. Grace y Harrow.

Sentada junto a su hija en el asiento delantero del viejo Buick, Misty le pone una mano en la rodilla a su hija y dice: -¿Cariño?

Y Tabbi se gira para mirar a su madre. Misty dice:

-He decidido cambiarnos legalmente los nombres. -Misty dice: Tabbi, necesito decirle a la gente lo que ha sucedido realmente. -Misty aprieta la rodilla huesuda de Tabbi, con las medias blancas escurriéndosele rodilla abajo, y le dice-: Podemos ir a vivir con tu abuela a Tecumseh Lake.

La verdad es que ahora pueden irse a vivir a cualquier parte. Vuelven a ser ricas. Grace y Harrow y todos los ancianos del pueblo han dejado millones de dólares en concepto de seguros de vida. Millones y millones, libres de impuestos y a salvo en el banco. Que generan los bastantes intereses como para darles otros ochenta años de seguridad.

Dos días después del incendio, el perro rastreador del detective Stilton se puso a escarbar en la montaña de madera carbonizada. Los primeros tres pisos del hotel habían quedado reducidos a las paredes de piedra. El calor había convertido el cemento en un cristal de color verde azulado. Lo que olió el perro, ya fuera tréboles o café, guió a los empleados del rescate hasta Stilton, muerto en el sótano de debajo del vestíbulo. El perro, que se echó a temblar y a mearse, se llamaba Rusty.

Las imágenes han llegado a todo el mundo. Los cuerpos extendidos en la calle delante del hotel. Los cadáveres calcinados, negros y resecos, agrietados y mostrando la carne cocida de su interior, húmeda y roja. En todos los planos, en todos los ángulos de la cámara, hay un logotipo corporativo.

Cada segundo de las grabaciones en vídeo muestra los esqueletos ennegrecidos y colocados en el aparcamiento. Un total de ciento treinta y dos por el momento, y encima de ellos, por encima de todos ellos, se ve

el nombre de alguna empresa. Algún eslogan o una mascota sonriente. Un tigre dibujado. Algún lema vago y optimista.

«Bonner & Mills: Cuando esté usted listo para afincarse.»

«Mewrworx: Donde el progreso no consiste en quedarse en un mismo sitio.»

Si no entiendes algo, puedes hacer que signifique cual quier cosa.

En cada plano de las noticias hay aparcado algún coche de la isla con un anuncio serigrafiado. Algún desperdicio de papel, un vaso de cartón o una servilleta, con un nombre corporativo impreso. Se ve una valla publicitaria. Los isleños llevan sus chapas o sus camisetas y son entrevistados con los cuerpos retorcidos y humeantes de fondo. Ahora los servicios financieros y las cadenas de televisión por cable y las compañías farmacéuticas están pagando millonadas para retiñir todos sus anuncios. Para borrar sus nombres de la isla.

Añade ese dinero a los seguros y la isla de Waytansea es más rica de lo que ha sido nunca.

Sentada en el Buick, Tabbi mira a su madre. Mira las urnas que tiene sujetadas con la parte de dentro de los codos. El músculo *zygomaticus major* le tira de los labios hacia las orejas. Las mejillas de Tabbi se hinchan y le levantan un poco los párpados de abajo. Abrazando las cenizas de Grace y de Harrow, es como una pequeña Mona Lisa. Sonriente y anciana, Tabbi dice:

-Si tú lo cuentas, yo lo cuento.

La obra de arte de Misty. Su hija. Misty dice:

-¿Qué vas a contar? Y sin dejar de sonreír, Tabbi dice:

-Que les incendié la ropa. El abuelito y la abuelita Wilmot me enseñaron a hacerlo y yo se la incendié. -Dice—: Me taparon los ojos con cinta adhesiva para que no viera nada y así pudiera salir.

En los trozos de videos informativos que sobreviven no se ve más que humo saliendo de las puertas del vestibulo. Momentos después de que se desvele el mural. Los bomberos entran y no vuelven a salir. Ninguno de los policías ni los invitados salen. Cada segundo que avanza el cronómetro sobreimpreso en la pantalla el fuego arrecia y las llamas convierten las cortinas en jirones de color naranja. Un agente de policía cruza el porche a cuatro patas para mirar por la ventana. Se agacha junto a esta y mira adentro. Luego se pone de pie. El humo le azota la cara, las llamas le rocían la ropa y el pelo y él pasa una pierna por encima de la repisa. Sin pestañear. Sin estremecerse. Con la cara y las manos ardiendo. El agente de policía mira sonriente lo que está viendo en el interior y camina hacia ello sin mirar atrás.

La versión oficial es que el fuego lo provocó la chimenea del comedor. La política del hotel de que el tuesto siempre tenía que estar encendido, por mucho calor que hiciera, que lo que inició el incendio. La gente murió a un paso de las ventanas abiertas. Sus cadáveres se encontraron a un brazo de distancia de las puertas de salida. Se encontró a los muertos arrastrándose, gateando y apelotonándose en dirección a la pared del comedor donde ardía el mural. Hacia el centro del fuego. Hacia lo que fuera que el policía había visto a través de la ventana del porche. Nadie intentó escapar, Tabbi dice:

-Cuando mi padre me pidió que me escapara con él, se lo dije a la abuelita. -Dice-: Así nos salvé. Salvé el futuro de la isla entera.

Mirando el océano a través de la ventanilla del coche, y sin mirar a

su madre, Tabbi dice:

-Así que si se lo cuentas a alguien -dice-, iré a la cárcel. -Dice-: Estoy muy orgullosa de lo que hice, madre.

Mira el océano. Sus ojos siguen la curva de la costa hasta el pueblo y la efigie negra del hotel en ruinas. Donde la gente ardió viva, transfigurada por el síndrome de Stendhal. Por el mural de Misty.

Misty zarandea la rodilla de su hija y dice: -Tabbi, por favor.

Y sin levantar la vista, Tabbi estira el brazo para abrir la portezuela del coche y salir.

-Me llamo Tabitha, madre -dice-. A partir de ahora, haz el favor de llamarme por mi nombre completo.

Cuando mueres en un incendio, se te encogen los músculos. Los brazos se te contraen, los puños se te cierran y se te proyectan hacia la barbilla. Se te doblan las rodillas. Todo es obra del calor. Se llama la «postura del púgil» porque pareces un boxeador muerto.

La gente que muere en un incendio, la gente que está en estado vegetativo persistente, todos acaban en esa misma postura. La misma en que están las criaturas que esperan nacer.

Misty y Tabitha pasan junto a la estatua de bronce de Apolo. Junto al prado. Junto al mausoleo ruinoso, una sede bancaria mohosa cavada en la colina, con la cancela de hierro colgando de sus goznes. La oscuridad de dentro. Caminan hasta el final del cabo y Tabitha, que ya no es su hija, ya no es parte de Misty, ahora es alguien a quien Misty no conoce, una desconocida, Tabitha vacía las dos urnas desde lo alto de un acantilado sobre el mar. La larga nube gris de lo que hay dentro, el polvo y las cenizas, se aleja arrastrada por la brisa. Y se hunde en el océano.

Solamente para que conste en acta, la Alianza Oceánica por la Libertad no ha vuelto a emitir ningún otro comunicado y la policía no ha hecho detenciones.

El doctor Touchet ha declarado la única playa pública de la isla cerrada por razones sanitarias. El ferry ha reducido su servicio a dos trayectos semanales y solamente para residentes de la isla. La isla de Waytansa ha quedado a todos los efectos cerrada a los forasteros.

De regreso al coche, pasan junto al mausoleo.

Tabbi... Tabitha se para y dice:

-¿Te gustaría mirar ahora lo que hay dentro?

La cancela de hierro oxidada y colgando de los goznes. La oscuridad interior.

Y Misty dice:

-Sí.

Solamente para que conste en acta, el parte meteorológico de hoy anuncia tiempo tranquilo. Tranquilo, resignado y derrotado.

Uno, dos, tres pasos en la oscuridad y aparecen. Dos esqueletos. Uno tirado en el suelo, de lado y encogido. El otro sentado con la espalda apoyada en la pared. Sobre sus huesos crecen el moho y el musgo. Por las paredes caen hilos de agua. Los esqueletos de ella, de las mujeres que ha sido Misty.

Lo que Misty ha aprendido es que el dolor, el pánico y el horror solamente duran un par de minutos.

Lo que Misty ha aprendido es que está mortalmente aburrida de morir.

Solamente para que conste en acta, tu mujer sabe que estabas

marcándote un farol cuando escribiste que te metías todos aquellos cepillos de dientes por el culo. Solamente estabas intentando asustar a la gente para devolverla a la realidad. Solamente querías despertarlos de sus comas personales.

Misty no está escribiendo esto para ti, Peter, ya no.

No hay ninguna parte de esta isla donde pueda dejar su historia y solamente encontrarla ella. Su yo futuro al cabo de cien años. Su propia cápsula temporal. Su bomba de relojería personal. El pueblo de Waytalsea cavaría en cada centímetro de su hermosa isla. Derribarían el hotel en busca de su secreto. Tienen un siglo para cavar, romper y buscar antes de que ella vuelva. Antes de que la traigan de vuelta. Y entonces será demasiado tarde.

Nos traiciona todo lo que hacemos. Nuestro arte. Nuestros hijos.

Pero estamos aquí. Seguimos aquí. Lo que tiene que hacer la pobre tonta de Misty Maric Wilmot es esconder su historia a la vista de todos. La esconderá por todo el mundo.

Lo que ha aprendido es lo mismo que aprende siempre. Que Platón tenía razón. Que somos todos inmortales. Que no podríamos morir ni aunque quisiéramos.

Ojalá pudiera recordar eso cada día de su vida y cada minuto de su vida.

10 de septiembre
1445 BaysideDrive
Tecumseh Lake, 30613 Georgia

Chuck Palahniuk
A/a. Doubleday
1745 Broadway, Nueva York 10019

Querido señor Palahniuk:

Supongo que debe de recibir usted muchas cartas. Es la primera vez que le escribo a un escritor, pero quería darle a usted la oportunidad de leer el manuscrito que adjunto.

La mayoría lo escribí este verano. Si le gusta, por favor, páseselo a su editor, Lars Lindigkeit. Mi meta no es el dinero. Solamente quiero verlo publicado y que lo lea la mayor cantidad de gente posible. Tal vez de alguna forma pueda iluminar a una sola persona.

Confío en que esta historia sea leída durante generaciones y que la gente no la olvide. Que la lea la siguiente generación y la siguiente. Tal vez que la lea una niña dentro de un siglo, una niña que pueda cerrar los ojos y ver un lugar -verlo con claridad-lleno de joyas brillantes y jardines de rosas, donde ella crea que está su salvación.

Algún día en alguna parte, esa niña cogerá un lápiz y empezará a dibujar una casa que no ha visto nunca. Confío en que esta historia vaya a cambiar la forma en que vive su vida. Confío en que esta historia la salve -a esa niña- sea cual sea su nombre la próxima vez.

Sinceramente,

NORA ADAMS

Adjunto manuscrito